

nuestra historia

Revista de Historia de la FIM

Núm. 7, 1^{er} semestre de 2019

Los combates por la Historia de Josep Fontana



fundación de
investigaciones
marxistas



Nuestra Historia

Revista de Historia de la FIM

ISSN: 2529-9808



Usted es libre de:

- Copiar, distribuir y comunicar públicamente esta obra.

Bajo las siguientes condiciones:

- No comercial: No puede utilizar los contenidos de esta revista para fines comerciales.
- Sin obras derivadas: No puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Con el siguiente caso particular:

- Esta licencia no se aplica a los contenidos publicados procedentes de terceros (textos, gráficos, informaciones e imágenes que vayan firmados o sean atribuidos a otros autores). Para reproducir dichos contenidos será necesario el consentimiento de dichos terceros.

Nuestra Historia: Revista de Historia de la FIM

ISSN: 2529-9808 • **Edita:** Fundación de Investigaciones Marxistas • **Equipo coordinador:** Manuel Bueno Lluch, Francisco Erice Sebares, José Gómez Alén y Julián Sanz Hoya • **Consejo de Redacción:** Irene Abad Buil, Eduardo Abad García, Juan Andrade Blanco, Manuel Bueno Lluch, Claudia Cabrero Blanco, Álvaro Castaños Montesinos, Francisco Erice Sebares, Cristian Ferrer González, Juan Carlos García-Funes, Luz García Heras, José Luis Gasch Tomás, David Ginard i Féron, José Gómez Alén, Fernando Hernández Sánchez, Gustavo Hernández Sánchez, José Hinojosa Durán, Mirta Núñez Díaz-Balart, José Emilio Pérez Martínez, Victoria Ramos Bello, Julián Sanz Hoya, Víctor Santidrián Arias, Javier Tébar Hurtado, Juan Trías Vejarano, Julián Vadillo Muñoz, Santiago Vega Sombría • **Diseño de portada:** Francisco Gálvez • **Diseño del interior y maquetación:** Manuel Bueno Lluch • **Imagen de portada:** Josep Fontana interviniendo en el V Congreso de CCOO de Cataluña, diciembre de 1981 (Fuente: Arxiu Històric de CCOO Catalunya) • **Envío de colaboraciones:** nuestrahistoriafim@gmail.com • **Administración:** c/ Olimpo 35, 28043, Madrid. Tfno: 913004969. Correo-e: administracion@fim.org.es • **DL:** M-3046-2017.

Nuestra Historia

Revista de Historia de la FIM

Número

7

Primer semestre de 2019

ÍNDICE

EDITORIAL

Número 7

Consejo de Redacción de Nuestra Historia	7
--	---

DOSSIER: LOS COMBATES POR LA HISTORIA DE JOSEP FONTANA

Presentación: Josep Fontana en *Nuestra Historia*

José Gómez Alén	11
-----------------	----

Josep Fontana hoy y mañana: su lugar en la historia de la historiografía

Carlos Forcadell Álvarez	23
--------------------------	----

Los objetivos compartidos. Nota de homenaje a Josep Fontana, historiador marxista y maestro de historiadores

Rosa Congost	35
--------------	----

El maestro en su biblioteca

Gonzalo Pontón	47
----------------	----

Josep Fontana como analista del presente: «El futuro es un país extraño»

Carlos Martínez Shaw	53
----------------------	----

Josep Fontana. La Historia ante el espejo

Juan Andrade	69
--------------	----

ENTREVISTA

Domingo Plácido y el oficio de historiador de la Antigüedad

Rosa María Cid López	89
----------------------	----

NUESTROS DOCUMENTOS

Presentación

Alberto Carrillo Linares	111
--------------------------	-----

Responsabilidad y tareas de los estudiantes comunistas

Federico Sánchez [Jorge Semprún]	114
----------------------------------	-----

LECTURAS

- Sobre la història i els seus usos públics*, de Josep Fontana**
Enric Chulio Pérez 117
- Atlantic Africa and the Spanish Caribbean, 1570-1640*,
de David Wheat**
Alejandro García Montón 121
- Tejer identidades. Socialización, cultura y política en
época contemporánea*, de Marta García Carrión y
Sergio Valero (eds.)**
Álvaro Álvarez 125
- Lo nacional y lo internacional: De la mano en la
definición de la relación entre género y comunismo**
Irene Abad Buil 129
- Crónicas Obreras de Ramiro Reig*, de Pere J. Beneyto (ed.)**
Alberto Gómez Roda 133
- La frontera salvaje. Un frente sombrío del combate contra
Franco*, de Fernando Hernández Sánchez**
Julián Vadillo Muñoz 138
- Melancolía de izquierda*, de Enzo Traverso**
Fernando Mendiola 141

ENCUENTROS

- «100 años del asesinato de Rosa Luxemburgo»**
Virginia Gutiérrez Barbarusa 144
- «100 años del Trienio Bolchevique en Córdoba:
El legado del siglo XX hoy»**
José Manuel Gómez Jurado 149

MEMORIA

- Hacia la memoria democrática valenciana: cuatro
años de políticas públicas de memoria**
Jorge Ramos Tolosa 153

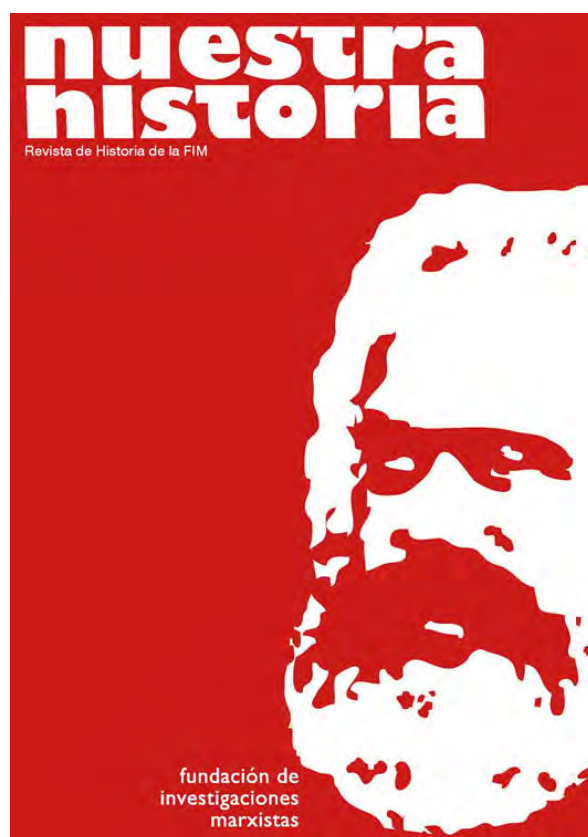
Una deuda con nuestro pasado. El Memorial Democrático de la Cárcel de Segovia	
Fernando Jiménez Herrera	160
14 años rescatando historia y memoria de las víctimas de la dictadura franquista en Madrid	
Tomás Montero	163
Cuando un pueblo olvida un nombre: La invisibilidad de Encarnación Fuyola en la memoria colectiva local de Huesca	
Irene Abad Buil	171
<hr/>	
AUTORES (DOSSIER)	178

EDITORIAL

Número 7

Consejo de Redacción de Nuestra Historia

El compromiso del historiador con la realidad social, con las condiciones de las clases subalternas, con la transformación de las estructuras sociales y de la cultura, fue como se sabe una de las constantes en el quehacer intelectual y profesional de Josep Fontana. Su mirada se encuadraba en un marxismo abierto, atento a las herramientas que permitieran desvelar los mecanismos de funcionamiento de las sociedades, entre ellos los mecanismos a través de los cuales se construyó y perpetuó el capitalismo. Algunos de sus últimos trabajos, por ello, se centraron en el avance de las posiciones neoliberales, que impulsaron el recorte de derechos laborales de la clase trabajadora, el empeoramiento de las condiciones de vida de la mayor parte de la humanidad, y el obscuro acrecentamiento de las enormes diferencias entre los ingresos de una minoría de capitalistas y las clases populares. Muchas de las personas que nos reconocemos en esa forma de entender el compromiso con la historia vemos con alarma el panorama presente, tanto español, como europeo e internacional. Un panorama donde las llamadas a reformar o refundar el sistema económico han dado paso a una renovada aceptación, sin apenas retoques, del capitalismo depredador neoliberal que nos abocó a la crisis de 2007-2008 y que, según se anuncia, podría llevarnos a una nueva depresión en un plazo bre-



ve. Un presente que asiste al continuado auge de la extrema derecha, en formas nacionalpopulistas o neofascistas, asociadas a un nacionalismo xenófobo y excluyente, que plantean una seria amenaza a la ya devaluada democracia liberal. En el caso español, contemplamos el debilitamiento de la movilización social y el retroceso de las propuestas defensoras de avanzar en políticas democráticas y sociales -con la excepción del pujante movimiento feminista. Vemos asimismo el relanzamiento político de las posiciones de un nacionalismo español

radicalizado, fundado en planteamientos neofranquistas, que viene demostrando su enraizamiento en el poder judicial y otras instituciones del Estado, en grupos mediáticos y eclesiásticos, así como en los sectores más reaccionarios de la burguesía.

Por ello resulta imprescindible el compromiso de historiadores e intelectuales como Josep Fontana, que con tanta generosidad colaboró con *Nuestra Historia* y a quien dedicamos el dossier de este número 7. Bajo la coordinación de José Gómez Alén, tratamos con ello de mostrar a nuestros lectores algunas de las claves más relevantes del trabajo del historiador catalán, contando con las colaboraciones de Carlos Forcadell, Rosa Congost, Gonzalo Pontón, Carlos Martínez Shaw y Juan Andrade. Sin duda, la relevancia de la obra y de la influencia historiográfica de Fontana merecerá en el futuro análisis más detenidos y sistemáticos, pero pensamos que este dossier puede ofrecer una primera aportación significativa.

La reflexión sobre el trabajo y el compromiso del historiador está también siempre presente en nuestra *Entrevista*, en este caso dedicada a un autor clásico en la Historia Antigua como es Domingo Plácido. A lo largo de su diálogo con la profesora Rosa María Cid encontramos tanto una vívida aproximación a aspectos de historia de la historiografía española, sino también una interesante reflexión sobre el trabajo del historiador del mundo antiguo, en línea con el propósito de la revista de ampliar nuestra atención a otros problemas y periodos que hasta ahora apenas hemos tratado.

La sección de *Nuestros Documentos* recoge en este número un relevante texto de *Federico Sánchez* (Jorge Semprún), dedicado a las tareas que debían llevar a cabo los estudiantes comunistas y que fue originalmente publicado en *Mundo Obrero* en un año tan emblemático como 1956, que contex-

tualiza en su presentación Alberto Carrillo.

Nuestro apartado de *Lecturas* se abre con la reseña, a cargo de Enric Chulio, de una recopilación de textos de Fontana, *Sobre la història i els seus usos públics*, publicada a raíz de su doctorado honoris causa por la Universitat de València. Siguen las lecturas dedicadas a diferentes aportaciones recientes de gran interés relacionadas con una pluralidad de temas y objetos de estudio: el tráfico de esclavos africanos hacia el Caribe (por Alejandro García Montón), las identidades políticas y la socialización en época contemporánea (Álvaro Álvarez), las mujeres comunistas iberoamericanas (Irene Abad), el combate entre los organismos represivos de la dictadura y la resistencia comunista en la frontera hispanofrancesa (Julián Vadillo), o la reflexión sobre la izquierda en el reciente ensayo de Enzo Traverso (Fernando Mendiola). Nos unimos asimismo modestamente al recuerdo al gran historiador valenciano Ramiro Reig, que nos abandonó el pasado año y cuya larga trayectoria de luchador antifranquista, sindicalista e investigador se explicita en la recopilación de textos suyos sobre cuestiones obreras que reseña Alberto Gómez Roda. A continuación, *Encuentros* nos informa sobre los recientes congresos dedicados a Rosa Luxemburgo (Virginia Gutiérrez), el trienio bolchevique (José Manuel Gómez).

En el mismo momento de cerrar este número hemos conocido el vergonzoso auto del Tribunal Supremo que, además de paralizar la exhumación del dictador Franco de Cuelgamuros, demuestra una inaceptable combinación de ignorancia histórica y del enraizamiento y la naturalización del relato legitimador de la dictadura en sectores de la magistratura. Queremos por ello mostrar nuestro firme rechazo, desde luego como historiadores, pero también como ciudadanas y ciudadanos partícipes de los valores de la democracia y del antifascis-

mo. Creemos, asimismo, que la emergencia de los postulados neofranquistas hace imprescindible la exigencia y el desarrollo de políticas e iniciativas como las que recogemos en nuestra sección de *Memoria*. En este número, Jorge Ramos nos ofrece un análisis de las políticas de memoria democrática impulsadas en el País Valenciano, Fernando Jiménez se ocupa del Memorial Democráti-

co de la Cárcel de Segovia y Tomás Montero repasa la recuperación de la memoria de las víctimas en Madrid. Por su parte, Irene Abad rescata la memoria de la destacada militante y cuadro comunista oscense Encarnación Fuyola, cuya trayectoria muestra ejemplarmente un tiempo y una cultura de compromiso con la lucha por el progreso de la humanidad y contra el fascismo.

nuestra historia

Revista de Historia de la FIM

Núm. 1, 1er semestre de 2016

La primavera del Frente Popular
de febrero a julio de 1936



fundación de
investigaciones
marxistas



nuestra historia

Revista de Historia de la FIM

Núm. 2, 2º semestre de 2016

El XX Congreso y los comienzos
de la desestalinización



fundación de
investigaciones
marxistas



nuestra historia

Revista de Historia de la FIM

Núm. 3, 1º semestre de 2017

Las luchas por las libertades
y la reconquista de la
democracia en España



fundación de
investigaciones
marxistas



nuestra historia

Revista de Historia de la FIM

Núm. 4, 2º semestre de 2017

A cien años de
la Revolución
Rusa



fundación de
investigaciones
marxistas

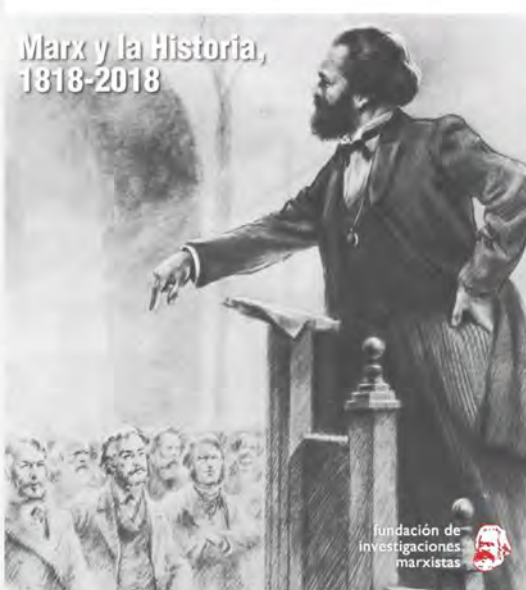


nuestra historia

Revista de Historia de la FIM

Núm. 5, 1º semestre de 2018

Marx y la Historia,
1818-2018



fundación de
investigaciones
marxistas

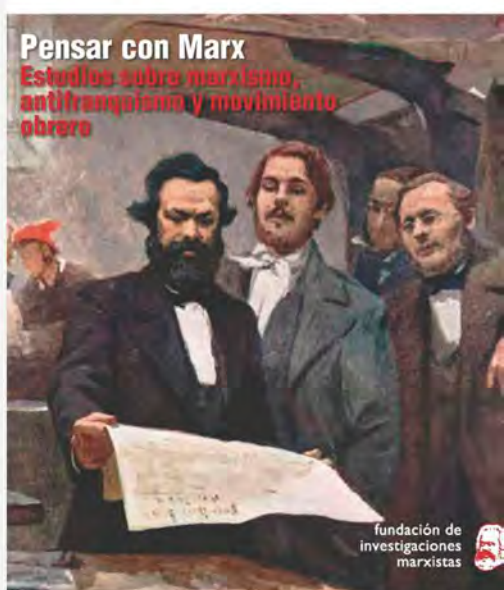


nuestra historia

Revista de Historia de la FIM

Núm. 6, 2º semestre de 2018

Pensar con Marx
Estudios sobre marxismo,
antifranquismo y movimiento
obrero



fundación de
investigaciones
marxistas



nuestra historia

Revista de Historia de la FIM

Núm. 7, 1º semestre de 2019

Los combates por la Historia
de Josep Fontana



fundación de
investigaciones
marxistas



Todos los números de *Nuestra Historia* disponibles en

revistanuestrahistoria.com

Presentación: Josep Fontana en *Nuestra Historia*

José Gómez Alén

Sección de Historia de la FIM

El fallecimiento de Josep Fontana desencadenó un aluvión de obituarios y artículos en numerosos medios de comunicación escritos y digitales. Historiadores y amigos, discípulos o colegas, con mayor o menor nivel de proximidad al profesor catalán, se refirieron a su obra desde una mirada historiográfica o personal. La cantidad de textos publicados, algo totalmente inusual en el ámbito intelectual español, refleja el impacto profesional e historiográfico de Fontana.

Desde aquel 28 de agosto, textos de extensión y calado diverso, condicionados por el espacio disponible y la inmediatez, destacaron facetas generales de su trabajo como historiador, editor y maestro de historiadores, su compromiso social y su fidelidad al marxismo. Unos como Juan Andrade (*Sinpermiso*, 8/09/2018) centraban su atención analítica en algunas obras concretas, o como Marc Baldó (*CTXT*, 5/09/2018) trazaban un recorrido general por los libros más significativos de Fontana, desde el siglo XIX al XX pasando por la historia de Cataluña o por las reflexiones sobre la historia y el oficio del historiador. Algo en lo que también insistía José Babierno (*Sinpermiso*, 30/08/2018) para incidir en el marxismo de Fontana y en las reti-



Josep Fontana interviniendo en el V Congreso de Comissions Obreres de Catalunya, diciembre de 1991 (Fuente: Arxiu Històric de CCOO Catalunya).

cencias que despertaba en algunos sectores académicos.

Otros historiadores, que coincidieron con Fontana en diferentes etapas de su vida, lo reconocían como maestro. Ese es

el caso de Carlos Martínez Shaw (*El Español* 28/08/2018) que mostraba su agradecimiento por su magisterio en los años sesenta cuando compartían militancia política, además de recordarnos la labor editorial y el compromiso del profesor de la Pompeu Fabra, que siempre había entendido el conocimiento histórico como una herramienta para transformar el mundo y convertirlo en un «hogar habitable para todos los hombres y las mujeres». Algo similar hizo Javier Paniagua (*El Mundo*, 2/09/2018) que partía de reconocer la deuda personal hacia el director de su tesis y por la orientación de sus investigaciones, para destacar también los recursos didácticos que Fontana utilizaba en sus clases, o Xavier Domènech (*El diario.es*, 28/08/2018) que lo consideraba un referente personal y un maestro historiográfico mientras recordaba el impacto que le había causado el libro *Historia. Análisis del pasado y proyecto social* y mostraba su agradecimiento por las clases de doctorado recibidas.

En el plano de la amistad mantenida desde los años sesenta, el editor Gonzalo Pontón dedicaba un artículo (*El País*, 29/09/2018) a clarificar la polémica surgida unos años atrás por la intervención de Fontana en el congreso «Catalunya contra Espanya» y por su posterior libro *La formació d'una identitat. Una Història de Catalunya*; Pontón puntualizaba los términos de aquella intervención y desde las referencias al libro evidenciaba cómo algunos historiadores y medios de comunicación habían manipulado y tergiversado su contenido para descalificar la posición política e historiográfica de Fontana ante la actual cuestión catalana^[1]. En una línea similar se refería a esa polémica Ricardo Robledo (*De Re Historiographica*, septiem-

bre 2018), además de referirse a otros avatares historiográficos, al tiempo que destacaba el compromiso social de Fontana y la atención que prestaba a la Historia en la Enseñanza Media.

En otros textos se entremezclaba el recuerdo de la relación personal con la valoración de diferentes aspectos historiográficos y sus autores optaban por destacar algunos rasgos de su personalidad además de su labor editorial o historiográfica. Es el caso de Miguel Ángel Jiménez (*Rebelión*, 4/09/2018) que nos acercaba a la vida cotidiana de Fontana centrada en el trabajo diario, su casa, su barrio o las comidas con los amigos. El autor aprovecha esta referencia para recordar que, entre esos amigos, estuvo en otro tiempo Manuel Vázquez Montalbán. Esa cercanía al historiador también estaba presente en el texto de Andreu Mayayo (*Catalunya plural*, 30/08/2018) al recordar su última conferencia sobre la revolución rusa, cuando ya apenas le quedaban fuerzas para caminar. Mayayo nos recordaba su militancia comunista y se refería también a los intentos de manipulación política de algunos dirigentes actuales del nacionalismo catalán.

En una dirección similar iba el obituario de José Luis Martín Ramos (*Ara.Cat*, 28/08/2018) que lo definía como «un hombre bueno», comprometido con las personas y la Historia. Lo recordaba como un trabajador incansable, de sólidas raíces marxistas y se detenía en un libro, *La Historia*, que a comienzos de los años setenta convulsionó la visión de la disciplina que entonces teníamos los jóvenes historiadores y profesores que nos iniciábamos en la profesión. O el artículo del autor de estas líneas (*Mundo Obrero*, 29/08/2018) que, desde una relación de muchos años en la distancia, aportaba ejemplos de la disciplina de un trabajo cotidiano que, in-

1.- El propio Fontana aclaraba la polémica surgida en José Gómez Alén, «Entrevista a Josep Fontana i Lázaro», en *Nuestra Historia*, 3 (2º semestre de 2017), pp. 181-182.

cluso en el último año de vida, se iniciaba con la lectura de los medios anglosajones o con las frecuentes visitas a los National Security Archives para sugerir o enviar los documentos que consideraba de interés y que la administración norteamericana iba desclasificando. Al igual que apuntaban todos los autores, destacaba el sentido de la amistad y la generosidad de Fontana con su tiempo o el compromiso político y social de quien en las últimas décadas era solo un «militante sin partido», como acostumbraba a decir.

Por otra parte Julián Casanova (*El País*, 28/08/2018) ponía el acento en la importancia de las propuestas de Fontana para los que «buscaban caminos de renovación en la enseñanza y escritura de la historia» en la universidad española de los años setenta. Unas ideas que trasladadas a los centros de Enseñanza Media «sonaban a música subversiva». Más recientemente Raimundo Cuesta y Gustavo Hernández (*Con-Ciencia Social*, nº2, enero, 2019) se centraban en las aportaciones del historiador catalán y su influencia en los profesores y en los grupos de renovación didáctica formados en el último tercio del siglo XX.

También Francisco Erice (*Mundo Obrero*, septiembre 2018) hacía un recorrido sintético por la biografía y las influencias recibidas de sus maestros para detenerse en analizar algunos aspectos de los libros más conocidos de Fontana o en su labor como editor para dejar finalmente constancia de la permanente relación de trabajo historiográfico con la Sección de Historia de la FIM, especialmente intensa en los últimos años por sus colaboraciones en las páginas de esta revista. Otros autores, de diferentes generaciones, contribuyeron con diferentes obituarios a mostrar su respeto intelectual en el mismo sentido que los anteriormente citados y seis meses después continúan publicándose artículos

dedicados a glosar la figura historiográfica de Josep Fontana, tal como muestra el reciente dossier que le dedicó la revista *Perspectiva*, e *Historia Social* incluye también un artículo de José Antonio Piqueras en su último número^[2].

Por otra parte, algunas instituciones despidieron al historiador con diversas iniciativas. La Universidad Pompeu Fabra recordó a su profesor emérito en un acto de homenaje el pasado 19 de noviembre, en el que 40 historiadores, amigos de diferentes disciplinas y discípulos, participaron en dos amplias mesas redondas para abordar diversos aspectos del trabajo intelectual de Fontana, al mismo tiempo que se inauguraba una exposición bibliográfica en la Biblioteca de la Universidad. Unos días antes, el Ayuntamiento de Barcelona le entregaba la Medalla de Oro de la Ciudad a título póstumo y en otro plano, la Fundación de Investigaciones Marxistas también dedicaría su atención al historiador que durante tantos años formó parte de la nómina de generosos colaboradores de nuestras actividades.

Josep Fontana, convicto y confeso marxista, forma parte de la historia de la Fundación de Investigaciones Marxistas desde los primeros momentos de su creación, hace más de cuarenta años. Durante este tiempo Fontana acudió siempre a la llamada de los responsables de los diferentes ciclos de conferencias, jornadas de debate o congresos. Su relación con la FIM, discontinua pero permanente en el tiempo, es

2.- Véase Marc Andreu (*Critic*, 29/08/2018); Carles Geli (*El País* 28/08/2018); Sergio Gálvez (*El Salto*, 30/08/2018); Víctor Ríos (*Cuarto poder*, agosto 2018); Xaquín Pastoriza (*Viento Sur*, 28/08/2018); Enric Llopis (*Rebelión*, 14/09/2018); *Perspectiva*, 15 (2019) con artículos de Carme Molinero, José Luis Martín Ramos; Andreu Mayayo y Artal; Paola Lo Cascio; José Gómez Alén; Angelina Puig i Valls y José Babiano. Y José Antonio Piqueras, «Josep Fontana: historia develada y conciencia social», en *Historia Social*, 94, 2019, pp. 147-177.

una evidencia de su fidelidad al marxismo historiográfico conformado desde la temprana relación con su reconocido maestro Pierre Vilar, la lectura de Gramsci y el contacto directo con los marxistas británicos, como tantos autores han señalado. De su compromiso con una institución abierta a la crítica y a la diversidad de la tradición del pensamiento marxiano como la FIM, habla ya su participación en las primeras jornadas sobre la historia del Partido Comunista de España que tendría continuidad en posteriores ciclos de conferencias o congresos en algunos de los cuales también participaría^[3].

Igualmente estuvo presente en eventos variados como el homenaje a Manuel Sacristán (2005), con el que había compartido militancia clandestina en el comité de intelectuales del PSUC; en el ciclo de conferencias «100 años después de Marx. Ciencia y marxismo» en conmemoración del centenario del fallecimiento de Karl Marx y un año más tarde en las jornadas sobre «Los marxistas británicos de los años treinta y la crítica de la cultura», donde nos acercaba a los primeros marxistas británicos que conocía desde su estancia como *assistant lecturer* en la Universidad

de Liverpool durante el curso 1956-1957^[4].

La colaboración de Fontana con la Sección de Historia de la FIM se intensificaría a partir del 2012 cuando nos planteamos diseñar unas jornadas para profundizar en el análisis de su obra. Rechazó rotundamente la propuesta, pues entendía que tratábamos de homenajearlo, algo a lo que era alérgico; como bien suponía, la idea sobrevolaba nuestros objetivos. Argumentó su negativa desviando además nuestra atención hacia otros temas y mostró su disponibilidad a participar en algo diferente, «ya encontraremos una fórmula para hacer viable vuestro proyecto, tal vez la de hacer un homenaje a la historiografía del antifranquismo. Hay tiempo para ello». (e-mail, 15 octubre 2012) Finalmente la iniciativa derivó hacia lo que en parte él proponía y aceptó así clausurar las jornadas «Historia, marxismo y compromiso político en España»^[5].

A partir de ese momento mostró una gran atención hacia nuestras actividades y se avino a colaborar en ellas con una generosidad ilimitada, a pesar de sus problemas de salud que bien conocíamos. Saludó con gran interés la idea de convertir el Boletín de Historia en la revista *Nuestra Historia* y veía con especial agrado que tras la sección «Nuestros clásicos», estaba la idea de recuperar antiguos textos, entre otros los de los marxistas británicos que tan ligados estaban a la formación historiográfica de su juventud. A Fontana le parecía una revista necesaria y valoraba su contenido

3.–Nos referimos al ciclo de conferencias «Introducción a la historia del PCE» en 1980; al «II Congreso de Historia del PCE. De la resistencia a la creación de IU» en la Universidad Complutense de Madrid, 2007, véase, Josep Fontana, «Los comunistas en el final de la dictadura», en Manuel Bueno Lluch y Sergio Gálvez Biesca (eds.) *Nosotros los comunistas. Memoria, identidad e historia social*, Madrid, FIM, 2009. Participó también en las jornadas «70 años de socialismo comunista en Cataluña. El PSUC 1936-2000» (2006), véase Josep Fontana, «Conferencia inaugural» en Giaime Pala (ed.), *El PSU de Catalunya. 70 anys de lluita pel socialisme. Materials per a la història*, Barcelona, Ediciones de intervención cultural, 2008 y fue el editor de las ponencias presentadas en un coloquio de la Universidad de Valencia en cuya organización participó la FIM junto a otras instituciones, Josep Fontana (ed.), *España bajo el franquismo*, Barcelona, Crítica, 1986.

4.–Josep Fontana, *Marx visto por un historiador* en VVAA., *Marx en España*, FIM, Madrid, 1984; Josep Fontana, «Historia: El grupo de 'Past and Present', Christopher Hill, V Gordon Childe, etc», en VVAA, *Los marxistas ingleses de los años 30*, Madrid, FIM, 1988, o en el seminario «Història, historiadors, marxisme al segle XX» (Barcelona, 2009).

5.– Josep Fontana, «Para una historia de la Historia Marxista» en José Gómez Alén (Ed.), *Historiografía, marxismo y compromiso político en España. Del franquismo a la actualidad*, Madrid, Siglo XXI, 2018.



Josep Fontana durante la conferencia de clausura de las jornadas «Historiografía, marxismo y compromiso político en España» organizadas por la FIM en Madrid en noviembre de 2014 (Foto: FIM).

con su presencia en todos los números, bien con artículos o con puntuales sugerencias.

La organización del congreso «Pensar con Marx hoy» con el que la FIM conmemoraba el 200 aniversario del nacimiento de Marx llegó en el último año de su vida y, si bien aceptó que su nombre formara parte del Comité científico, ya no pudo comprometerse a impartir la conferencia que le propusimos porque era consciente de su debilidad física: «mi salud no se mantiene estable, sino que empeora de modo que, en mi caso, parece poco sensato hacer previsiones para octubre» (e-mail 8/03/2018). Sin embargo, aún tuvo la voluntad de dejarnos una última colaboración para la revista, que es a día de hoy su último texto publicado. Escrito ya con gran esfuerzo, *La formación de un historiador marxista* supone, en estos tiempos de confusión y apatía ideológica, una declaración de principios y una

especie de testamento historiográfico^[6].

Josep Fontana fue pues uno de los nuestros, como bien recordaba Francisco Erice en uno de los artículos mencionados y la noticia de su fallecimiento nos llegó con el número de *Nuestra Historia* casi cerrado, por lo que solo tuvimos tiempo de dedicar la sección de «Nuestros Clásicos» a «nuestro clásico» más cercano. Reproducimos en aquel número un artículo que había publicado en 1967 en *Nous Horitzons* y que introdujo José Luis Martín Ramos^[7]. Además de los obituarios que salieron, desde la FIM, decidimos añadir un grano

6.- Cuando se estaba cerrando la edición de este número de *Nuestra Historia*, la editorial Crítica anuncia la aparición del libro póstumo de J. Fontana, *Capitalismo y democracia, 1756-1948. Cómo empezó este engaño*.

7.- José Luis Martín Ramos, «La aportación gramsciana de Fontana en *Nous Horitzons*» y Josep Fontana, «Gramsci y la ciencia histórica», en *Nuestra Historia*, 6 (2º semestre de 2018).

de arena más a nuestra muestra de afecto y respeto intelectual por el amigo fallecido y, aunque ya estaba cerrado el contenido del congreso mencionado, logramos organizar una mesa de homenaje a nuestro colaborador. A pesar de la espontaneidad de la iniciativa, la idea tuvo una excelente acogida entre los ponentes contactados que, en este dossier, nos ofrecen sus intervenciones, enriquecidas y anotadas y a las que añadimos la colaboración de Gonzalo Pontón para completar, con este número, el particular homenaje del consejo de redacción de la revista a Josep Fontana por su generosidad de estos años.

Los autores de los artículos, a los que una vez más agradecemos su disponibilidad y esfuerzo para atender nuestras demandas, pertenecen a tres generaciones diferentes de historiadores. Carlos Forcadell, Carlos Martínez Shaw y Gonzalo Pontón, estudiantes universitarios en la década de 1960, comenzaron su actividad profesional en los años setenta y forman parte de la primera generación de historiadores y profesores influidos por los primeros trabajos de Fontana durante la dictadura; Rosa Congost, que estudió en la universidad de la transición a la democracia pertenece a la tercera generación que se formó bajo la influencia de Fontana y Juan Andrade, formado en la universidad de entre siglos, es un historiador del siglo XXI en el que también se percibe su legado historiográfico. Todos reconocen el magisterio de Josep Fontana, conocen en profundidad su obra y mantuvieron también una mayor o menor relación personal con él.

En su conjunto los artículos apuntan líneas analíticas de gran interés historiográfico sobre la obra y la personalidad multifacética del profesor Fontana. En unos casos se profundiza en algunos de sus libros, otros destacan su forma de entender el magisterio o esbozan una visión

general sobre los diferentes ámbitos de su trabajo. Esta es la orientación del texto de Carlos Forcadell, que señala las vertientes fundamentales en la actividad del profesor catalán: el historiador, el maestro docente y el editor. Así realiza un recorrido sintético por libros como *De en medio del tiempo* y, sobre todo por *La quiebra de la monarquía absoluta* y lo que significó su aparición para la historia socioeconómica. No deja pasar la oportunidad de referirse también a *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, un libro que en su tiempo fue considerado peligroso por el Index del Opus Dei y que, a pesar de la crítica de algunos colegas, alcanzaría una indudable proyección entre el profesorado de los diferentes niveles educativos y no solo entre los profesionales de la Historia. Algo similar a lo que había ocurrido en los años setenta con *La Historia*, libro al que también se refiere Forcadell para adelantarnos la próxima edición de un par de nuevos libros que sabemos que Fontana dejó escritos.

Otro de los aspectos que destaca el historiador aragonés es la labor editorial de Fontana, siempre al lado de Gonzalo Pontón. Primero en Ariel y sobre todo en Crítica, fundada por Pontón en 1976. Esa colaboración editorial, que llega hasta la actual Pasado & Presente fue determinante para la difusión de las diferentes tendencias de la historiografía europea, dejándonos un sinfín de autores y libros que todos los que pertenecemos a aquellas generaciones mantenemos en los estantes de nuestras bibliotecas. Tampoco se olvida Forcadell de otras aventuras editoriales, como la dirección de la *Historia Universal Planeta* o la última *Historia de España* en Crítica/Marcial Pons. Valora también su preocupación por difundir, con reconocida generosidad, el trabajo de los jóvenes historiadores, como el mismo Forcadell testimonia con su propia experiencia.

No se olvida del docente / maestro, el profesor que preparaba concienzudamente sus clases y sus intervenciones en cualquier actividad académica que interviniera. Fontana tenía una «visión artesanal del oficio de historiador» basada en la lectura, el estudio y la preocupación por la escritura para construir su práctica docente y una forma de escribir sobre historia. Forcadell también se refiere a una anécdota historiográfica que presencié personalmente y que nos muestra un Fontana autocrítico, capaz de reconocer insuficiencias historiográficas y que, como sabemos y veremos más adelante, no fue un hecho puntual sino que formaba parte de su personalidad.

Forcadell entiende que la obra del editor, el maestro y el historiador, vista desde una perspectiva actual, resistirá bien el paso del tiempo y que el futuro lo colocara en el lugar que le corresponde. De su valoración posterior desaparecerán otros aspectos más polémicos como los enconados debates políticos o historiográficos, porque el legado de su obra eliminará todo el ruido que, en ocasiones, se ha vertido sobre el historiador catalán y que no debe distraernos de lo realmente importante de su trabajo.

En un sentido muy diferente, los artículos de Rosa Congost y Gonzalo Pontón nos colocan delante de algunos rasgos de la personalidad de Josep Fontana, vistos desde la estrecha relación que mantuvieron con el historiador catalán. Mientras la primera lo hace desde la mirada de la discípula para destacar el magisterio de Fontana y la relación de este con su maestro Pierre Vilar, el segundo, después de más de cinco décadas de amistad, nos introduce en la conocida pasión de Fontana por la lectura desde el trasfondo de su biblioteca personal.

Rosa Congost nos aproxima a la relación intelectual y de amistad entre Fontana

y Pierre Vilar y lo hace desde la posición de privilegio que le ofrece la relación que mantuvo durante años con ambos historiadores. Construye su artículo sobre la base de las cartas intercambiadas entre los dos historiadores que maneja la autora y a partir de su propia experiencia de relación discipular y los encuentros con ambos historiadores. Una larga experiencia que le permite mostrarnos algunos aspectos de la relación del maestro Vilar con el discípulo Fontana. Ese contacto inicial, se consolidaría con el tiempo en una relación entre iguales sobre la base del trabajo historiográfico, la fidelidad al marxismo y un sentido de la amistad que se mantuvo desde el segundo lustro de los años cincuenta. Congost se refiere también a algunas diferencias puntuales que ilustra con un intercambio de cartas para mostrar el malestar de Vilar a propósito de la crítica que Fontana hacía de la Escuela de *Annales* y L. Febvre, maestro siempre reconocido por Vilar, que no aceptaba la valoración del historiador catalán. La forma en que finaliza el episodio muestra la relación sincera y abierta que mantuvieron y que influiría también en la manera con que Fontana ejercería su magisterio.

La historiadora, que se reconoce como discípula de Fontana en el marxismo, nos ofrece una visión personal de un maestro que sabía encajar la crítica y de evolucionar en sus posiciones. Congost que, en sus estudios sobre la propiedad de la tierra, mantenía una línea argumental crítica sobre determinadas posiciones de Fontana, nunca recibió ninguna desaprobación de su parte, y valora la capacidad de su maestro para entender los argumentos historiográficos que no coincidían con los suyos, dejándonos una imagen de Fontana alejada de la del historiador dogmático que algunos colegas de la academia han colgado siempre sobre él, al confundir la vehemen-



Josep Fontana y Eric Hobsbawm, Barcelona, 2007 (Foto cedida por Josep Fontana a *Nuestra Historia* en 2016).

cia y el convencimiento con que defendía sus ideas con dogmatismo estalinista.

Por otro lado es conocida la pasión de Fontana por los libros y la lectura desde su infancia, y quién mejor que el editor Gonzalo Pontón, amigo y colaborador de Fontana desde los años sesenta cuando este dirigía la voz *Historia* en la Enciclopedia Larousse, para invitarnos a un viaje por las estanterías de una biblioteca que ocupaba tres viviendas y sobrepasaba los 50.000 libros y miles de folletos que hoy custodia la Universidad Pompeu Fabra.

El mismo Fontana siempre reconoció que esa pasión tenía un origen infantil que situaba en el momento en que su padre, propietario de una librería de viejo, le regaló los cinco primeros volúmenes, entre los que estaba la *Historia de Catalunya* de Ferrán Soldevila, lectura que explicaría su temprano interés en esa historia. Pontón

nos introduce en una biblioteca que ocupa toda la casa y trata de guiarnos a través de una organización muy personal y particular. Entendió que los libros estaban agrupados en bloques y que respondían a la exclusiva lógica de Fontana y únicamente después de cincuenta años de visitas, logró encontrarle un sentido; solo su propietario era capaz de encontrar lo que su trabajo le demandaba en cada momento. Así va enumerando la disposición de los bloques y los libros y autores. Transita desde los que agrupaban a los historiadores de *Annales* y a los estructuralistas, con Althusser, Poulantzas o Harnecker y con ellos colocaba a Fukuyama y todos rodeando el *18 Brumario* de Carlos Marx. Otro bloque lo ocupaban clásicos de la literatura y la ciencia, desde Goethe a Pardo Bazán, Darwin, Salgarí... La bibliografía de los que consideraba sus maestros ocupaba un sector específico

de las estanterías y allí se daban cita Ferrán Soldevila, Jaume Vicens Vives, Pierre Vilar; en otro bloque se concentraban los trabajos de Hobsbawm o Thompson y mas allá los de colegas que admiraba y por los que sentía un reconocido afecto como Moreno Fragonals o Ramón Carande.

Los libros se apoderaban de todas las estancias de las viviendas que había alquilado como contenedores y que, en ocasiones, se convertían en espacios de sociabilidad para las reuniones con sus amigos. En su vivienda de la calle Vila i Vila tenía su lugar habitual de trabajo y la estancia presentaba un orden similar, con murallas de libros que ascendían desde el suelo y crecían sin parar dejando solo el espacio justo para el trabajo con dos ordenadores y algún póster en las paredes. Pontón enumera los autores considerados esenciales en la formación de Fontana y también sus tesoros bibliográficos. Se detiene con atención en un último bloque de libros, el formado por aquellos que ambos, editor e historiador consideraban sus fracasos editoriales, aquellos que no habían logrado difundir en la medida del valor historiográfico que, en su opinión, merecían: trabajos de Lublinskaya, R. Guha o Ste. Croix, unos fracasos que Fontana lamentó hasta el final^[8].

Pontón también nos recuerda que Fontana nunca dejó de buscar libros que tenía *in mente*, pendiente de adquirir novedades en las librerías de viejo de Barcelona o en sus viajes a París, Londres, Nueva York o Buenos Aires. Este sintético recorrido por el interior de la biblioteca de Josep Fontana finaliza con una anécdota que es la evidencia del afecto y la amistad que unió a los dos amigos durante más de cincuenta años.

En una orientación diferente los artículos de Carlos Martínez Shaw y Juan Andrade se centran en obras concretas del historiador. Martínez Shaw destaca la coherencia global del trabajo historiográfico de Fontana a pesar de la diversidad de temas y épocas que investigó para centrarse en uno de sus últimos libros, *El futuro es un país extraño* (2013). El historiador andaluz nos ofrece una profunda lectura de un trabajo muy alejado de la temática habitual de Fontana, pero que conecta con sus preocupaciones de siempre y con la idea de su compromiso social. Fontana nos situaba ante la crisis de 2008 y sus consecuencias con su tradicional rigor y con la profusión de lecturas y fuentes que el historiador, lector diario de todo lo que se cocía en el análisis político y económico de los Estados Unidos, utilizaba habitualmente como columna vertebral de su análisis de la realidad. Por las páginas del libro transitan las referencias a Paul Krugman, Noam Chomsky, Jonathan Nitzan, Joseph Stiglitz, David Garland o Yanis Varoufakis y de otro lado, los defensores del nuevo orden como Michell Bachman, Rick Santorum o el congresista estadounidense Paul Broun. Junto a esas fuentes bibliográficas Fontana manejaba todo tipo de datos procedentes de instituciones muy diversas con las que sostenía su estudio, para dejarnos, a la altura del 2013, el sombrío futuro que ponía ante nuestra mirada y ante su propio espejo que se alejaba de la idea del progreso de la humanidad, que él mismo y la generación de Martínez Shaw compartimos hace ya algunas décadas.

Para Fontana los orígenes de la derrota y de la ruptura del pacto social posterior a la II Guerra Mundial hay que buscarlos en el neoliberalismo que comienza a fraguarse ya a finales de los años setenta y comienzos de los ochenta del pasado siglo con los primeros ataques al Estado del bienestar

8.- Véase José Gómez Alén, «Entrevista a Josep Fontana i Lázaro», 2017.

de la mano de Thatcher y Reagan^[9]. Posteriormente los cambios de la última década del siglo dejaban las manos libres a los vencedores de la Guerra Fría que, ya sin el contrapeso del pretendido modelo alternativo, comenzaron a mostrar la verdadera cara del triunfante neoliberalismo capitalista. La crisis del 2008 permitió al capital descargar la responsabilidad sobre los excesos del Estado del bienestar para imponer una fase de capitalismo salvaje y depredador que imposibilita cualquier alternativa política o económica a la que imponen el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y en Europa el Eurogrupo y su instrumento más conocido, la Troika^[10]. Las consecuencias de la crisis no han hecho sino profundizar en el proceso de desmantelamiento de la sanidad y la educación pública, los recortes sociales y las libertades, la conculcación de los derechos humanos, el crecimiento económico ilimitado con sus consecuencias sobre el medio ambiente y la desigualdad social o la focalización de los conflictos bélicos sin fin pero controlados por los Estados Unidos^[11]. De esa forma, los vencedores de la lucha de clases consiguen instalar el miedo en la sociedad como un factor de dominación y de disuasión de cualquier atisbo de resistencia política o social y se disponen a asaltar definitivamente el Estado del bienestar. El escenario nos muestra también a un Fontana que parecía haber perdido el optimismo y la confianza en la transformación social y no vislumbraba «un horizonte

de esperanza para la humanidad». Solo en los dos últimos años de su vida recuperaría una cierta esperanza en la capacidad de la gente de abajo y en los nuevos movimientos sociales para levantarse^[12].

Por su parte Juan Andrade, sitúa al Josep Fontana que aportó una visión renovadora de la Historia «ante su propio espejo» de historiador. Un Fontana que conjuga la investigación con la teoría y que no es ajeno al contexto político en el que realiza sus investigaciones. Esa dimensión política del trabajo de Fontana, definida por el proyecto social al que el mismo aspiraba, se sustentaba en las investigaciones concretas del historiador y no en una reflexión exclusivamente teórica. Para sostener esa idea motriz Andrade centra su atención en cuatro libros^[13], después de conducirnos por las referencias historiográficas de Fontana, por el trabajo de sus maestros, su ambivalencia antes los historiadores de *Annales* o la influencia de marxistas anglosajones como Gordon Childe, Hobsbawm o Thompson de los que siempre alabó sus investigaciones empíricas y la sencillez de una prosa escasamente ornamental. Nos muestra al Fontana que se identificaba con la tradición marxiana que partía del mismo Marx y llegaba a K. Korsch, Lukacs, Gramsci y W. Benjamin, para mostrarse crítico con el estructuralismo althusseriano y la rigidez escolástica de la historiografía soviética, si bien siempre destacaba las excepciones de Lublinskaya, Kossok, Moreno Fragnals o Vilar. También encontraremos las referencias a su rechazo de Spengler y Toynbee o hacia las diversas tendencias historiográficas del posmodernismo.

9.- Josep Fontana «En los inicios de la «gran divergencia», en *Nuestra Historia*, 4 (2017), p. 143.

10.- Véase Yanis Varoufakis, *Comportarse como adultos*, Barcelona, Ediciones Deusto, 2017. La lectura de este libro nos permite entender hasta que punto resulta casi imposible salir airoso de la confrontación con esas instituciones.

11.- Esas consecuencias ya fueron señaladas por Eric Hobsbawm en 1991, ver «Out of the ashes» en *Marxism Today*, abril de 1991.

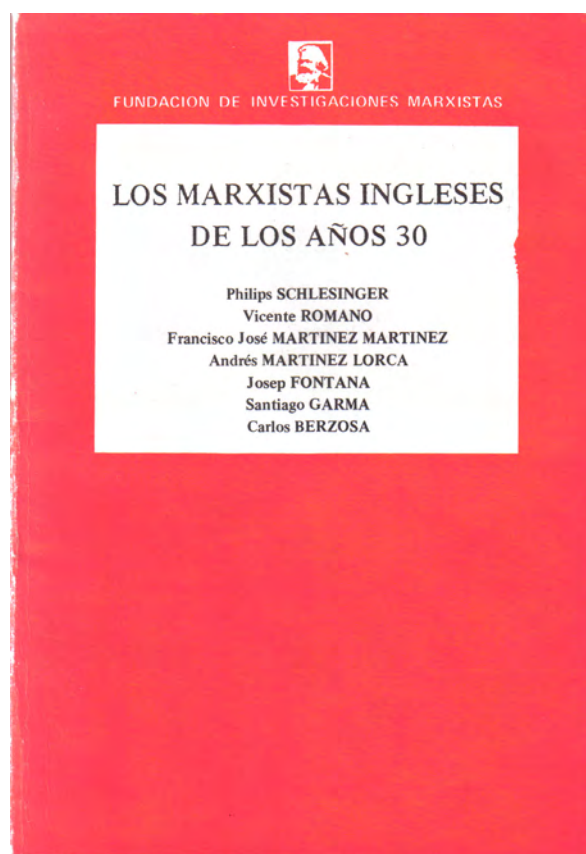
12.- José Gómez Alén, «Entrevista a Josep Fontana i Lázaro», 2017.

13.- Juan Andrade se refiere a *Historia. Análisis del pasado y proyecto social* (1982; *La historia después del fin de la historia* (1992); *Europa ante el espejo* (1994) y *La historia de los hombres* (2000).

Un segundo apartado lo dedica al Fontana que cuestionaba la idea de progreso histórico y que proyectaba su mirada al pasado desde el presente para definir un proyecto económico y social de futuro. La crítica a la idea del progreso forma parte de las reflexiones teóricas de Fontana desde su *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, al igual que sus planteamientos sobre las narraciones del pasado como instrumentos legitimadores del presente y en ese sentido iba su crítica sobre el funcionamiento de la ideología del poder que se proyectaba desde programas, disciplinas académicas y hábitos sociales cotidianos como una concepción interesada del mundo que se difunde desde la intelectualidad. El mismo sentido crítico aplicaba al socialismo real y a la vulgarización del marxismo y con la misma contundencia se enfrentaría al nuevo revisionismo que, en parte, se derivaba de las ideas de Francis Fukuyama, coartada, tras la que, amplios sectores de la intelectualidad se lanzaron a desacreditar toda la tradición marxiana y la misma obra de Marx.

«En la galería de los espejos» Andrade nos sitúa ante el Fontana que se enfrenta de manera desmitificadora a las teorías sobre las que se construyó la idea de Europa y la imagen de una historia auto-narrada por los mismos europeos. Fontana recorre la historia de ese relato desde el rechazo a los otros, al diferente, que en la Antigüedad fueron los barbaros; más tarde los infieles árabes o el inculto campesino de la Edad Media, la época en la tiene su origen esa idea de Europa. De ahí al fracaso de los proyectos imperiales y unificadores y las ideas sobre la pretendida superioridad europea que aún hoy se mantiene en nuestras sociedades y que Fontana cuestionaba.

El último apartado lo dedica a rastrear las propuestas de Fontana en la búsqueda de alternativas y nuevos caminos que



Libro publicado por la FIM en 1988 producto de las jornadas de 1984.

permitan la superación del eurocentrismo. Fontana aboga por una visión renovadora del pasado para reorientar el camino hacia el futuro y encuentra referencias argumentales en Antonio Machado y Walter Benjamín con las que retomar la mirada sobre las clases subalternas para alejarse del eurocentrismo. Se trataría de construir un relato poliédrico y diverso que abandonase las abstracciones analíticas sobre el pasado para ir más allá de la Historia. En ese camino defendía la función social del historiador y la capacidad emancipadora del conocimiento histórico. Proponía recuperar la capacidad transformadora de los grupos subalternos, la diversidad de la historia de las mujeres, recuperar la historia desde abajo y volver la mirada al pasado con los ojos renovadores de una nueva forma de escribir la historia.

De Josep Fontana se seguirá hablan-



Josep Fontana, en una intervención junto a Eric Hobsbawm, José María Bricall, Carlos Martínez Shaw y otra colega, en la década de 1970 (Fuente: blog *La retina del sabio*).

do en el futuro, de una manera similar y salvando las distancias a lo que ocurre hoy con E. Hobsbawm, E.P. Thompson o P. Vilar. Fontana es de los nuestros y forma parte de *Nuestra Historia*, una revista que debe también su nombre al respeto intelectual que nos merecen aquellos historiadores que forman la amplia y diversa tradición historiográfica marxiana. Fontana está ya entre ellos y es autor de una obra tan diversa y amplia que bien merece un estudio crítico en profundidad que aún tiene pendiente la historiografía española. En el futuro, alejados del ruido político ac-

tual, será necesario emprender un trabajo que pueda abarcar los diferentes territorios explorados por nuestro historiador, para poder valorar el verdadero alcance historiográfico de la totalidad de esa obra. A la espera de ese trabajo global, los artículos de este dossier son un buen punto de partida para situarnos ante algunos rasgos generales que caracterizaron las tres vertientes de su trabajo y que, como apunta en su texto Carlos Forcadell, nosotros, también pensamos que, el historiador, el maestro profesor y el editor, resistirán bien el paso del tiempo.

Josep Fontana hoy y mañana: su lugar en la historia de la historiografía

*Josep Fontana today and tomorrow: his place
in the history of historiography*

Carlos Forcadell Álvarez
Universidad de Zaragoza

Resumen

El lugar de Josep Fontana y de su obra en la historia de la historiografía vendrá determinado principalmente por su dimensión, presencia, e influencia profesional a lo largo de más de medio siglo; con el tiempo ocupará en ella un espacio tan consistente como significativo. Esta intervención recuerda y analiza sus tres principales dedicaciones profesionales, docente y maestro, historiador e investigador de gran altura, editor de enorme influencia y repercusión, que desempeñó con rigor, esfuerzo y pasión, y por las que será recordado y resistirá muy bien el filtro del paso del tiempo, y sostiene que sus compromisos ciudadanos y políticos con su presente, como en el caso de otros grandes historiadores, irán teniendo una importancia progresivamente menor a la hora de valorar su obra.

Palabras clave: Josep Fontana, Historia de la Historiografía, enseñanza e investigación de la historia, edición y recepción, historiografía europea, compromiso cívico y político.

Abstract

The place of Josep Fontana and his work in the history of historiography shall be determined mainly by its dimension, presence and professional influence for over more than half a century; it will eventually fill a space of its own which will be as consistent as it is significant. This intervention recalls and analyzes the three main professional occupations that he carried out with rigor, effort and passion and for which he will be remembered and will stand the test of time perfectly: a teacher and a master, a highly prestigious historian and a researcher of recognized international standing and an editor of enormous influence and impact. It also maintains that his civic and political commitment to his present, as it is the case with other great historians, will gradually become less important when evaluating his work.

Keywords: history of historiography, historical research, teaching of history, editor, European historiography, civic and political commitment.

Conviene situar esta evocación atendiendo preferentemente a la dimensión más profesional de Josep Fontana, como profesor y maestro, un auténtico *maître à penser*, en expresión prestada de nuestros vecinos del norte, como extraordinario e irreplicable investigador de nuestro pasado contemporáneo, especialmente del siglo XIX, como editor y difusor de la historiografía europea, más de la británica pero no solo de ella, y editor también, no hay que olvidarlo, de numerosas investigaciones históricas, iniciáticas en muchos casos, como en los de historiadores e historiadoras de mi generación y de las siguientes. Desempeñó esas tres principales dedicaciones profesionales, docente y maestro, historiador de mucha altura, editor de gran influencia y repercusión, con rigor, esfuerzo y pasión, y por ellas será recordado y resistirá muy bien el filtro del paso del tiempo. Se trata de comenzar a situar su obra, lamentable y dolorosamente hoy ya finalizada, clausurada, en la Historia de la historiografía, en la que ocupará un lugar tan consistente como significativo. El paso y el poso del tiempo lo harán en el futuro mejor que nosotros, que estamos más contaminados por la memoria próxima, por nuestra condición de testigos, por las urgencias del presente, incluso por los afectos que nos merecía un maestro que trató a tantas personas con exquisito respeto, generosidad y afectuosa atención y disposición. No es necesario rehuir otros temas más polémicos, intervenciones públicas en debates recientes, algunos, antaño y hogaño, a cara de perro, con otros compañeros de profesión, militancias o presencias públicas ciudadanas de diverso signo entre el pasado y el presente, pero acabarán siendo asuntos más vanos, secundarios y banales, y lo serán más, a no dudarlo, cuando el tiempo por venir vaya construyendo su lugar en la historia de la historiografía española de la segunda mitad del siglo XX.

En todo caso, nuestra perspectiva procura ajustarse más a su dimensión profesional como historiador que enseña, investiga, escribe y difunde.

En las primeras clases de Historia económica que impartíamos desde finales de los años setenta en la recién creada Facultad de Empresariales de la Universidad de Zaragoza, yo recurría a un recurso didáctico muy simple para explicar la genealogía de la Historia Económica entre nosotros: era la llamada «regla de las tres V», Valdeavellano, Vicens y Vilar. Luis García de Valdeavellano (1904), medievalista desde sus contactos con Claudio Sánchez Albornoz en los años treinta, historiador de las instituciones, catedrático de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Complutense desde 1954, había dirigido la tesis de Gonzalo Anes^[1], primer catedrático de Historia Económica de la Universidad española, con quien se formó el primer núcleo de historiadores de la economía en Madrid (Gabriel Tortellá, Leandro Prados...); Pierre Vilar (1906) y Jaume Vicens Vives (1910) alumbraban por su parte la primera historiografía económica elaborada desde las universidades de Barcelona, desde un cruce de influencias en cuya primera generación se encuentran Jordi Nadal (1929) y Josep Fontana (1931), y a partir de aquí una potente comunidad de historiadores y docentes de Historia Económica en Cataluña, que se dio en llamar en tiempos Escuela de Barcelona.

Quienes no tuvimos la oportunidad de conocer a Fontana como profesor ni de asistir a sus clases sí que percibíamos en sus numerosas y variadas intervenciones públicas su vocación por la enseñanza y sus capacidades docentes, con sus dosis de

1.- La defendió en 1966 sobre el tema de «Problemas de la agricultura española en el tránsito del Antiguo al Nuevo Régimen» y la publicó posteriormente como *Las crisis agrarias en la España Moderna*, Madrid, Ed. Taurus, 1970.



Josep Fontana en su despacho en el año 2017 (Foto: Enric Catalá, fuente: eldiario.es).

recursos y cálculos retóricos; por otra parte nadie, que yo sepa, nos ha transmitido cómo era el profesor en sus clases, lo cual forma parte de un hecho más general como es el de que las biografías de los grandes historiadores atienden a cualquier dato o información del biografiado, desde su infancia y formación hasta el despliegue de sus investigaciones, ilustrado, en el mejor de los casos, por correspondencia postal cuando se conserva, relegando del conjunto del paisaje biográfico profesional de un profesor algo tan elemental, previo y significativo como las características de la labor docente, las materias que explicaba y la manera de hacerlo, aspectos que son clave a la hora de establecer redes discipulares, y que suelen estar en el origen de vocaciones, investigaciones, publicaciones, intervenciones públicas...

Podríamos mencionar alguna excepción, con el ánimo de suscitar recuerdos de la docencia de Josep Fontana en muchas generaciones de alumnos todavía activos, referida en este caso a su maestro Vicens Vives, una fuente literaria en la que Esther Tusquets

rememora que «las clases de Vicens Vives eran formidables, solo por ellas merecía la pena haber pasado por la Universidad. Todas las noches leía un libro entero, y a veces lo comentaba al llegar. A mí me encantaban sobre todo sus sorpresas, sus salidas inesperadas, que te tenían todo el tiempo en vilo. Después de haber estudiado a fondo la figura de Napoleón [...] entrabas en clase con la cabeza atiborrada de fechas y datos y Vicens Vives te hacía la primera pregunta: ¿en qué momento empezó a engordar Napoleón? Te descolocaba y te obligaba a rebobinar y empezar de nuevo desde una perspectiva distinta. O después de pasar un rato intentando descubrir por qué había cambiado la actitud de los industriales y de la alta burguesía catalana, tras un encuentro con la Regente, y pasar revista a todos los motivos políticos, y sobre todo económicos, Vicens Vives se reía de nosotros: pero, acaso no habéis visto retratos, ¿nadie se ha fijado en que María Cristina era muy guapa?»^[2].

2.- Esther Tusquets, *Confesiones de una vieja dama indigna*,

Sí que nos consta, por numerosos testimonios personales de alumnos y discípulos, el rigor con que se las preparaba, así como el hábito y la deferencia, trasladada a otras extensiones de la docencia, en forma de conferencias, tribunales de tesis, presentaciones de libros, etc. a las que nunca o muy difícilmente se negaba, de llevar sus intervenciones escritas, independientemente de la magnitud de la convocatoria, desde un congreso académico a centros de estudios locales o institutos de enseñanza media desperdigados por la geografía catalana y española. Tampoco repetía sistemáticamente cursos, materias, programas y temas, en la mejor tradición de los grandes maestros, un *habitus* pedagógico que se va perdiendo entre las exigencias de planes de estudios rígidos, las invitaciones a la comodidad, y el relegamiento de cualquier mérito docente en la construcción de *curriculums* académicos; Fontana tenía, en cierto modo, una concepción y una práctica artesanal de su oficio de historiador, en el que su docencia, como su investigación, eran producto y resultado de un trabajo de lectura, estudio y escritura cuya dimensión a muchos parecía abrumadora, dedicaba mucho tiempo a preparar nuevos programas y asignaturas, de modo que, a título de ejemplo, a su *Europa ante el espejo* (1994), publicada simultáneamente por cinco grandes editoriales europeas en cinco idiomas, le dedicó una práctica docente específica previa en cursos de doctorado durante los primeros años noventa, como será el caso de otras muchas publicaciones, elaboradas desde la práctica y el filtro de la docencia^[3]. Hay que subrayar que los estudios de historia de la historiografía, estimulados por el paso del tiem-

po, han de recurrir a materiales de archivo, guías docentes, expedientes académicos, archivos y correspondencias personales, si los hay, lamentando en muchos casos la desaparición de testimonios personales de los que hubiera sido muy oportuno y útil disponer en su momento.

Como historiador profesional su partida de nacimiento se encuentra en *La quiebra de la monarquía absoluta (1814-1820). La crisis del Antiguo Régimen en España*, cuya primera edición es de 1971, producto de una tesis doctoral presentada el año anterior bajo la tutela y dirección de Fabián Estapé, catedrático de Política Económica en la Facultad de Ciencias políticas y Ciencias económicas de la Universidad de Barcelona, de la que fue Rector entre 1969 y 1971, a la hora de dirigir y presentar la tesis de un historiador ya maduro y acreditado, que había sido expulsado de la misma, junto con otros compañeros, en 1966. El libro desarrollaba un modelo ambicioso de explicación de la crisis del Antiguo Régimen que va mucho más allá de la historia política, pues «la excelente síntesis de Artola lo hace innecesario», e integra con eficacia fuentes y métodos de historia económica y social. Es un producto estricta y cuidadosamente académico, en el que no se esconden presupuestos teóricos de raíz marxista, aun sin hacer en ningún momento un alarde específico de los mismos desde los que buscan los complejos nexos que enlazan la evolución económica y los hechos políticos: «El proceso económico ha influido en los hechos políticos a través de la mediación de los enfrentamientos de clase y de la formación de unas concepciones ideológicas articuladas sobre ellos» (p.13). Ese es el marxismo abierto, aprendido y elaborado desde su estancia juvenil (1956-1957) en la Universidad de Liverpool al lado del historiador modernista John Lynch (1923-

Barcelona, Ed. Bruguera, pp. 343-344

3.- Josep Fontana, *Europa ante el espejo* Barcelona, Ed. Crítica, 1994, en la colección «La construcción de Europa», que se publicaba simultáneamente en Editions du Seuil, Laterza, C.H. Beck y Basil Blackwell (Paris, Roma, Munich, Oxford).

2018)^[4], necesariamente tácito hacia 1970, sobre todo si se pretendía hacer carrera académica, una inserción universitaria que debía pasar casi obligadamente en aquel tiempo por el nuevo territorio disciplinar de la historia económica, pues las facultades de historia, también la de Barcelona, eran reductos de otro régimen que todavía no había quebrado, de tal modo que Josep Fontana pudo obtener en 1974 la cátedra de historia económica de la Universidad de Valencia. A la altura de 1971, los agradecimientos que expresa en el prólogo al libro adquieren la significación de eslabones historiográficos tan significativos como indiscutidos: a quienes le enseñaron el oficio de historiador, Vicens Vives, Pierre Vilar y Ferrán Soldevila..., a compañeros generacionales como Jordi Nadal, a sus primeros alumnos, Ramón Garrabou, Jaume Torras, Nuria Sales..., y «más que nadie me ha ayudado, de todas formas posibles y especialmente con su estímulo Gonzalo Anes», que había formado parte de su tribunal y fue el primer catedrático en el escalafón de la Historia económica.

Ricardo Robledo afirma que *La Quiebra de la Monarquía absoluta* fue uno de los tres libros que «armaron la historia socioeconómica española durante decenios»^[5]. A la hora de su jubilación (2002) se celebraron

en el Institut Universitari d'Historia Jaume Vicens Vives, de la Universidad Pompeu y Fabra, unas jornadas de debate en torno a su obra que se centraron en el análisis de sus principales centros de atención y repercusión historiográfica que, a la sazón, eran la revolución liberal española (Ramón Villares), los temas e historiografía en torno a la historia y la cuestión agraria (Pedro Ruiz), la metamorfosis y características de la Hacienda nacional (Francisco Comín), la crisis y situación del comercio ultramarino con América (Antonio Miguel Bernal)..., es decir, los cimientos del programa de investigación presentes en *La quiebra...*, por los que circuló posteriormente buena parte de su presencia e influencia historiográficas y de su actividad académica en las últimas décadas del pasado siglo. O así se veía hacia el año 2002, incluso desde la universidad catalana, que recabó la colaboración, como relatores de sesiones para el homenaje jubilar, de reconocidos profesionales del conjunto de la geografía universitaria española, y no consideró necesario, entonces, abrir un apartado específico sobre historia de Cataluña o de la «identidad» catalana. Jaume Torras, en la presentación del volumen que recogió estas sesiones, ponía al homenajeado y a su obra como «ejemplo de compromiso con la proyección civil del conocimiento históricos» y alertaba, tempranamente y con buen tino, del riesgo de que el necesario cambio en la producción y en el conocimiento histórico «consista en pasteurizarlo y reducirlo a materia prima de amables e inocuos entretenimientos para el tiempo libre»^[6].

La persona y la obra de Josep Fontana, así como su monumental trabajo como editor, a la luz o en la sombra, son capitales para el proceso de recepción del marxismo

4.- Vid. una pequeña autobiografía intelectual en la entrevista que le hace José Gómez Alén en la revista *Nuestra Historia*, FIM, 2017, nº 3, pp. 163-188: «Fue entonces cuando descubrí, trabajando en la Universidad de Liverpool, la historiografía marxista británica, que vivía en los años cincuenta y sesenta unos momentos de vitalidad creativa, que culminaron con la aparición en 1963 de *The Making of the English Working Class* de E.P.Thompson y con la publicación por Eric Hobsbawm en 1964 del fragmento de los *Grundrisse* de Marx dedicado a las formaciones económicas precapitalistas».

5.- Ricardo Robledo, «Evocación de José Fontana», *Blog De Re historiográfica*, 2018. Los otros dos libros habrían sido *El fracaso de la revolución industrial* de J. Nadal (1974) y *Reforma agraria y revolución burguesa* de Malefakis (1971), los tres publicados por la editorial Ariel.

6.- José Fontana, *Historia y proyecto social*, Barcelona, 2004, Crítica y Universita Pompeu y Fabra, 298 pp.

historiográfico en España a partir de los años sesenta y para la notoria influencia del mismo en la historiografía de las décadas siguientes. El redescubrimiento del marxismo teórico en España está, en gran parte, vinculado al trabajo de Manuel Sacristán como traductor y ensayista. A él se debió la iniciativa de traducir y editar el primer libro de Karl Marx publicado legalmente en España bajo el franquismo, el volumen que, con el título de «Revolución en España», recoge las colaboraciones de Marx y de Engels sobre nuestro país en *New York Daily Tribune*. De 1966 es su segunda edición, con traducción, notas y prólogo revisado del mismo, que mientras trabajaba en ello fue expulsado de la docencia universitaria en 1965, unos meses antes que el propio Fontana. Por entonces Sacristán trabajaba, precisamente, en la editorial Ariel. Como recuerda Gonzalo Pontón, «a principios de aquella década sorprendente» Manuel Sacristán había empezado a colaborar con Ariel y en 1965 nos propuso iniciar «Ariel quincenal», una colección de libros de ensayo, a muy bajo precio, 50 pesetas, en la que se fueron publicando los grandes nombres que se editaban en el mundo exterior: Marx, Keynes, Russell, Adorno, Lange... «La lista de autores que tradujo bajo su propio nombre es impresionante: Marx, Engels, Lukács, Gramsci, Adorno, Hull, Quine, Galbraith, Bunge, Copleston, Havemann, Dutschke, Dubcek, Korsch, Marcuse, Schumpeter, Frege, Piaget, Pigou, Marcuse, Dubcek, Althusser, Chomsky, Galbraith... Tratábamos de remedar con el ensayo la tarea que Javier Pradera estaba llevando a cabo con el «Libro de bolsillo», de Alianza editorial»^[7]. Pocas colecciones tuvieron un papel tan importante en la formación de varias generaciones de jóvenes estudiantes

7.- Gonzalo Pontón, «Tiempo de aprendizaje», en *Artes del ensayo. Revista Internacional sobre el ensayo hispánico*, 1 (2017) p. 247 y ss.

como aquella «Ariel Quincenal», de la que el joven Fontana ya era asesor editorial, que sustituyó, en cuanto a educar en civilización se refiere, a las precarias enseñanzas de las universidades franquistas^[8].

Son unos años con perfil propio en este proceso de oposición intelectual y académica al franquismo, y de conocimiento y penetración de Marx, de todo lo cual Josep Fontana formó parte de forma destacada. En 1968 Alianza Editorial publicó los *Manuscritos. Filosofía y Economía*, de Karl Marx, escritos en 1844 y desconocidos hasta 1932, con traducción y prólogo de Francisco Rubio Llorente, desde el Instituto de Estudios Políticos, pero de Caracas entonces, presidente de nuestro consejo de Estado entre 2004 y 2012. En octubre de 1969 se permitió reabrir a la editorial *Ciencia Nueva*, plataforma temprana de aportaciones y teoría marxista entre nosotros; fue una victoria efímera pues la editorial fue cerrada a finales de 1969. Aquella «década prodigiosa» acabó con un duro estado de excepción en 1969. Y conviene retener y subrayar que los nombres mencionados, Manuel Sacristán, Gonzalo Pontón, Javier Pradera, eran marxistas y militantes comunistas que fueron claves y fundamentales para la recepción del marxismo en la juventud española antifranquista, que ni necesitaban ni podían en aquel momento presentarse como marxistas. En abril de 1976 Gonzalo Pontón, tras aprender el oficio de editor en Ariel, fundó la editorial Crítica, que publicó sus primeros libros en septiembre de aquel mismo año, a la que incorporó sus conocimientos y entusiasmos Josep Fontana, ya catedrático en Valencia, y en plena puesta en marcha de una transición política en la que era urgente compensar muchas carencias, así cultu-

8.- Fontana, militante del PSUC desde 1957, y Sacristán formaban parte del consejo de redacción de *Nous Horizons*, la revista cultural del PSUC, en la que publicó, con seudónimo, sus primeros trabajos.

rales como historiográficas y políticas; en ello tuvo un papel determinante la Editorial Crítica y las publicaciones y traducciones de historia que Pontón y Fontana orientaron durante más de tres décadas, entre 1976 y 2009, una tarea aun continuada por la editorial Pasado & Presente hasta hoy^[9].

La influencia de la editorial Crítica en la enseñanza e investigación de la historia moderna y contemporánea en España y en Latinoamérica en el último cuarto del siglo pasado y en la primera década del nuevo milenio es tan enorme como difícil de evaluar. Constituye una dimensión fundamental de la actividad y del legado intelectual y cultural de Fontana, una larga y coherente tarea que cambió, modernizó y europeizó las reglas de juego de la recepción en España de la historiografía europea y mundial recuperándola de sus atrasos y marginalización: eran los marxistas británicos (Thompson, Rudé, Hobsbawm, Hilton...), pero también los debates centrales de la historiografía europea (Dobb, Brenner), e historiadores franceses como Pierre Vilar, de cuya síntesis de historia de España se llegaron a vender medio millón de ejemplares, o Labrousse, Vovelle o Marc Bloch, alemanes (Kossok), cubanos (Moreno Fraguinals), polacos (Kula), italianos (Cipolla)... etc., pero también la acogida a jóvenes historiadores que presentaban sus primeras investigaciones, doctorales en muchos casos, a finales de los setenta y principios de los ochenta: Maluquer de Motes, Termes, López Garrido, Paniagua, Ángel Viñas..., incluyendo al firmante de estas líneas, un desconocido a quien recibieron Pontón y Fontana en la sede de la editorial después de haberles hecho llegar por correo postal el índice de su tesis, quien recuerda estar

en una sala de espera acompañado de una dama que resultó ser la medievalista Reyna Pastor, recién exiliada de Argentina (1976).

Y son estos los principales legados del trabajo de Fontana quien, en los años setenta y siguientes, en la madurez de su actividad docente, desde la Universidad Autónoma de Barcelona entre 1979 y 1991, y entre las intensas solicitudes de su oficio de editor y empresario, continuó publicando estudios académicos sobre temas específicos de historia económica en torno a la situación de la Hacienda pública española y su relación con la revolución liberal y la política, de modo que llegó a ser el mejor conocedor del estado español, especialmente en la primera mitad del siglo XIX^[10]. Con los años llegaría la hora de la síntesis, que, por lo que se refiere a esta dimensión de su investigación histórica, desembocó en un libro imprescindible sobre el periodo 1823-1834, que «forma parte de un proyecto que inicié hace unos treinta y cinco años con la intención de investigar la crisis del antiguo régimen español» y al que se proponía en el futuro dotar de una dimensión europea sobre los procesos de transformación de las sociedades europeas entre los años 1814 y 1848 «si me quedan tiempo y fuerzas para hacerlo»^[11].

Si la investigación preferente de Fontana se centró, desde los orígenes, en la primera mitad del XIX, cuando llegó el tiempo de las síntesis los horizontes fueron más amplios. El volumen V de la *Historia de Cataluña* dirigida por Pierre Vilar (1988) constituyó un correlato espléndido y bási-

9.- Lo cuenta Fontana en el prólogo al extraordinario libro de Gonzalo Pontón, *La lucha por la desigualdad. Una historia del mundo occidental en el siglo XVIII*, Barcelona, Pasado & Presente, 2016, p. 11.

10.- *Hacienda y Estado en la crisis del antiguo régimen 1823-1830*, Madrid, 1973, Instituto de Estudios Fiscales; *La revolución liberal. Política y Hacienda en 1833-1845*, Madrid, 1977, Instituto de Estudios Fiscales; *La Hacienda en la historia de España, 1700-1931*, Madrid, 1980, Ministerio de Hacienda.

11.- *De en medio del tiempo. La segunda restauración española 1823-1834*, Barcelona, Crítica, 2006.



Libros de Josep Fontana (Foto. José Gómez Alén).

co para sentar las bases de la historiografía sobre la sociedad catalana en este periodo; la dirección de la *Historia Universal Planeta* y su autoría del tomo 10 sobre *La época de las revoluciones* (1991) fue una buena síntesis de manual para el escenario europeo; en 2007 comenzó el ambicioso proyecto editorial coeditado por Marcial Pons y Crítica y codirigido con Ramón Villares, en el que fue autor del volumen 6 sobre «La época del liberalismo», una empresa colectiva, caracterizada por la pretensión común de «ofrecer una obra que represente lo que un grupo de historiadores de comienzos del siglo XXI piensa de la sociedad en la que viven», como se escribe en la introducción general que reproduce cada volumen; la obra parte de una concepción de la escritura de la historia de España que, si no unitaria, sí es lo suficientemente común y compartida como para intentar abordar un relato coherente

del pasado escrito a la altura historiográfica de nuestro tiempo, pensado desde un largo horizonte de experiencia para la mejor comprensión del presente. Todos los autores se proponen «establecer una visión de conjunto del pasado histórico español inspirada en la renovación historiográfica que ha tenido lugar en España desde los años setenta, que sea digna heredera de la tradición democrática y progresista que inspiraba obras como las de Altamira, Artola, Tuñón, Vilar o Vicens»^[12].

Los territorios del historiador Fontana fueron indistinta y cruzadamente Cata-

12.- *La fi de l'antic règim i la industrialització 1787-1868*, Vol. 5 de *Historia de Catalunya* dirigida por Pierre Vilar, Barcelona, Ed. 62, 1988; *La era de las revoluciones*, Vol. 10 de la *Historia Universal Planeta*, Barcelona, 1991; *Historia de España*, Barcelona, Crítica y Marcial Pons, 12 volúmenes, 2007-2013. Sobre esta empresa editorial vid. C. Forcadell, «Una nueva historia general de España para nuestro tiempo», en *Revista de Libros*, 148 (2009), pp. 24-26.

luña, España y Europa, y para trabajarlos hubo de dotarse de una extraordinaria disciplina de trabajo, una gigantesca erudición y un dominio bibliográfico abrumador. Naturalmente que este compromiso profesional iba unido desde el principio a un patente y explícito compromiso social y político, que podía acoplar a lo largo del tiempo a diversas formas y manifestaciones, desde las primeras raíces de su militancia en el PSUC entre 1956 y finales de los años setenta hasta su presencia cerrando la lista de Ada Colau de Catalunya en Comú en las elecciones municipales de 2015, pero siempre fue predominante y radicalmente prioritario lo que quedará y prevalecerá como la clave más central y auténtica de su obra: el cultivo y proyección del oficio de historiador, la pasión por la historia, el pensar históricamente, la capacidad de investigar la historia, de escribirla y difundirla.

En los años ochenta la madurez personal y profesional de Fontana, ya firmemente asentado tanto en la universidad como en el mundo editorial, coincide con un nuevo escenario en el que la transición política, cultural e historiográfica va avanzando, entre visibles resistencias, con más intensidad y rapidez en una Barcelona que está al frente de la renovación universitaria y es la capital editorial española sin discusión, también en la escritura de la historia. Es el momento de la publicación, 1982, de su libro *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, un gran éxito de ventas de la editorial Crítica, de enorme resonancia y, sobre todo, de uso habitual y masivo entre profesores y estudiantes durante los años ochenta. Supone, de algún modo, el tránsito y la superposición de la Historia académica a una paralela historia de combate, manifiestamente militante, posibles ya por el contexto de una naciente democratización política y cultural; el libro de 1982 contrasta muy visiblemente con el más aséptico con el que

había iniciado su incursión en el territorio de la historia de la historiografía: *La Historia*, publicado en 1974 por la editorial Salvat y que es un claro precedente del combativo libro de 1982, en cuya introducción el propio autor ya advertía sobre «la dureza de algunos de los juicios que aquí se formulan y que contrastan con las buenas maneras habituales en el mundo académico» (p.12).

Esa patente dimensión de historia militante ya mereció tempranas críticas, en caliente, de las que casi cuarenta años más tarde hoy encontramos continuidades y ecos, incrementados por la mayor debilidad del marxismo hoy, del marxismo historiográfico en particular. Santos Juliá comparó puntualmente a comentar la novedad en una reseña bibliográfica criticando que «un historiador de primera fila que a tantos enseñó a transitar por nuestro reciente pasado» relegara la historia y la historiografía a una mera función legitimadora y de apoyo del orden social gestionada por los historiadores en cada momento y periodo, entendiendo el discurso histórico y la tarea de los historiadores como herramientas para construir un nuevo proyecto y orden social, un renovado proyecto socialista^[13].

La demanda de que la Historia, «dejara de ser conocimiento libresco para recuperar su legítima función de herramienta para la construcción del futuro» era muy ambiciosa y la militancia teórica marxista muy directa y evidente, de modo que el libro fue criticado desde el momento de su aparición, más privada y discretamente por algunos historiadores, con más alardes y publicidad en otros casos. Ricardo Robledo nos informa que en el «Index» de libros prohibidos por el Opus Dei de 2003 alcanzó el nivel 6 («lectura prohibida. Para leerlo se necesita permiso del padre prelado»); otras

13.- Santos Juliá, «Un viaje en el Oriente Express de la historia», en *El País* (18 de julio de 1982).

publicaciones de Fontana de estos años habían merecido el nivel 5: «No se pueden leer, salvo con un permiso especial de la delegación»^[14]. En el campo de batalla de la Historia no faltaban combatientes.

Fontana ponía su enorme erudición y saber histórico al servicio de cierta urgencia militante que consideraba necesaria a principios de los años ochenta, cayendo en ocasiones en juicios demasiado sumarios y poco documentados. De los historiadores alemanes, escribe, por ejemplo, que «lo que en Alemania recibe el pomposo nombre de Historische Sozialwissenschaft no es mas que el viejo historicismo rejuvenecido con trasplantes de sociología conservadora norteamericana, controlado por el rígido sistema de vigilancias y censuras ideológicas heredadas del nazismo, que siguen en plena vigencia hoy» (p. 173); en el índice onomástico del libro se buscará en vano nombres como Koselleck, Wehler, Kocka, Pühle, y ni siquiera aparecen los jóvenes historiadores de la vida cotidiana, izquierdistas críticos con la Sozialgeschichte de sus mayores más enraizada en tradiciones demócratas y socialdemócratas (Kriedte). Yo mismo pude ser testigo de cómo Juan José Carreras le comentó con posterioridad, privadamente y con discreción, estas ausencias y estas descalificaciones simplistas, y de cómo Josep Fontana asumía su desconocimiento y apresuramiento en este

y en otros casos. Leído hoy, el libro adolece de esa condición militante y combativa, que del mismo modo que le proporcionó un impacto indudable en una coyuntura histórico cultural determinada, le ha hecho desaparecer de los estudios más acreditados de historia de la historiografía, aunque fue importante para la generación de estudiantes e historiadores de los años ochenta, para los profesores universitarios y docentes de enseñanza media que lo usábamos y recomendábamos. Fontana no oculta su convicción y objetivo: «el último capítulo de este libro se dedicará, precisamente, a la necesidad de repensar nuestros análisis del pasado para que podamos construir sobre ellos un nuevo proyecto socialista» (p. 246), y en su párrafo final llamaba a «rehacer la historia del capitalismo, no como una fase en el desarrollo de las fuerzas productivas, sino como una etapa en el de las formas de explotación, para entenderlo mejor y combatirlo más eficazmente» (p. 263), una historia militante que con el tiempo ha envejecido irremediabilmente.

Pero Fontana nunca renegó de su marxismo historiográfico, como puede apreciarse en una de sus últimas intervenciones orales y escritas, en la que reconoce las influencias del marxismo británico, de Gramsci, o de Walter Benjamin, «que volvió a poner en circulación la exigencia de una historia no lineal»^[15], algo bien evidente también en las dos notables síntesis divulgativas a las que dedicó sus últimos esfuerzos, en las que no ocultaba su compromiso con una determinada forma de interpretar el pasado unida a la necesidad y propuestas de su transformación, dos gruesos volúmenes en los que desplegaba una no menos combativa historia de la guerra fría y una historia del mundo desde 1914, dos balan-

14.- Ricardo Robledo, «Josep Fontana 1931-2018. Historia y compromiso social» Blog *De re historiográfica*, septiembre 2018. Se refiere a *La crisis del Antiguo Régimen (1808-1833)*, Barcelona, Crítica, 1979, donde critica con dureza a la escuela de Pamplona de los historiadores del Opus Dei (Federico Suárez). Ricardo Robledo ha contribuido destacadamente, por encima de las retóricas necrológicas, a fijar el lugar de Fontana en territorios propios de la historia de la historiografía económica: «Josep Fontana y la Historia Económica» en *Investigaciones de Historia Económica*, vol. 14 (octubre de 2018) y «El infatigable zapador: la historia agraria de Josep Fontana» en *Historia Agraria*, 76 (2018), constituyen dos volúmenes imprescindibles.

15.- «La formación de un historiador marxista» en *Nuestra Historia*, 5 (2018), pp. 11-14.

ces finales que lo convierten en una especie de Hobsbawm español^[16].

Parece que entre los materiales inéditos que deja Josep Fontana se encuentra un libro que, con el inequívoco título de «La crisi com a triomf del capitalisme», editará próximamente Tres i Quatre y que presumiblemente reflejará la coherencia de sus análisis históricos y de su compromiso político casi cuatro décadas después del aldabonazo que dio con su *Historia* en 1982.

Por otra parte, conviene señalar que en los últimos años asistimos a un cierto retorno a Marx, pues los riesgos sistémicos que han acompañado a la crisis de 2008 han recuperado algunos elementos de la crítica económica y política de Marx a la sociedad de su tiempo, aunque esto es menos visible en el terreno historiográfico: hoy, desactivada la dimensión política del marxismo, es más habitual un reconocimiento generalizado sobre el hecho de que las aportaciones del marxismo al método histórico y a la práctica historiográfica contemporánea han sido innegables y de gran envergadura, incluso para quienes han escrito historia alejados de una identidad «marxista». Alguien tan poco «marxista» como Toni Judt, y con anterioridad a la crisis de 2008, a la vez que echaba en cara a Hobsbawm la persistencia de sus convicciones o militancias comunistas, escribía: «Sin embargo hoy las cosas están volviendo a cambiar. Vuelve la cuestión social de tiempos de Marx, cómo abordar y superar las enormes disparidades de riqueza y pobreza, las vergonzosas desigualdades en salud, educación y oportunidades... [...]. No hace falta ser marxista para reconocer que lo que Marx y otros denominaban ejército de reserva de mano de obra esta resurgiendo en todo el mundo... Así, al

mismo tiempo que perdemos de vista al comunismo, la caída de la URSS ha librado a Marx de sus herederos y nos ha liberado a nosotros, y probablemente crecerá el atractivo moral de alguna versión renovada del marxismo»^[17].

Un historiador alemán de la historiografía, de común reconocimiento entre la profesión, Lutz Raphael, resume y sintetiza en su síntesis de historia de la historiografía en el siglo XX que «la investigación histórica marxista constituye, sin duda, la mayor corriente en el seno de la ecumene de historiadores [...], la investigación histórica marxista se convirtió en el siglo XX en el competidor mas importante del modelo liberal de progreso, y, a su vez, en heredera»^[18]. Se puede constatar un cierto y visible retorno a Marx en el despliegue de un nuevo pensamiento crítico, así como que determinadas críticas académicas y políticas al capitalismo actual recuperan no pocos elementos de la crítica económica y política de Marx a la sociedad de su tiempo; no se esconden ni necesitan ocultarse, algo que parece más difícil encontrar entre los historiadores en general, como atemorizados por reconocer hoy el papel y la influencia de Marx en la concepción y en la práctica de los fundamentos del método histórico hasta hoy, temerosos de que solo su nombre, o el de marxismo, los pueda asociar con cementerios y cadáveres políticos. De modo que, en la actualidad, el relegamiento del marxismo en la historiografía -una especie de terra incógnita para los jóvenes historiadores o para seniores más olvidadizos que disidentes- puede ser considerado una desaparición debida a una derrota política e intelectual, aunque los más optimistas (Hobsbawm) interpretaron que

16.- Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945, Barcelona, Pasado & Presente, 2011, y En el siglo de la Revolución. Una historia del mundo desde 1914, Barcelona, Pasado & Presente, 2017.

17.- T. Judt, *Sobre el olvidado siglo XX*, Madrid, Taurus, 2008, p. 143.

18.- L. Raphael, *La ciencia histórica en la era de los extremos*, Zaragoza, IFC, 2003, p. 133.



Josep Fontana y Carlos Forcadell en una conferencia en 2009 (Foto cedida por C. Forcadell).

buena parte del método histórico marxiano y de sus aportaciones se han integrado de modo natural y acumulativo en la práctica historiográfica hasta tal punto que ya no es necesario reclamarse del mismo, convertido en una referencia callada, una *tradition cachée* (Enzo Traverso)^[19]. Tampoco hay que olvidar que hoy, cuando en la historiografía y en la crítica cultural actuales se hace cada vez más visible la conexión entre las nociones de clase, raza y género: «los marxistas y sus organizaciones estuvieron en vanguardia de las tres mas importantes luchas de la modernidad contemporánea: la resistencia al colonialismo, la emancipación de las mujeres y el combate contra el fascismo»^[20].

El legado de Josep Fontana a la historia de la historiografía se compone de esas dimensiones señaladas de docente y maestro, historiador y editor, es y será tan abultado como indiscutible, echará al olvido opiniones o pronunciamientos recientes, suscitados por presentes más o menos efímeros, que han sido objeto de manipulaciones simplistas a uno y otro lado de la barrera del «Procés» en el barullo de la actualidad^[21]; el paso y el poso del tiempo irá borrando el recuerdo de sus compromisos ciudadanos y políticos, como ha sucedido para los casos de otros historiadores eminentes del ayer próximo o lejano, quedando sus aportaciones al conocimiento del pasado y su ejemplo de pasión por el oficio de historiador.

19.- C. Forcadell, «Cultura obrera, historiadores y marxismo: de la clase a la identidad», en J. Gómez Alén (ed.), *Historiografía, marxismo y compromiso político en España. Del franquismo a la actualidad*, Madrid, Siglo XXI, 2018, pp. 155-173.

20.- T. Eagleton, *Por qué Marx tenía razón*, Barcelona, Ed.

Península, 2015, p. 205.

21.- El libro que fue objeto de más críticas por parte de la profesión historiográfica fue *La formació d'una identitat. Una història de Catalunya* (2014). Su autor nunca cruzó, en sus últimas entrevistas, la barrera del soberanismo y más bien se opuso a los proyectos e ilusiones independentistas.

Los objetivos compartidos. Nota de homenaje a Josep Fontana, historiador marxista y maestro de historiadores

Shared objectives. Some words of tribute to Josep Fontana, a Marxist and master historian

Rosa Congost
Universitat de Girona

Resumen

Josep Fontana definió el magisterio recibido de Pierre Vilar como un magisterio vivo y presente, «que se define por los objetivos compartidos», en una clara alusión a su marxismo. Partiendo de esta definición, la autora, a partir de unas cartas cruzadas en 1974 en torno a Febvre, destaca la sinceridad y la complicidad intelectual como elementos articuladores de la larga y sólida relación entablada entre ambos historiadores y valora y agradece, a partir de su testimonio personal, la presencia de ambas facetas en la forma de ejercer el magisterio de Josep Fontana.

Palabras clave: Josep Fontana, Pierre Vilar, historiografía, marxismo.

Abstract

Josep Fontana defined the teaching received from Pierre Vilar as alive and present, a teaching «which is defined by the shared objectives», in a clear allusion to his Marxism. Based on this definition, the author, from some letters exchanged in 1974 around Febvre, highlights the sincerity and the intellectual complicity as pivotal elements of the long and solid relationship forged between both historians and acknowledges and appreciates, from her personal testimony, the presence of both aspects in the way Josep Fontana used to teach.

Keywords: Josep Fontana, Pierre Vilar, historiography, Marxism

Participar en un homenaje a Fontana hoy y aquí, hace que me sienta un poco extraña y a la vez bastante cómoda. Me explicaré. Extraña, porque hace demasiado poco tiempo que él era mi confidente en este tipo de actos. En los últimos tiempos, en los que, a causa de su salud, ya no podía visitarle a su despacho, me había acostumbrado a enviarle todos los textos que escribía. «Será una manera de mantener el contacto», le dije. Todo eso es demasiado reciente. No obstante, mi estimación por Fontana era y es demasiado grande para no aceptar la invitación a participar en esta mesa redonda, cuando los organizadores de este Congreso me lo pidieron, aprovechando mi presencia ayer aquí para hablar sobre Pierre Vilar^[1]. En seguida, además, percibí con claridad algunas circunstancias que facilitaban mi intervención. La primera: el hecho de que Josep Fontana, como Pierre Vilar, no hubiera renegado nunca de su marxismo. Esto hacía especialmente cómoda mi participación aquí; la segunda: el hecho de que Josep Fontana, en muchas ocasiones, reconociera y hablara de sus maestros. Esta circunstancia también hace que me resulte más fácil a mí, en calidad de discípula suya, hablar de él como maestro. La tercera: el hecho de que con mi maestro Josep Fontana compartiéramos el magisterio de Pierre Vilar. No sólo de lejos. Tuve el privilegio de seguir de cerca esta relación.

Dividiré mi intervención en dos partes. Las dos tendrán un marcado carácter personal, pero no he sabido hacerlo de otra manera. En la primera, hablaré de la relación de Josep Fontana y Pierre Vilar. En la segunda, hablaré de mi relación intelectual con Josep Fontana. Como veréis, terminaré esta segunda parte volviendo a hablar de Pierre

Vilar, lo que facilitará el enlace de mis palabras finales con esta introducción.

Fontana no se cansaba de repetir que había tenido la suerte de contar con tres maestros: Ferran Soldevila, Jaume Vicens Vives y Pierre Vilar^[2]. De los tres, tan solo uno — Pierre Vilar — era y se consideraba, como él, marxista. Este hecho ya nos da una idea de cómo él entendía el rol de un maestro. Es evidente que se trataba de algo distinto a la transmisión de un método o de una determinada manera de pensar. Estos días he estado releendo las cartas que Vicens Vives le había enviado durante la década de 1950 y he entendido porque Josep Fontana siempre lo reconoció como maestro, a pesar de sus profundas diferencias ideológicas^[3]. Un maestro es sobre todo una persona que anima a sus discípulos a sacar lo mejor de uno mismo. Las cartas de Vicens Vives a Fontana demuestran sus desacuerdos académicos, pero también que Vicens Vives apreciaba la sinceridad del joven discípulo y estaba interesado en que siguiera su propio camino del modo más brillante posible.

Es por esa misma razón, pienso, que muchos historiadores no marxistas se auto-proclaman discípulos de Josep Fontana. Como él lo hacía respecto de Vicens Vives. Pero aquí, en un congreso sobre Marx, estamos invitados a hablar del historiador marxista y tal vez sea más interesante señalar que algunos historiadores que se consideran marxistas piensen que Fontana no lo era, o que había dejado de serlo a partir de un momento determinado. No es mi punto de vista. Por eso he querido empezar recordando aquí y hoy que él no renegó nunca de su marxismo. Y sabía, como todo marxista,

1.—Me refiero a mi intervención «Pensar históricamente. Reflexiones sobre el marxismo de Pierre Vilar» en la Mesa redonda sobre Historiografía marxista que tuvo lugar el día 4 de octubre de 2019, en el mismo congreso.

2.—Por ejemplo, en una de sus últimas publicaciones, Josep Fontana, *L'ofici d'historiador*, Girona, Publicacions de la Càtedra Ferrater Mora, 2018.

3.—Clara, Jose; Cornellà, Pere; Marina, Francesc y Simon, Antoni (cur.), *Epistolari de Jaume Vicens Vives*, Girona, Cercle d'Estudis Històrics i Socials, 1998.



Josep Fontana junto a Rosa Congost, Pierre Vilar y el nieto de este, París 1996 (Foto: Jean Vilar).

que la compatibilidad entre serlo y recibir honores académicos solo acontece en raras ocasiones. Si Fontana, en algún momento de su vida, tuvo que elegir entre seguir sus propios principios y recibir honores académicos, eligió la coherencia consigo mismo, es decir, continuar siendo marxista. Porque era sobre todo esta coherencia lo que él valoraba de cada uno de sus maestros, y lo que le habían inculcado. Por suerte, esta opción, que en su caso implicaba ir siempre contra los poderes establecidos, no le impidió trabajar ni condicionó la publicación de ninguna de sus obras. Esta es la gran suerte que hemos tenido sus discípulos y especialmente, ahora sí, aquellos discípulos que nos consideramos marxistas. Porque a diferencia de él, que reconocía haber hecho todo su aprendizaje de historiador al margen de la Universidad, los de nuestra generación, los que estudiamos Historia en los inicios del postfranquismo, pudimos aprender de él y de otros referentes marxistas haciendo

nuestro currículum académico.

Partiendo pues de la consideración y la reivindicación de Josep Fontana y Pierre Vilar como historiadores marxistas, puedo decir que tuve la oportunidad —el privilegio— de conocer de primera mano la manera como Fontana ejercía dos roles: el rol de discípulo respecto del maestro Pierre Vilar —que será, como he dicho, el tema de la primera parte— y el rol de maestro, esta vez a través de mi propio ejemplo, que constituirá el tema de la segunda parte.

Empecemos por la primera faceta. El 2004, en un homenaje a Pierre Vilar, un año después de su muerte, en París, Josep Fontana, en un texto significativamente titulado «Actualidad de Pierre Vilar, actualidad del marxismo», afirmó seguir considerándolo su maestro «no en el sentido de una influencia recibida en el pasado en mi formación —dijo— sino en el de un magisterio aún vivo y presente, que se define sobre

todo por unos objetivos compartidos»^[4].

Intervine, me parece que de manera decisiva, y en todo caso efectiva, en el mantenimiento de unas relaciones fluidas entre Josep Fontana y Pierre Vilar en su última fase, cuando existía el peligro de que, debido a la avanzada edad de Pierre Vilar, el contacto se interrumpiera. A través de llamadas por teléfono, primero, hechas conjuntamente aprovechando mis visitas al Institut Vicens Vives de la Universitat Pompeu Fabra, donde Fontana tenía su despacho y, después, de visitas conjuntas al domicilio de Pierre Vilar, en París. Fontana ha dicho en diversas ocasiones, con razón, que en las conversaciones mantenidas con Pierre Vilar solían hablar mucho más del presente que no del pasado. Yo puedo dar testimonio de que también hablaban sobre Diderot y sobre Victor Hugo. En aquellas visitas compartidas, pude comprobar la admiración viva entre los dos historiadores. También es cierto que cada uno de ellos seguía con gran interés lo que escribía el otro y quería conocer su opinión que, al menos en los casos que viví de cerca, desde 1988, siempre fue favorable.

Hacía muchos años que se había iniciado la relación entre ellos, a fines de la década de 1950. De aquel primer contacto, Fontana siempre conservaría y recordaría la larga carta de Vilar donde le decía, en forma de consejo y advertimiento ante una propuesta de investigación hecha por aquel joven recomendado por Vicens: «no es una ciencia fría lo que queremos, pero es una ciencia». En aquel homenaje a Vilar de 2004, Fontana reprodujo éste y otros fragmentos de aque-

lla carta, y también señaló que, repasando el conjunto de su correspondencia con el historiador francés, había podido comprobar y recordar que no siempre habían estado de acuerdo en las cuestiones referidas a la historia y a la historiografía. En concreto, explicó, había constatado «un rechazo indignado a la manera como yo trataba la figura de Febvre, a quien siempre reconoció como maestro».

El acceso a la correspondencia de Vilar, facilitado por la familia, me permitió conocer otra carta, que permite comprobar que la sinceridad presidió sus relaciones también en la etapa de madurez, cuando Fontana ya había publicado su tesis doctoral y acababa de publicar el artículo titulado «Ascens i decadència del'escala dels *Annales*»^[5]. La carta de Fontana, escrita el 1974, es la respuesta a la carta recordada por Fontana treinta años después, cuando Vilar le había hecho notar su desacuerdo con la manera de referirse a Febvre en aquel artículo. Josep Fontana, a sus 42 años, le decía a Vilar, que ya había cumplido los sesenta y ocho: «Me temo que usted se deja guiar más por el afecto que por la razón cuando quiere ver un Febvre libre de toda tara». Y un poco más allá: «Entiendo que he tocado puntos que le afectan personalmente y que usted reacciona ante el ataque a un maestro. Yo también lo haría si alguien atacara a los míos, entre los cuales usted ocupa un lugar relevante». La incómoda situación en la que se hallaba, condujo a Fontana a hacer un alegato en defensa de la sinceridad en las relaciones discípulo-maestro, como vía necesaria para garantizar su perdurabilidad: «A pesar de su irritación conmigo, sé que las discrepancias de fondo son mucho menores de lo que tal vez haya creído usted ahora. Pero he tratado siempre de ser sincero, hasta con mis

4.-Josep Fontana, «Actualidad de Pierre Vilar, actualidad del marxismo», en Aron Cohen, Rosa Congost y Pablo F. Luna (coord.), *Pierre Vilar: una historia total, una historia en construcción*, Granada, Universidad de Granada, 2006. El libro recoge los trabajos presentados en la jornada del Atelier Pierre Vilar, celebrado en Nanterre el 1 de octubre de 2004.

5.-Josep Fontana, «Ascens i decadència de l'Escola dels *Annales*», *Recerques*, 4, 1974, pp.283-298.

maestros, a costa de enfadarlos. A Vicens cuando defendía Vilar. O a Vilar cuando me ha tocado atacar a Febvre».

Pero si hoy, en este acto, me limitara a destacar los aspectos personales —y, en cierta manera, anecdóticos— del que seguramente fue el máximo punto de fricción vivido entre mis dos maestros, sentiría que estoy faltando a su magisterio. Por esta razón, el último fragmento de aquella carta que he elegido hace referencia a una faceta más universal, porque atañe a todos los que nos dedicamos profesionalmente a la historia y, en especial, a la educación universitaria. Decía Fontana, en 1974: «Febvre, el Febvre de los últimos años sobre todo, sigue haciendo las funciones de maestro en teoría, y el suyo es un magisterio peligroso en un mundo de confusión ideológica como el de los historiadores. Hablando con los estudiantes, con los jóvenes, me creo en la obligación de decirles que tienen que leer los escritos teóricos de Febvre con mucha precaución, porque bajo un estilo brillante, bajo las invocaciones a la vida y al hombre, se hallan las simientes de la cosecha que hoy siguen los Le Roy Ladurie, Chaunuy Levy Leboyer».

Si hubiera conocido esta carta mientras Vilar aún vivía, se la hubiera recordado, a los dos, en uno de los encuentros en París^[6].

6.— Cuando mostré esta carta a Fontana, él reconoció que habían sido unos momentos de tensión, pero que más tarde todo se había aclarado entre ellos. Imagino su sonrisa el día que escuchó a Pierre Vilar pronunciar, unas dos décadas después, en una conferencia en la Universitat Autònoma de Barcelona, estas palabras: «Freqüentment lamento no tenir el temperament —i el talent— de Josep Fontana quan denuncia tals errors al si de tal escola històrica. El to dels seus mals humors em recorda sovint el de Febvre i el de Marx», «Records i reflexions sobre l'ofici d'un historiador», *Reflexions d'un Historiador*, València, Publicacions de la Universitat de València, 1992, pp. 69-90. Vilar, por su parte, también hubiera sonreído si yo le hubiera mostrado y le hubiera leído el breve prólogo de Josep Fontana de la recién reedición de Lucien Febvre, *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel, 2017.

Porque personalmente, no estoy segura que la estimación personal fuera el único motivo de la defensa de Febvre por parte de Vilar. Cuando Fontana hablaba de la influencia negativa que podía ejercer el estilo brillante de Febvre en los jóvenes inquietos era porque él, siendo joven, había sucumbido a esta influencia^[7]. Además, en 1970 Ariel Quincenal había publicado en castellano, seguramente a propuesta del mismo Fontana, una primera edición, parcial, de una selección —llevada a cabo por el mismo Fontana— de textos del libro *Combats pour la Història* y en agosto de 1974 ya había salido al mercado la tercera. Pero en aquellos momentos, en Francia, Febvre se hallaba lejos de ejercer una posición de faro intelectual y, en el momento de la carta, Vilar ya había publicado en los *Annales* su «ensayo de diálogo» con Althusser, donde contraponía Febvre a Foucault, y al mismo Althusser, porque intuía que en aquellos momentos el impacto de estos dos autores entre los jóvenes podía ser especialmente —y preocupantemente— adormecedor^[8]. Exactamente, en el fondo, por la misma razón por la que Fontana atacaba a Febvre y, a partir de él, la deriva que, en su opinión, habían iniciado los *Annales*. El artículo que no había gustado a Vilar era, como el mismo Fontana le explica, el primer borrador del capítulo sobre los *Annales* que aparecería años más tarde en el

7.— En 2001 Josep Fontana lo explica así: «Quan vaig conèixer Vicens era jo qui jurava pel nom de Lucien Febvre —errors de joventut, dels quals m'he penedit, almenys en part, a temps— un home, Febvre, per qui em va semblar endevinar que Vicens no acabava de tenir simpatia», «L'epistolari de Jaume Vicens Vives: notes de lectura», *Manuscrits*, 19, pp.157-162.

8.— Pierre Vilar, «Histoire marxiste, histoire en construction, Essai de dialogue avec Althusser», *Annales E.S.C.*, 1973, 28-1, pp.165-198. «Historia marxista, historia en construcción. Ensayo de diálogo con Althusser». Puede verse la edición castellana de este artículo en Pierre Vilar, *Economía, Derecho, Historia*, Barcelona, Ariel, 1983, pp.174-228.

libro *Historia*^[9]. Es significativo que en este libro no aparezca aún ninguna referencia a Foucault ni a Althusser. Sin duda, Fontana no los consideraba aún dignos de tener en cuenta, como sí hará en *La historia de los hombres*^[10]. Sin duda, hay un importante desfase entre lo que estaba ocurriendo en la historiografía francesa y la española en aquellos años. Pero aun así podemos comprobar que, en los momentos de máxima tensión, los dos historiadores compartían un mismo objetivo: ambos pensaban en su magisterio, en sus estudiantes. Sería injusto y un poco mezquino por mi parte si no hiciera notar, teniendo en cuenta la fecha —1974— que estaban pensando en nosotros, es decir, en la generación de historiadores, entonces estudiantes de historia, a la cual yo pertenezco.

Hemos visto que en aquella carta, Josep Fontana, a sus 42 años, afirmaba que una de las cosas que caracterizaban las relaciones discípulo-maestro era la sinceridad entre ellos. La sinceridad constituirá también el eje de la segunda faceta que ya he avanzado que me proponía tratar en mi intervención, esta vez a partir de mi humilde persona: la manera de ejercer como maestro, y ahora sí, específicamente como maestro que se reclama del marxismo, de Josep Fontana. Lo que pide este maestro a su discípulo no es solo que trabaje, sino que lo haga con espíritu crítico y que sea capaz de plantear problemas históricos que ayuden a combatir las maneras dogmáticas que a menudo se esconden detrás de los discursos académicos.

Voy a ejemplificarlo en el que ha constituido y aún constituye el tema central de mis investigaciones históricas, la propiedad de la tierra. He dedicado mis esfuerzos a re-

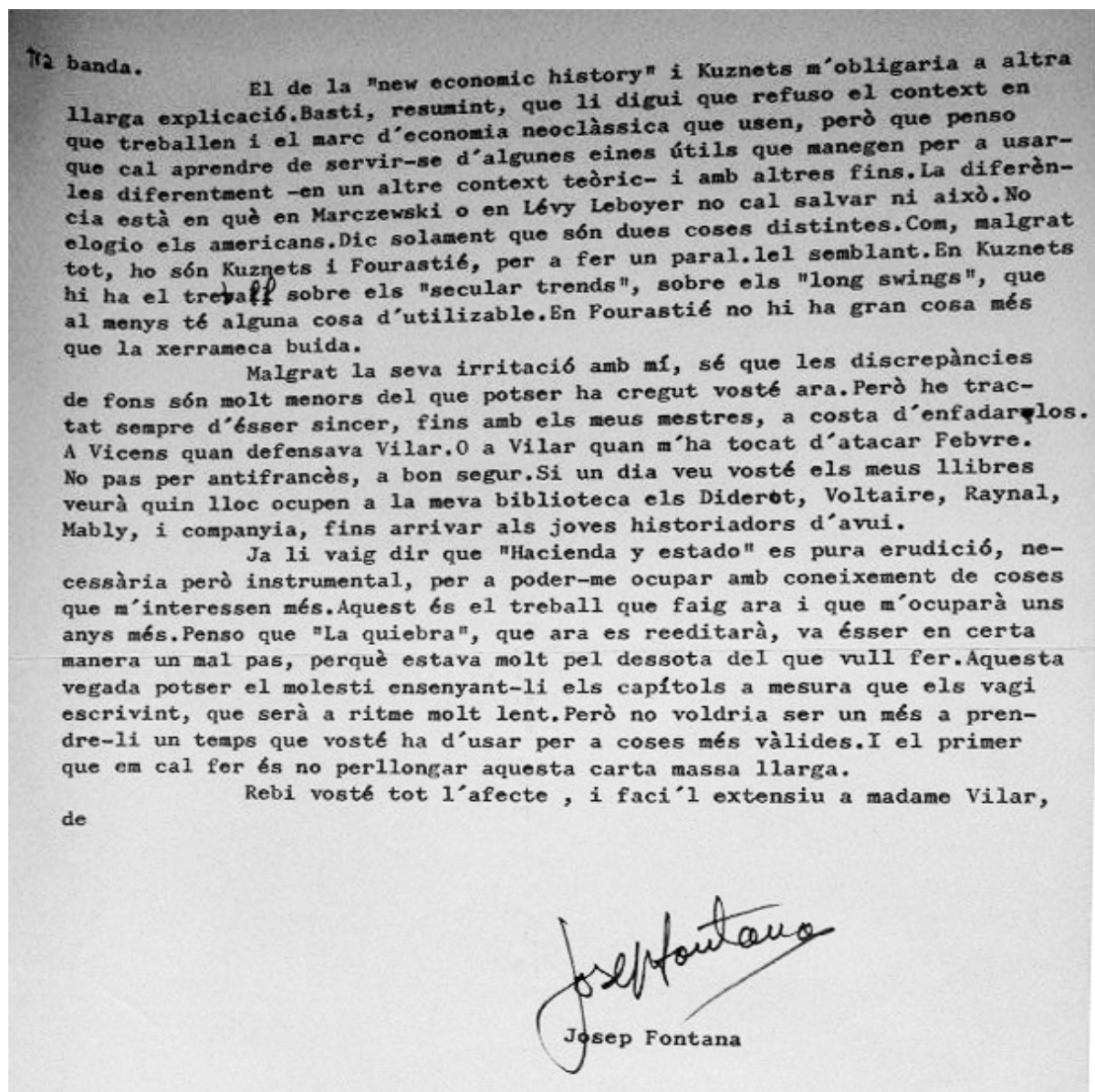
flexionar sobre la necesidad de enfocar esta temática desde una perspectiva que yo considero marxista pero que no era la manera habitual de enfocar el problema, ni entre los no marxistas, ni entre los marxistas. Me parecía, cuando empecé a extraer los primeros resultados de mis investigaciones, que esta era la principal función —crítica— de un historiador marxista. Pero muy pronto me vi rodeada por algunos colegas que se decían discípulos de Fontana y de Vilar que me advertían de lo disgustados que estarían estos historiadores cuando me leyeran. Afortunadamente, no les hice ningún caso. De hecho, ni tan solo llegué a plantearme si debía hacerles caso. ¿Por qué Fontana y Vilar iban a molestarse con los razonamientos que yo hacía, si yo me sentía discípula suya haciéndolos y me parecía, además, que compartía con ellos la manera plantear y analizar los problemas y la voluntad de resolverlos?

Josep Fontana fue conociendo, desde el primer momento, desde finales de la década de los años 80, cuando presidió mi tribunal de tesis, de forma puntual, pero continuada, mis trabajos y mis argumentaciones. En ningún momento yo dejé de decir lo que pensaba, aunque no coincidiera con lo que hasta aquellos momentos había dicho Josep Fontana y aunque lo volviese a tener ante mí presidiendo otros tribunales, como sucedió en mi titularidad y en mi tribunal de cátedra, en 1995. Entre nosotros no hubo ningún conflicto. Al contrario. Él respondió y reaccionó en todas las ocasiones mostrándose interesado por lo que yo decía y queriendo conocer los trabajos que iba desarrollando. Hasta este año, hasta su muerte.

De hecho, si se va siguiendo lo que Fontana ha ido publicando en relación a muchos temas, es fácil comprobar como el mismo iba evolucionando y no decía las mismas cosas que había dicho unos años antes. Para mí, en eso también ha sido el modelo a se-

9.— Josep Fontana, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica, 1982.

10.— Josep Fontana, *La història dels homes*, Barcelona, Crítica, 2000. La versión en castellano, *La historia de los hombres*, Barcelona, Crítica 2005.



Final de la carta de Josep Fontana a Pierre Vilar, agosto de 1974 (Imagen cedida por R. Congost).

guir. Pienso que podría aplicarse a muchos de los temas tratados por Fontana, pero entenderéis que continúe con mi ejemplo. En las últimas décadas, la extrema especialización y sectorialización de los estudios históricos ha dificultado la tarea de seguir la evolución de los trabajos de un historiador tan prolífico como Fontana en todos sus campos. También en los estudios sobre la propiedad de la tierra. Muchos años después, algunos admiradores incondicionales de Fontana, que habían canonizado sus escritos de los años setenta, se escandaliza-

ban de que alguien como yo se atreviese a criticar aquellos escritos. Conservo algunas cartas que dan testimonio de ello. Al mismo tiempo, algunos de los detractores incondicionales de Fontana, no necesariamente anti-marxistas porque, como Pierre Vilar, Fontana también tenía detractores entre los que se consideraban marxistas, aplaudieron algunos de mis escritos precisamente porque les parecía que desmentían a un Fontana demasiado influyente. Fontana conocía estas críticas, tanto las que iban dirigidas a mí como las que iban dirigidas a él, pero ello

no le impidió ser uno de mis principales valedores, como editor, de mis trabajos. Nunca dejé de citarlo críticamente si me parecía que haciéndolo podían entenderse mejor mis argumentos. Nunca, ni en público ni en privado, me lo recriminó.

Explico esto porque estos días he leído a historiadores que aseguran que Fontana era un historiador dogmático y contrario al espíritu crítico. Y, sobre todo, porque le estoy muy agradecida. Yo no descarto que a Josep Fontana no le complaciera alguna de aquellas citas, pero en este caso tuvo el tacto de no hacérmelo notar, ni en público ni en privado, tal vez porque conocía mi estimación por él y sabía que una crítica suya podía influir en mi producción académica e intelectual, que él, como hacen los buenos maestros con sus discípulos, siempre estimuló.

Esta última reflexión me permite terminar esta intervención reivindicando esta otra faceta del maestro Josep Fontana, que tantos otros han elogiado: me refiero a su generosidad y a su disposición a dedicar horas al trabajo de sus discípulos. Como me parece que ha quedado claro, no fue en mis estudios sobre la propiedad de la tierra, escritos en total libertad, donde conocí esta faceta, pero la viví plenamente en mis escritos sobre Pierre Vilar. El relato de esta experiencia personal me permitirá enlazar con la primera parte de mi exposición, dedicada a las relaciones entre Vilar y Fontana.

Desde su visita a Girona para participar en un curso de verano de 1988, pocos meses después de leer mi tesis que, tras la insistencia de la historiadora Núria Sales, se llevó consigo a París, establecí una relación estrecha con Pierre Vilar. Ello explica que cuando, en 1990, desde la revista *Anthropos* me pusieron en contacto con él para dedicarle un número monográfico, él propusiera mi nombre para ofrecer un esbozo de biografía intelectual. Dediqué bastantes horas a escribir un texto de unas treinta pá-

ginas, donde abundaban las referencias al marxismo de Vilar. El mismo día que ya había enviado aquel texto a París, dos colegas que acababan de leerlo me dijeron no sólo que a ellos no les había gustado nada, sino que estaban seguros de que «no gustaría» y de que probablemente «disgustaría» a Pierre Vilar. Como lo que menos quería yo era disgustar a mi querido maestro, que tan bien se había portado conmigo y que ya había superado los ochenta y cinco años, le envié una postal donde le suplicaba que no leyera el texto y le anunciaba una nueva versión para mi próximo viaje a París, en el que le explicaría el porqué de mi extraño comportamiento. Cuando lo visité, él me esperaba en la puerta de su casa con el texto en la mano. No lo había leído, pero me pidió que se lo leyera de viva voz. A cambio de este esfuerzo, que intuía que no era pequeño, me prometió toda la sinceridad del mundo. Siempre recordaré aquellos minutos. Desde sus inicios, iba asintiendo con la cabeza a medida en que yo iba desgranando el texto, creándose momentos de gran complicidad intelectual. Después, quiso conocer algunos detalles de los dos colegas que lo habían considerado impublicable, tales como su edad o su posición ante el marxismo. El texto no llegó a publicarse, ni en su primera ni en su segunda versión, pero esta experiencia estrechó mis lazos con Pierre Vilar. También es verdad que me hizo dudar de mis capacidades para escribir «académicamente» sobre él.

Josep Fontana no sabía nada de esto, cuando unos años después, durante el curso 1993-94, en una visita a Girona, en ocasión de un curso de Doctorado, quiso ser el primero en transmitirme un encargo del editor valenciano Eliseu Climent, que unos días antes se había puesto en contacto con él para localizarme. Supe así que, en una visita a París del editor, que estaba interesado en publicar un libro de memorias de Vilar,

éste, que en aquellos momentos ya tenía graves problemas de visión, había aceptado emprender la tarea de confeccionar un libro si contaba con mi ayuda, y la editorial estaba dispuesta a pagarme por este trabajo. Al comprobar que la noticia no me llenaba de alegría, Fontana quiso saber por qué. Me sinceré con él y le expliqué lo que había ocurrido unos años antes con aquellas treinta páginas. Fue entonces cuando conocí al Fontana más tenaz y persuasivo. Insistió e insistió hasta que yo acepté entregarle el texto. Como había hecho antes Pierre Vilar, me dijo: «lo leeré y seré del todo sincero contigo», y concertamos una entrevista en Barcelona. Cuando fui a su despacho, él me estaba esperando con un aspecto especialmente grave. Me temí lo peor, pero pronto entendí que el tono solemne con el que iba desgranando los argumentos por los que le había gustado el texto respondía a una estrategia clara: conseguir que aceptara el encargo de trabajar con Pierre Vilar. Así nació el proyecto de libro de Pierre Vilar que acabaría titulándose *Pensar històricament*, que Edicions 3 i 4 publicó en 1995 y Crítica en 1997^[11], y así mi relación con Fontana, nuestra relación de maestro-discípula, dio un salto importante.

En aquellas páginas, yo defendía que las propuestas de Vilar solo podían ser aceptadas como válidas si se entendía la tarea de «hacer historia» como una manera de «interrogarse sobre la historia». Destacaba también que el marxismo de Vilar se hallaba lejos de algunos trabajos «pseudomarxistas» que utilizaban determinadas nociones abstractas para simplificar la realidad porque, decía, Vilar sabía que el único camino para avanzar en el análisis histórico y para desenmascarar las trampas de la ideología

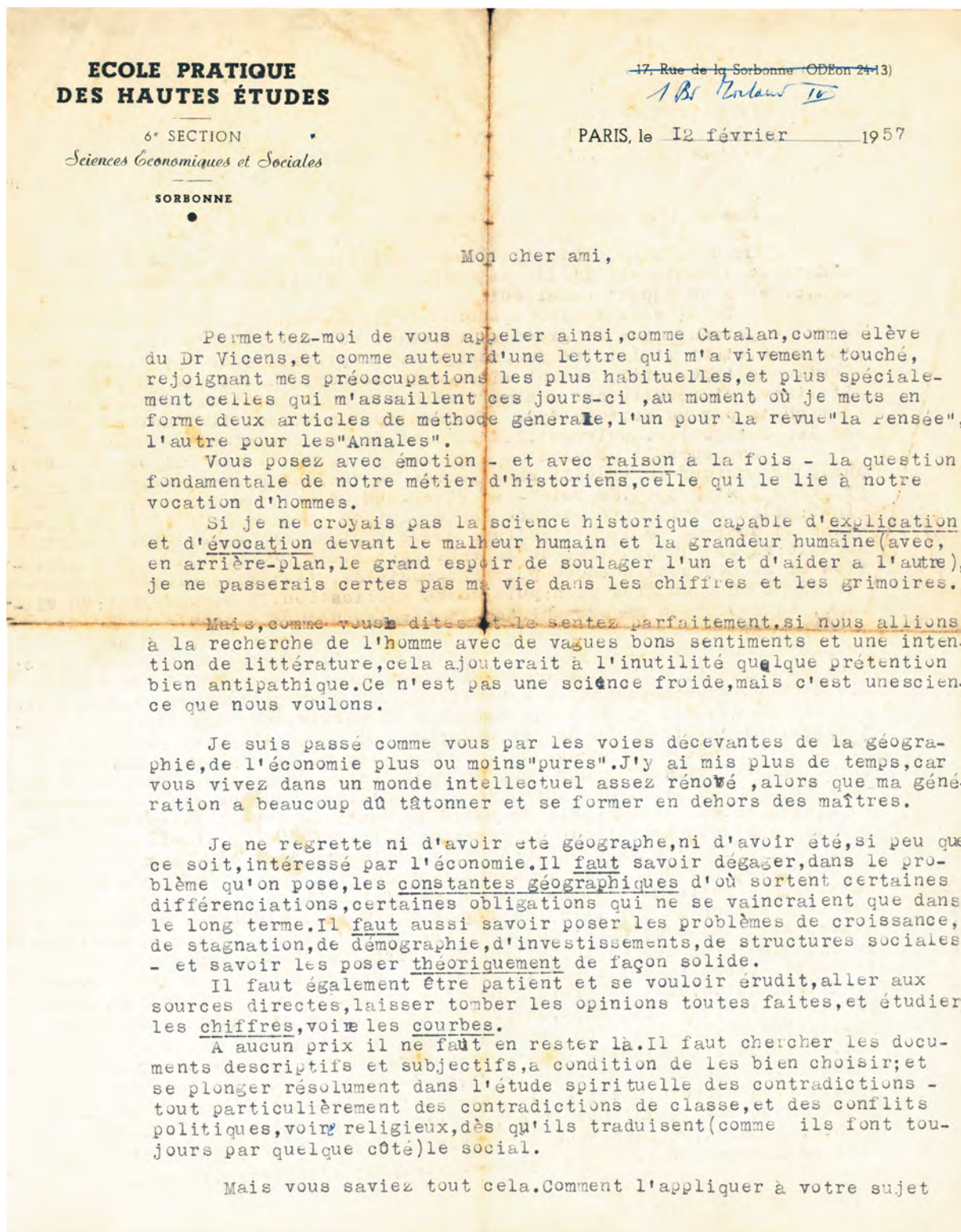
dominante era avanzar en el conocimiento de realidades empíricas. Sostenía también que era esta necesidad de contrastar la realidad histórica con la teoría lo que lo alejaba más de Althusser y Foucault y, en cambio, lo acercaba a los *Annales* de los primeros años y también al marxismo de *Past & Present*.

En aquel texto de los años noventa, lo que definía «nuestro» —porque ya estaba claro que era el de los tres— marxismo no era ningún dogma ni ninguna teoría sino una insatisfacción y una sospecha constantes respecto de todos los dogmas —también de los que disimulaban serlo— y nuestra disposición a dedicar nuestros esfuerzos teóricos —porque era importante no renunciar a hacer teoría— a denunciar los tópicos simplistas que a menudo se esconden tras las narraciones históricas lineales, e intentar así poner las bases de un relato histórico nuevo. Antes de escribir aquel texto, yo ya sabía que no se trataba de una empresa fácil. Pero el contraste entre la reacción de aquellos colegas y la de mis dos maestros, hizo que yo tomara mayor conciencia de las dificultades, pero también de la importancia, del combate en el que estábamos comprometidos. Entenderéis ahora porque he querido enlazar esta parte con la primera. Fueron sobre todo aquellas conversaciones con y sobre Pierre Vilar, que continuaron después de la muerte del historiador francés, con la preparación de mi último libro sobre el joven Vilar^[12], las que fueron tejiendo entre Fontana y yo la complicidad intelectual, basada en insatisfacciones y en esfuerzos compartidos, y en la sinceridad, que hace que hoy me sienta especialmente cómoda en este homenaje, en un congreso que se titula «Pensar con Marx hoy».

11.– Pierre Vilar, *Pensar històricament. Reflexions i records*, València, Edicions 3 i 4, 1995; *Pensar històricament. Reflexiones y recuerdos*, Barcelona, Crítica, 1997.

12.– Rosa Congost, *Les lliçons d'història. El jove Pierre Vilar, 1924-1939*, Barcelona, L'Avenç, 1916; traducido al castellano con el título *El joven Pierre Vilar. Las lecciones de historia. 1924-1939*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2018.

Apéndice: Carta de Pierre Vilar a Josep Fontana, 1957



de la campagne espagnole?

Vous semblez vouloir prendre à la fois le Nord et le Sud, donc le minifundio galicien et la rabassa, autant que la surpopulation valencienne ou l'Andalousie. C'est évidemment très gros. Et, dans un cadre aussi vaste, vous pouvez espérer un tableau brossé à grands traits, non une étude profonde.

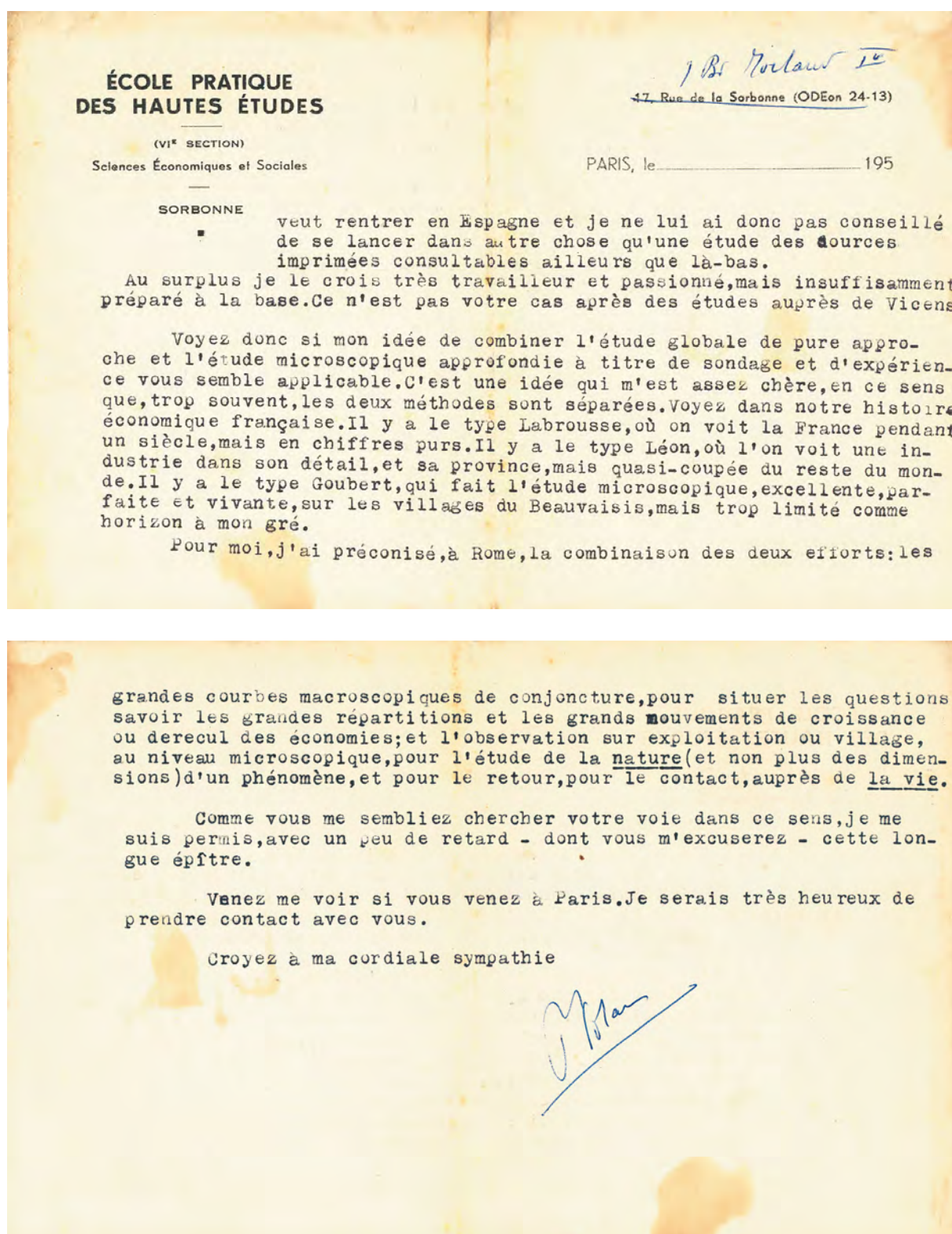
Cependant, puisque vous ne cherchez pas l'aboutissement rapide, je conçois fort bien que vous commenciez par là.

Si vous avez débrouillé les conditions objectives de chacun des conflits fondamentaux à l'aide de chiffres et d'études même assez générales, ce sera un départ excellent.

Mais si vous voulez approfondir, il faudra bien faire un choix. Je reste persuadé que le grand sujet, celui qui est fondamental pour l'Espagne, c'est l'histoire du passage de la propriété de type seigneurial à celle de type juridiquement libre, mais économiquement mal adaptée au capitalisme, qui résulte des désamortissements du XIXe siècle, et des achats et rachats par un certain type d'hommes fortunés, dont il faudrait préciser les catégories. Seulement, les sources de masse sont-elles abordables?

On pourrait presque se demander si la meilleure méthode ne serait pas, pour amorcer le travail sans perdre de vue les hommes, celle des monographies juxtaposées. Je vois - en rêve - un beau livre conçu à peu près ainsi: 1) La Catalogne: exposé de son évolution agraire de 1815 à 1936; problème économique de la viticulture comme typique d'une certaine réalité sociale; exposé du problème de la rabassa; tableau d'ensemble de son évolution et de ses conséquences politico-sociales. C'est faisable, et très intéressant même en gros plan; puis, comme application, la monographie: un village, son évolution démographique, cadastrale, culturelle, depuis le XVIIIe siècle; hectare par hectare, rapports entre propriétaires et rabassaires; crises économiques; sens précis du problème de la terre; organismes; luttes; vie des paysans; 2) La Galice: même tableau général du problème du minifundio et des foros; application à un village ou à un canton; avec tableau très précis des conditions de vie, matérielle et morale, des migrations, des mentalités, des révoltes sourdes et ouvertes 3) La Castille: le problème du blé dans la région de Burgos ou de Zamora; les divers types de paysans; il me semble deviner là des couches importantes de paysans assez riches; je ne vois pas les problèmes, sûrement existants, des couches plus basses; mais en contraste, une monographie de Nouvelle Castille ferait ressortir, d'une part, la pauvreté dramatique de certains terrains (autour d'Avila) et le passage au problème de la propriété riche dominante (j'ai vu, à Burguillos, près de Tolède, ce que peut être la domination du riche madrilène propriétaire du moulin à huile moderne monopoleur, et l'atmosphère à peine supportable que crée autour de lui la haine du paysan pauvre). 4) Valence ou Murcie: avez-vous vu les succinctes monographies de DUMONT sur la surpopulation et le chômage larvé des exploitations de huerta; là encore, après une étude introductive, très faisable, sur la propriété et les conditions traditionnelles de l'irrigation, deux ou trois études de village, comme application, seraient passionnantes; avec le temps, on pourrait reprendre le problème de l'exploitation capitaliste des organisations du Segura. Je ne sais où cela en est. 5) Enfin l'Andalousie et l'Extremadure, où, une fois de plus, on pourrait exposer les questions d'ensemble et, historiquement, statistiquement et par observation directe, vivifier le passé par le présent et inversement.

Tout cela est-il possible? Vous n'êtes pas seul à vous poser la question. M. BRUGUERA, auteur d'une honorable Histoire contemporaine d'Espagne, veut se lancer sur le sujet agraire. Mais, pour l'instant, il ne peut ni ne



Carta de Pierre Vilar a Josep Fontana en 1957 (Fuente: L'Atelier Pierre Vilar).

El maestro en su biblioteca

The master in his library

Gonzalo Pontón

Fundador de las editoriales Crítica y Pasado & Presente

Resumen

Tras un relato aparentemente intimista, lo que realmente nos ofrece Gonzalo Pontón en este artículo es una guía de los autores y libros que alimentaron la formación intelectual de Josep Fontana y que le ayudaron en la construcción de su concepción de la historia, desde la influencia que ejercieron sobre él las obras de sus maestros y amigos hasta las que causaron su repulsa por la deriva que tomó la escuela de *Annales* tras la segunda guerra mundial o los que concitaron su profundo desacuerdo con el estructuralismo francés y los «catecismos» marxistas de todos los tiempos que le producían un profundo disgusto.

Palabras clave: biblioteca personal, formación intelectual y marxismo.

Abstract

Behind an apparently intimate story, what Gonzalo Pontón actually offers us in this article is a guide to the authors and books that fed the intellectual formation of Josep Fontana and helped in the construction of his conception of history, from the influence the works of his teachers and friends exerted over him to those that caused his rejection of the course taken by the Annales school after the Second World War, or those that led to his profound disagreement with French structuralism and the Marxist «catechisms» of all times that displeased him so deeply.

Keywords: personal library, intellectual formation and Marxism.

Josep Fontana i Lázaro (1931-2018) nació, literalmente, entre libros. Su padre era un librero «de viejo» que tenía el almacén en el mismo piso familiar, primero en la calle Boters y más tarde en la llamada entonces Conde del Asalto, en la ciudad de Barcelona. En aquella época, «de viejo» significaba que se podían encontrar en la librería desde novelas policiacas —por ejemplo las de la «Biblioteca Oro»— hasta un libro gótico o un incunable. Fontana recordará, muchos años después, que en aquella vivienda-almacén «podía pasar largas horas disfrutando de todos los tesoros que había en los estantes, en la que fue tal vez la mejor escuela que nunca haya tenido». Cuando el futuro maestro de historiadores tenía siete años, su padre le regaló cinco libros (entre ellos *Història de Catalunya: primeres lectures*, de Ferran Soldevila) diciéndole: «Toma. Ahora empieza a formar tu propia biblioteca», un consejo que se tomó tan en serio que, con los años, los cinco libros se multiplicaron por 10.000 y ocuparon tres viviendas en el popular barrio del Poble Sec. El gran historiador catalán ha legado esos 50.000 libros y miles de folletos (tenía 700 solo de la guerra de Independencia) al Institut d'Història Jaume Vicens Vives de la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona, donde ahora se encuentran.

¿Cómo era la biblioteca del maestro? Descomunal, sí, pero caótica. No estaba pensada, obviamente, para un uso público, de modo que su disposición obedecía a la lógica personal de su creador, una lógica aparentemente paradójica, parecida a la lógica *fuzzy* que se utiliza, por ejemplo, para que funcione una lavadora. No sé si Fontana los había llegado a leer todos y en su integridad (lo que es muy probable), pero sí puedo garantizar que los conocía todos, sabía perfectamente para qué los quería y qué esperaba de cada uno de ellos. Nunca tardaba más allá de cinco minutos en en-

contrar, en cualquiera de los tres pisos, el libro que le pedían discípulos y amigos desesperados porque no podían hallarlo en biblioteca alguna. Él lo tenía y sabía perfectamente dónde estaba.

A lo largo de casi cincuenta años de amistad y colaboración, yo llegué a familiarizarme algo con su biblioteca y a descubrir ciertos atisbos de disposición de los libros: algunos me parecían de orden topográfico, como la orientación de determinados títulos respecto al sol (para que no se dañaran o, al revés, para que se «quemaran», en los casos que él quería); otros de disposición «atómica», como sucedía con algún libro que él consideraba fundamental (el núcleo) rodeado de otros de sus parciales o de sus detractores (los electrones). Así, por ejemplo, a la *Historial rural francesa*, de Marc Bloch, no la escoltaban *La tierra y el campesino*, *La extraña derrota* o la *Introducción a la historia*, sino los *Combates por la historia*, de Lucien Febvre. *El Mediterráneo*, de Braudel, o el *Esbozo*, de Labrousse, pero también el *Montaillou*, de Le Roy Ladurie, *Sevilla y el Atlántico*, de Pierre Chaunu o *El pasado de una ilusión*, de François Furet. Otro ejemplo «atómico» era la disposición de las obras de Althusser, Poulantzas, Foucault, Harnacker, Huntington y Fukuyama rodeando el *18 Brumario*, de Marx. Otros *clusters*, en fin, tenían explicaciones exógenas: ¿qué era lo que vinculaba a Azorín con Merimée, a Pardo Bazán con Lafontaine o Goethe, o a Espronceda con Blake, Darwin o Salgarí? Que ya en 1939 los había prohibido la censura franquista. Fontana sostenía que las obras literarias más importantes de todos los tiempos, las que jamás pueden dejarse de leer, había que buscarlas en los índices de libros prohibidos por cualquier autoridad.

Pero nada era seguro en aquella biblioteca de Babel. De pronto se advertía que un panel entero estaba organizado según un criterio de lógica elemental: los libros



Josep Fontana en su casa en el año 2004 (Fotografía de Andrés Bertrán, fuente: politicaprosa.com).

de sus maestros, por ejemplo. Allí moraba Ferran Soldevila, con su obra inacabada *Pere el Gran*, la *Història de Catalunya* y la primera edición, lujosamente encuadernada, de la *Historia de España* en ocho volúmenes. Fontana había asistido a las clases clandestinas de Soldevila en los Estudis Universitaris Catalans, que en realidad tenían lugar en el comedor de su casa, en la calle Lamadrid (la «calle de los historiadores», por los varios que vivieron en ella) y a las que muchas veces solo asistía él y el geógrafo Enric Lluç. Jaume Vicens Vives —«una isla de modernidad en un mar de carcundia retrógrada [en la Universidad]», según Fontana— estaba representado enteramente con todas sus obras, incluidos los dos malhadados volúmenes de la Obra dispersa, que custodiaban a *Ferran II i la ciutat de Barcelona* y a *Industrials i polítics*, en una rara concesión a los extremos cronológicos, pero también con sus manuscritos inéditos que Fontana rescató de la muerte en la editorial Gallach y que él calculaba supondrían 3.800 folios. De su maestro Vicens aprendió, sobre todo, que el oficio de historiador solo tenía sentido si se desempeñaba con plena consciencia de su dimensión cívica.

Catalunya en la Espanya moderna, junto a la mítica *Historia de España* (en no sé cuántas ediciones) y un ejemplar mimeografiado de *La vie industrielle dans la région de Barcelone* (tesis de Pierre Vilar de 1929), más ejemplares de todos los libros de Vilar que publicamos en Crítica se alineaban a continuación. Vilar enseñó a Fontana que su trabajo de historiador solo valdría la pena si servía para explicar los problemas reales de la gente, si representaba un compromiso con el mundo en que vivía y si ayudaba a colaborar en la creación de una conciencia colectiva.

No sucedía lo mismo con los libros preferidos de sus amigos: junto a *El Ingenio* (en los tres volúmenes originales) de Manuel Moreno Fraguas («me dio una lección de insobornable independencia», J.F.) se podía encontrar la primera edición de *Carlos V y sus banqueros*, de Ramón Carande (fue Fontana quien acuñó la frase, tan repetida luego, de que «el precio del Imperio fue la ruina de Castilla»), o la obra entera de Eric Hobsbawm, de quien valoraba por encima de todo las cuatro «Eras» («Eric Hobsbawm descifró la evolución de su tiempo con el fin de rearmarnos para los combates del

futuro», J.F.). Admiraba sin reservas a E. P. Thompson, cuyo *magnum opus* *La formación de la clase obrera en Inglaterra* hizo traducir de nuevo para corregir los errores de la primera edición en castellano, pero sentía una devoción especial por un libro de artículos de Thompson titulado *Tradición, revuelta y consciencia de clase* («una aportación excepcionalmente renovadora que devuelve su papel a la concepción de la historia como resultado de las luchas de clases», J.F.).

Todos estos libros, y muchos otros, claro, reposaban en las estanterías que cubrían las paredes de unos bajos que Fontana había adquirido para esta función (aunque muchas veces nos reuníamos allí con él sus discípulos y amigos), en la calle Cabana, al final, casi en la falda de la montaña de Montjuïc. No sucedía así en los dos pisos de la calle Vila Vilà, muy cerca de allí y del teatro Apolo. Solo recuerdo que hubiera dos habitaciones con estanterías tradicionales, repletas de libros. El resto de ejemplares habitaban en todos y cada uno de los muebles de las viviendas, sin excluir la cocina ni el baño de una de ellas: en los aparadores, en los anaqueles, en los vasares, en un enorme *chiffonnier*, en ménsulas, burós, entredoses, mesillas de noche, pero también derramados sobre sofás y sillones. En la pequeña habitación donde trabajaba, en dos mesas con dos ordenadores, había un enorme mueble de madera basta, cuyo destino original me es completamente desconocido, que, literalmente, iba derramando sobre el suelo los libros que rebosaban de él. Al punto que se constituyó en el centro del, llamémosle, estudio un considerable montículo compuesto por varias pilas de libros que cabalgaban en un equilibrio precario solo mantenido porque varias de esas pilas se apoyaban en el extraño mueble que, a su vez, las alimentaba sin cesar. Podría creerse que allí estarían los libros que el maestro

necesitaba tener más a mano para trabajar, pero no era así: junto a libros de todas las procedencias, en diversas lenguas, que eran los últimos que había adquirido, convivían libros publicados en catalán o castellano, libros superados, tesis doctorales e incluso, algunos viejísimos ejemplares procedentes todavía de la librería de su padre. Lo único que quedaba libre en aquella habitación era la ventana y su lienzo de pared en el que colgaba un enorme poster del famoso «Los nacionales», con las caricaturas de Franco, Gil Robles y otros «nacionales» en su barquito de filfa.

De haber dispuesto de una lámpara poli-ciaca de rayos ultravioleta —o de la lámpara de Aladino—, tal vez yo habría podido discernir dónde se ocultaba una línea de autores y textos que Fontana reconocía como formativos: Polibio (el de las *Historias*), Rabelais (el de *La tiers livre*), Maquiavelo (el de las *Historias florentinas*), Bayle (el del *Diccionario histórico y crítico*), Spinoza (el del *Tratado político*), Hume (el de *Una investigación sobre el entendimiento humano*, por su ateísmo), Diderot (el que se escondió tras la *Historia de las dos Indias*, de Raynal), Marx (OME y parte de MEGA), Engels (lo mismo), Gramsci (*Los cuadernos de la cárcel*), Benjamin (el del *Einbahnstrasse*).... pero estaban disueltos en el ancho mar del *Tuttilibri* de Fontana.

En una rinconera de cierta calidad, en el cuarto de estar, Fontana guardaba tesoros materiales además de intelectuales: ediciones príncipe de Diderot o Gibbon, de los *Cuatro cuartetos* de T. S. Eliot, del teatro completo de Ángel Guimerà (en ediciones de lujo encuadernadas en piel de becerro, algunas por los hermanos Bueno), pero que también contenía joyas bibliográficas singulares como, por ejemplo, el único ejemplar completo que se conserva de las actas del Segundo Congreso Obrero de la Sección Española de la Internacional, celebrado en

Zaragoza en 1872 (ni siquiera se halla completo en la Biblioteca Arús, de Barcelona, ni tampoco en el Instituto Internacional de Historia Social, de Ámsterdam).

Aunque, quizá, los libros que siempre me fueron más familiares eran los que yo no podía dejar de ver cada vez que trabajaba con Fontana sobre la mesa de su comedor, los que quedaban a la altura de mi vista, en una especie de vasarillo alto: solo con alzar la cabeza, me encontraba ineludiblemente con los «fracasos», como él los llamaba; es decir, libros que habíamos publicado en *Crítica* pero que no habían logrado interesar al público. Allí estaban, como mudos pero insolentes testigos de cargo, *La crisis del siglo XVII y la sociedad del absolutismo*, de A.D. Lublinskaya («ni los franceses se habían atrevido a editarlo», J.F.); *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*, de G.E.M. de Ste. Croix («un monumento» J.F.); *José de Espronceda y su tiempo*, de Robert Marrast («una contribución fundamental para el estudio del romanticismo», J.F.); *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, de Ranahit Guja; *El asesinato de Lumumba*, de Ludo de Witte; *Lejos del frente*, de Carlos Gil Andrés («un joven historiador que escribe magníficamente», J.F.) y algunos más. Sin embargo, también tenía allí libros «desconocidos» de autores famosos, como el corrosivo *El hombre que corrompió a toda una ciudad*, de Mark Twain, tenido siempre por autor de relatos infantiles; o el *Testament politique de l'empereur Joseph Second, roi des romains*, publicado en 1791 y que había sido perseguido ceñudamente por la Inquisición española. Y con ellos, *Mi primer libro de historia*, de Daniel G. Linacero, publicado en Palencia en 1933 y que le costó al autor ser asesinado por los falangistas (en la partida de defunción se dice que Linacero murió «a consecuencia del Movimiento Nacional existente»).

Pero la verdadera pasión bibliográfica

de Fontana eran los libros de los que nunca había tenido noticia y que tal vez atesoraban un valor especial para él porque le hablaban de las mismas cosas que él pensaba y sentía: «el libro que te está esperando y que, probablemente, te cambiará la vida» (J.F.). Los buscaba en las librerías «de viejo» con las que tenía una conexión emocional, como la de los Creus, en la calle de la Palla, o en las antiguas «paradas» del viejo mercado de Sant Antoni, que visitó todos los domingos de su vida hasta que su estado físico se lo impidió. En sus viajes a París recorría siempre los tenderetes de los *bouquinistes* de la *rive gauche* del Sena, pero también la *Boutique du Livre d'Histoire* o la Shakespeare and Co; en Londres iba a Foyles; en Nueva York, a la del *Strand* en Broadway. Y otro tanto hacía en Sao Paulo, Buenos Aires, Valparaíso, Quito y México. Reunió, así, un tesoro de libros raros de las más diversas procedencias. Yo recuerdo muy bien tres, los tres franceses: *Diccionario de los ateos antiguos y modernos*, de Sylvain Maréchal, un divertido disparate en el que se incluyen como ateos a Alfonso X y a Jesucristo; *Diccionario de locos literarios*, de André Blavier, lleno de profetas, visionarios y mesías o de gentes que se dedican a la cuadratura del círculo; y la *Enciclopedia de la utopía, de los viajes extraordinarios y de la ciencia ficción*, de Pierre Versins, donde se descubren las infinitas maneras en que puede tener lugar el fin del mundo y los innumerables viajes imposibles.

La última vez que vi a mi maestro y amigo con vida biológica, estaba sentado ante su ordenador en el cuarto de trabajo de la famosa pirámide de libros. Ya estaba muy enfermo y a duras penas podía ponerse en pie. Lo intentó para despedirse de mí, pero le fallaron las piernas y yo me levanté de un salto para sostenerlo, pero con tan mala fortuna que derrumbé una pila de libros. Intenté recogerlos pero Fontana me lo im-



Josep Fontana con Eric Hobsbawm y Gonzalo Pontón en Barcelona en el año 2007 (Foto cedida por G. Pontón).

pidió. Me levanté del suelo todavía con un librito en la mano sin saber qué hacer con él: «Te lo regalo», me dijo, mientras insistía en acompañarme hasta la puerta.

Se trata de un viejo folleto decimonónico de 16 x 11 cm, encuadernado en papel basto, con el lomo carcomido por el que asoman las tripas del cosido. Publicado en la colección «Los pequeños grandes libros», de la editorial Atlante, se titula *¿Por*

qué cree en Dios la burguesía?, y su autor es Pablo (*sic*) Lafargue. En una de sus páginas iniciales en blanco, encontré la siguiente anotación manuscrita, probablemente de su primer propietario: «Pedro y Pablo como apóstoles son dos perfectos atracadores». Ese librito está ahora en mi biblioteca, no con otros libros marxistas, sino junto a las obras de Fontana. Algo, quizás, se me habrá pegado de la lógica *fuzzy* del maestro.

Josep Fontana como analista del presente: *El futuro es un país extraño*

*Josep Fontana as an analyst of the present:
«The future is a strange country»*

Carlos Marínez Shaw
UNED

Resumen

El futuro es un país extraño (publicado en febrero de 2013 y objeto de una reimpresión en julio de 2018) es un ensayo sobre el estado económico y político del mundo a la altura de la segunda década del presente siglo, para lo cual el historiador Josep Fontana se ha vestido con el traje del analista del presente redactando el libro a partir de las aportaciones de otros analistas coetáneos y de sus propias reflexiones inspiradas en la información suministrada por los estudiosos del presente y la aparecida en los medios de comunicación de masas. Al final de su agudo y documentado ensayo, el futuro del mundo se nos aparece como inquietante en muchos sentidos.

Palabras clave: Economía y política del siglo XXI. Involución e incertidumbre.

Abstract

«The future is a strange country» (published in February 2013 and reprinted in July 2018) is an essay on the economic and political state of the world in the second decade of this century, for which the historian Josep Fontana donned on the suit of the analyst of the present and wrote the book from the contributions of other contemporary analysts and his own reflections, inspired by the information supplied by scholars of the present and mass media reports. At the end of his acute and documented essay, the future of the world we live in seems worrying in many ways

Keywords: Economics and politics in the 21st century. Involution and uncertainty.

La producción historiográfica de Josep Fontana ha seguido una línea de gran coherencia. Por un lado, sus trabajos de teoría histórica e historiografía, desde el primer y deslumbrante esbozo de *La Historia* (1973) hasta su culminación en *La historia de los hombres* (2000 en catalán y 2001 en castellano) con varios jalones intermedios, como el fundamental de *Historia. Análisis del pasado y proyecto social* (1982) y como aquel en que se encara con las últimas tendencias historiográficas, *La historia después del fin de la historia* (1992). Por otro lado, su vertiente más académica, más de acuerdo con las tradiciones universitarias, a la cual pertenecen sus trabajos sobre *La quiebra de la monarquía absoluta* (1971) o *Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX* (1975). Finalmente, sus grandes frescos históricos sobre el siglo XX, desde *Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945* (2011) hasta *El siglo de la revolución. Una historia del mundo desde 1914* (2017). Sin embargo, uno de sus últimos libros, aunque naturalmente mantenga sus conexiones con todos los demás, como frutos de un pensamiento homogéneo, destaca como una aportación singular, en razón de algunas características que le son propias y que le otorgan una cierta independencia en el conjunto de su obra.

El futuro es un país extraño (publicado en febrero de 2013 y objeto de una reimpre-
sión en julio de 2018) es un ensayo sobre el estado económico y político del mundo a la altura de la segunda década del presente siglo, para lo cual el historiador se ha vestido con el traje del analista del presente redactando el libro a partir de las aportaciones de otros analistas coetáneos y de sus propias reflexiones inspiradas en la información suministrada por los estudiosos del presente y la aparecida en los medios de comunicación de masas. Sin embargo, no son sólo las fuentes las que cambian, sino también



los objetivos: ahora no se trata de investigar el pasado para conocer mejor nuestro presente, sino de analizar el presente para ver si tenemos futuro, es decir si tendremos un lugar en ese país extraño. Finalmente, Josep Fontana cambia su estado de ánimo, que pasa de su optimismo en la capacidad de transformación de las fuerzas progresistas que se hallan empeñadas en hacer avanzar la historia a un pesimismo que, pese a sus esporádicos intentos de orientarse hacia los rayos de luz que vislumbra aquí y allá, no encuentra un horizonte de esperanza para la humanidad, sino todo lo contrario, una involución en la vida de la mayoría de esos hombres cuya marcha hacia un mundo mejor había tratado de historiar y a los que deja en la misma perplejidad en la que se halla sumergido su espíritu, precisamente en razón de una lucidez sin declinación. Aquí vemos a un Fontana con toda su capacidad de análisis pero que ha

perdido confianza en la evolución positiva de la humanidad, por lo que su estado de ánimo se ha oscurecido no por razones emotivas, sino por la fuerza de los hechos que observa con el mismo rigor de siempre.

El libro tiene una introducción impecable, cartesiana, que no es más que un retrato del capitalismo a la altura de la primera edición del texto, después de su regresión a partir de, digamos, 1975, hasta la segunda década del siglo XXI, con la traumática fecha de 2008 en medio. El largo capítulo siguiente, sin duda el más sustancioso, desarrolla el subtítulo del libro para ofrecernos una reflexión del autor (muy bien fundamentada en un océano de información cuya mera enumeración abarca desde la página 158 a la página 218) sobre la crisis social (que es también económica, política y ética o de valores) de comienzos del siglo XXI. Los capítulos segundo y tercero abarcan la trayectoria política del mundo en los dos últimos decenios siguiendo sus episodios más significativos, con los cuales estamos más familiarizados a través de los medios de comunicación, lo cual no quiere decir que no se nos escapen claves secretas que los interesados tratan de ocultar o tergiversar. Y finalmente, el cuarto y último capítulo trata de ofrecernos un repertorio de posibles vías de salida a la gravísima crisis estructural que se ha descrito; una crisis que, por otra parte, se ha agravado aún más entre la primera edición y la primera reimpresión del libro (es decir, en sólo cinco años de intervalo) y para la que el autor no tiene ninguna solución realmente operativa, por lo que el futuro no sólo es un país extraño, sino que aparece como un mundo asediado por terribles amenazas, escondidas entre la alharaca de la propaganda oficial de los beneficiarios de la crisis (que son además los dueños de la información falsa, interesada y sesgada que se vende como si fuese la verdad). De ahí por tanto, el tono

sombrío del libro a pesar de todos los esfuerzos de su autor por sostener nuestra esperanza.

Josep Fontana es el maestro de toda una generación de intelectuales que creyeron en la idea del progreso de la humanidad. Una idea que, como ya nos indicara el libro clásico de John Bury que todos leímos en su día, se forjó en el seno de la Ilustración, en el Siglo de las Luces. Así aparece en varios autores reverenciados, como Edward Gibbon (1781) o el marqués de Condorcet (1795), que teorizaron sobre el constante perfeccionamiento material y espiritual de la humanidad. La manifestación práctica de esta convicción se produjo en el transcurso de la Revolución Francesa, con su impulso hacia la consecución de la libertad, la igualdad y la fraternidad. Tras numerosos enfrentamientos en Europa y en América, la ideología revolucionaria acabó imponiéndose, para dejar paso a la vertiente reivindicativa de los derechos sociales que fue asumida por diversas asociaciones hasta la constitución de la I Internacional (1864), que avanzó gracias al empuje de miles de trabajadores organizados, que fueron capaces de imponer un pacto no escrito que mejoraba su situación material y reconocía una parte de sus aspiraciones en materia de libertades, derechos laborales e instrumentos de negociación con los propietarios y los empresarios. Este es el marco en que se produjo el avance de los desheredados, sin que sea necesario seguir los avatares de sus conquistas (ni el precio pagado por las mismas) a lo largo de los años siguientes. Y este es el contexto en que nos movimos toda una generación de la que Josep Fontana podría representar la guía y el paradigma.

Según nuestro autor, la consolidación

de la vía democrática al final de la segunda guerra mundial (con algunas excepciones de permanencia de los regímenes fascistas que nos cogen muy de cerca) prepararon el terreno para el afianzamiento de un pacto entre las clases dominantes (financieros, empresarios, grandes propietarios, etc.) y las clases más desfavorecidas (la clase obrera y las clases medias), que permitió mantener durante treinta años el crecimiento económico, la disminución de la desigualdad y la conciliación social, procurando una prolongada estabilidad a los países europeos y occidentales en general. Sin embargo, ese pacto se quebró cuando aquellas mismas clases dominantes se sintieron libres de la amenaza de los movimientos comunistas y revolucionarios en general y de la presión de la Unión Soviética, que había perdido su capacidad operativa. Fue el momento en que la alianza de las fuerzas económicas decidió romper el pacto y encontró a los partidos políticos capaces de prestarse a ello, con las figuras preeminentes de Thatcher en Europa y de Reagan en los Estados Unidos. Pervirtiendo el lenguaje, llamaron «revolución conservadora» (recordemos otra perversión reciente del mismo orden: la «reforma laboral» del Partido Popular en España) a un colosal proyecto de involución económica, social y política, que en realidad significaba «una política de lucha contra los sindicatos, de desguace del estado del bienestar y de limitación del papel de los gobiernos en el control de la economía», con sus corolarios del declive de la calidad de la democracia y de la desregulación de la economía para servir a los intereses de los poderosos.

Así se quebró el pacto de la posguerra y se inició el proceso que Paul Krugman (como recoge Josep Fontana, que encuentra en el economista estadounidense su principal fuente de inspiración), llama de «la gran divergencia», la gran separación entre unos

(pocos) ricos que se hacen cada vez más ricos y unos (muchos) pobres que se hacen cada vez más pobres^[1]. Y así, integrados en potentes corporaciones empresariales, aupados por agresivos *lobbies* (que dominan la información, controlan la informática y sobornan a políticos y jueces, cada vez más fundidos en una sola instancia de poder, en claro repudio del legado de Montesquieu, como podemos ver en el ejemplo español actual) y amparados por extensas organizaciones internacionales para garantizar su cohesión y evitar conflictos internos, el 1% de los más ricos se han adueñado de la economía mundial e imponen su ley de hierro. Su inmenso poderío les lleva ya al desprecio de contrario: han conseguido el sometimiento de los poderes del Estado a sus dictados y el sometimiento de los pobres a unas normas inventadas por ellos contra las clases menesterosas, que aumentan sin cesar. Para terminar, ya no tienen que simular que el «orden establecido» beneficiaba a la totalidad de la comunidad (la divisoria feudal de *bellatores*, *oratores* y *laboratores*, donde los dos primeros grupos protegían supuestamente a los últimos, o contrato social del absolutismo, donde supuestamente se buscaba el progreso de todos, aunque el reparto de ese crecimiento fuera desigual para conseguir la adhesión de la mayoría, sino que ahora pueden proclamar con absoluto cinismo que el progreso deja «víctimas colaterales», que el paraguas construido deja sin proteger de la lluvia ácida a un numeroso grupo de excluidos. En resumen, el capitalismo ya puede declarar que el sistema no busca el bien público y general, sino el beneficio privado de un reducido número de privilegiados, cuyo escandaloso enriquecimiento se sostiene sobre el trabajo (mal retribuido) de todos los demás. Ya no sólo

1.- Paul Krugman (1953) es un célebre economista estadounidense vinculado a la Universidad de Princeton y Premio Nobel de Economía (2008).

se neutraliza la reacción de los trabajadores (cuyos derechos han sido literalmente hecho jirones), sino que se puede llegar a argumentar que el sistema no se interesa por resolver problemas que afectan a todos, ya que ocuparse de ellos significaría reducir la tasa del beneficio inmediato de ese 1% de privilegiados. Josep Fontana señala los más acuciantes: el control de la polución y el «cambio climático» (otro eufemismo este último para evitar la identificación justa: el deterioro del clima provocado por el modelo de crecimiento programado por los poderosos), pero podríamos seguir añadiendo otros más, como la desforestación masiva, la restricción del acceso al agua, la manipulación de los recursos agrarios a favor de la especulación y a costa del hambre de una parte muy considerable de la población mundial, etcétera.

Siguiendo ahora la trayectoria cronológica del proceso (nuestro autor no renuncia a su vocación y a sus métodos de historiador), se pasa revista a la crisis de 2008. Una crisis de matriz financiera, que se solventó gracias a la recapitalización de la banca con el dinero público y que permitió a los culpables de la crisis no ya sólo subsistir sino salir fortalecidos, enjugando sus deudas pero no exonerando a los particulares afectados de sus hipotecas y de sus pérdidas inducidas justamente por el capital financiero, lo que llevó a muchos a perder sus viviendas y a perder sus trabajos, es decir a convertirse en auténticos parias de la sociedad, sin techo y sin recursos. Y a la sociedad en su conjunto se les obligó a tomar una amarga medicina que corrió bajo el deliberadamente mentiroso nombre de «política de austeridad», que nuestro autor se limita a describir brevemente porque el dañino tósigo es bien conocido por todos los que venimos padeciéndoles desde hace una década: consiste en proceder a una drástica reducción salarial, a una precarización del empleo, a

un «recorte» del gasto público (cuya consecuencia inmediata es el deterioro de los servicios sociales que otorgaban un colchón protector a amplias capas de la clase obrera y de las clases medias). Una política que nadie podía dejar de saber (a menos que no hubieran leído a los clásicos de la economía política desde Adam Smith hasta nuestros días) que no crearía puestos de trabajo (sino los destruiría), que no produciría ninguna reactivación de la vida económica (sino una contracción de la misma), que incrementaría la desigualdad económica y potenciaría el control social, marcando el camino hacia una «tercera» servidumbre de la gleba. Que es lo que ha pasado y, para nuestra desgracia, sigue pasando.

De esa forma, concluye Josep Fontana, llevamos ya cuatro décadas de funcionamiento de este proyecto social puesto en marcha por los poderosos de la tierra para su propio, exclusivo y bulímico beneficio. Un proyecto social que para marcar claramente su condición involutiva, regresiva, podríamos caracterizar como un «nuevo feudalismo». Utilizando las propias palabras de Josep Fontana: «Todo apunta, si esta evolución se mantiene en los mismos términos, a un futuro de retorno hacia una privatización global semejante a la de los tiempos feudales, en que tal vez dejaremos de pagar impuestos al gobierno, reemplazados por los servicios de trabajo forzado a las empresas propietarias de todos los recursos y todos los servicios de que dependen nuestras vidas». Servicios que, hay que recordarlo, en los llamados países del «primer mundo», afectan directamente a la educación, la sanidad y la cultura, además de otros nuevos en que lo que se pierde por completo es la misma libertad, como se desprende de la privatización de las cárceles, donde los reclusos han pasado de la condición de sujetos llamados a la inserción social a la de esclavos privados de todos los derechos y

expuestos a toda clase de sevicias, aunque esto ya lo habían realizado algunas naciones tan «civilizadas» como los Estados Unidos: limbo legal de Guantánamo, escuelas de torturadores, cárceles secretas, prisioneros encerrados sin juicios y sin garantías, ejecuciones arbitrarias.

En el resto del mundo, aunque tampoco la Europa supuestamente rica está libre de estos ataques, los poderosos no sólo tratan de monopolizar las fuentes de energía (tantas guerras con el petróleo de telón de fondo), sino que adquieren el suelo de otros países, compran las tierras de cultivo (a veces a costa del exterminio de las poblaciones autóctonas, privadas de sus medios tradicionales de subsistencia), se garantizan el agua (tan escasa, tan contaminada y tan fuera del alcance de comunidades enteras, condenadas a la sed, la enfermedad y la muerte) y, por el lado contrario, edifican muros o levantan vallas para impedir la movilidad de los desheredados que buscan mejores oportunidades (en contra de la proclamada «globalización»), trasladan masivamente a las poblaciones que estorban en sus áreas de actuación, asesinan (sin mancharse las manos de sangre, sino por medio de sicarios pagados en dólares) a los dirigentes ecologistas o a los defensores de la libertad o instalan en esos mismos lugares enormes vertederos nucleares, cuyas emanaciones condenan al entorno a la esterilidad o a la podredumbre.

Como clave de bóveda del sistema hacía falta dar un paso más: la privatización de la política y del Estado. En esto Josep Fontana vuelve a ser contundente, porque quiere enfatizar un fenómeno esencial pero no tan evidente para la mayoría de las clases populares. Las grandes fortunas no quieren intermediarios que limiten su labor depredadora por medio de leyes o de restricciones, incluso por medio de la mera libertad de expresión, sino que quieren go-

biernos dóciles a sus mandatos que sirvan de pantalla a sus especulaciones, aunque ello vaya en peligro de la misma democracia o de la movilización de la sociedad civil. Para ello, hay que pervertir el juego democrático, financiando a sus candidatos y confundiendo a los potenciales votantes adversos, mediante campañas financiadas con el dinero que les sobra, mediante noticias falsas filtradas a través de los medios de comunicación de masas controlados por las corporaciones (y no hace falta ir muy lejos para comprobar esta financiación de información adicta o esta difusión de noticias tóxicas), aunque también, como veremos enseguida, se puede lisa y llanamente recurrir al concurso de puros dictadores de cuño fascista con o sin antifaz. Para colmo, subraya el autor, que sabe muy bien de los que habla, las derechas («prietas las filas») se limitan a dar mensajes sencillos que, por una parte, van en el sentido de las pulsiones de los grupos más retardatarios y, por otra, ocultan las contrapartidas o las complejidades de las cuestiones, mientras las izquierdas (celosas de «la independencia de su pensamiento») no sólo sienten la necesidad de exponer sus argumentos llegando hasta el fondo, sino que ejercen la crítica sistemática en el propio interior de sus formaciones y se dividen (muchas veces de modo suicida) a causa de su insistencia en los matices. Y de ahí, el diagnóstico final: El capitalismo depredador de nuestros días puede «obrar sin remordimientos: sin que ninguna convicción pueda disuadirle de su propósito de enriquecimiento indefinido a costa de los recursos, los derechos y las libertades de la mayoría».

Y antes de pasar al análisis de la crisis social de nuestros días, una pregunta, propia de momentos de incertidumbre, de la desazón que dan las encrucijadas, de la conciencia de haber perdido una importante batalla o, en el peor de los casos, hasta la



Foto: Josep Fontana en 2012 (Foto: Sergi Fuster, fuente: Jot Down).

guerra: «¿Qué hacer?». Sólo el historiador puede darse una respuesta como científico social: «contribuir en la medida de sus fuerzas a la tarea de reinventar un nuevo futuro, que es todavía un país desconocido, una vez arruinadas las posibilidades de realizar el viejo: el que tuvo su origen en las anticipaciones de la Ilustración y alentó nuestras esperanzas hasta el fin de las tres décadas expansivas que siguieron al término de la segunda guerra mundial». Bien para nosotros como historiadores, pero ¿y como ciudadanos que se unen con otros ciudadanos para encontrar una salida, para dar una solución? Eso ya no está tan claro, por lo que nuestro autor deja la cuestión para el último capítulo, donde comprobaremos que desgraciadamente nuestras herramientas hoy por hoy son insuficientes.

Tras esta intensa introducción (que nos precipita hacia el interior del libro), Josep Fontana desarrolla una de las ideas fundamentales apuntadas. Tomando como enseña una afirmación de Jonathan Nitzan y Shimshon Bichler, donde sentencian que el capitalismo de hoy «no es un modo de producción sino un modo de poder», el autor declara su propósito de ejemplificar (para Estados Unidos por una parte y para Europa por la otra) la concatenación de la privatización del Estado, la restricción de las libertades democráticas y la generación de nuevos modos de prevención y penalización de la protesta pública^[2].

Para los Estados Unidos, su argumenta-

2.- Jonathan Nitzan (1950) es un economista israelí radicado en Toronto como profesor de la York University de aquella ciudad canadiense. Ha colaborado con Shimshon Bichler, otro economista israelí, con quien ha publicado una celebrada obra, *Capital as Power. A Study of Order and Creorder* (2009).

ción parte de una constatación bien conocida: en el año 2011, una sexta parte de la población estadounidense (lo que quiere decir unos cincuenta millones de habitantes) se encontraban por debajo del umbral de la pobreza, una evidencia estadística que induciría a muchos a preguntarse si no nos estaríamos equivocando de país y no nos estaríamos refiriendo a la India o Etiopía. Lo que ha ocurrido es el efecto de una política deliberada de reducción de los costes del trabajo, de debilitación de las organizaciones representativas de la clase obrera y de derribo de la protección pública ofrecida a los trabajadores. El resultado aparece perfectamente resumido por Paul Krugman: «El movimiento de lucha contra el déficit nunca tuvo en realidad el déficit como objetivo. De lo que se trataba era de usar el miedo al déficit para destrozr la red social de protección».

¿Con qué mecanismos? Josep Fontana se apoya en los testimonios que pudo recoger en los medios de comunicación con ocasión de las elecciones presidenciales estadounidenses de 2012. Primero, nuestro autor se detiene en los argumentos ideológicos esgrimidos en la campaña, que producirían risa por lo que tienen de ridículo pero que generan pavor por lo que tienen de síntoma de una grave deriva espiritual entre las clases dirigentes del país más poderoso del mundo (aunque luego Trump haya superado todos los niveles). Así, Josep Fontana nos reproduce las declaraciones de Michelle Bachman, para quien las escuelas públicas eran «antros de iniquidad en que se enseñaba a los niños a usar condones y poner en duda la superioridad moral norteamericana» (lo que parecen actuaciones realmente positivas para la educación de los menores), mientras Rick Santorum quería suprimir las universidades, instituciones perniciosas «donde el 62 por ciento de los estudiantes pierden la fe» (habría que

preguntarse: ¿la fe en qué?) y el congresista Paul Broun, elevando (¿?) el nivel de la discusión aseveraba que la teoría de Darwin, la teoría del Big Bang y la embriología «son mentiras que salen directamente del pozo del infierno». Quien quiera seguir, puede leer completas las páginas 33-35 del libro, donde queda claro (no sé si a todo el mundo, pero a mí sí desde luego) que «Dios» es el nombre que se da con frecuencia a la propia estupidez.

Tras este instrumental ideológico (no siempre obviamente tan burdo y sujeto a la caricatura, aunque tampoco tan raro que podamos considerarlo una colección de excentricidades aisladas), el autor señala otra serie de acciones de índole más inmediatamente práctica. Por un lado, los *lobbies* se encargan de la financiación (soborno es la palabra más precisa) de miles de políticos y altos funcionarios corruptos (rozando la redundancia, en este y otros casos), a los que garantizan elevados ingresos extraordinarios (e irregulares, hay que añadir), regalos suntuosos (los chalés y los coches de alta gama son los más paradigmáticos) y garantías de su ingreso al final de sus mandatos a través de las famosas «puertas giratorias» a los sillones de los consejos de administración de las empresas a las que favorecieron con informaciones privilegiadas, con retiradas de leyes que perjudicaban sus intereses particulares (muchas de ellas relacionadas con la ecología y con el deterioro climático), con beneficios fiscales injustificados o con la reducción de sus contribuciones al Estado, que según su primitiva definición debe velar por el interés general.

Un tercer mecanismo que nuestro autor considera harto ilustrativo es la persecución de los ciudadanos que no se pliegan al *Diktat* de las empresas y los gobiernos mediatizados por las corporaciones. Sin entrar en demasiados detalles, basten unos datos estadísticos: los Estados Unidos han

visto ascender su población reclusa desde los 300.000 presos de 1972 a los 2.300.000 reclusos de 2012 (cuarenta años después, una cifra casi ocho veces superior). Una cifra que no se compagina con el índice de criminalidad (que ha descendido), sino que se explica por la ampliación de los hechos juzgados delictivos y penados con la cárcel, que, por una parte (que parece trivial, pero que es muy significativa del deterioro económico y social interior) pasan a incluir impagos de recibos o de multas de tráfico por imposibilidad material de allegar el dinero necesario a una población empobrecida, y por otra (con mayor contenido político) por la aplicación de severas penas a los comportamientos que pueden poner en peligro el sistema, lo que, bajo el disfraz de la erradicación del terrorismo y del tráfico de estupefacientes, permite incluir a aquellos resistentes calificados, en un perverso ejercicio de tergiversación, como «radicales» y «extremistas». De ahí que David Garland pueda afirmar con razón que los Estados Unidos se han convertido en la mayor cárcel de la Historia, lo que representa un triste récord para incluir en el libro Guinness^[3].

Josep Fontana se traslada a continuación a Europa. Empieza por desmontar una fábula, un cuento chino, una narración de las *Mil y Una Noches*. que sin embargo he visto asegurar como cierta en las palabras de muchos colegas de España o de otros países europeos (cuyos nombres no citaré en ningún caso): la crisis de 2008 vino como consecuencia del derroche de los europeos en escuelas y hospitales y en el ocio que les garantizaban sus sistemas de pensiones.

3.- David Garland (1955) es un abogado escocés radicado en Estados Unidos, especializado, entre otras cuestiones, en el tema de las instituciones penitenciarias y en el estado del bienestar. Es profesor de Derecho Y Sociología en la Universidad de Nueva York y está también vinculado a la sección de Criminología de la Escuela de Derecho de Edimburgo.

Sin embargo, la realidad era que el endeudamiento público era en aquel momento muy inferior al endeudamiento privado fomentado en buena parte por las más que «generosas» condiciones de los préstamos (hipotecarios o no) ofrecidas por la banca. Estos son los verdaderos responsables de la *debâcle*: el complejo financiero y político de un capitalismo sin rostro fácil de identificar (a veces escondido bajo términos opacos y engañosos, como el muy difundido de «los mercados» que casi nadie sabe definir de manera comprensible), pero sí fácil de captar por sus efectos: el incremento del paro (uno de cada cuatro ciudadanos, el 25 % de la población), el drama de los desahucios por inicuas ejecuciones judiciales impulsadas por los propios culpables (para arrojar sal sobre las heridas), la desarticulación de las organizaciones obreras, la adquisición obligada de los servicios esenciales a las empresas que controlan el suministro y su precio, los «recortes» para ocasionar la muerte lenta de la educación y la sanidad públicas, la deslocalización de las empresas (que aceleran e incrementan el desempleo), la subcontratación de los servicios (que despojan a los trabajadores de sus derechos y reducen radicalmente sus salarios), el ataque despiadado al sistema de pensiones, que priva a los más desfavorecidos de su último recurso contra la depauperación y empuja a los demás a los sistemas privados, a los planes de pensiones controlados por unos banqueros culpables de los mayores desmanes, de esos banqueros que, en palabras de Robert Fisk, han pasado a convertirse en los «dictadores de Occidente»^[4].

Y así, continúa Josep Fontana, citando ahora literalmente a Michael Hudson, es como hemos efectuado «la transición de la Europa de la socialdemocracia a la oli-

4.- Robert Fisk (1946) es un conocido periodista y escritor inglés radicado en Beirut.

garquía financiera»^[5]. Y siguiendo de nuevo al profesor de la Universidad de Missouri, constata la existencia de «una línea de separación histórica entre una época caracterizada por la esperanza y el potencial tecnológico. Y una era de desigualdad, a medida que una oligarquía financiera va reemplazando a los gobiernos democráticos y somete a las poblaciones a una servidumbre por deudas». Caso de Grecia, que, según un editorial del *New York Times* del 8 de noviembre de 2012, hubo de «beber la cicuta», administrada por la oligarquía financiera de la Comunidad Europea, en una expresión tan gráfica como la escena explicada por Ianis Varoufakis en que captó inmediatamente que tanto el negociador comunitario como él comprendían lo fundamentado de los argumentos griegos, pero que también sabían que el poder estaba del otro lado de aquella barricada dialéctica y que Grecia sería sacrificada^[6]. Caso de España, donde Mark Weisbrot, entre otros analistas, ha demostrado la culpabilidad del Partido Popular en el alevoso desmantelamiento del Estado del bienestar^[7].

Finalmente, Josep Fontana subraya la estrecha vinculación entre la política de austeridad y el reforzamiento de la represión política, como puede fácilmente deducirse para el caso español con la mera lectura del articulado de la tristemente famosa «ley mordaza». Puntualiza el historiador con-

vertido en analista: «La criminalización de la protesta va encaminada a imponer por la fuerza el trasfondo político de unas medidas de austeridad que no son soluciones económicas temporales, sino que contienen elementos de cambio permanente en las reglas del juego social, destinados a persistir: la reforma laboral, limitación del derecho de huelga, ataques a los sindicatos, privatización progresiva de la sanidad pública, desguace de la educación pública...» Sólo se puede estar de acuerdo con este diagnóstico, aunque debamos evitar la perversión del lenguaje y llamemos «contrarreforma» laboral a la política propuesta por el Partido Popular.

Joseph Stiglitz, otro de los mentores de nuestro autor, aunque quizás menos utilizados sus argumentos que los de otros analistas, aparece aquí para dar un diagnóstico final: «Europa se encamina al suicidio»^[8]. Y el economista estadounidense arroja su conclusión con un párrafo especialmente lúcido, y por ello particularmente doloroso: «El activo más valioso de la sociedad, su capital humano, está siendo malgastado y hasta destruido. Los jóvenes, privados a largo plazo de un trabajo decente (...), acaban alienados (...). La juventud es la época en que se forman las habilidades; de este modo, en cambio, se atrofian (...). Los padecimientos que sufre Europa, en especial los de sus pobres y sus jóvenes, son innecesarios». Son, diríamos nosotros, una forma de maldad, de repugnante egoísmo. Esta muerte lenta de nuestra juventud, es uno de los cargos más graves contra la llamada «política de austeridad», cuyo lado social

5.- Michael Hudson (1939) es un economista estadounidense, profesor de la Universidad de Missouri, que ha sido además analista de Wall Street.

6.- Ianis Varoufakis (1961) es un destacado economista greco-australiano, autor de numerosas obras de economía. Muy comprometido políticamente, fue ministro en el primer gobierno de Alexis Tsipras y actualmente lidera un nuevo partido, el MeRA25, que se dispone a participar en las elecciones griegas.

7.- Mark Weisbrot (1954) es un conocido economista estadounidense. Es codirector del Center for Economic and Political Research en Washington y presidente de Just Foreign Policy.

8.- Joseph Stiglitz (1943) es un célebre economista estadounidense, vinculado a la *Columbia University* y Premio Nobel de Economía (2001). Ha sido profesor en diversas y prestigiosas universidades y actualmente dirige el Instituto Brooks para la Pobreza Mundial de la Universidad de Manchester. Ha destacado como crítico de las políticas impulsadas por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

no deja de producir escalofríos a cualquier espíritu sensible, no así a la cábala de banqueros y políticos, que tienen la piel más áspera que el papel de lija.

Y tras los jóvenes, los pobres. El capítulo segundo se abre con una serie de datos sobre las consecuencias globales que la crisis ha generado sobre millones de personas de todo el mundo. Las cifras proceden todas de organismos internacionales de reconocido prestigio y absoluta confianza y no de otras instituciones erigidas en (mentirosas) voceras del capitalismo más salvaje (como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional). El hambre afecta a más de mil millones de personas, una cifra que tiende a aumentar y a acercarse a ritmo acelerado al doble, a los dos mil millones de personas (todo según la FAO, el IFAD y el WFP, las agencias de la ONU radicadas en Roma y que se ocupan de la agricultura en el mundo). Y, lo que resulta más triste, es que esta penuria no es consecuencia de un colapso de la producción (a pesar de ciertos amenazadores índices maltusianos, en relación con el deterioro climático y con las políticas agrícolas no insensatas sino simplemente egoístas), sino que la causa es política, es decir que se trata de un problema de distribución injusta de los alimentos en aras de un mayor beneficio para los poderosos que controlan la producción, la comercialización y los mercados (aquí empleando el término en su sentido original ordinario).

Si pasamos al apartado del trabajo, aquí utilizando los datos de la OIT, la Organización Internacional del Trabajo, los números no son menos dramáticos. En 2012, la víspera de la aparición del libro que comentamos, ya se contaban doscientos millones de parados (aparte de otros millones de jóvenes que nunca encontrarán empleo). Y se puede seguir con cifras millonarias si atendemos a otras variables fundamentales, como el acceso al agua potable o a la electri-

cidad. Y Josep Fontana toma prestadas las palabras más trágicas para señalarnos otro hecho angustioso, como es el auge de la esclavitud, el tráfico de personas, los millones de seres humanos «comprados y vendidos para el trabajo [forzado, naturalmente], la explotación sexual comercial y la guerra». Un trabajo forzado que sirve además para abaratar los productos consumidos por los más ricos (en virtud de la deslocalización de la producción), una explotación sexual que se ha convertido en uno de los mayores atentados contra la dignidad y contra la vida de las mujeres (y, en menor medida, de los hombres), pero que afecta además en un porcentaje escandaloso a niñas y niños, a los menores de ambos sexos, y una guerra que involucra, mediante el ejercicio de la violencia, a un número creciente de combatientes, también menores en una proporción difícil de calcular (los «niños de la guerra»).

Y el capítulo tercero (que no es más que una continuación del anterior), el registro se enriquece precisamente con un análisis de la segunda consecuencia tóxica de la organización de la economía (y la política) mundial: junto a la miseria de las poblaciones, hemos de hacer frente a la multiplicación de los conflictos y al nuevo (y más negativo) carácter adoptado por los enfrentamientos, que además tienen como escenario privilegiado a los países más arruinados de la tierra. Como dice Robert Parry, nos hallamos ante un «envenenado e inabarcable futuro de guerra y violencia»⁹. Y ello debido a las mismas causas: la exportación de la guerra a los países potencialmente rivales de los poderosos y los irrenunciables beneficios generados por la industria armamentística, pero sobre todo una filosofía política que defiende que la superioridad

9.- Robert Parry (1949-2018) ha sido un destacado periodista estadounidense.

militar es un requisito indispensable para alcanzar la superioridad económica.

Y ello instaaura el conflicto armado en los países atrasados: las guerras arrasan África y Asia, las guerras permanentes se instalan en Afganistán, en Kurdistán, en Sudán y, últimamente, en Siria, donde ya es difícil contar el número de muertos, inválidos o desplazados. Y el conflicto se desplaza siguiendo las líneas de los ejes de la economía: ahora le toca el turno al espacio Asia-Pacífico, a partir de la consolidación de China como gran potencia mundial, de la competencia por controlar el tráfico en la gran vía comercial del mar del Sur de la China, de las rivalidades regionales no resueltas en la zona como los enfrentamientos por hacerse con las posiciones estratégicas que se disputan una China ascendente y un Japón en declive. Y las guerras cambian de métodos, porque el fracaso occidental en conseguir la hegemonía en Oriente Medio a partir de Irak y en controlar el valladar de Afganistán ha significado un desembolso económico inmenso, por lo que se ha impuesto la nueva forma de los enclaves reducidos, los cuerpos de élite y la proliferación de los drones que alcanzan a los enemigos en los lugares más recónditos, con lo cual se consigue mayor eficacia a menos coste, aunque naturalmente sólo las grandes potencias y sus recursos tecnológicos son capaces de imponer a su favor las nuevas reglas (¿?) del juego.

El resto de ambos capítulos es un rápido análisis de la situación política del mundo en esta etapa de globalización. Josep Fontana lee los periódicos más solventes, estudia a los analistas mejor documentados y utiliza su inmenso bagaje de historiador preocupado por el presente para ofrecer un perfil fiable de la actual geopolítica a escala planetaria. Así, África se define como un continente marcado por las guerras y los golpes de Estado y, como consecuencia, el

predominio de la dictadura y la ausencia de la democracia. América sólo alcanza esas cotas en algunos países, pero asiste a un progresivo deterioro de sus recursos y de sus libertades, incluso en países como México, donde el narcotráfico ha llegado a imponerse al Estado después de la cruenta e infructuosa guerra del presidente Calderón. En Asia, tampoco China o Japón alcanzan la suficiente estabilidad, para no hablar de una India carcomida por el integrismo religioso, la desigualdad estructural de las castas y la corrupción sistémica del gobierno. En Oriente medio, si Palestina sigue siendo la víctima por antonomasia de la injusta alianza entre Israel y las potencias occidentales, la durante un tiempo esperanzadora reclamación de las libertades por los países delnorte de África parece haber concluido en una dramática frustración, como explica Josep Fontana con una shakespeariana sentencia: «la primavera árabe de la democracia ha acabado en el invierno del islamismo» (*the winter of our discontent*, que diría el gran escritor isabelino).

Y no vale la pena seguir por esta vía, entre otras cosas porque los juicios de nuestro historiador han dejado en parte de ser válidos después de los cinco años transcurridos entre la primera y la segunda edición de su libro. Y lo malo es que la pérdida de vigencia se debe sobre todo a que las cosas no han hecho sino empeorar sensiblemente, para lo cual basta fijarse en uno o dos detalles, como son el profundo deterioro de la democracia en aquellos países (esencialmente europeos) donde parecía mejor consolidada o la epidemia de dictadores que está asolando el territorio político: Putin en Rusia, Erdogan en Turquía o Bolsonaro en Brasil, más otros tiranos de menor entidad, sin pronunciarnos por personajes de invisibles cualidades políticas y morales como Trump, que además es el presidente de la primera potencia del planeta.



Fontana en su despacho (Fuente Asociación Española de Historia Económica, aehe.es).

El cuarto y último capítulo recoge gran parte de las primeras ideas y, sobre todo, trata de encontrar una alternativa al siniestro sistema imperante. Lo más dramático es la constatación de que después de siglos de lucha de clases en que las clases menesterosas, las clases desfavorecidas habían ido conquistando, paso a paso, muerto a muerto, determinada cotas de libertad, de igualdad y de bienestar, el gran complejo político-económico, la gran alianza de los estadistas (aunque quizás caracterizarlos con este término sea mucho decir) y los empresarios (particularmente los banqueros) han ganado esa lucha de clases, han derrotado a los parias, a los pobres, a los obreros e incluso a las clases medias. Y además, han sabido disfrazarse perfectamente, de tal modo que no sean fácilmente identificables porque se escudan tras los arrogantes logos y las orgullosas siglas de las corporaciones, que actúan como auténticas sociedades se-

cretas al servicio de un capitalismo anónimo, que ha puesto a su servicio a los propios Estados, ante los que anteriormente podían recurrir los ciudadanos. El Estado, por lo menos, tenía que someterse al voto de esos ciudadanos, al control democrático, mientras que las corporaciones no responden ante nadie.

Ahora bien, ese arma democrática, el voto, también se ha precarizado, también ha perdido gran parte de su virtualidad, de donde proviene el progresivo y generalizado descontento popular con las instituciones presuntamente democráticas, que pese a todo constituyen la única garantía (por devaluada que esté) que poseemos. Esta desesperanza se produce a partir de la constatación de un voto profundamente mediatizado por la acción de los poderosos que controlan los gobiernos y que manipulan las elecciones no a través del antiguo y burdo pucherazo, sino mediante meca-

nismos más sofisticados, como son, por un lado, el bombardeo desde los medios de comunicación de masas de mensajes tendenciosos, de argumentos a favor de sus candidatos o, en muchas más ocasiones de las que creemos, de puras mentiras. Y, por otro, el procedimiento, denunciado cien veces pero rara vez desmontado, de la financiación ilegal de los partidos, que desvían hacia sus campañas electorales una gran cantidad de fondos suministrados, de modo nada desinteresado, por las corporaciones, que así consiguen aupar a los grupos que van a garantizarles las leyes que precisan para continuar su labor depredadora.

Y, sin embargo, al final, a poco que la democracia retenga algo de sus virtudes, a poco que el régimen parlamentario permita escuchar la voz del hombre honrado que buscaba Diógenes con su candil o que en la mitología bíblica pudo haber salvado a Sodoma de la ira de un dios encolerizado, sigue siendo para el ciudadano medio la mejor vía para conseguir algunos resultados favorables, aunque sea dentro de una modesta acción reformista, aunque sea dentro de la lógica del mal menor. Porque otros movimientos masivos de protesta, que crearon espacios de debate libre, que alumbraron las hilachitas de una esperanza (Atahualpa Yupanqui *dixit*) para los más perjudicados, parecen haberse desdibujado en este preciso momento, justo cuando aparece la segunda edición de nuestro libro.

En efecto, el movimiento de los «indignados» ha conseguido, pese a la criminalización de la protesta y de la mentira y la descalificación usadas como armas por la reacción, canalizar la protesta de miles y miles de personas afectadas por la crisis, crear ámbitos de discusión y concienciación ciudadanas, incluso introducirse en las instituciones democráticas. Y sin embargo, los resultados obtenidos no son demasiado alentadores, pese a las acciones puntuales

ante algunas de las injusticias más flagrantes (lucha contra los desahucios) o los intentos de condicionar las decisiones en las instituciones de distinto nivel, pues al final no ha sido posible crear una alternativa políticamente hegemónica, aunque todavía no hay que darse por vencidos.

En Estados Unidos, Josep Fontana analiza con cierto detalle movimientos como el denominado «Occupy», dejando hablar en su favor a Noam Chomsky, el eterno luchador, pero para acabar aceptando finalmente el juicio pesimista de Shamus Cooke, que nuestro historiador glosa así: «(Occupy) se ha dividido en una docena de minimovimientos con objetivos diversos, mientras que para luchar eficazmente contra el sistema se requería un vigoroso movimiento social con un objetivo definido». Y lo mismo puede predicarse de otras movilizaciones reivindicadas, como la de las mujeres (la de mayor recorrido debido a las altas cotas de desigualdad y de discriminación que padecen, cuando no son víctimas de la mayor explotación laboral y sexual conocida o cuando no mueren a manos del crimen organizado, como ocurre en los agujeros negros de la frontera norte mexicana), la de los estudiantes universitarios (carentes de perspectivas de trabajo) o los campesinos (que han de defenderse de las estrategias del capitalismo depredador que les está privando de sus medios de subsistencia), los parados (que han perdido de vista cualquier horizonte esperanzador) o los jubilados (a los que les han robado sus pensiones). Todo ello no genera una acción política masiva y unitaria, sino que parece más la concatenación de una serie de fogonazos, justamente lo que caracteriza la rebeldía primitiva, para seguir el término clásico acuñado por Eric John Hobsbawm^[10].

10.- Noam Chomsky (1928) es un célebre lingüista, más conocido aún por su activismo político y sus numerosos libros sobre la economía y la política en el mundo actual.

Hasta aquí, el análisis de las coordenadas económicas y políticas en las que estamos inmersos y con las que estamos en un íntimo desacuerdo ético. Sin embargo, Josep Fontana no se queda satisfecho con cumplir este papel de analista (que aquí le hemos adjudicado desde el propio título de un artículo destinado a glosar esta faceta de su labor intelectual), sino que quiere, como Karl Marx, no sólo comprender el mundo, sino transformarlo. Ahora bien, una vez descritas también las vías de la protesta, ha de confesarse que este proceso de cambio es hoy por hoy muy difícil, al estar enfrentado a poderosas fuerzas que controlan todos los recursos económicos (y especialmente financieros) y todos los resortes del poder político a la escala del mundo globalizado. Por ello, ha de concluir que la pregunta esencial que hay que hacerse a continuación no tiene respuesta inmediata: «Cómo se puede pasar de la conciencia a una acción eficaz sigue siendo un problema no resuelto».

Descartada la virtualidad de los movimientos dispersos que se han analizado, la vía de la contribución (mediante los métodos clásicos) a la organización de las víctimas de esta fría globalización para que puedan acelerar las contradicciones internas del capitalismo, una de las fórmulas en la que creíamos en una época no demasiado lejana en que la lucha por el progreso parecía caminar por senderos prometedores, parece hoy erizada de obstáculos. Por ello, en el libro nuestro historiador trae a colación otras viejas alternativas, aunque antaño fueran condenadas por las formulacio-

nes más revolucionarias. Es decir vuelve a aparecer la opción del tercer mundo como posible lugar para que prenda la chispa que incendie este mundo inhóspito. Sus palabras parecen remitirnos al viejo libro de Pierre Jalée: «Un mundo con más de mil millones de hambrientos y parados no puede esperarse que siga resignándose indefinidamente a verse condenado a una vida cada vez peor en nombre de las necesidades de un sistema del que sólo se beneficia una minoría, y cuya voracidad para acumular beneficios a corto plazo le ha llevado a ignorar no solo el hambre de hoy, sino el agravamiento que en un mañana cada vez más próximo puede producir el cambio [desterioro] climático»^[11].

Sin embargo, la verdad es, creemos nosotros, que puede esperarse que no sea capaz de rebelarse contra la ignominia, por falta de medios de hacerlo. La historia también demuestra que la injusticia ha podido mantenerse en muchos casos durante muchos siglos y que, mientras han solido triunfar las «revoluciones de la prosperidad», las «revueltas del hambre» han sido muchas veces derrotadas por los mismos responsables de esa miseria.

Si eso puede que sea así, sólo nos queda confiar en el azar. Un acaso que afortunadamente también tiene algunos precedentes históricos, como se señala en el libro. Los actuales dueños de este mundo «tal vez no hayan calculado que los grandes movimientos revolucionarios de la historia se han producido por lo general cuando nadie los esperaba, y con frecuencia, donde nadie los esperaba. Pequeñas causas imprevistas han iniciado en alguna parte un fuego

Shamus Cooke (1979) es un trabajador social y sindicalista estadounidense. Eric John Hobsbawm (1917-2012) ha sido miembro del Partido Comunista de Gran Bretaña y uno de los más grandes y prolíficos historiadores del siglo XX.

11.- Pierre Jalée (1909-1991), a quien hemos traído aquí a colación pese a no haber sido citado por Josep Fontana en su libro, ha sido uno de los más destacados impulsores de la corriente tercermundista en sus análisis del capitalismo del siglo XX, especialmente a partir de su libro *Le pillage du Tiers Monde* (1965, edición definitiva, 1973).

que ha acabado finalmente extendiéndose a un entorno en que muchos malestares sumados favorecía su propagación». Josep Fontana quiere aferrarse a esa «humilde esperanza» (Alfredo Le Pera y Carlos Gardel *dixerunt*), pero sus palabras denotan un evidente desencanto al que hay que superponer con el optimismo de la voluntad. El intelectual formado en la idea de progreso indefinido de la Ilustración y acunado por el entusiasmo incontenible de los seguidores de la I Internacional no puede quedarse (y dejarnos) a la intemperie. Sin embargo (terminando allí donde empezamos esta glosa de su libro), pese a la declaración final (que se ve un tanto forzada después de ciento cincuenta páginas de densa literatura avalando lo contrario) de que el mundo actual tiene «las horas contadas», percibimos en su ánimo un innegable decaimiento. Que es también el nuestro.

Un decaimiento basado en su caso en un análisis preciso, medido, de la realidad, como no podía ser de otra manera en el gran científico social que también es. El mundo que se nos acerca a marchas forzadas es bajo la fisonomía que (desde la ecología) le presta Michael Klare: «un mundo de temperaturas en aumento, sequías per-

sistentes, repetidas escaseces de alimentos, y cientos de millones de gentes famélicas y desesperadas»^[12]. Tenemos el diagnóstico, conocemos (no siempre de un modo completo por el secretismo de los poderes fácticos) las causas, calculamos las expectativas de futuro, sabemos los remedios. Pero, ¿quién será capaz de unir todos nuestros conocimientos en un argumento claro, contundente, comprensible? Y ¿quién será capaz de aunar las voluntades de los convencidos de la verdad y de los disconformes con la realidad (que pueden ser los mismos) para construir una herramienta que sirva para combatir con eficacia ese mundo que conduce a la duradera infelicidad de la humanidad sacrificada en aras del bienestar efímero de los poderosos? Porque, cerremos el discurso también con las palabras de Josep Fontana, nuestra principal tarea es la de «inventar un mundo nuevo».

Ahora bien, después de la lectura del lúcido libro del maestro, el futuro no es sólo un país extraño, sino un país extremadamente inquietante. ¿Hallaremos, y después de nosotros nuestros hijos y nuestros nietos, la llave de oro y la voluntad de hierro para salir del laberinto?

12.- Michael Klare (1942) es un politólogo estadounidense, que enseña en el departamento de *Peace and World Security Studies* en *Five Colleges* (Massachusetts).

Josep Fontana. La Historia ante el espejo

Josep Fontana. History in front of the mirror

Juan Andrade

Universidad de Extremadura

Resumen

En este artículo se analizan las reflexiones de Josep Fontana a propósito de la Historia como disciplina, así como de las concepciones de las que se han servido los historiadores para hacer su trabajo. Se valora su insistencia en la necesidad de aplicar al estudio de la Historia la misma mirada contextual y crítica que ésta proyecta sobre otros productos culturales y de considerarla atendiendo especialmente a su relación orgánica o funcional con respecto a los proyectos sociales de su tiempo. También se analizan sus propuestas para incentivar una nueva escritura de la Historia en la que arraigar de alguna forma proyectos sociales alternativos, los aspectos problemáticos de esta propuesta y la sugerente potencia que encierra.

Palabras clave: Josep Fontana, Historia, historiografía, política, poder.

Abstract

This article analyzes the reflections of Josep Fontana on History as a discipline, as well as the conceptions used by historians to do their job. It appraises the value of his insistence on the need to apply to the study of History the same contextual and critical perspective that History dedicates to other cultural products and it also pays special attention to his relation with the social projects of his time. His proposal to encourage a new writing of History in which to root alternative social projects is also examined along with the problematic issues which entails and the enticing power at its heart.

Keywords: Josep Fontana, History, historiography, politics, power

Mirar el punto de vista. Mirar el punto de vista para entender mejor aquello que se viene mirando. Tal premisa guió buena parte del trabajo de Josep Fontana. Probablemente fue el cruce de esa doble perspectiva lo que multiplicó la potencia y el atractivo de su obra: analizar el pasado, analizar las narraciones sobre el pasado y analizar éstas de forma parecida a como se analiza aquel. Desde finales de los años setenta Fontana construyó una mirada atípica y corporativamente nada autocomplaciente, cuya premisa apenas había guiado las indagaciones de los historiadores acerca de su propio oficio: aplicar al estudio de la disciplina de la Historia el enfoque contextual y crítico característico de la investigación histórica. Se trataba de cultivar una Historia que se volviese sobre sí misma para concebirse como un producto cultural inmerso en el mismo mundo que investigaba, y que, al interrogarse sobre su abolengo, estuviera dispuesta a reconocer sus episodios más pedestres. Uno de sus principales afanes consistió, por tanto, en poner la disciplina de la Historia ante el espejo, ante su propio espejo.

Este afán atraviesa al menos cuatro obras de Josep Fontana que aquí se analizan: *Historia: análisis del pasado y proyecto social* (1982), *La historia después del fin de la historia* (1992), *Europa ante el espejo* (1994) y *La historia de los hombres* (2000)^[1]. En ellas conjugó el análisis de la producción historiográfica (de la producción escrita acerca de temas históricos) con el análisis de las teorías y del pensamiento que los historiadores habían utilizado para hacer su trabajo. Lo hizo poniendo el acento en los

contextos en los que había surgido esa producción y pensamiento, y entendiendo por contexto no un entorno que los envolvía, sino un vector que los atravesaba. Y lo hizo considerando que producción historiográfica y pensamiento sobre el pasado habían desempeñado una función social a considerar, y desde la cual ser considerados.

En distinto grado según qué trabajos, pero en el conjunto de todos ellos, Fontana puso el acento en la dimensión política de la disciplina histórica en un doble sentido, en el de ponderar cuán influido había estado su desarrollo por las dinámicas políticas de cada momento y en el de insistir en lo funcional que había resultado a determinados proyectos políticos, si acaso no en el compromiso que directamente había contraído con ellos. Cuando hablaba de proyectos sociales o compromisos políticos se refería, en principio, a proyectos y compromisos hegemónicos. Si se era consecuente con la proyección crítica que se presupone a la Historia, esta tenía un efecto boomerang que revelaba las frecuentes mistificaciones que atraviesan los relatos académicos del pasado, las motivaciones ideológicas apenas encubiertas por la forzada asepsia de su retórica y su tributo frecuente a los discursos legitimadores del orden de turno. Al poner el foco en las sombras de la ficción de autonomía con que la Historia había levantado buena parte su autoridad sobre el pasado, Fontana contribuyó a una mejor comprensión de una y otro.

No obstante, considerar de forma crítica, preponderante y recurrente la dimensión política de la Historia puede conducir a situaciones problemáticas, tanto más cuando, como fue el caso de Josep Fontana, se reivindica al mismo tiempo la concurrencia de la Historia en la construcción del proyecto social alternativo que uno desea. Esos elementos problemáticos, que también aparecen en su obra, los abordaremos al final del artículo.

1.- Las ediciones que aquí se manejan son Josep Fontana, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica, 1982; *La historia después del fin de la historia. Reflexiones acerca de la situación actual de la ciencia histórica*, Barcelona, Crítica, 1992; *Europa ante el espejo*, Barcelona, Crítica, 2000; y *La historia de los hombres: el siglo XX*. Barcelona, Crítica, 2002.

El valor de las reflexiones de Josep Fontana sobre las narraciones académicas y no académicas del pasado se debe, en buena medida, a que éstas se desarrollaron al calor una larga trayectoria investigadora sobre procesos y acontecimientos históricos concretos. En esas investigaciones sustanciales pudo identificar y atravesar las preconcepciones, retro-dicciones y presentismos con que habían sido abordados: las miradas torcidas que habían quedado adheridas a la piel del pasado mismo. Y desde esas investigaciones dialogó críticamente con quienes habían mirado esos temas u otros equivalentes, sacando conclusiones generales que rara vez procedían de una reflexión puramente teórica.

De esta trayectoria investigadora destacan sus primeros estudios sobre la crisis del Antiguo Régimen, sobre el despliegue renqueante del liberalismo en la España del siglo XIX o sobre los problemas de la hacienda pública^[2]. En el último tramo de su carrera abordó el turbulento siglo XX y la historia del mundo hasta nuestros días, al nivel con que lo hicieron historiadores como Eric Hobsbawm o Tony Judt^[3]. Archivo, método y pericia técnica dieron forma a esos primeros trabajos sobre importantes problemas nacionales más o menos delimitados. Erudición, capacidad narrativa y afán crítico caracterizaron sus voluminosas obras sobre procesos de la contemporaneidad complejos, de largo recorrido y escala desbordante. Entre medias investigó multitud de temas y dirigió proyectos y obras co-

lectivas, de todo lo cual se da buena cuenta en otros artículos de este dossier.

Todos estos trabajos hicieron de Josep Fontana uno de los historiadores más reconocidos de las últimas décadas y le permitieron construir una mirada general e incisiva sobre las narraciones del pasado, afilada con la arista de su compromiso político. También le llevaron a proponer enfoques alternativos para contarlos de nuevo y para arraigar en ese pasado nunca resuelto posibles horizontes de cambio. Sobre esa mirada crítica, sobre esos enfoques alternativos y ese proyecto de cambio trata específicamente este artículo.

Ante los historiadores de su tiempo

Josep Fontana construyó una mirada muy personal sobre la historiografía del siglo XX, que conjugaba la erudición con un profundo sentido crítico. Como lector infatigable, conocedor de varios idiomas y asesor editorial exploró una vastísima bibliografía. Esto le permitió estar al tanto de novedades producidas en el extranjero, que en muchos casos luego ayudó a que se publicasen en España. A tenor de sus filias y sus fobias nominales, se constata su mayor preferencia por la historiografía anglosajona, en perjuicio de la francesa, más influyente en la España de su generación, que, sin embargo, conocía bien. Siguió con interés la producción de buena parte de los países de Latinoamérica, a los que viajó en varias ocasiones y en los que tuvo un amplio reconocimiento. Con el paso de los años fue prestando una atención cada vez mayor a la historiografía italiana, centroeuropea y alemana, e indagando en las formas de escribir Historia de países africanos y asiáticos, en concreto de la India.

Analizó la evolución de la historiografía en perspectiva histórica, explicándola a partir de su integración en los marcos ins-

2.- Josep Fontana, *La quiebra de la monarquía absoluta, 1814-1820*, Barcelona, Ariel, 1971; *Hacienda y estado en la crisis del antiguo régimen español, 1823-1833*, Madrid, Instituto de Estudios fiscales, 1973; o *La crisis del Antiguo Régimen, 1808-1833*, Barcelona, Crítica, 1979.

3.- Josep Fontana, *Por el bien del imperio: una historia del mundo desde 1945*, Barcelona, Pasado y Presente, 2011; *El futuro es un país extraño: una reflexión sobre la crisis de comienzo del Siglo XXI*, Barcelona, Pasado y Presente, 2013; o *El Siglo de la revolución. Una historia del mundo desde 1914*, Barcelona, Crítica, 2017.

titucionales, y del papel que autores y obras jugaron en las tensiones culturales y en las batallas políticas de cada época. Con ello ofrecía una imagen bien contextualizada de la producción historiográfica, que iluminaba aspectos normalmente velados en los debates académicos. De su posición política personal con respecto a esas tensiones culturales y batallas políticas derivaba en cierta medida su consideración de autores y libros, con o sin perjuicio, según qué casos, de la valoración técnica que hiciera de los mismos. En sus estudios sobre la evolución de la historiografía se constata una aversión permanente a la frivolidad de las modas, a la especulación teórica, a los excesos retóricos, a los artificios formales, a la pretensión de neutralidad y al poder institucional disfrazado de autoridad intelectual. Por el contrario, su visión de la disciplina y sus gustos personales le inclinaban hacia trabajos de fuerte base empírica, de sólidos pero contenidos fundamentos teóricos, hacia las narraciones claras, fluidas pero no ornamentadas, y hacia los enfoques de clara vocación crítica.

Valoraba positivamente el revulsivo que para la Historia anquilosada de principios del XX supuso el desarrollo de la Sociología por parte de clásicos como Durkheim, Tönnies o Weber; o de la Antropología impulsada por Radcliffe Brown y Malinowski; o de la arqueología de Gordon Childe. No por ello se privó de la crítica a planteamientos como la idea de «neutralidad ética» de Weber^[4]. Ni siquiera situándolas en su momento, salvó las aportaciones de dos iconos de la Historia como Spengler y Toynbee, a propósito de las cuáles se preguntaba «cómo pudo producirse un engaño intelectual de tal magnitud»^[5].

El despegue de la Historia económica y

social en los años 20 y 30 le mereció una valoración positiva como respuesta al predominio de una Historia hasta entonces centrada en una visión muy estrecha de la política, así como en la asimilación elitista de la cultura a la alta cultura. De esta nueva forma de hacer Historia —que bebía de las aportaciones de Marx y el pensamiento socialista— ponderó a quienes, como Jean Jaurès, rompieron pronto con la propensión a un «economicismo primario»^[6]. También valoró los trabajos socio-económicos y el magisterio recibido de los historiadores catalanes Jaume Vicens Vives o Ferrán Soldevilla, tanto más en la medida que lo desarrollaron durante buena parte de su vida en el contexto opresivo de la dictadura.

La actitud de Fontana ante la Escuela de *Annales* fue ambivalente, alejada de los consensos en torno a su importancia general y acompañada de críticas muy contundentes a propósito de figuras que han sido objeto de un reconocimiento amplio. Rebajó lo que consideraba el mito fundacional de la escuela: la supuesta rebeldía de dos jóvenes historiadores de provincias en los años treinta a las formas ortodoxas de escribir la Historia promocionadas por los grandes centros de poder académico. Consideraba que el verdadero impulso a la Escuela se había dado luego en la postguerra, gracias al respaldo que recibió de instituciones públicas y privadas para servir de alternativa o contención al despegue de la historiografía marxista. Apenas mencionaba los vasos comunicantes que también existieron entre ambas tradiciones. Entre los fundadores de *Annales*, valoró mucho mejor a Marc Bloch, entre otras razones por su compromiso hasta la muerte con la Resistencia al nazismo. Lucien Febvre, sin embargo, fue objeto frecuente de su desprecio como «personaje clave de la cultura

4.- Josep Fontana, *La historia de los hombres*, p. 12.

5.- Josep Fontana, *La historia de los hombres*, p. 19.

6.- Josep Fontana, *La historia de los hombres*, pp. 27-28.

oficial» francesa de postguerra^[7]. También por el decálogo que podía entresacarse de sus *Combates por la Historia*, donde, según Fontana, la ausencia de método se trataba de compensar con un estimulante lenguaje literaturizado. Ernest Labrousse y Fernand Braudel sí le merecían especial respeto. En varias ocasiones dialogó con la magna obra de Braudel sobre el Mediterráneo, que es la mejor manera de mostrar respeto por un historiador. Consideraba muy sugerente su propuesta teórica sobre los tiempos históricos, pero criticaba que no se ajustara a ella en sus análisis y narraciones factuales. El aprecio por Braudel influyó en su hostilidad hacia la llamada tercera generación de la Escuela de *Annales*. Se acogió a la idea de que ésta se lo había quitado de en medio para procurar un mayor acomodo de la escuela en el orden cultural de la Guerra Fría y a una forma de entender la Historia que despejaría el camino posteriormente recorrido por el postmodernismo^[8].

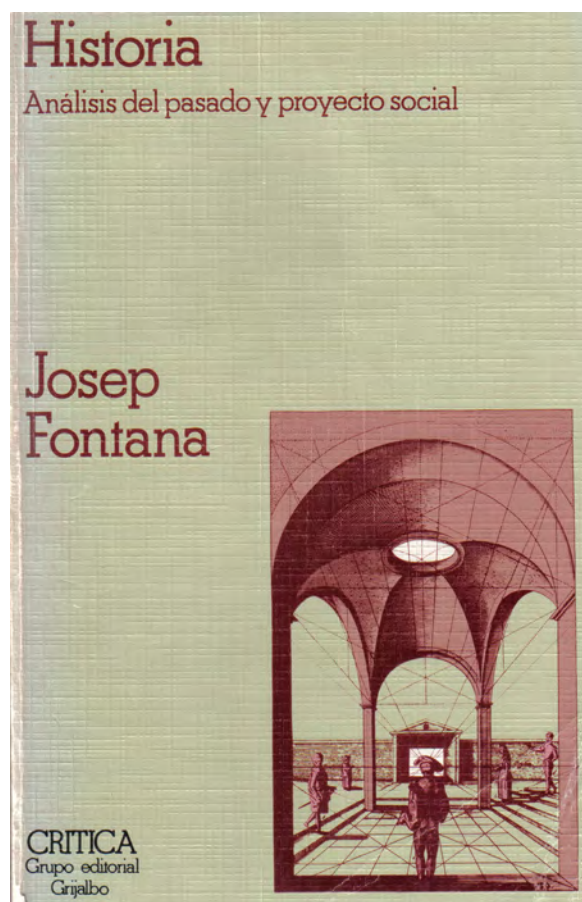
Su juicio final sobre la evolución (la deriva en sus palabras) de la escuela de *Annales*, taxativo y crítico, entrecruzaba argumentos historiográficos, técnicos, políticos y consideraciones acerca de algunas trayectorias personales:

Annales es radical en el estilo, pero académica en la forma y conservadora desde un punto de vista político; toca las cuestiones de historia económica y social sin riesgos de contagio marxista, y cuenta como garantía con un equipo de ex comunistas reconvertidos como Emmanuel Le Roy Ladurie —hijo de un ministro de Pétain que pasó personalmente por una etapa de ferviente estalinismo antes de ver la luz de la verdad— o François Furet^[9].

7.- Josep Fontana, *La historia de los hombres*, p. 32.

8.- Josep Fontana, *La historia de los hombres*, pp. 37-38.

9.- Josep Fontana, *La historia de los hombres*, p. 36 -37.



Su marcada oposición a la política imperial de EEUU no fue óbice para que prestara atención a la historia escrita al otro lado del Atlántico, ni para que valorase muy positivamente lo hecho en algunos momentos. Así lo hizo con respecto a los llamados «new historians» o «historiadores progresistas» norteamericanos, como Carl Becker y Charles A. Beard, o a la antropología económica que allí impulsó Karl Polanyi y siguieron Marshall Sahlins o Marvin Harris. No fue el caso de los llamados «clíometras», cuyos métodos siempre le parecieron artificiosos y ortopédicos, un vivo ejemplo de cómo el virtuosismo metodológico podía conducir a la simplicidad sustantiva^[10].

Su relación con el marxismo merecería al menos un artículo específico. Fontana fue un historiador marxista para quien el mar-

10.- Josep Fontana, *La historia de los hombres*, p. 48-49

xismo representaba una tradición de pensamiento desde la que analizar el pasado y una posición política desde la que tomar partido en el presente. De hecho, el marxismo fue el elemento de anudamiento de su práctica historiográfica y su compromiso político. Su marxismo era un punto de partida y no de llegada, un enfoque abierto con algunos (no demasiados) presupuestos metodológicos útiles pero revisables, un marco conceptual inclusivo, un acervo de obras y análisis históricos diversos y concretos. No era un canon de teorías pre-construidas, ni de modelos interpretativos universalmente válidos, ni menos aún de enunciados fijos. Por eso fue muy crítico con los manuales catequéticos de la escuela de ciencias de la URSS o con los postulados tan influyentes de Louis Althusser, a quien criticaba el haber promovido una deriva teórica, especulativa y autorreferencial del marxismo, una «euforia verbalista» que a la postre llevaría a muchos de sus discípulos a un post-estructuralismo de juegos semánticos^[11].

Fue lector asiduo de Marx y Engels, de quienes valoraba especialmente la dimensión integral de sus análisis históricos, su capacidad a la hora de conjugar una visión general de la historia con estudios económicos y sociales concretos y detallados. En el plano teórico-filosófico se identificó con el llamado marxismo de la tercera generación, formado por figuras como Karl Korsch, Georg Lukács, Antonio Gramsci y, a mayor distancia, Walter Benjamin. De ellos tomó el afán por abordar en su complejidad —lejos de cualquier determinismo unilineal o dualismo básico— las tensiones sociales expresadas en binomios tales como «sujeto y objeto», «ser social y conciencia social», «base y superestructura» o «estructura y acción». Estos autores bridaban una forma de teorizar anti-efectista, profunda, historizada, proclive a la inclu-

sión de múltiples dimensiones culturales, y políticamente radical.

Aunque Fontana fue un intelectual, es decir, una figura que intervenía discursivamente en la realidad social y política de su tiempo a partir de la autoridad que le daba su posición académica y la capacidad que le proporcionaba una formación cultural amplia y generalista, fue sobre todo un historiador. Por eso su relación más estrecha con el marxismo fue a través de la historiografía marxista, en concreto con los historiadores menos ortodoxos a un lado y otro del muro: Alexandra Lublinskaya en la URSS, Josef Masek en la Checoslovaquia, Manfred Kossok de la RDA o Manuel Moreno Fragnals en Cuba. De Europa occidental y del resto de América Latina podrían sacarse otros tantos nombres, como el de su colega Pierre Vilar en Francia, de cuya relación se habla en otro artículo de esta revista^[12].

No obstante, el referente historiográfico más importante de Josep Fontana fue el de los conocidos como historiadores marxistas británicos, el amplio grupo nucleado inicialmente en torno a la revista *Past and Present*, en el que despuntarían figuras como Dona Torr, Rodney Hilton, Christofer Hill, Raphael Samuel, George Rudé, Victor Kiernan, E.P. Thompson o Eric Hobsbawm. Fontana se formó en los debates teóricos de estos autores sobre la «historia social», la «historia popular», la «historia de los de abajo, desde abajo o de abajo a arriba»; sobre conceptos tradicionales del marxismo como «lucha de clases», «transiciones» o «revoluciones»; o sobre nociones de nuevo sentido o creación como «experiencia», «economía moral de la multitud», «bandolerismo social» o «corto siglo XX». Con las aportaciones de estos autores fue ampliando su cartografía y sus instrumentos de navegación: fue abriéndose a nuevos temas y

11.– Josep Fontana, *La historia de los hombres*, p. 67.

12.– Josep Fontana, *La historia de los hombres*, p. 66.

problemáticas que abordar y a nuevos enfoques y nociones desde que abordarlos. Pero, a Fontana le interesaban sobre todo las rutas y trayectorias precisas recorridas por estos autores, las investigaciones y los libros concretos en cuya edición y promoción en España desempeñó un papel fundamental. A pesar de sus reflexiones generales sobre la Historia y de su identificación con corrientes, tendencias y nombres propios, Fontana procuraba vincular sus juicios, especialmente si eran juicios positivos, a las investigaciones concretas de los historiadores. Admirador confeso de David Hume, consideraba que la comprobación empírica debía ser el momento fundamental en la resolución de muchos problemas planteados teóricamente.

Su interés por la historia desde abajo le empujó hacia «el Sur», fuera del Primer Mundo, para reparar en quienes sufrían una doble dominación, social y colonial. Ese interés le llevó más allá de la historiografía europea, generalmente eurocéntrica, que al hablar en nombre de «el otro» venía muchas veces a amordazarlo. Desde ese empeño valoró el proyecto del «Grupo de estudios subalternos», que se extendió por el sur de Asia y Latinoamérica, y especialmente a su fundador, el historiador indio Ranajit Guha.

Su reacción ante el llamado «giro lingüístico» y ante lo que, de manera un tanto gruesa, pudiéramos llamar el posmodernismo fue, en general, crítica y, en algunos casos, corrosiva. Fontana reconoció el interés y la utilidad que para los historiadores tenía la dimensión crítica de estas corrientes, pero arremetió contra sus postulados y contra sus efectos, considerando que en gran medida estos se derivaban de aquellos.

Valoró que la deconstrucción del gran armazón conceptual moderno —que privilegiaba el estudio de las grandes tendencias de la historia, de las estructuras materiales que supuestamente determinaban los pro-

ductos de la conciencia y las dinámicas de unos movimientos sociales donde apenas había lugar para la acción individual— pretendiera sacar a escena multitud de dimensiones del hombre, algunas no tan desconocidas o invisibilizadas como se decía. Sin embargo, denunció que la proliferación de contenidos y enfoques estuviera dando lugar una historia fragmentaria y reacia a cualquier explicación integral. Valoró la consideración de la disciplina de la Historia como una construcción social condicionada por los gustos culturales y las inclinaciones políticas del presente. Pero denunció que ese perspectivismo estaba degenerando en un relativismo extremo, que reducía la realidad a sus representaciones e igualaba a la baja cualquier relato del pasado con independencia de cuál fuera su base documental probatoria. Valoró mucho el peso concedido a la cultura, pero denunció el salto en virtud del cual se pasaba de la consideración de la cultura como elaboración social a la consideración de la realidad como una construcción cultural. Valoró la crítica postmoderna a esa tendencia tan recurrente en la Historia que consistía en impostar sobre el pasado una línea de continuidad. Pero criticó su hostilidad de la época a la periodización y la inclinación a reducir toda secuencia temporal a mera simultaneidad.

Fontana reconoció que algunos de los sucesos más dramáticos del siglo XX bebían de la «dialéctica negativa» de la Ilustración, porque junto con tantos otros pensadores llevaba años diciéndolo. Pero negaba, como tanto empezaba a repetirse entonces, que todo proyecto de emancipación general de la sociedad condujera ineluctablemente hacia la burocratización y el totalitarismo. En la medida que venía analizando las visiones del pasado atendiendo a lo funcionales que resultaban al orden político-cultural del momento, Josep Fontana despreciaba todavía

más estas corrientes llamadas, *grosso modo*, postmodernas. En su opinión, portaban una crítica tan sofisticada como paralizante, y conducían a una impotencia práctica o a un escepticismo cínico que invitaba al reacomodo personal. En este sentido, Fontana valoró la crítica postmoderna a la omnipresencia del poder, así como la voluntad de penetrar en su dimensión capilar. Pero denunció que equipar la microfísica del poder con el poder de los grandes centros decisorios suponía difuminar el fenómeno mismo del poder a beneficio de quien más lo detentaba. Su crítica se volvía particularmente ácida cuando denunciaba que la impugnación a las distintas y refinadas formas del poder por parte de los pensadores postmodernos no les había llevado a renunciar al poder de las cátedras universitarias^[13].

En definitiva, su relación con estos postulados de época fue tensa. No solo porque promovieran una forma de escribir la historia a su modo de ver muy proclive al relativismo, el efectismo, la dispersión, la vacuidad y al desprecio de lo empírico. Sobre todo, porque al apropiarse de la crítica a las formas tradicionales de hacer Historia bloqueaban la posibilidad de una escritura alternativa que, anclada en una crítica parecida pero anterior, apuntara a horizonte diferente.

Esa crítica y esa alternativa las fue perfilando desde finales de los setenta en las cuatro obras que aquí se consideran, dando lugar a una concepción muy personal e identificativa de la historia como pasado y de la Historia como explicación del pasado.

Crítica a la idea de progreso y reivindicación (no romantizada) de los grupos subalternos

En *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, una obra publicada en 1982, Fontana

advertía que muchas concepciones elaboradas de la historia habían venido funcionando como una genealogía del presente, en la cual los hechos del pasado se disponían en una secuencia evolutiva que terminaba conduciendo, como si de un proceso lógico se tratara, hasta el orden actual. El presente aparecía no sólo como el resultado necesario de esa evolución histórica, sino como el momento de optimización del bien común. De este modo, el análisis del pasado conducía a una celebración encubierta del presente. Desde este presente celebrado el historiador retro-proyectaba una mirada muy soberbia que presentaba como regresivos todos los obstáculos que se opusieron o ralentizaron su desarrollo y como quiméricas todas las alternativas que se truncaron por el camino. Las narraciones del pasado venían a funcionar como un ejercicio racionalizador y legitimador del orden desde el cual el historiador se pronunciaba. Semejantes pronunciamientos estaban mediatizados por lo que Fontana denominaba —haciendo un uso particular de un concepto recurrente en la tradición marxista— una «economía política»; es decir, una concepción social atada a unos intereses de parte que se disfrazaban de sentido común, una concepción que se presentaba a sí misma como la concepción objetiva, científica e inapelable del momento. Sobre esa narración del pasado venía a levantarse «un proyecto social», cuyo desarrollo consistía en la actualización de las potencialidades del modelo prescrito por esa economía política y en la continuidad, por tanto, de esa línea de progreso que, según semejante abstracción, habría venido empujando desde el pasado^[14].

Para Fontana, «visión del pasado», «economía política» del presente y «proyecto social» de futuro eran tres niveles que solo

13.– Josep Fontana, *La historia de los hombres*, Cap. 5.

14.– Josep Fontana, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, pp.9 y 10.

podían entenderse desde su articulación. Eran constitutivos de una misma concepción interesada del mundo que, al hacerse hegemónica, lograba fingir la independencia de cada uno de estos componentes. A esa ficción habían contribuido cientos de intelectuales que, afanados en exhibir su autonomía, habían levantado muros para separar en la superficie estas tres esferas de actividad, dejando tan soterrados como expeditos los canales que las comunican. A la aparente disolución de los vínculos entre estas tres esferas de actividad había contribuido más eficazmente la institucionalización por separado de cada una de ellos, en virtud de la cual estas tres esferas esencialmente unidas se manifiestan fenoménicamente como prácticas independientes. La institucionalización entraña la división del trabajo intelectual y promueve una dinámica corporativa real donde las explicaciones del pasado parece que sólo se deben a la labor desinteresada de un historiador aislado en archivos y bibliotecas; los análisis del presente, al trabajo científico de economistas, sociólogos y politólogos; y los proyectos de futuro, a los programas políticos debatidos en los parlamentos. A partir de su lectura de Antonio Gramsci, Fontana aprendió que las ideologías del poder no solo funcionan como una falsa conciencia encubierta y difundida por intelectuales tramposos, sino como un discurso naturalizado en profesiones, disciplinas académicas, hábitos sociales, imaginarios compartidos y prácticas cotidianas.

Tres cuestiones básicas que habían venido informando las explicaciones históricas a lo largo de los siglos XIX y XX fueron objeto de insistente impugnación en la obra de Fontana: una idea concreta de progreso consagrada tras la Ilustración, un elitismo que obviaba o minorizaba el papel de las clases populares y los grupos subalternos y un enfoque eurocéntrico que se pretendía

compreensivo de las mismas sociedades que despreciaba.

La crítica a la idea de progreso fue muy temprana —y luego reiterada con matices— en la obra de Fontana. La evolución histórica, decía en 1982, había sido concebida como un progreso lineal, ascendente e imparable, cuyo elemento dinamizador habría sido el avance de la capacidad tecnológica del hombre para dominar la naturaleza. En esta secuencia evolutiva dos procesos habrían venido a acelerar el ritmo de la historia: la revolución neolítica, con el desarrollo de la agricultura, y la revolución industrial, con la imposición de formas más eficientes de organización del trabajo y con la eclosión de fuerzas productivas potentísimas. De este modo, el capitalismo, en tanto que promotor de la industrialización, vendría a representar el *súmmun* de la evolución histórica, de tal suerte que las aspiraciones futuras de mejora de la humanidad se deberían cifrar en su intensificación allí donde había arraigado y en su generalización a escala mundial^[15]. Así se articularon durante buena parte del siglo XX las tres dimensiones antes citadas: un «análisis del pasado», como narración del avance imparable de la capacidad científico-técnica del hombre; una «economía política» del presente, asociada a un liberalismo que racionalizaba la desigualdad como condición necesaria para el progreso; y un «proyecto social» de futuro, consistente en despejar en occidente los obstáculos que renaban el avance de esa línea de progreso que venían empujando desde el pasado y en abrir el cauce colonial que permitiera su despliegue por todo el mundo.

La crítica de Josep Fontana no lo era a cualquier idea de progreso. Fontana valoraba el papel que esta idea, entendida como aspi-

15.— Josep Fontana, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, p. 249.

ración colectiva de mejora o referente de una práctica política liberadora, había desempeñado cuando la burguesía y las clases populares de los siglos XVIII y XIX la blandieron como una afilada crítica al estatismo social del Antiguo Régimen y como un ariete contra el poder de la Monarquía y la aristocracia. Sin embargo, decía Fontana, una vez aseguró su preeminencia social, la burguesía tendió a idealizar y despolitizar la idea de progreso, situándola como motor de su epopeya y como fuente de legitimación de su nueva posición de poder. El concepto se fusionó con la teoría de la selección natural para justificar la desigualdad por la vía de un darwinismo social concebido como estímulo de mejora. El concepto pasó a identificarse con los avances mecánicos de la ciencia y la tecnología, que servían para justificar las nuevas y más duras condiciones de trabajo y los beneficios privados obtenidos de la industrialización a la que iban parejos^[16].

Para consolidar el nuevo relato de la modernidad burguesa, decía Fontana, había que imposter sobre el pasado una línea de continuidad que obviase aquellas encrucijadas en las que se pudieron tomar otras líneas de progreso, experiencias que, aun siendo derrotadas, tuvieron una influencia considerable en el mundo que las sobrevivió. El nuevo relato científico venía a darlas, sin embargo, su toque de gracia.

Para imposter esa línea de continuidad se tuvieron que minimizar o significar de manera muy forzada aquellos acontecimientos que en su día negaron la supuesta mejora progresiva de la historia. Así se hizo con el fascismo, una forma de barbarie eminentemente moderna que bebía de la misma racionalidad científico – técnica, una versión pervertida, pero al mismo tiempo deudora, de la idea de progreso de la Ilustración. Fontana reforzó esta crítica a partir de la lectura de algunos pensadores

de la escuela de Frankfurt, particularmente de Walter Benjamin, muerto a causa de esta barbarie que se aproximaba a su cénit. El éxtasis necrófilo de Auschwitz evidenciaría luego cómo estos niveles de barbarie resultaban inconcebibles fuera de las estructuras de la civilización occidental, moderna, industrial, cientista y racional en los medios. Sin embargo, la civilización occidental no quiso reconocer como propios a sus hijos ilegítimos, de modo que, una vez que el fascismo fue derrotado, se retomó la narración exultante de un progreso que había logrado imponerse al rebrote inesperado de lo atávico.

La fortaleza ideológica de esta concepción del progreso fue tal que, según Fontana, contagió su lógica a la alternativa que pretendía reemplazarla^[17]. El socialismo en general, el marxismo canónico de la II Internacional y el marxismo-leninismo cosificado por el estalinismo parasitaron durante mucho tiempo la misma lógica de su adversario.

En lo que a los «análisis del pasado» atañe, las versiones mecanicistas del marxismo concibieron la historia como un proceso evolutivo en el que el avance imparable de las fuerzas productivas y su colisión con las relaciones sociales de producción de cada momento abría una etapa de cambio social, animando la acción emancipadora de un proletariado llamado a la victoria. Esta concepción teleológica de la historia como proceso orientado a tal fin —en su doble acepción de finalidad y acabamiento del proceso— apenas se diferenciaba del esquema evolutivo del liberalismo, tan sólo sumaba una nueva fase que venía a superar las limitaciones de la civilización capitalista. En su réplica a la narrativa de la burguesía, algunos socialistas se conformaban con

16.– Josep Fontana, *La historia de los hombres*, p. 189.

17.– Josep Fontana, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, p. 249.

decir que el enemigo se estaba precipitando en el festejo, que esa misma concatenación de los acontecimientos pasados de los relatos burgueses remitía a un horizonte ulterior, que el viento de la historia soplaba a favor de la sociedad sin clases. Hasta que ese horizonte no se desvaneció del imaginario popular, buena parte de la izquierda, incapaz de leer la historia con sus propios códigos, siguió agarrada a un optimismo histórico que con el tiempo terminó convirtiéndose en el negativo retórico de su impotencia práctica.

En lo que a la «economía política» se refiere, planteaba Fontana, el socialismo asumió pautas de crecimiento económico similares, basadas en el industrialismo, el productivismo y la «tecnolatría». La diferencia es que allí donde la doctrina liberal abogaba por la competitividad como estímulo productivo, el socialismo apostaba por el compromiso ideológico o la coacción. La diferencia es que allí donde el liberalismo fantaseaba con la autorregulación del libre mercado el socialismo real demandaba la planificación centralizada de la economía por parte de una vanguardia que pronto mutaría en una burocracia tan acomodada como ineficaz. Las duras secuelas que para la población tendría la aplicación de «planes quinquenales» y «saltos adelante» fueron justificadas a partir de la misma razón instrumental, aquella que exigía grandes sacrificios temporales para acceder luego a un futuro crecimiento autosostenido.

Este proyecto de socialismo tenía también una clara vocación universal. Se pretendía exportar a todo el mundo no a través de una revolución mundial que ya en los años 20 se vio truncada y en los 50 se contuvo para preservar el reparto de áreas de influencia entre los dos grandes adalides del progreso. Las herramientas de difusión fueron la expansión militar o el tutelaje sobre países del Tercer Mundo, que, aunque

hicieron sus propias revoluciones, vieron en el modelo soviético un vía de acceso acelerado a la modernidad^[18].

En definitiva, Josep Fontana fue un crítico expreso del socialismo real y un intelectual beligerante con la vulgata marxista, a pesar de su pronta y prolongada militancia en el PCE/PSUC, o gracias, precisamente, a ella. En el PSUC participó de un ambiente intelectual donde era frecuente una crítica al Socialismo Real que no en todos los casos condujo a una mayor benevolencia hacia el capitalismo. Allí se formó también con importantes intelectuales que cultivaron un marxismo sofisticado, crítico y a la vez radical, como su compañero de organización de base en la década de los sesenta, el filósofo Manuel Sacristán, que ejerció sobre él una influencia importante.

Muchos años después, tras el desplome del socialismo real a principios de los 90, Fontana tuvo que hacer frente a los relatos exultantes que pronosticaban una nueva aceleración del progreso una vez el capitalismo se había sacudido el lastre que suponía combatir el peligro soviético. Con los escombros del muro de Berlín se trató de enterrar además toda propuesta de transformación igualitaria de la sociedad, hubiera estado o no comprometida con los regímenes extintos. A la luz de los acontecimientos presentes se abrió un proceso de revisión conservadora de la historia, que se centró primero en la Revolución francesa, aprovechando la coincidencia de su segundo centenario en 1989 con el derumbe inminente de la Unión Soviética. Los promotores de esta revisión se lanzaron a combatir una supuesta interpretación jacobino-marxista dogmática e inflexible que apenas existió, con el éxito, decía Fontana, con el que se combaten los enemigos

18.- Sobre este asunto véase Josep Fontana, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, Cap. 12.

fantasmas inventados intencionalmente^[19]. Por paradójico que resulte, tras la caída del muro de Berlín y después de años criticando el socialismo real y el marxismo escolástico, Fontana tuvo que lidiar con un regimiento de intelectuales empeñados en desacreditar la tradición política e intelectual del marxismo reduciéndola al dogmatismo y la mediocridad con que muchos de ellos la cultivaron cuando en algunos ambientes estuvo de moda.

El caso es que el desplome del socialismo real se aprovechó para promocionar una renovada narrativa sobre el desfile triunfal del capitalismo por la historia. Con ese propósito, una institución estadounidense neoconservadora, La Fundación John M. Olin, puso en marcha una potente campaña para publicitar *El fin de la historia y el último hombre*. Su autor, Francis Fukuyama, un politólogo generalista que no había hecho ninguna investigación propiamente histórica, recurría a una suerte de hegelianismo desnaturalizado para relatarnos una historia direccional y progresiva donde la racionalidad suma se objetivaba en la democracia liberal y en la economía de mercado. Para Fukuyama, la derrota del comunismo probaba la superioridad e insuperabilidad del capitalismo, que a partir de entonces y en poco tiempo actualizaría sus potencialidades de paz y prosperidad universales^[20].

Los pronósticos no tardaron en ser desmentidos por el aumento de las desigualdades y la proliferación de las guerras. Entones hubo de construirse, nos cuenta Fontana, un nuevo relato que explicara el enésimo tropiezo del progreso capitalista y legitimara la futura política exterior estadounidense. Otro investigador a sueldo de la J.M Olin, Samuel Huntington, publicó

una obra, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, donde anticipaba que los conflictos futuros no obedecerían ya a problemas socioeconómicos ni a rivalidades ideológicas, sino a diferencias culturales. Un nuevo y tenebroso enemigo se cernía sobre el occidente libre, el fanatismo musulmán, cuya agresividad había que rastrearla en la configuración histórica de su civilización^[21].

A analizar este cambio de ciclo histórico y semejante proyecto político-editorial dedicó Josep Fontana varias páginas de su libro *La Historia después del Fin de la historia*. Este libro respondía de forma particular a un empeño que sostuvo durante buena parte de su carrera: desentrañar y visibilizar la tramoya institucional, política y financiera que hay detrás de muchas representaciones académicas. Partía de la idea de que la Historia no surge solo de la mente autónoma de los historiadores, sino que para escribirse y divulgarse ha requerido de una infraestructura de financiación y promoción editorial, de cobertura mediática y de reconocimientos en forma reseñas, cátedras y premios. En este libro, como más tarde haría también en la *Historia de los hombres*, daba cuenta de las redes formadas por instituciones, fundaciones, medios de comunicación, universidades y gobiernos para promover, estimular, promocionar y privilegiar ideas, libros y nombres.

Una línea de batalla fundamental en las cuatro obras que se manejan aquí fue la denuncia del protagonismo que la Historia había concedido a los grupos políticos y económicos dominantes, en perjuicio de los grupos subalternos y de la inmensa mayoría de las mujeres^[22]. En *La historia de los hombres* Fontana realizaba un recorrido por el lento y titubeante proceso de incorpora-

19.- Sobre este asunto véase J. Fontana, *La historia de los hombres*, pp. 102-103 y 144-145.

20.- Josep Fontana, *La historia después del fin de la historia*, pp. 6 y 7 y *La historia de los hombres*, pp. 144 y 145.

21.- Josep Fontana, *Ibidem*.

22.- Josep Fontana, *La historia de los hombres*, p. 163.

ción de estas mayorías marginadas, denunciando que en cada momento de inclusión de un nuevo sector social a la Historia se hubiera excluido a alguno de sus componentes o a otro similar. Si la primera historia social centró su atención en las clases trabajadoras, lo hizo poniendo especial énfasis en las organizaciones del movimiento obrero y, sobre todo, en sus dirigentes e intelectuales, dejando en un segundo plano los análisis sobre las condiciones y formas de vida de la gente común. Aunque en un segundo momento cubrió estos vacíos, cuando hablaba de los trabajadores, de sus condiciones de vida, de sus aspiraciones y su cultura, siguió privilegiando a los trabajadores autóctonos de los países desarrollados^[23].

Un gran salto en el proceso de incorporación a la Historia de mayorías tradicionalmente invisibilizadas vino de la mano de la historia de las mujeres y de las relaciones de género. A pesar de la proliferación y calidad de estos trabajos, Fontana consideraba que en algunos de ellos las mujeres habían sido tratadas, en la justa reivindicación de su protagonismo histórico, de manera un tanto homogénea, como si en su seno no se reprodujeran las desigualdades geográficas, raciales, generacionales y de clase, confundiendo a veces, en palabras de Fontana, a «mujeres y señoras»^[24]. La lectura atenta y la sintonía de Fontana hacia estas corrientes acusaba también algunos límites de la época. Estas reflexiones aparecían en un libro, *La historia de los hombres*, cuyo título hoy sería cuestionado desde una perspectiva de género.

Por otra parte, Fontana celebraba que la Historia hecha en occidente hubiera terminado incluyendo el estudio de las poblaciones no europeas, pero denunciaba que

se hiciera sin prestar demasiada atención a la Historia escrita al respecto por sus descendientes. Los historiadores occidentales incluyeron tardíamente a las antiguas comunidades no europeas como objeto de estudio, a través, por ejemplo, de la formación de departamentos de estudios orientales. Sin embargo, cuando los descendientes de estas comunidades se fueron erigiendo en sujetos de la narración de su pasado no les prestaron la atención debida^[25].

No obstante, el reproche más insistente de Fontana se refería al hecho de que estos grupos se hubieran reducido a un objeto de estudio especializado y tratado de manera independiente, sin que sus respectivas historias se hubieran terminado de integrar en las narraciones generales. Se lamentaba de que no hubieran sido estudiados teniendo en cuenta sus relaciones conflictivas con otros grupos, ni atendiendo a su contribución general a la sociedad^[26]. En su reivindicación de la «Historia de los de abajo» o de la «Historia desde abajo» Josep Fontana advertía contra la tentación idealizadora frecuente en tantos intelectuales de ascendencia social alta o media, que miraban a la gente común con tal benevolencia que terminaban por negarles cualquier autonomía, y con un paternalismo condescendiente que en la práctica venía a ser una forma de elitismo invertido.

En la galería de los espejos

En 1994, en uno de los momentos de mayor furor europeísta, justo después de la constitución de la Unión Europea, Fontana publicó *Europa ante el espejo*, un libro corto pero particularmente bello en el que desmitificaba cierta idea de Europa entonces

23.– Josep Fontana, *La historia de los hombres*, pp.163-164.

24.– Josep Fontana, *La historia de los hombres*, p. 167.

25.– Josep Fontana, *La historia de los hombres*, pp. 168-169.

26.– Josep Fontana, *La historia de los hombres*, p. 167.

en boga. Analizaba también las imágenes que Europa había construido de sí misma y ponía luz sobre otras historias europeas. En el libro Fontana identificaba una constante en los relatos históricos occidentales: construir una imagen falseada del otro para definirse de manera ventajosa con respecto él. Según Fontana, los europeos habían levantado su identidad por comparación con las representaciones caricaturescas de los demás^[27]. En el libro ofrecía un apasionante periplo por esa galería de espejos complacientes que permitieron a los europeos embellecerse y afirmar su superioridad. El primer reflejo invertido, decía Fontana, lo obtuvieron del *bárbaro* denostado por griegos y romanos, un concepto onomatopéyico que caricaturizaba sus formas de habla, y que los europeos tallaron como antónimo de la civilización a la que pretendieron asimilarlos^[28]. La cara del bárbaro se prolongó en los rostros satánicos del *hereje* autóctono y del *infel* mahometano, redimibles a partir de una reconversión espiritual que se ponía en duda cuando no iba acompañada del correspondiente sometimiento cultural y político^[29]. A las puertas del Renacimiento, con la expansión de las ciudades, el noble y el burgués europeos festejaron su civismo al compararse con la supuesta torpeza y brutalidad del *rústico inculto*^[30]. Más amenazante fue la imagen de las masas que en la contemporaneidad demandaban su lugar en el espacio público. No decir ya si reclamaban también su participación en la organización de la economía. Resentidas, coléricas, violentas, tumultuosas, maleables por intelectuales fanáticos y desclausados, las masas debían de ser tuteladas o contenidas y, cuando transgredieran el

orden, reintegradas al orden por medio de la bayoneta o del consumo^[31]. El «descubrimiento» colonial de las poblaciones de continentes antes ignotos, permitió a los europeos completar su autorretrato con los espejos del *salvaje*, *el oriental* y *el primitivo*^[32]. Arrojados a una suerte de estado natural y racializados, sobre ellos se proyectaron en versión ampliada los estigmas ya conocidos de la barbarie, el paganismo, la incultura y el tumulto.

Los estereotipos que los europeos construyeron sobre las poblaciones colonizadas prejuzgaron la forma excluyente y violenta de tratarlos, y esta forma excluyente y violenta de tratarlos terminó, en algunos casos, por embrutecerlas, hasta el punto de hacerlas coincidir con el estereotipo de partida. La imagen estigmatizadora del otro sirvió a las élites para cohesionar a la sociedad bajo la autoridad que la protegía de la supuesta amenaza. Fontana lo ilustra con los conocidos versos de Kavafis: «¿qué será de nosotros, ahora, sin bárbaros? Porque hay que reconocer que estos hombres resolvían un problema»^[33].

En ese recorrido por cómo los europeos se habían contado su historia, Fontana alertaba ante el riesgo de las modas y abogaba por una ponderación ni equidistante ni atada al cálculo. Desde esa perspectiva, denunciaba los forzados vaivenes de la historiografía, las dinámicas pendulares donde la originalidad consistía en buscar la contrafigura (como un reflejo apenas invertido) de lo ya dicho, o en trasladar sonoros conceptos de otro tiempo a una realidad sobre la que llamar la atención. Eso pensaba del uso de los conceptos de «revolución» o «renacimiento» referidos a momentos de la Edad Media europea que poco antes

27.– Josep Fontana, *Europa ante el espejo*, pp. 7 y 8.

28.– Josep Fontana, *Europa ante el espejo*, Cap. 1.

29.– Josep Fontana, *Europa ante el espejo*, Cap. 2, 3 y 4.

30.– Josep Fontana, *Europa ante el espejo*, Cap. 5 y 6.

31.– Josep Fontana, *Europa ante el espejo*, Cap. 9.

32.– Josep Fontana, *Europa ante el espejo*, Cap. 7 y 8.

33.– Josep Fontana, *Europa ante el espejo*, p. 25

habían sido tachados de estáticos u oscurantistas. Eso expresaba a propósito de la archicitada «revolución del año mil» o de la llamada «revolución feudal», que irónicamente Fontana interpretaba más bien como «una reacción» orientada a «controlar a un campesinado cada vez más emancipado y próspero»^[34]. En esta obra abordaba los tópicos sobre Europa con un leve, pero constante, tono irónico o descreído.

En *Europa ante el espejo* Fontana desmontaba la idea de Europa como una entidad forjada en la Edad Media a partir de tres grandes culturas: la romana, la germánica y la cristiana. Esta visión reduccionista ocultaba el peso que tuvieron en su configuración sustratos étnicos anteriores y otros que se prolongaron en el tiempo, como vikingos y celtas; prácticas paganas previas al cristianismo que no dejaron de realizarse o se cruzaron con él; o comunidades judías muy diferentes que, además de judías, se consideraban pertenecientes a sus respectivos reinos o ciudades. Un lugar destacado en la conformación de Europa debía ocupar el mundo árabo-musulmán, más avanzado en la Edad Media que los pequeños reinos cristianos europeos. Frente al relato eurocéntrico que situaba a árabes y musulmanes como meros custodios temporales de la cultura griega, Fontana recordaba sus aportaciones propias a tantas ramas de la técnica y del saber, que luego penetraron y se fundieron en lo que hoy se ha naturalizado como cultura de la Europa cristiana (técnicas de cultivo, medicina, sistemas de numeración)^[35]. Frente a la reivindicación de la cristiandad como sustrato cultural y base axiológica de Europa, Fontana subrayaba los vínculos del cristianismo con el poder, lo funcional que resultó en tantos momentos para el poder o su propia ins-

34.- Josep Fontana, *Europa ante el espejo*, pp. 70-71.

35.- Josep Fontana, *Europa ante el espejo*, pp. 70-71.



titucionalización como un poder material y mundano de primer orden. Denunciaba además lo que esa reivindicación suponía de intento de apropiación en régimen de monopolio del cristianismo, recordando la relevancia y el alto nivel teológico que el cristianismo había alcanzado en Oriente, de Egipto al mar de China, pasando especialmente por Mesopotamia^[36].

En *Europa ante el espejo* subrayaba el fracaso histórico de tantos proyectos imperiales que pretendieron la unificación del continente por medio de la centralización política y la homogeneización religiosa o ideológica. Ni el imperio carolingio, ni el Habsburgo, ni el hispánico ni el napoleónico habían logrado imponerse de forma estable ante la diversidad de pueblos y nacio-

36.- Josep Fontana, *Europa ante el espejo*, pp. 60-62.

nes de Europa, una diversidad que Fontana siempre consideró un valor amenazado a defender. Desde esta visión histórica se explica en parte su catalanismo, y desde un catalanismo, que bebía además de otras experiencias y tradiciones, se explica también en parte esa lectura histórica.

En *Europa ante el espejo* Fontana fue desmontando el mito de la excepcionalidad europea que se había levantado sobre explicaciones históricas según las cuales la superioridad económica de Europa se debió a los avances científico-técnicos favorecidos por un supuesto clima de libertad de pensamiento que contrastaba con el despotismo oriental. Fontana recordaba que todavía a principios del siglo XVII la ciencia y la tecnología europea se encontraban en clara desventaja con respecto a China; que ese mismo siglo de despegue material e intelectual en occidente fue también un siglo de guerras atroces, caza de brujas, persecución inquisitorial y depuración de científicos; y que el despotismo oriental no tenía mucho que envidiar al despotismo de las monarquías absolutas europeas. Según Fontana esta época de violencia generalizada sirvió a Europa para perfeccionar las armas y métodos de combate que le permitirían imponerse al resto del mundo^[37]. Su visión de la historia ponía el acento en la dimensión descarnada de las relaciones de fuerzas y en la capacidad no siempre transparente de seducción entre agentes desiguales. Recelada de cualquier *leitmotiv* tecnológico o ideológico, mucho menos filantrópico.

En *Europa ante el espejo* Fontana «cepillaba la historia a contrapelo» para revalorizar aquellas civilizaciones, experiencias o movimientos minimizados o expulsados de la historia de Europa porque representaron en algún momento una alternativa incó-

moda en términos de tolerancia, racionalidad o igualdad o porque fueron ocultados bajo el manto de su aspecto más superficial. Como ejemplo de ello Fontana mencionaba la escuela neoplatónica de Arrán o el reino de los jázaros, dos experiencias a caballo entre oriente y occidente que difuminaban una frontera cultural tantas veces exagerada. Mencionaba a los movimientos bogomilos de Bulgaria o a los cátaros del Sur de Francia, exterminados por preconizar una iglesia más austera, menos punitiva y sin vínculos con el poder feudal; un movimiento que luego fue parodiado por su dimensión mesiánica^[38]. Mencionaba los movimientos campesinos del XVI surgidos en el contexto de la Reforma, que, inspirados por el «teólogo de la revolución» Thomas Müntzer, se rebelaron al grito de «omnia sunt comunia», ahora desprovisto de toda condicionalidad tomista; por lo que fueron reprimidos tanto por católicos como por luteranos^[39]. En *Europa ante el espejo* señalaba también algunas formas extra-europeas de vida comunitaria y de integración equilibrada en el entorno luego arrasadas por la lógica comercial del colonialismo^[40].

En busca de nuevos caminos

Para Josep Fontana el reto de la Historia consistía en superar definitivamente la fábula eurocéntrica del progreso universal centrada en el protagonismo de los grupos dominantes. El derrumbe de ese mito ampliaría las expectativas de cambio social. No solo porque el capitalismo dejaría verse como el momento de realización óptima del progreso, para ser concebido como una construcción social procedente de una relación de poder susceptible de trasfor-

37.- J. Fontana, *Europa ante el espejo*, pp. 148-151.

38.- Josep Fontana, *Europa ante el espejo*, pp. 67-71.

39.- Josep Fontana, *Europa ante el espejo*, pp. 81-85.

40.- Josep Fontana, *Europa ante el espejo*, Cap. 8.

mación. También porque, desestimada esa idea de progreso, se podría proyectar una mirada limpia sobre las alternativas frustradas en el pasado, para descubrir la racionalidad que había en algunas de ellas, para liberar la carga de energía que seguían encerrando y para concebirlas como líneas de evolución cuyo arranque truncado pudiera alumbrar un trazado de futuro^[41].

Fontana planteaba que una vez decayera la reconstrucción del pasado como genealogía del presente la historia se revelaría como una trama compleja jalonada de distintas encrucijadas, donde no se tomaron los caminos más convenientes para las mayorías, sino aquellos impuestos por quienes tuvieron la fuerza o los recursos culturales necesarios para marcar el rumbo^[42]. En esas encrucijadas, decía, laten todavía indicios que apuntan a la construcción de un futuro distintito al que puede deducirse del orden actual de las cosas. Las experiencias frustradas de la historia podían servir de inspiración para abrir nuevos horizontes, y el testimonio liberado de sus protagonistas podría aportar un surtidero de fuerzas para emprender el camino. La mirada renovada sobre el pasado podría ser una plataforma desde la que trazar una nueva orientación y desde la que coger impulso para el despegue. El futuro despuntaría como el ámbito para la redención de un pasado temporalmente derrotado.

Las referencias evidentes de Fontana en la elaboración de esta concepción de la historia fueron Walter Benjamin y Antonio Machado, dos intelectuales enormes del siglo XX, muertos en la frontera hispano-francesa cuando huían en sentido contrario del mismo enemigo fascista que se impuso a ambos lados de los Pirineos. De Benjamin

tomó la idea del acontecimiento pasado como un átomo cargado de fuerzas frenadas por la visión lineal de la historia, susceptibles, sin embargo, de ser liberadas en el presente por medio de una nueva mirada radical. También la idea del pasado como «un índice temporal mediante el cual queda remitido a la redención» y el presente como «cita entre generaciones» que han recibido una «fuerza mesiánica» sobre la que el pasado exige derechos. De ambos autores tomó la idea de buscar líneas de futuro en un pasado no resuelto en el que, según las palabras de Machado que Fontana reproducía en sus libros, encontramos «un cúmulo de esperanzas —no logradas pero tampoco fallidas—, un futuro, en suma, objeto legítimo de profecías»^[43].

Fontana reclamaba poner fin a la mirada deformante sobre los demás, dejar a un lado el eurocentrismo que había impregnado la Historia y sustituir los espejos auto-complacientes por otros más fidedignos. El reemplazo permitiría redescubrir al otro y redescubrirnos a nosotros mismos. Al descartar esa mirada reduccionista y dominadora, aparecería un «nuevo mundo» rico y diverso, que, tomado ahora sí como espejo sincero, devolvería a los europeos una imagen más ajustada de sí mismos: la de ser una cultura plural y mestiza^[44].

La nueva forma de escribir la Historia que proponía Fontana debía recuperar las voces de los sectores subalternos, elevándolas al lugar que les corresponde, pero de manera distinta a como normalmente se había hecho hasta entonces. Frente a las historias especializadas en cada uno de estos grupos antes silenciados, o frente a la simple yuxtaposición de sus voces en obras más ambicionas, Fontana hablaba

41.— Josep Fontana, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, pp. 11-12.

42.— Josep Fontana, *Europa ante el espejo*, p. 154.

43.— Cita de Antonio Machado tomada de J. Fontana, *Europa ante el espejo*, p. 153.

44.— J. Fontana, *Europa ante el espejo*, p. 154.

de levantar «un relato polifónico» donde la voz de cada grupo tuviera la réplica de su contrario, donde cada sector social fuera explicado en sus relaciones de dominación, sumisión, competencia, cooperación, integración o transacción con el resto de grupos. Su apuesta por una Historia socialmente amplia e inclusiva, por una *Historia de los hombres*, estaba vinculada a su compromiso político igualitarista. Sin embargo, su sentido crudo y conflictual de las relaciones sociales, su insistencia en la historicidad de la condición humana (trufada de un cierto pesimismo) y su hostilidad a paternalismo le llevaron a advertir del peligro de idealizar, romantizar e instrumentalizar a las clases populares en la escritura de la su historia.

Disolver la continuidad histórica e integrar las voces de los grupos subalternos obligaba, en opinión de Fontana, a demoler la narratología vigente que reproducía las pautas de la novela burguesa decimonónica, en la que todo se ordenaba en función del desenlace y donde la pluralidad de elementos en liza estaba siempre supeditada a una acción principal. Romper con esa estrategia narrativa implicaba decantarse por una escritura sincopada, que frente a los relatos continuos y perfectamente encadenados, debía dejar de lado un sentido estrecho de la cronología para abrir paso a «un tiempo caprichoso» y oscilante^[45]. Se trataba de un reto de tal magnitud que ni el propio Fontana de las últimas grandes obras de historia del mundo actual conseguía atenerse plenamente a él.

La nueva forma de escribir la Historia que proponía Fontana debía poner severos límites a los análisis abstractos inspirados en las supuestas leyes de la historia, para recalcar en la complejidad y peculiaridad del acontecimiento. Para explicar esto Fontana

recurría a una metáfora. El procedimiento nomotético–deductivo aplicado a la historia reproducía la práctica de elaboración de un puzzle, en el que el conocimiento a priori de la imagen plana que se pretendía construir iba orientando la agrupación de sus piezas, con la propensión a retocar aquellas piezas del pasado que no encajaban en la escena general ideada a priori. Frente a esto, Fontana proponía partir del acontecimiento y concebirlo como un poliedro en el que la combinación de sus distintas caras con las caras respectivas de otros acontecimientos pudiera dar lugar a más de un cuadro interpretativo^[46]. Fontana advertía que este reconocimiento de la dimensión móvil y poliédrica del pasado no equivalía a un perspectivismo relativista. La búsqueda de los muchos rostros del pretérito no igualaba ni en representatividad ni en calidad cualquier imagen revelada.

¿Cuál debía ser entonces el criterio del historiador a la hora de proyectar su mirada sobre un pasado que se manifiesta cambiante en función de cómo se enfoca? ¿Cuál o cuáles debían ser los criterios selectivos si la deseable pluralidad de enfoques vuelve camaleónico el pretérito? Según Fontana, la disciplina histórica no se basta por sí sola para responder a este interrogante.

Para Fontana la Historia funcionaba en ciertos aspectos de forma similar a como lo hace la memoria personal. Se basaba en estudios neurobiológicos que venían a demostrar que la memoria individual, lejos de ser un supuesto depósito de representaciones fijas, es un complejo sistema de relaciones que sirve de base a la formación de la conciencia durante la experiencia en curso. Ante cualquier eventualidad la conciencia individual recurre a la memoria para construir un «presente recordado», en el que las experiencias previas se conjugan con las

45.– J. Fontana, *La historia de los hombres*, p. 198.

46.– Josep Fontana, *La historia de los hombres*, p. 190.

nuevas circunstancias al objeto de poder afrontarlas. La memoria no es así mera evocación de sucesos pasados que se registraron tal cual y de manera definitiva, sino una reactualización y reelaboración constante de experiencias remotas que echa luz sobre un presente al que hay que dar respuesta.

Del mismo modo, decía Fontana, la Historia no consiste en descubrir las supuestas verdades fijas del pasado desconocidas hasta ahora, sino que construye y reconstruye imágenes que también son, en cierta medida, un reflejo de los intereses y necesidades particulares del presente. La constatación de esta realidad por parte de Fontana tenía una vertiente crítica. Negaba la existencia de una realidad pasada inmutable que aprehender con un utillaje neutro, y consideraba que esa realidad era en buena medida una reelaboración hecha no solo a base de interpretaciones más o menos atrevidas, sino a partir de un proceso rutinario de selección de datos y reconocimiento de relevancias, de énfasis y entonaciones. El problema no era que este proceso respondiera a la necesidad de dar un significado y una operatividad a la experiencia en curso, a los intereses del presente, por decirlo de manera más clara; sino que respondiera a los intereses de las minorías que gozaban de una posición de fuerza y de ventaja cultural desde la que naturalizar sus selecciones. Por eso la constatación de esa realidad tenía también una dimensión propositiva en Fontana: construir una visión del pasado donde ese proceso inevitable de selección y reelaboración diera respuesta a los retos de las mayorías sociales en términos de libertad e igualdad^[47]. Así planteado, Fontana parecía hacer un uso inverso, reversible, de la misma condición selectivo-política de la Historia. Pero así planteado, cabía la tentación de que la Historia como disciplina

quedase de nuevo reducida a su valor instrumental o de que ocupara una posición subsidiaria con respecto a una aspiración política. En 1981, en *Análisis del pasado y proyecto social*, Fontana cedía en cierta medida a esa tentación:

Nuestro objetivo difícilmente debe ser el de convertir la historia en una «ciencia» —en un cuerpo de conocimientos y métodos, cerrado y autosuficiente, que se cultiva por sí mismo—, sino por el contrario, el de arrancarla de la fosilización cientista para volver a convertirla en una «técnica»: en una herramienta para la tarea del cambio social^[48].

Fontana mantuvo esta apuesta durante toda su vida, pero con matices importantes. Veinte años después, en *La Historia de los hombres*, seguía planteando que el historiador debía guiarse «por el sentido de la utilidad social en su tarea como criterio esencial para sus elecciones»^[49]. Sin embargo, había atenuado mucho este planteamiento, entre otras razones porque la impugnación a la cientifidad de la Historia se venía haciendo con más fuerza y proyección desde postulados posmodernos que, a su vez, rebajaban la virtualidad técnico-política de la Historia o negaban su conveniencia. Desde algunos de estos postulados se negaba esa virtualidad porque en última instancia se basaba en la ilusión ilustrada de un conocimiento que, ajustado a la realidad, permitiese intervenir sobre ella con garantías. Dado que desde estos postulados se negaba esa posibilidad cognitiva, se rebajaba o negaba, en consecuencia, la posibilidad de una acción política eficaz y conveniente vinculada a ella.

Fontana, por el contrario, mantuvo siempre esa ilusión, aunque no la mantuviera de

47.- J. Fontana, *La historia de los hombres*, pp. 201 y 202.

48.- J. Fontana, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, p. 261.

49.- Josep Fontana, *La historia de los hombres*, p. 134.

forma ilusa, como crítico que era de la Ilustración, pero desde la propia Ilustración. En su opinión, correspondía al historiador, dado que era quien mejor conocía el mapa de la evolución de las sociedades, desmontar el discurso que presenta como inevitable lo que pudo haber sido de otra manera. Correspondía especialmente al historiador analizar la génesis de esos mecanismos de dominación para poder desmontarlos pieza a pieza de cara a su reemplazo por nuevas formas de organización social más justas. Y correspondía también al historiador reelaborar una nueva secuencia del pasado que tuviera como hilo conductor aquellas luchas que, a pesar de resultar derrotadas, seguían alumbrando horizontes mejores^[50]. Pero, ¿cómo mantener esta confianza cognitiva en la Historia cuando al mismo tiempo se reconocía su variabilidad selectiva?, ¿cómo mantener esa confianza emancipadora en la Historia cuando al mismo tiempo se denunciaba su propensión a ser preferentemente instrumentalizada por el poder?, ¿cómo cifrar en la Historia la posibilidad de abstraer un futuro posible de un pasado no resuelto cuando al mismo tiempo se subrayaba su profundo anclaje al presente?

Efectivamente, en sus libros se palpa el riesgo de que la insistencia en lo que generalmente se viene ocultando pudiera generar en algún momento la sensación de estar sobredimensionándolo: que ponderar la variable política que atraviesa a la Historia (expresada en términos de compromisos conscientes del historiador, funcionalidad inconsciente de su trabajo, sujeción a intereses ajenos al plano reflexivo, reproducción por pura inercia de valores hegemónicos, etc.) pudiera llevar a la negación de su autonomía, por laxa que fuera. En sus libros se palpa la dificultad de conjugar su

afirmación sobre la radical historicidad de la Historia —máxime cuando esta se vinculaba especialmente a la influencia ejercida sobre ella por el poder— con la creencia en la posibilidad de que la Historia construyese enunciados verdaderos en cierta medida trascendentales a su coyuntura histórica, enunciados que, en tanto que verdaderos, fueran útiles para ayudar al cambio social. De igual modo, en sus libros se palpa la dificultad de conjugar una crítica contundente de la instrumentalización de la Historia por parte del poder con la reivindicación de la Historia como una herramienta para el cambio social.

No se trata, obviamente, de dificultades exclusivas de la obra de Fontana, sino de dificultades que atraviesan cualquier empeño por conjugar el reconocimiento de la complejidad real de las cosas, la posibilidad de conocimiento y la voluntad de intervención política. Creo que al final de su trayectoria Fontana se fue aproximando a la idea de que el uso emancipador que pudiera hacerse del conocimiento histórico requería también de conceder autonomía a su proceso de construcción, de que el conocimiento más útil para el cambio social pudiera ser aquel que se construyera desde la conciencia del presente y la voluntad de evitar el presentismo, desde la aproximación a un horizonte de emancipación y desde la distancia hacia unos intereses inmediatos, desde la confianza en la acción intelectual y política y la conciencia de su complejidad y vulnerabilidad. No lo teorizó ni lo explicitó así, pero sus últimos trabajos y su actividad investigadora, editorial y docente así lo sugieren. Sus libros y el recuerdo de trabajo son fundamentales para quien quiera sostener ese empeño.

50.— Josep Fontana, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, pp. 260-261.

ENTREVISTA

Domingo Plácido y el oficio de historiador de la Antigüedad

Rosa María Cid López
Universidad de Oviedo

Introducción

Domingo Plácido Suárez, referente en los estudios sobre las sociedades del Mediterráneo antiguo, está considerado uno de los historiadores españoles más notables de las últimas décadas. El reconocimiento como maestro de diferentes generaciones se manifiesta en el libro que, con ocasión de su jubilación, sus numerosos colegas y discípulos le dedicaron, con el sugerente título *Dialéctica histórica y compromiso social. Homenaje a Domingo Plácido*^[1]. Quienes conocen la obra de este historiador, y además han tenido el placer de conversar con él, pueden dar cuenta de su percepción de la Historia como disciplina que intenta penetrar en la complejidad que caracteriza las sociedades del pasado, en especial de la Antigüedad. Y siempre lo ha hecho desde las preocupaciones del presente, a partir de los problemas individuales y colectivos de una realidad que ha marcado sus experiencias vitales. Se le puede identificar como un claro defensor e impulsor de la llama-



da Historia Social, como ha venido demostrando en su dilatada e intensa trayectoria académica.

Domingo nació en Las Palmas de Gran Canaria, donde pasó su infancia y primera adolescencia. Cursó los primeros años de la Licenciatura en Filosofía y Letras en la Universidad de La Laguna y finalizó los estudios en la madrileña Complutense. Las clases del profesor Santiago Montero Díaz fueron determinantes para que finalmente

1.-*Dialéctica histórica y compromiso social. Homenaje a Domingo y Plácido*, editada por sus discípulos César Fornis, Julián Gallego, Pedro López Barja y Miriam Valdés, se publicó en tres volúmenes en el año 2010 por Pórtico. La obra sorprende por el elevado número de autores y autoras, un total de 112.

se convirtiera en historiador, interesándose muy pronto por las sociedades del Mediterráneo antiguo. Salvo algunos años en los que fue profesor de Enseñanza Media, su labor académica la ha desarrollado en la Universidad Complutense, donde ejerció como catedrático de Historia Antigua desde el año 1986.

Precisamente su llegada a Madrid para finalizar la licenciatura resultó fundamental también para que adquiriera un compromiso social, que marcó su biografía y que nunca abandonó. En la década de los sesenta, como estudiante primero y luego como joven profesor, se relacionó con intelectuales progresistas, más o menos implicados en la lucha antifranquista, con quienes muy pronto empatizó. Fue la época de su militancia en el PCE, pero sobre todo del impulso de la editorial Ciencia Nueva, que supuso un soplo de aire fresco en el panorama de publicaciones del momento; gracias a ella, se dieron a conocer obras de autores extranjeros, marxistas muchos de ellos, que se traducían para el público español. Su experiencia como promotor editorial de textos fundamentales se evidenció también en su colaboración con Akal; en concreto Domingo fue el prologuista del conocido libro de S. I. Kovaliov, *Historia de Roma* (Madrid, 1973; 1ª ed. en ruso, 1948). Tiempo después, destacaría su labor al frente de la prestigiosa colección Arqueología para la editorial Crítica, donde se incluyeron obras de referencia fundamentales en esta disciplina y la Historia Antigua.

A la vez que se implicaba en la lucha antifranquista a través de la labor editorial, Domingo iniciaba su carrera como docente e investigador, a la que se dedicó de manera constante, desde el año 1972, en que lee su tesis doctoral, hasta el presente. Como muestra de su prolífico trabajo, destacan veinticinco libros de su autoría, a los que se añaden los editados y las decenas de artícu-



S. I. Kovaliov, *Historia de Roma* (Madrid, 1973; 1ª ed. en ruso, 1948). Obra muy difundida entre el alumnado y profesorado de la Universidad española, cuyo prólogo escribió Domingo Plácido.

los de revista, capítulos de libros, reseñas, traducciones o prólogos^[2]. A la vez, ha sido una figura muy presente en los encuentros académicos, españoles y extranjeros, donde sigue imponiendo su autoridad con sus valoraciones y reflexiones sobre los fenómenos de las sociedades del Mediterráneo antiguo.

En su extensa producción bibliográfica, y a pesar de la diversidad de cuestiones que ha analizado, se pueden observar cuáles han sido los temas que de manera preferente le han interesado, y los que le han podido imponer las circunstancias del

2.- En la obra de C. Fornis y otros, *Dialéctica histórica*, pp. 11-29 se recoge el listado detallado de toda la producción bibliográfica de Domingo Plácido

momento^[3]. A la vez, esta aparente diversidad no oculta su coherencia con lo que debe ser el trabajo del historiador, siempre desde el compromiso, y con un análisis riguroso de las fuentes. Pocos como él han sabido leer la literatura greco-latina, yendo más allá de lo que está escrito e intentando primero conocer el contexto del autor y luego su versión. Hemos aprendido mucho de Domingo cuando nos enfrentamos a las obras de los autores antiguos, empezando por saber que, sean historiadores o literatos, en realidad nos ofrecen «historias» o relatos, y somos nosotros quienes debemos construir la Historia, descubriendo lo que puede ocultar, deformar o transmitir un texto. Y, como buen filólogo clásico, ha insistido en que no podemos nunca fiarnos de una traducción, que muchas veces implica traición, según el famoso dicho. Ha repetido siempre que un historiador de la antigüedad debe conocer el latín y el griego, y trabajar directamente con los textos originales. Lamentablemente, esta práctica se está perdiendo, por la escasa formación en las lenguas clásicas del alumnado que se gradúa en Historia. Este empeño en utilizar directamente las fuentes y en valorar el papel de la literatura antigua le ha llevado a traducir a autores muy relevantes de la antigüedad, cuya elección, evidentemente, no podía responder a la casualidad. En la etapa de Ciencia Nueva editó la traducción de José Marchena de la obra del poeta latino Lucrecio, a la que siguieron otras. Recientemente tradujo para la

editorial Gredos a Dión Casio, referencia imprescindible para adentrarse en la historia del Imperio romano pero desde la visión de un griego, por muy vinculado que haya estado a los círculos del poder de la Roma imperial^[4].

Al margen de su celo académico en el uso de las fuentes, fruto de sus vastos conocimientos sobre los textos grecolatinos, la obra de Domingo es fundamental para comprender la Historia social de la Antigüedad en la historiografía española. Sus interpretaciones partían de visiones sutiles, con perspectivas muy innovadoras, e incluso pioneras en su momento, sobre los hechos culturales y políticos, el mito o la religión, fenómenos que nunca analizó al margen de la sociedad en la que se producían.

Para entender realmente los temas recurrentes en la obra de Domingo, quizá haya que pensar en sus preocupaciones del presente, cívicas o intelectuales. De ahí que haya tratado de manera especial el poder, los discursos y su función social, la democracia, el papel de la religión y su relación con los mitos, o la realidad de las poblaciones serviles, - quizá mejor, las formas de dependencia, una expresión más de su gusto -, a partir de la información de la literatura griega y con preferencia en la Hélade. No por casualidad, Protágoras, el filósofo preocupado por la práctica política del ciudadano griego, fue el objeto de su tesis doctoral; de hecho, su atracción por la Filosofía, sobre todo la Clásica, fue anterior a la predilección por la Historia. Dichos temas han sido objeto de sus investigaciones hasta culminar en la publicación de *La crisis de la ciudad clásica y el nacimiento del mundo helenístico*^[5]; claramente en ella hace una

3.- Aparentemente alejados de lo que ha sido su especialidad, figuran textos y obras generales sobre la Historia Antigua de España, pero fundamentales para la formación de los estudiantes universitarios, y no solo para especialistas; o trabajos puntuales sobre testimonios tan significativos como el Edicto del Bierzo. Aunque parecen alejarse de sus líneas de investigación, tales textos revelan sus inquietudes como historiador, así como el afán por ampliar conocimientos y no vincularse solo con el marco de la Grecia y la cultura helénica.

4.- Dión Casio, *Historia Romana. Libros I-XXXV (Fragmentos)*, Madrid, Gredos, 2004 (introducción, traducción y notas de Domingo Plácido).

5.- Obra publicada en junio de 2017, en Buenos Aires por

profunda reflexión sobre la decadencia de la *polis*, cuya crisis fue aprovechada por Macedonia para llevar a cabo su sometimiento, iniciándose un proceso que culminó con la dominación romana. En este libro, el último publicado, en realidad lleva a cabo una profunda reflexión sobre los cambios en el poder que se produjeron en la Antigüedad a partir de lo ocurrido a las *poleis* griegas que pasaron del control por Macedonia al de Roma.

Sin duda, han sido sus investigaciones sobre Grecia las de mayor impacto, sin menospreciar el valor de otros temas sobre los que ha trabajado^[6]. En concreto, ha de destacarse su percepción crítica de la democracia griega, sobre todo ateniense, que se creó y mantuvo gracias a prácticas imperialistas, sostenía una igualdad solo para los ciudadanos excluyendo a los otros y defendía el modelo esclavista. En el caso de los discursos, ha analizado con destreza de qué modo los mitos griegos, generados en la obra de Homero y recreados en la tragedia, actuaron para imponer comportamientos y prácticas sociales. Domingo analiza el Mito en la línea que en su momento inspiró Moses I. Finley, pero también como generadores de mecanismos de dominación en la perspectiva que defendía Benjamin Farrington, predecesor del grupo de los llamados historiadores marxistas británicos del pasado siglo^[7]. Esta forma de tratar lo

que algunos pueden denominar Historia Cultural, en Domingo siempre se plantea como hecho social. Tales planteamientos están muy marcados por la historiografía francesa, en concreto de los investigadores del Centro Louis Gernet, que él contribuyó a dar a conocer entre los estudiosos españoles. Una forma de comprender el pasado realmente original en su momento a la que se vinculan los nombres de autores tan destacados como Jean-Pierre Vernant, Pierre Vidal-Naquet o Nicole Loraux^[8].

De sus contactos con la universidad francesa, ha sido muy importante también su relación con Pierre Lévêque, creador del GIREA (*Groupe Internationale de Recherche sur l'Esclavage dans l'Antiquité*), grupo especializado en los estudios sobre la esclavitud y otras formas de dependencia. El centro surgió en la Universidad de Besançon, inspirado en el materialismo histórico de los años setenta, pero con planteamientos nunca ortodoxos; de ahí incluso el término de formas de dependencia, que pretendía superar el concepto limitado de «esclavitud». Sobre poblaciones dependientes, Domingo también deja un buen número de publicaciones, en las que plantea las modalidades y límites de la esclavitud en la Antigüedad, desde el *hilotas* al *doulos* ateniense, sin olvidar los problemas de empobrecimiento del *demos*, o de los ciudadanos griegos, que acababan sobreviviendo gracias a las ayudas estatales;

Miño y Davila editores.

6.– Sobre los aspectos más destacados de la obra de Domingo, véase C. Fornis y otros, *Dialéctica histórica*, pp. 3-10 y Miriam Valdés, «Homenaje al profesor Domingo Plácido Suárez», *Studia Historica. Historia Antigua*, 2010, 28, pp. 181-188.

7.– Muy polémico en su momento fue el trabajo de Moses I. Finley, *El mundo de Odiseo* (Madrid, FCE, 1980; 1ª ed. en inglés, 1954), porque pretendía utilizar los textos de Homero como fuente para reconstruir la historia. Tales críticas hoy están superadas. En el caso de Benjamín Farrington, en *Ciencia y política en el mundo antiguo*, Madrid, Ciencia Nueva, 1965 (1ª ed. en inglés, 1939), plantea de

qué modo la ciencia se controla políticamente, pero, en el conjunto de la obra, este historiador irlandés reflexiona sobre el papel de los discursos y el concepto de ideología; en suma, trata los mecanismos utilizados desde el poder para ejercer la dominación sobre las poblaciones más débiles, lo que también ha hecho Domingo cuando ha analizado los mitos y la religión.

8.– Sobre estos autores, véase Ana Iriarte, *Historiografía y mundo griego*, Bilbao, Servicio de Publicaciones del País Vasco, 2011, pp. 93-125 y Ana Iriarte y Laura Sancho Rocher (eds.), *Los antiguos griegos desde el observatorio de París*, Málaga, Ediciones Clásicas, 2010.



Domingo Plácido, en primera fila, en el XXXV Coloquio Internacional del GIREA: «Los espacios de la esclavitud y de la dependencia en la Antigüedad», celebrado los días 28 a 30 de noviembre de 2012 en el CSIC, Madrid (Foto.Miriam Valdés).

a cambio de recibir la paga pública, dejaban de ser realmente ciudadanos y se convertían en clientes.

A modo de resumen, hemos de destacar sus amplios conocimientos sobre las sociedades de la antigüedad, cuya historia ha construido con grandes dosis de agudeza, sensibilidad, a veces una notable ironía, y sobre todo sentido común. Para sus amigos y sobre todo discípulos, la generosidad ha sido una de sus grandes virtudes. Muchos han disfrutado de su amistad, pero también de su magisterio en libros, conferencias y conversaciones. Es un excelente conversador, aunque pueda parecer callado, con esa imagen de hombre tranquilo. En los encuentros académicos, suele sentarse en la primera fila de la sala; es de los primeros que llega y uno de los últimos en irse. Con atención escucha a

jóvenes recién salidos de las aulas que se estrenan con sus primeras comunicaciones o ponencias, e idéntica atención mantiene hacia los ponentes ya consagrados. Bien es cierto que a unos y a otros, delicadamente, les dice lo que considera que debe manifestar. Domingo es, sin duda, un investigador que ha contribuido a «modernizar» la forma de entender el pasado desde las perspectivas de una visión totalizadora de las sociedades históricas; que también, quizá sin proponérselo, ha marcado a generaciones de investigadores que hoy son profesores y profesoras de la universidad española.

Debo manifestar que, en el inicio de nuestra conversación, resultó inevitable recordar la magnífica entrevista que le planteó Ana Iriarte y que iniciaba el libro mencionado, *Dialéctica Histórica* y

compromiso social^[9]. En las respuestas a las preguntas de la helenista española, fue recordando episodios de su vida y reflexionó

9.- La entrevista de Ana Iriarte se tituló precisamente, «Mundo antiguo, contestatarios y tardofranquismo. Entrevista al Profesor Domingo Plácido Suárez», e inicia el libro de C. Fornis y otros, *Dialéctica histórica*, pp. 11-29. Además de relatar anécdotas de su biografía, figuran reflexiones sobre los debates historiográficos y grandes temas de la Historia Antigua, en especial de la antigua Grecia, que marcaron la obra de Domingo Plácido. En el diálogo establecido, se profundiza en los trabajos de Domingo, sus aportaciones y reflexiones sobre la Antigüedad, de ahí su utilidad particularmente para especialistas en Historia Antigua, al margen del interés para los investigadores de otras etapas. También Iván Pérez Miranda lo entrevistó en *El futuro del Pasado*, 2011, 2, pp. 635-641.

lúcidamente sobre su obra. A pesar del valor de este testimonio y de que algunos episodios de su biografía se repetirán a continuación, merece la pena insistir en resaltar sus aportaciones en el campo de la Historia Social; indagar en las vivencias de sus años juveniles de universitario antifranquista y próximo a concepciones cercanas al marxismo, que ha reelaborado con el paso del tiempo, pero que en lo fundamental parece haber mantenido a la hora de estudiar las sociedades del pasado. Con humor y dosis de ironía, Domingo comenta que no entiende el interés que suscita su biografía.

Entrevista

[R. Cid] *Domingo, gracias por haber aceptado hacer una nueva entrevista.*

[D. Plácido] Bueno, si te parece que merece la pena, pues adelante.

Claro que merece la pena. Y, empezamos por el principio, por recordar cuándo y dónde naciste. ¿Qué recuerdos tienes de tu familia?

Nací en Las Palmas de Gran Canarias el 26 de julio de 1940. Mi padre era oficinista y trabajaba en una empresa de exportación de plátanos. Mi madre, que se dedicaba a las tareas de casa, pertenecía a una clase que podemos calificar de semi-acomodada, relacionada con negocios también de ventas en el exterior. Tuve tres hermanas y un hermano. Allí transcurrió mi infancia y mis primeros años adolescentes. La recuerdo como una etapa feliz y muy agradable

El ambiente de tu infancia, y sobre todo tu familia, ¿podían presagiar que serías historiador?

Para nada. El ambiente familiar era muy ajeno a estas cosas. De hecho, cuando yo dije en casa que quería estudiar Filosofía y Letras, mis padres se llevaron un susto tremendo. Pero eran muy buenas personas y me dejaron hacer; me dijeron que hiciera lo que quisiera. Para ellos, la noticia de esta decisión fue un golpe, porque deseaban que me dedicara a algo que tuviera cierta rentabilidad, pensando que eso sería lo mejor para mí. De hecho, mis tres hermanas estudiaron Comercio, una muestra de lo que estoy diciendo sobre su forma de pensar en nuestro futuro, y mi hermano se convirtió en perito industrial. Luego se dedicó a la Física y acabó siendo catedrático de Física en la Universidad de Las Palmas, donde se jubiló.

Es decir, ¿no había grandes inquietudes intelectuales o sociopolíticas en la familia

Ninguna. De hecho, mi padre empezó a leer literatura gracias a mí. Cuando yo tenía unos trece años, y estaba empezando

a decidirme por estudiar Letras, empecé a utilizar libros del colegio que me llevaba a casa. Él estaba jubilado parcialmente por enfermedad, se aburría y empezó a leer las obras que yo le traía. Antes prácticamente no había leído. Sí es cierto que había alguna novela en casa, de Benito Pérez Galdós, por ejemplo; también de ciertos autores canarios como Luis Millares Cubas, médico de profesión y un erudito local, que había nacido en el siglo XIX. Pero, la verdad, muy poca cosa.

Es curioso que tu padre empezase a leer por ti, por la influencia del hijo. ¿Pero os animaban a estudiar?

Eso sí. Sin duda. Y sobre todo nos lo inculcaba mi madre. Mi padre quería que yo tuviera una oficina; con eso se conformaba.

Y cuando llegas a la adolescencia, ¿cómo era la vida en Las Palmas de Gran Canaria?

Para salir corriendo. La situación era complicada si tenías inquietudes, por limitadas que fueran, intelectuales o políticas. Aunque reconozco que había alguna gente y personalidades interesantes. Entre otros, para mí destacó un profesor de Latín en el Colegio, cuando cursaba cuarto de bachillerato. Precisamente, este es el momento en el que empiezo a pensar que podía ser interesante dedicarme a las Letras. También me gustaba la Física, pero las clases de Juan Marqués, así se llamaba este profesor, me decidieron por las Letras; él había hecho Filosofía y Letras, quizá se especializó en Filología Clásica. Recuerdo que trabajaba en múltiples colegios para ganarse la vida, y daba clases también de Francés y de Historia, no solo de Latín. Representaba la imagen que mi madre no quería que yo siguiera, de ahí el susto que le di a ella y a mi padre cuándo les dije que me gustaría dedicarme a las Letras.

Yo tenía claro, ya en cuarto del antiguo bachillerato, con unos catorce años, quizá quince, que quería ir a la Universidad^[1]. Para ello, necesitaba disfrutar de beca, lo que este profesor veía que podía alcanzar y me animaba. Sí he de reconocer que, en el último momento, no influyó tanto. Fueron más determinantes otros personajes de Las Palmas, como Pedro Lezcano, que sí era un hombre inquieto en general; de hecho, fundó un teatro de aficionados, con un círculo de personas que sí tenían cierta curiosidad cultural, no fácil de calificar en ese contexto, pero que destacaban sobre el resto.

Al margen de estudiar e intentar obtener una beca, tu adolescencia transcurre en Las Palmas, ¿te relacionaste con algún grupo con inquietudes culturales o políticas?

Con sinceridad, cuando yo tenía entre catorce y dieciséis años, la sociedad de Las Palmas era muy meapilas. Yo acabé conectando con determinados ambientes, con ciertas inquietudes intelectuales, pero no puede decirse que políticas; en concreto con chicos jóvenes, cuya tendencia a la oposición era más bien por la vía religiosa que la política. Sus posturas eran sobre todo anticlericales. Recuerdo que se creó un grupo alternativo a la Iglesia romana, que se llamó la Iglesia Cubana. Hacían una parodia de la romana, por lo que celebraban concilios y habían elegido un papa. Cuando me vinculé con ellos, tenía quince o dieciséis años, y todos eran mayores que yo. Había gente curiosa, entre otros, uno que era filósofo, otro estudiante de Física. En general, eran bastantes listos. Personas así era todo lo que podía haber en las Palmas.

En cualquier caso, algunos de ellos podrían ser clandestinos. Incluso sí que debía

1.- Ha de aclararse que en esta época el bachillerato duraba siete cursos y se podía iniciar a los diez años.

haber personas con posturas políticas más definidas; sin duda. Pero, en el fondo, los jóvenes que estaban en la Iglesia Cubana manifestaban modos de rebeldía, o rebelión, contra el ambiente de la Iglesia en las Palmas, sobre todo no soportaban al Obispo. Era un personaje singular. Había pertenecido al PNV y se marcó como contrario al régimen bajo la Guerra Civil; era antifranquista. Por ello, lo mandaron a Las Palmas como castigo. Pero estas actitudes políticas no impidieron que fuera un integrista y lo exhibía de una manera tremenda. Por ejemplo, estaba empeñado en separar a hombres y mujeres en las playas, o en prohibir los bailes, que identificaba con fiestas Bacanales. En esa época, cuando eres muy joven, estas actitudes te afectaban mucho, y resultaba irrelevante que fuera del PNV.

En realidad, las posturas y planteamientos políticos no estaban bien definidos. La Guerra Civil acabó muy pronto, en 1936. Solo más tarde, supe que había habido campos de concentración. En la sociedad de Las Palmas, se referían a ello como algo remoto. Me enteré de la existencia de personajes como *El Corredero*, víctima del garrote en 1947, y que se había mantenido en sus ideales contra Franco. Pero de estos temas no se hablaba, ni mis padres los mencionaban, solo se hizo en alguna ocasión y de forma muy esporádica. Reconozco que en esa época, en los años cincuenta, en Las Palmas, como en otros lugares de España, decir que se tenían contactos con personas de izquierdas era realmente peligroso.

*Parece entonces que satisfacías tus tem-
pranas inquietudes intelectuales con el Grupo
de la Iglesia Cubana, que debió haber sido un
grupo de jóvenes inquietos ¿qué os interesa-
ba?*

El Grupo de La Iglesia cubana era ateo. Muchos de sus integrantes estaban inte-

resados por las Ciencias Naturales, habían leído a Darwin y conocían las tesis sobre el evolucionismo. Realmente, eran muy aficionados a estas lecturas, que se discutían en una especie de seminarios. Nos intercambiamos libros, más que de Historia y Política, trataban de estos otros temas. De hecho, en la azotea de una casa había un observatorio, desde el que mirábamos el espacio; en este lugar, había una exposición de cosas, como un caballito de mar, que recogíamos en la playa. El mismo profesor de Latín, Juan Marqués, del que hablé antes, hacía pesca submarina. Vivía también un psiquiatra famoso en La Laguna. Poco, pero algo de inquietud intelectual, o de curiosidad, podía haber en Las Palmas. Pero yo no tuve ninguna actividad de tipo político, ni ocasión para fomentar unas ideas progresistas. En esta etapa, me dediqué a estudiar y a divertirme como joven que era.

*Para poder estudiar Filosofía y Letras,
abandonas Las Palmas de tu infancia y ado-
lescencia. Te vas a La Laguna ¿qué universi-
dad encuentras?*

El ambiente era el típico de la España de los cincuenta. Era pobre, muy pobre, ya que la universidad no te estimulaba intelectualmente, ni en ningún otro sentido. Solo se podía estudiar Filología Románica. De hecho, contaba con un único profesor de Historia. Esta disciplina en ese momento no me interesaba, ni era fácil que eso ocurriera, porque se ofrecían visiones muy tradicionales. En mi caso, era mucho más atractiva la Filología, sobre todo la Clásica, y de manera especial la Filosofía. En la Universidad de La Laguna hice los primeros dos cursos, los Comunes. En estos años, gracias a un gran profesor de Griego me introduje en la Filosofía, porque me recomendaba lecturas y me parecían muy interesantes. En estos comienzos de la carrera y antes de trasladar-

me a Madrid, seguía dudando entre la Filosofía y la Filología. De esta época, recuerdo a un poeta ya mencionado, Pedro Lezcano, quien me habló del panorama que había en Madrid y qué podía encontrarme.

Para continuar la licenciatura, te marchas a Madrid. ¿Cómo era el Madrid de entonces? ¿Te sorprendió la Universidad Complutense?

Llegué a Madrid en 1960 y me matriculé en la Universidad Complutense, en la licenciatura de Filosofía y Letras, en la especialidad o sección de Filología Clásica. Me licencié en 1963. En aquella época, realmente esta era la única universidad, apenas había más, salvo el CEU o los Jesuitas, donde solo se impartían estudios de Derecho e Ingeniería.

El panorama del momento era muy variado y tuve suerte. Conocí a estudiantes de Historia con ciertas inquietudes intelectuales y políticas, pero mi especialidad era la Filología Clásica; en ese momento, estaba muy considerada y reconocida, incluso con más prestigio que la de Salamanca. Tuve profesores excelentes, como Luis Gil. Entre los estudiantes recuerdo a uno que hacía primero de Clásicas, ya licenciado en Historia, en 1958. Estuvo solo un año, porque tuvo que irse a la mili; consiguió convertirse en lector de español en Belfast, y luego fue profesor de Instituto de inglés. Se llamaba Joaquín Rojo Seijas, gallego y progresista, ya murió; de hecho, llegó a escribir algún artículo, aunque luego se dedicó al inglés. Este nos dio alguna orientación y formación política, a mí más que a otros; fue quien me introdujo y me condujo hacia Abilio Barbero. Un día que estábamos en el Barrio de Salamanca, nos fuimos a su casa, y empecé a verlo de vez en cuando. Me hice amigo entonces de Abilio Barbero y más tarde co-

nocí a Marcelo Vigil^[2]. También trabé amistad con otros historiadores, como Valentina Fernández, especialista en Historia Moderna y luego vinculada al CSIC, que derivó hacia la Sociología. Con ella mantuve una larga relación de amistad, con afinidades políticas. Era discípula de Carmelo Viñas.

Con frecuencia, nos reuníamos en la casa de Abilio Barbero. Las personas que lo visitaban eran antifranquistas, pero formaban una auténtica amalgama. Algunos eran del PC pero Abilio nunca lo fue, y otros que lo visitaban tampoco. Aquello era una tertulia, intelectual, que se desarrollaba en una casa. Por allí pasaban María Rosa de Madariaga, Ana María Prados y otra mucha gente. Se hablaba de todo, por ejemplo, del Concilio Vaticano II, del impacto de las huelgas del 62 en Asturias, de los sucesos de Italia, que contaba Marcelo porque había estado en universidades italianas y había contactado con Mario Mazza y creo que también con Santo Mazzarino. Por cierto, Abilio había estado en Londres, manteniendo contactos, creo, con Eric Hobsbawm y también con Edward P. Thompson, cuyas obras yo descubrí gracias a él. En estos encuentros en la vivienda de Abilio, no se pretendía crear nada, ni se pensaba en organizar grupos de presión, solo se trataba de conversar. Tomábamos whisky y charlábamos. Es curioso, Abilio siempre estaba allí y mantuvo una relación intelectual muy estrecha con Marcelo; este último, por las tardes, salía

2.- En la obra de Fernando Wulff y otros, *La creación de la Historia Antigua en España en los años setenta del siglo XX. Conversaciones con sus fundadores*, Madrid, 2016, [http://portal.uc3m.es/portal/page/portal/inst_hist_julio_caro_baroja/estructura/Grupo_investigacion/historiografia_historia_religion/historia_oral_disciplina/] se hacía una semblanza de los fundadores de la Historia Antigua a través de las entrevistas orales, entre los que debía figurar Marcelo Vigil. Al haber fallecido en 1985, fue Domingo quien intentó reconstruir datos de su biografía y cuenta con detalle esta etapa en Madrid, en especial su relación con Marcelo y Barbero, y la que mantenían estos últimos.

del Consejo (CSIC), pues ya había acabado su tesis y estaba preparando su oposición, visitaba a Abilio; los dos solían salir a tomar una copa y luego cenaban en algún restaurante de la zona^[3]. Todos los días estaban los dos, pero otros y yo íbamos de vez en cuando. En mi caso, fueron los años en que estaba finalizando la carrera y tenía previsto empezar la tesis.

Precisamente estos años coinciden con tu militancia en el PCE. ¿Cómo te planteaste la afiliación y de qué modo militaste?

Yo estaba en el cuarto curso, cuando empecé a militar en el PCE, en el año 1962, y gracias a Joaquín Rojo Seijas, que me introdujo. Se estaban organizando y se formó una célula en la Facultad y me metieron a mí y a otro compañero, con quien compartía habitación en casa de una señora que las alquilaba. Este era Javier Abásolo, que llegó a trabajar en Siglo XXI. También estaba otro que se convirtió en escritor, Alberto Méndez, el autor de la novela, *Los Girasoles Ciegos*, que luego se llevó al cine.

Otros militantes del PCE con los que me relacioné en aquella época eran estudiantes de Filología Románica, luego italiana; hasta con Fernando Sánchez Drago, el autor de *Gargoris y Habidis (sic)*, quien habla de esta etapa de su vida en el prólogo de esta obra, y refiere, al final, «resucito de entre los muertos». Y estaba también Manuel Gutiérrez Aragón, que estudiaba Filosofía y Letras, pero luego se matriculó en la Escuela de Cine, a quien perdí la pista hasta que lo encontré cuando le hicieron académico muchos años más tarde. También Jesús Munárriz, de la editorial Hiperión y Lourdes Or-

tiz, quien era entonces su esposa.

Con ellos, y otros que no militaban en el PCE, compartí una sensibilidad, inquietudes o el gusto por la Filosofía y otros temas. Leí, por ejemplo, a Marta Harnecker, lectura obligada en determinados ambientes, y celebrábamos seminarios. De todo ello, adquirí compromiso, conciencia y sentido de la militancia, pero luego me fui distanciando. Mi militancia duró de 1962 a 1970. Lo dejé porque ya no me sentía identificado con la gente que estaba, aunque los estudiantes sabían perfectamente lo que yo era.

En realidad, con estos compañeros fue con quienes organizaste la editorial Ciencia Nueva, que tuvo mucha importancia en la introducción de autores y obras, casi prohibidos. ¿Cómo se os ocurrió y cómo elaborasteis la selección de las publicaciones, que fueron muchas y muy impactantes en su momento?

La iniciativa partió de la gente que estábamos en la Facultad y la fundamos militantes comunistas, o próximos al PCE. Entre ellos Jesús Munárriz, muy activo, o Alberto Méndez. Hace años, Valeriano Bozal, que no estaba en el PCE, escribió un artículo titulado «Compañero de Viaje», en la revista, *La Balsa de La Medusa*, en el que contaba su experiencia^[4]. También estaba Rafael Sarró, que no era de nuestro grupo, y que luego se dedicó a la publicidad.

Pensamos en una ciencia que sirviera para despertar, de ahí el título de *Ciencia Nueva*, que se me ocurrió a mí. Este sería el objetivo, lo que se escribió, creo recordar, en el libro de Benjamin Farrington, que yo traduje y con el que se inauguró la editorial.

A cada uno se le ocurrían cosas, se discutía y nos llegaban propuestas de compañeros que no estaban en Ciencia Nueva, pero

3.- De hecho, también publicaban muchos trabajos conjuntamente, siendo muy conocida la obra, *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*. Barcelona, Crítica, 1978, especialmente leída en los círculos universitarios y que marcó a generaciones de estudiantes.

4.- Valeriano Bozal, «Compañero de viaje», *La balsa de la Medusa*, 1999, 50, pp. 23-84.

que podíamos publicar. Claramente pretendíamos la promoción de textos de autores izquierdas, marxistas o próximos al marxismo. De ahí salió una Colección de Clásicos, en la que yo hice la edición de la traducción que había hecho José Marchena de la obra de Lucrecio y otros editaron a Voltaire^[5]. Algunas obras estaban prohibidas y, por ejemplo, fuimos capaces de publicar el *Anti-Dühring* de Federico Engels^[6]. Sobre todo se promovieron traducciones de libros, que de otra manera no se podían leer en España, porque no llegaban o no se conocían otras lenguas, sobre todo el inglés. Yo me encargué de traducir el libro de Farrington, que lo trajo alguien de Inglaterra y fue el primero que se editó^[7].

Esta época coincidió con la «liberalización» de Fraga y fue posible publicar estas cosas; y se publicó mucho. Luego llegó Thomas de Carranza, nombrado director general del libro y empezó con una política de prohibiciones. Fuimos a verlo y nos dijo que no podía ser. A la hora de despedirnos, Rafael Sarró se negó a darle la mano, lo que le pareció muy mal. Ciencia Nueva se había fundado en 1965 y se cerró en 1970.

5.- Lucrecio, *De la naturaleza de las cosas* (trad. de José Marchena y Ruiz de Cueto; introducción y notas de Domingo Plácido), Madrid, Ciencia Nueva, 1968. José Marchena (1768-1821) fue un intelectual ilustrado que, perseguido por la Inquisición, se exilió en Francia. El poeta Lucrecio (99 a.C.-55 a. C.) estaba marcado por la filosofía de Demócrito de Abdera y Epicuro, no por casualidad, los filósofos elegidos por Carlos Marx para la realización de su tesis doctoral.

6.- También la *Lucha de clases en Francia de 1848 a 1850* de Carlos Marx, según el testimonio recogido por A. Iriarte, «De mundo antiguo», p. 21.

7.- Sobre Ciencia Nueva y su impacto en la España de los sesenta, destaca la aportación, muy detallada de Francisco Rojas Claros, «Una editorial para los nuevos tiempos: Ciencia nueva», *Historia del Presente*, 2005, pp. 103-120, que también menciona A. Iriarte, «De mundo antiguo», p. 13, n. 8. Recientemente Francisco Rojas Claros publicó, *Dirigismo cultural y disidencia editorial en España (1962-1975)*, Alicante, Servicio de Publicaciones, 2013.

Esos años no eran fáciles. ¿Tuviste algún problema con la policía?

Sí. Era una época complicada, pero yo no tuve problemas, ni grave sensación de riesgo, salvo lo que implicaba acudir a alguna manifestación. Sí ocurrió una vez, cuando estaba en una manifestación en la Puerta del Sol, en apoyo de las mujeres asturianas, un hecho ligado también a las huelgas del 62. Estaba solo con otro amigo, y únicamente nos pidieron el carnet. Nos dijeron que debíamos ir a buscarlo a la Dirección General de Seguridad. Cuando lo recogí al día siguiente, nos recomendaron que fuéramos buenos, pero nada más.

También recuerdo algún problema con los sucesos del Proceso de Burgos, de 1970. En ese momento, yo era profesor en la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad Complutense y las asambleas se celebraban en mi clase. En realidad, el aula en que debía impartir mi docencia acogía las Asambleas de estudiantes de la Facultad, y podían llegar a reunirse unos cuatrocientos alumnos.

Los años sesenta y la etapa de la transición representan un momento de una militancia política muy activa, que llevaba a participar en la organización de movimientos políticos, de alianzas, a veces muy coyunturales de grupos de izquierdas. En el ambiente universitario se crearon diversos frentes, ¿participaste en este tipo de actividades?

Colaboré con la formación de la FUDE (Federación Universitaria Democrática Española), que surgió por iniciativa del PCE, con el afán de unir gente. Luego se formó la Junta Democrática, y también se organizó a Plataforma Democrática. Finalmente de la FUDE se apoderaron los llamados entonces chinos. En los años setenta se producían muchas disensiones, uniones y rupturas de



Encuentro de especialistas Historia Antigua en Santander, organizado por la Universidad Internacional Menéndez Pelayo en el Palacio de la Magdalena. Septiembre de 1980. Algunos, como Cristóbal González Román, colaboraron con la FIM junto a Domingo Plácido en los años ochenta. Foto: Rosa Maria Cid López

grupos, alianzas o contra-alianzas. Esta situación era normal entonces.

Pensaste alguna vez en ocupar un cargo político o desarrollar una carrera política?

Jamás. No, nunca tuve esas pretensiones. Y, la verdad, ni se me propuso.

Al margen de tu militancia en el PCE, fuiste uno de los historiadores de la Antigüedad que colaboró más activamente con la FIM, en los comienzos y ahora en tiempos recientes. ¿Cuál fue el alcance de tu participación?

En la FIM, trabajé sobre todo en la organización de ciclos de conferencias. También promoví la edición de la obra sobre Federico Engels, *El Origen de la Familia, la propiedad*

privada y el Estado, que se publicó en la FIM, con ocasión del centenario de su publicación en 1884^[8].

Pero mi vinculación con actividades de la FIM no fue intensa. Me relacioné con Juan Trías, y siempre colaboraba cuando me llamaban. Con ocasión del centenario de la muerte de Marx, organizamos un encuentro sobre *Transiciones en la Historia*, acudiendo José Fernández Ubiña, profesor de Historia Antigua, y Carlos Estepa Díez de Medieval, pero también invitamos a otros ponentes extranjeros.

8.- D. Plácido, «El mundo clásico en el Origen de la Familia», en Juan Trías (ed.), *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado. Cien años después, 1884-1984*, Madrid FIM, 1985, pp. 74-95.

De todos modos, en los ochenta, creo recordar que algunos colegas de Historia Antigua parecían interesados en crear un grupo de historiadores marxistas, que podía haber surgido en la FIM. No sé si se trataba de revitalizar los Coloquios de Oviedo, promovidos por Julio Mangas y celebrados entre 1977 y 1981, a los que acudieron muchos historiadores que decían ser marxistas. ¿En estos años la Historia Antigua interesaba en la FIM y promoviste alguna actividad?

Hubo un momento en el que nos reunimos en la sede inicial de la FIM, me parece que estaba ubicada cerca del Palace. Solo hubo una reunión y acudieron, entre otros, Alberto Prieto, José Fernández Ubiña y Cristóbal González Román, historiadores y Alberto Bernabé, filólogo clásico. Era un grupo grande. Se llegó a hacer un programa y se propusieron Seminarios. En esta época, la FIM incluso organizó un ciclo de conferencias con especialistas de la Antigüedad, en el que participaron los mencionados Cristóbal y Alberto, además de Julio Mangas y Mario Mazza, que vino desde Italia, Las conferencias se celebraron en el Consejo, a comienzos de los años ochenta. Se quería crear un Seminario Permanente de Estudios de Historia Antigua que no fructificó.

Recientemente, retomé mi relación con la FIM, como conferenciante y articulista. Participe en las Jornadas, *Historiografía, marxismo y compromiso político en España. Del franquismo a la actualidad*, que se celebraron en Madrid, los días 27 y 28 de noviembre de 2014, con la ponencia, «Historiografía Española de la antigüedad de tendencia marxista», que luego se publicó en Akal, en el 2018. He colaborado también como articulista en *Nuestra Historia*⁹.

9.- Es autor de «La vigencia del marxismo en el análisis de las sociedades antiguas», *Nuestra Historia*, 5, 2018, pp. 71-77. Este número está dedicado a *Marx y la historia (1818-2018)*.

Por tu antigua militancia, o la relación casi efímera con la FIM, a pesar del tiempo transcurrido, muchos te siguen colocando la etiqueta de ser del PCE, de ser un historiador marxista. Es curioso. ¿Qué te parece?

Sí. Es curioso. Ayer me encontré con un chico, estudiante de Filología Clásica y me dijo que venía de la sede del PCE, donde le habían hablado muy bien de mi como historiador materialista. Hace mucho que yo no voy por allí. Y me dijo que le daba mucho gusto tener a un compañero en la Biblioteca que fuese historiador materialista. No le comenté nada más.

Efectivamente, pienso que de los historiadores de tu generación, especialistas en la antigüedad, no eres el único, pero sí uno de los que mejor ha representado una Historia Social de clara inspiración marxista. Reconstruir tu trayectoria desde el momento en que decides dedicarte a la Historia y luego hacerlo con las herramientas del materialismo histórico es interesante porque de alguna manera ilustra sobre la introducción de visiones nuevas y renovadoras de la Historia Antigua en la universidad española. Pero antes ¿cuéntanos como elegiste la Historia, porque tus inclinaciones primeras eran la Filosofía y la Filología?

Estaba estudiando Clásicas y quería hacer Filosofía. Cuando estaba en el cuarto curso, conocí a Santiago Montero Díaz, mi profesor de Historia de Grecia y Roma. En sus clases, descubrí que la Historia era otra cosa, muy diferente a la idea que yo me había forjado en el Bachillerato y los primeros cursos de la Licenciatura. Era algo más que las aburridas listas de reyes. Así empecé a interesarme por la Historia y empecé a darme cuenta de que podía tener otra perspectiva, que se podía vincular con la Filosofía; desde luego, tomé conciencia de que tenía sentido para penetrar en el conocimiento

de las relaciones humanas y no solo para conocer el poder político. Montero te hacía comprender así la Historia. Y llegó a explicar aspectos de la obra de Carlos Marx, ya que coincidió con su etapa más progresista.

Santiago Montero Díaz fue todo un personaje y quienes le conocieron destacan que era un docente excepcional. ¿Coincides con esta percepción?

Sí, Montero era todo un personaje con una biografía sorprendente^[10]. Se afilió al PCE en 1935 y luego a las JONS. Se hizo falangista antes de que estallara la Guerra Civil. A los 20 años ya había leído su tesis sobre los Cartularios, es decir empezó como medievalista. Era archivero por oposición, pero no sé si ejerció alguna vez y obtuvo una plaza como catedrático de Historia Medieval en la Universidad de Murcia. Había firmado también una de Paleografía y otra de Historia de Filosofía, todo ello bajo la República.

Un profesor deslumbrante, pero una persona con muchos altibajos en su carácter, que te desconcertaban. Podía invitarte a tomar una copa y al día siguiente te ignoraba. Al acabar la carrera, no me hacía caso. Dejó de responder a mis llamadas y me puse a preparar oposiciones de Enseñanza Secundaria, que saqué en Pamplona. En este comportamiento debió influir el exilio que le obligó a marchar a Chile entre 1966 y 1967; gracias a Pescador, un profesor de Filosofía de la Universidad de Concepción, marchó a este país, en el que se dedicó a impartir conferencias^[11]. Había participado junto a

Agustín García Calvo, José Luis Aranguren, Enrique Tierno Galván y otros en una manifestación. Fueron expedientados y castigados con la expulsión de la universidad, pero, por su antigua relación con la Falange, el castigo a Montero se había limitado a dos años. Aun así, optó por marcharse fuera un tiempo. Este episodio parece que le marcó para el resto de su vida, temiendo que se repitiera y perder su trabajo. Sí ocurrió que, cuando regresó, me llamó para ofrecermela plaza de adjunto interino en la Universidad. Esto sucedía en el año 1967. La acepté y abandoné la Enseñanza en el Instituto. Salvo unos años en los que volví a estar fuera, de 1975 a 1979, por dificultades que surgieron en la promoción de las plazas de profesorado universitario, regresé de nuevo a la Universidad Complutense, gracias a una ley que me favorecía al permitir la reincorporación de antiguos docentes. Ahí seguí hasta mi jubilación.

En 1967 te incorporas como profesor a la Universidad, tras el paso por un Instituto de Enseñanza Secundaria, y te dedicas, imagino que intensamente, a preparar la tesis. Se observa tu fijación con la filosofía, porque elegiste Protágoras y la sofística. ¿Cómo planteas estos primeros trabajos y cuáles son tus modelos?

Sí, mi tesis fue sobre Protágoras y la leí en el año 1972, año en que también publiqué una parte del texto^[12]. Empiezo a hacer una historia que podemos llamar hegeliana, marcada por la visión de Santiago Montero Díaz, lo que se veía sobre todo en las clases. Planteo una historia de datos, pero también de interpretación; poco a poco iba conociendo otras visiones, ya marxistas, con las que estaba familiarizado desde el final

10.- Sobre Santiago Montero y su compleja biografía, véanse las referencias bibliográficas recogidas por A. Iriarte, «De mundo antiguo», p. 12, nota 4, que remiten a investigaciones de Antonio Duplá. También aparece constantemente citado en la obra de F. Wulff, *La creación de la historia antigua*.

11.- Domingo insiste en el miedo que debió atenazar a Montero tras la experiencia que le condujo a lo que fue realmente un exilio en Chile. Santiago Montero murió en

1985, con 74 años.

12.- Domingo Plácido, *La polis en el pensamiento de Protágoras*. Madrid, Maribel, 1972.

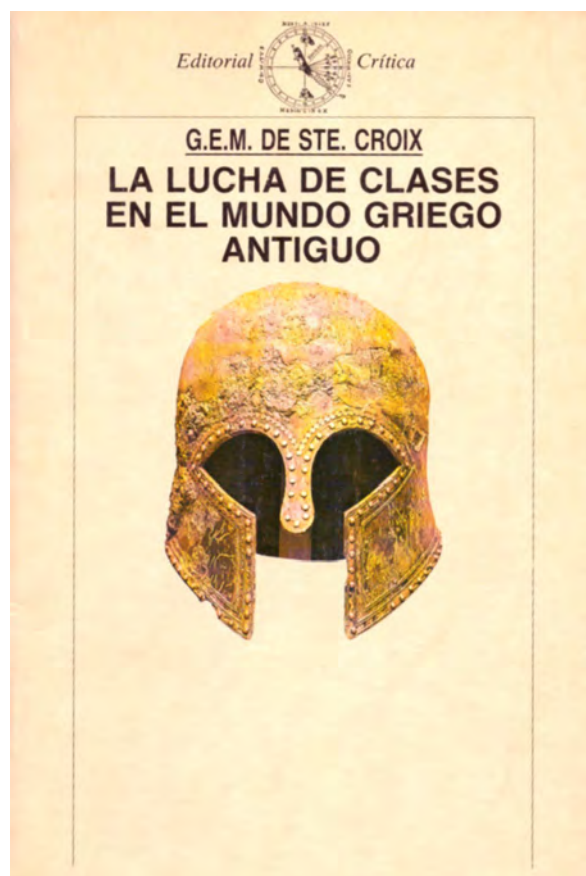
de la carrera. En este tiempo, leía trabajos como los de Georg Lukács, incluso desde los años anteriores, coincidentes con la etapa de Ciencia Nueva.

Al margen de las clases, ¿había Seminarios para intentar romper el aislamiento de la Universidad española?

Si, alguno había, como los de Alfonso Emilio Pérez Sánchez, que los organizaba sobre Filosofía del Arte, lo que atrajo a otros estudiantes, no sólo especialistas en Arte. Pero de Historia, no había nada, salvo algún curso de doctorado. El propio Montero llegó a organizar, no un seminario, sino un Curso de Doctorado sobre Marx, pero empezó a tener miedo y nunca más lo hizo

A la hora de contar con medios para elaborar tu tesis y tus investigaciones, ¿disponías de bibliografía adecuada? Quizá estoy equivocada, pero, aunque podía haber buenas colecciones de Literatura grecolatina, temo que, por el aislamiento de España, no era fácil adquirir para las bibliotecas los textos novedosos y de tinte progresista que se estaban haciendo en otros sitios. ¿Era así la situación?

Apenas había bibliografía; muy poco, porque, en efecto, estábamos muy aislados. A veces llegaban cosas y alguna editorial introducía alguna obra interesante. A pesar de todo, estábamos al tanto de lo que pasaba en los centros británicos, porque Abilio Barbero había estado allí; o en Francia, porque llegaban compañeros que habían estado y te lo contaban. De los Coloquios sobre formas de dependencia, que se celebraron en Besançon tuve conocimiento a través de Pórtico. También estaba la dificultad del idioma. Aprendí a leer en inglés y francés, pero, en nuestra generación, hablamos mal otros idiomas, y ello a pesar de tener una formación filológica.



G.E.. M. de Ste. Croix, La lucha de clases en el mundo griego antiguo. Barcelona, Critrica, 1988. Gracias a las reseñas de Domingo Plácido, esta obra del conocido marxista británico se conoció muy pronto por los investigadores españoles.

En tu generación y entre los especialistas en Historia Antigua, era muy habitual la estancia en centros extranjeros para completar la formación, y sobre todo en Alemania, quizá por la influencia y los contactos de José María Blázquez, gran viajero. ¿Cómo te planteaste las estancias en el exterior?

Frente a Blázquez Santiago Montero apenas viajó. Había estado en Alemania y decía que había leído a Theodor Mommsen. A pesar de ello, tenía muchos contactos con el exterior y estaba muy al tanto de lo que ocurría fuera, era una especie de internet de la época.

Mis estancias en centros extranjeros han



J. Annequin y otros, *Formas de explotación del trabajo y relaciones sociales en la antigüedad*, Madrid, Akal, 1979. Obra traducida del francés para la editorial Akal, en al que se publicaron muchos trabajos de autores marxistas o próximos al marxismo.

sido casi siempre cortas, salvo en Francia que fueron más prolongadas. Me trasladaba para consultar fondos bibliográficos, en especial las obras que no había en España. Y es verdad, visité menos Alemania, y he mantenido más relación con profesores ingleses, franceses e italianos.

Y cuando casi todos los historiadores españoles dedicados a la antigüedad se marchaban a Alemania, tú te vas a Oxford, ¿no sé si querías conocer los ecos de los historiadores marxistas británicos?

Me fui a Inglaterra, donde consulté los fondos de la biblioteca del Museo Británico, luego al Instituto de Estudios Clásicos de Londres. El tercer año visité Oxford y contacté con Ronald Syme. Era una persona muy interesante, bastante amable, pero evidentemente no me marcó, porque su forma de entender la historia, política y prosopográfica, era muy diferente a la mía^[13]. Coincidimos en el *College* donde yo estaba y él vivía. Allí comíamos y nos bebimos una botella de vino español, que yo le llevé. Era muy hospitalario y hacía esfuerzos para hablar un inglés *latinizado*, o con expresiones en latín, para que yo lo entendiera. De trabajo hablamos poco. Sí trabé relación con otros colegas como Anthony Birley.

Ronald Syme representa una historia totalmente opuesta a G. E.M. de Ste Croix, el historiador británico de la antigüedad más representativo del marxismo. ¿Mantenían algún tipo de rivalidad?

En realidad, no lo sé. Nunca oí hablar de una rivalidad entre ellos. Pudo ser, los dos estaban en la misma Universidad de Oxford, pero a Ste. Croix yo no le conocí personalmente.

A pesar de que has sido el introductor de la obra de Ste. Croix en España, o así se te considera.

Pero, en realidad, yo solo le hice una reseña a su libro, *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*^[14]. Llegué a conocer

13.- Ronald Syme es un historiador muy representativo de la historia erudita y tradicional, autor de una obra de gran impacto, titulada *La Revolución romana*, Madrid, Taurus, 1989 (1ª ed. inglesa, 1939), que en realidad es una visión de la Roma antigua a través de los conflictos en la elite de fines del siglo I a. d. C.

14.- G.E.M. de Ste. Croix, *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*, Barcelona, Crítica, 1988 (1ª ed. en inglés, 1981).



Domingo Plácido y Alberto Prieto en las playa Els Muntanyans, Torredembarra (Tarragona). Foto cedida por Domingo Plácido.

su obra por casualidad. La encontré en una librería de Londres, a la que yo iba mucho. Se llamaba Dillon y era estupenda. Leo este texto y me gusta. Sin duda, es la obra más impactante del marxismo sobre la antigüedad; aunque también hay otras como el *Trattato di Storia romana, II. L'Impero romano*, de Santo Mazzarino, que también fue marxista, pero no lo declara de forma tan abierta^[15]. El hecho es que, en este libro, Ste. Croix debatió sobre todo y lo hizo definiendo una línea de investigación muy fructífera, que te ayudaba a comprender la sociedad antigua. La primera parte era fundamentalmente una reflexión compleja y densa, en la que mezclaba cuestiones, teoría, metodología y compromiso. La segunda pretendía mostrarnos su versión de la anti-

15.- Se refiere a Santo Mazzarino, el autor de *El fin del mundo antiguo*, Méjico, Uteha, 1961 (1ª ed. en italiano, 1959), una obra muy leída, traducida y reeditada en numerosas ocasiones.

güedad a través de lo ocurrido en Grecia y con un protagonismo absoluto de las clases. Es un trabajo espectacular, que no olvidas.

Sin duda, la obra me gustó y sorprendió, pero nunca tuve ningún contacto personal con Ste. Croix^[16]. Fui el primero que hablé de Ste. Croix, pero no me consideró su introductor.

¿Nunca te apeteció visitarlo para hablar con él?

Soy tímido. Además, cuando salía de estancia académica, procuraba estudiar y leer lo más posible. Creo que sí lo conoció Fernando Wulff, profesor de Historia Antigua

16.- Ste. Croix desarrolló una carrera académica singular, rondaba los 40 años cuando se doctoró. Y trabajó diversos temas, como la fiscalidad o la guerra del Peloponeso, dónde cuestiona la versión tradicional del conflicto. Tras una vida longeva, falleció en el año 2000 con 89 años y Domingo publicó su necrológica en *Gerión*, 2000, 18, pp. 13-16.

de la Universidad de Málaga, y quizá alguno más como José Fernández Ubiña.

Tiempo después, en Cambridge conocí a Keith Hopkins; luego a Stephen Hodkinson, quien me invitó a la universidad de Nottingham, donde había un *Institut for Studies of Slavery*. Era experto en la Esparta antigua.

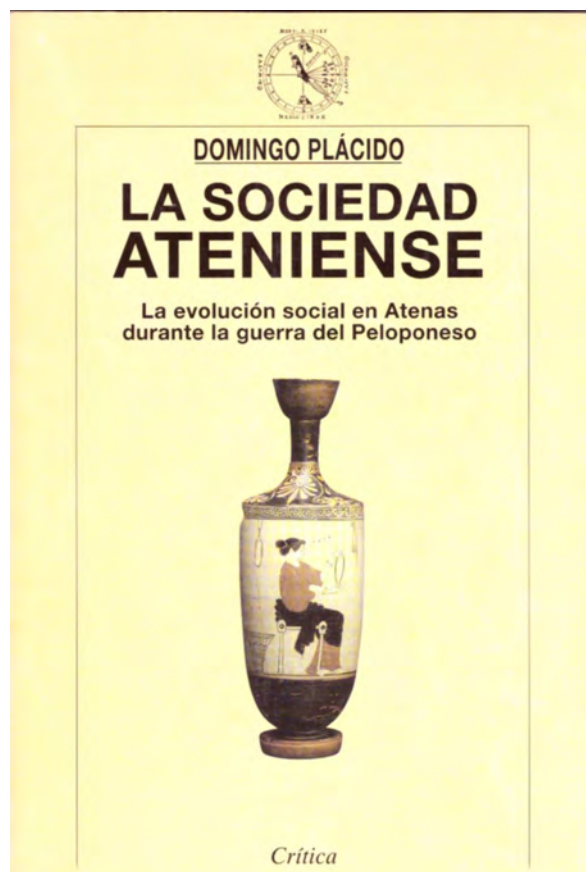
Muy pronto, quizá por el eco de tu reseña en Gerión, la obra se publicó en castellano. Y debo decir que afortunadamente, porque era complicado leerla en inglés, con términos sobre los grupos serviles o el campesinado, a veces complejos de traducir. ¿Te empeñaste en su traducción al castellano?

Me llegaron a decir, «vamos a traducir tu Ste. Croix», pero, en realidad, los contactos para la traducción los llevó Eugenia Aubet. Cuando el libro se publicó en castellano en la editorial Crítica, escribí una segunda reseña, esta vez para la revista *L'Avenc* en el año 2000. La anterior, publicada en *Gerión* en 1983, la había hecho a partir de la lectura del original en inglés^[17].

En esta labor de introducción de obras y autores marxistas, fue fundamental la edición en castellano de libros publicados en Akal, la mayoría de autores de los antiguos países del Este, que ofrecían versiones de las sociedades antiguas desde el marxismo más ortodoxo y con interpretaciones discutibles, e incluso erráticas, hoy superadas. Sí permitieron conocer metodologías diferentes a la historia tradicional que aún se enseñaba en las aulas universitarias españolas. ¿Cuál fue tu tarea en la editorial de Akal?

Yo conocí la editorial Akal, muy pronto, cuando estaba en sus inicios y colaboraba

17.- Sin duda, las reseñas de Domingo a esta obra en las revistas de *Gerión*, I, 1983, pp. 331-343 y *L'Avenc*, 1988, 105, pp. 66-67, fueron las que dieron a conocer el nombre y la obra del marxista Ste. Croix en España.



Domingo Plácido, *La sociedad ateniense. La evolución social de Atenas durante la guerra del Peloponeso*, Barcelona, 1987. Esta obra fue publicada por Crítica, editorial en la que dirigió la serie Arqueología.

con Juan Antonio Méndez, que luego la dejó. Este fue quien me invitó a publicar libros, si me apetecía. Precisamente empezamos con la *Historia Antigua de Roma* de S.I. Kovaliov, siendo yo el prologuista y la *Historia Antigua de Grecia* de V. V. Struve, aunque el prólogo de esta segunda lo hizo Alberto Prieto. Ambos libros estaban ya traducidos y se habían publicado en Argentina; antes habían hablado con Alberto Prieto, con quien se habían puesto de acuerdo. De la obra de Kovaliov me encargué yo y luego Prieto de Struve^[18]. La primera edición salió a la ca-

18.- S. I. Kovaliov, *Historia de Roma*, y V. V. Struve, *Historia de la antigua Grecia*, Madrid, 1974 (1ª ed. en ruso, 1956). Ambas obras fueron leídas por muchos estudiantes universitarios españoles que cursaban las asignaturas de Historia

lle sin ninguna revisión, pero en la segunda introdujimos notas de editor, algunas muy largas, para poner un poco de orden, cuando ya está en un solo volumen.

Realmente, fue Alberto Prieto, quien inauguró las publicaciones de Historia Antigua en Akal y tuvo mayor responsabilidad a la hora de proponer títulos y autores para su publicación en esta editorial. No solo se publicaron trabajos de autores soviéticos o vinculados a los antiguos países socialistas, también obras colectivas del Grupo de Besançon, ligado a Pierre Lévêque y relacionadas con las investigaciones marxistas sobre la antigüedad^[19].

Tras esta experiencia en Akal, con posterioridad colaboré con Crítica, donde publiqué *La sociedad ateniense. La evolución social de Atenas durante la guerra del Peloponeso* en 1987. Luego fui director de la Serie Arqueología de esa editorial, editándose traducciones o trabajos sobre Esparta, entre otros. Quizá uno de los libros más conocidos fue *Los Misterios. Religiones «orientales» en el Imperio romano* de Jaime Alvar, del año 2001.

Pero, de forma paralela a esta labor editorial, habitualmente viajas a centros europeos para ampliar tu formación, como las estancias francesas en París o Besançon. ¿Qué te atraía de sus investigadores y no solo de sus magníficas bibliotecas?

En París estuve en el Instituto de Estudios comparados de las Sociedades Antiguas, y en el Centro Louis Gernet donde destacaba la presencia de Jean-Pierre Vernant,

Pierre Vidal-Naquet y Nicole Loraux. De sus investigaciones, me interesaban de qué modo se entrecruzaban las aportaciones de filósofos como Platón, el poder y la política o los discursos. Desde lo que podemos llamar la antropología histórica han trabajado sobre el mito a partir de la literatura griega, como ha hecho entre otros Marcel Detienne, pero algunos han derivado hacia posturas excesivas de tipo psicoanalítico.^[20]

En Besançon, me relacioné con Pierre Lévêque, a quien conocía por su trabajo magnífico sobre Clístenes el ateniense y a través de Julio Mangas. Era un claro representante de la Historia Social, con gran interés por el esclavismo y las formas de dependencia, o los conflictos en su génesis y evolución, entre otros temas. Fallecido Pierre, sigo manteniendo contactos con Monique Clavel-Lévêque, su mujer, hasta el presente. Hoy está Antonio Gonzales, que, en esta universidad francesa, mantiene esta línea de investigación a través del ISTA (*Institut des Sciences et Techniques de l'Antiquité*), organiza actividades, promueve publicaciones y dirige la revista *Dialogues d'Histoire Ancienne*. Fue Pierre Lévêque quien promovió los Coloquios del GIREA, que este año de 2019 llegan al número XLII. Y en el año 2002 me nombraron presidente de este grupo^[21].

También es obligado referirse a tu presencia en centros italianos y a tu relación con los profesores más representativos de la historia marxista.

Antigua Universal. Las versiones en castellano se reeditaron en múltiples ocasiones. Tuvieron tal éxito entre el alumnado, y el profesorado, que estos libros los llamaban el Kovaliov y el Struve.

19.– Por ejemplo, J. Annequin y otros, *Formas de explotación del trabajo y relaciones sociales en la antigüedad*, Madrid, Akal, 1979, con amplia presencia de autores franceses, pero también de los antiguos países del Este.

20.– En este momento, derivamos la conversación hacia las obras de Anne Baring, Jules Cashford o Maria Daraki, cuyos planteamientos no convencen en absoluto a Domingo, ya que ofrecen claramente visiones psicoanalíticas de los mitos religiosos, centrándose sobre todo en el caso de la diosa.

21.– Domingo fue elegido presidente en el XXVII Coloquio del GIREA y el IX de ARYS, que trató sobre *Libertad religiosa y control social en el mundo antiguo*, celebrándose los días 7 a 9 de noviembre de 2002 en la Universidad de Valladolid.

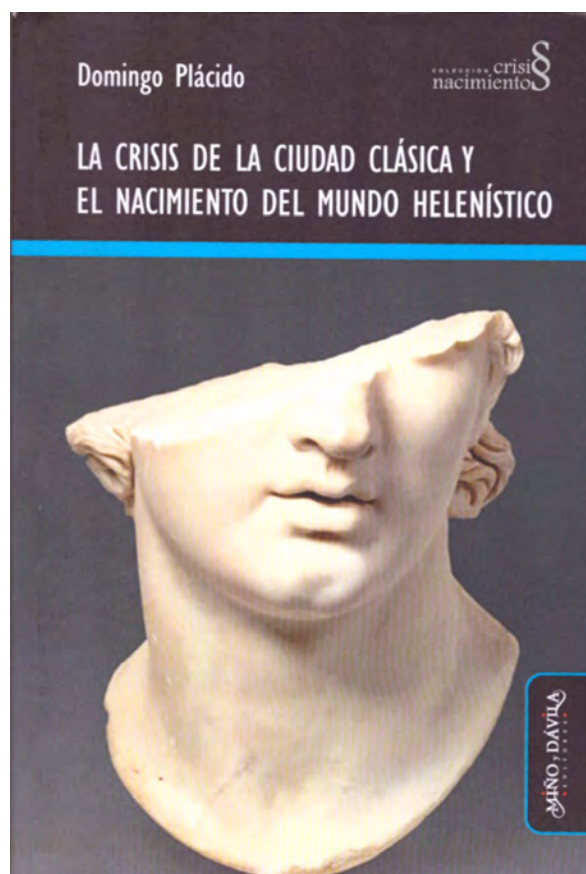
Sí, en efecto, he ido con frecuencia a Italia, impartiendo conferencias en muchas universidades (Perugia, Trento, Siena,...). Me he relacionado con Filippo Coarelli o Mario Torelli, expertos en la Historia de Roma y grandes arqueólogos; también con Lorenzo Braccisi, más vinculado a los estudios de Grecia antigua. Igualmente he conocido, de paso en un congreso en Siena, a Luciano Canfora, cuya obra en gran parte ha sido traducida al castellano, y que suele buscar la conexión de la antigüedad con el presente, pero he de reconocer que me parece cuestionable su evolución hacia una lectura hipercrítica del pasado y que para él nada sea verdad. Sin duda, destaca el caso de Mario Mazza, con el que desde hace décadas mantengo una gran amistad.

Estos historiadores con los que te has relacionado a lo largo de tu vida académica muestran tu identificación con esa Historia Social, de inspiración marxista, pero hay otros como Paul Veyne que se sitúan en posiciones claramente postmodernas. ¿Qué opinas sobre la irrupción de esta manera de escribir sobre el pasado? Has sido muy crítico en algunos artículos que has escrito sobre el particular.

De la obra de Paul Veyne me siento en las antípodas, porque considero que poco o nada aportan sobre el conocimiento del pasado. En realidad de qué sirven sus más de setecientas páginas sobre el Imperio romano^[22]. Soy igualmente crítico con la percepción de la dominación romana de Clifford Ando, con dosis de originalidad, pero que nada más.

Pero reconozco que puede contener ciertos valores, y llego a percibir algunos orígenes en la Escuela de Frankfurt, en la teoría crítica de Theodor Adorno o en la línea de

22.- Paul Veyne, *El Imperio grecorromano*, Madrid, Akal, 2009 (1º ed. en francés, 2005).



Domingo Plácido, *La crisis de la ciudad clásica y el nacimiento del mundo helenístico*, Buenos Aires, 2017, Miño y Davila.

Georg Lukács, pero menos y con matices. Del llamado postmodernismo, ofrecen interés obras como *Las Palabras y las Cosas* de Michel Foucault, editada en francés en 1966; o las reflexiones sobre la violencia, sus manifestaciones y tipología planteadas por Pierre Bourdieu.

Y, no todo son trabajos superficiales. Por ejemplo, en España, se define como postmoderna María Cruz Cardete del Olmo, cuyas investigaciones son siempre interesantes y rigurosas^[23].

23.- María Cruz Cardete del Olmo editó una de las escasas obras de la historiografía española en la que se reflexiona sobre el posmodernismo y su influencia en la Historia Antigua, titulada *La antigüedad y sus mitos. Narrativas irreverentes*. Madrid Siglo XXI, 2010, que incluía el texto de Domingo Plácido, «Conclusión. Diálogos de un historiador con la historia: las posibilidades del estudio del mundo clásico desde la realidad actual» (pp. 185-202), con las

En algunos momentos de tu carrera académica, has trabajado sobre mujeres o lo femenino, sobre todo a partir de los mitos y cuando pocos investigadores lo hacían, en los años noventa. Por su trascendencia en la historiografía reciente, ¿cual es tu opinión sobre la Historia de las mujeres y de la irrupción del género?

El valor de esta forma de acercarse al pasado tiene que ver con la visibilidad de las mujeres, pero también porque ayuda a comprender las relaciones sociales. En la historia tradicional, los enfoques han estado marcados por las miradas hacia los varones y los hechos protagonizados por ellos. No es fácil visibilizar a las mujeres. Sin duda, este tipo de estudios han supuesto un avance.

Al margen de los estudios sobre el género, desde el postmodernismo la influencia de corrientes irracionales está marcando la historiografía del presente. Ante esta preocupante situación de revisión y crítica de los viejos paradigmas de la historia social, ¿cómo defines la historia?

[Con contundencia, responde] La historia ha de ser social, con impronta marxista, no dogmática, ni economicista. Ha de hacerse desde posiciones críticas y sin caer en lo que acaban siendo frivolidades literarias. Y la clase sigue siendo necesaria como categoría analítica para comprender las relaciones sociales. A la vez han de estudiarse los discursos, para considerar su función; analizarlos por sí mismos, como defiende Roger Chartier, no tienen sentido.

En esta concepción, tienen cabida las reflexiones sobre los mecanismos de integración social, de identidad y de sociabilidad. El sujeto histórico es agente desde el

posturas más críticas, pero matizadas, sobre estas corrientes, al igual que hace en «La historiografía de la historia antigua: las caras del posmodernismo», *Revista de Historiografía*, 2005, 3, pp. 86-99.

momento en que tiene capacidad para hacer algo y convertirlo en trascendente. Por último, no se ha de olvidar el conflicto y su papel en la evolución histórica^[24].

Desde esta definición, piensas qué tiene sentido la historia y ¿cuál puede ser el papel del historiador?

Sigo pensando en el compromiso del historiador con el presente, que continúo defendiendo. En su momento, me gustó mucho el libro de Lucien Febvre, *Combates por la historia* (publicado en francés por primera vez en 1952). Pero hay que reconocer que la Historia ha cumplido diferentes papeles. Ha podido estar al servicio del poder o lo ha cuestionado; desde la Historia, se ha criticado el poder con afán militante y, con tales planteamientos, se ha tratado de eliminar. Pero también, desde ese mismo poder se ha intentado domesticar la forma de hacer Historia, convirtiéndola en un relato, en una novela o en una historia periodística. De este modo, se intenta arrebatárle su aspecto social. Ante ello, la respuesta sería la resistencia.

Y para acabar, tras una vida dedicada a estudiar y enseñar historia, ¿estás satisfecho de lo que ha sido tu trabajo.

Estoy muy satisfecho con haber sido un trabajador de la universidad, no me considero un intelectual. He disfrutado enormemente de la investigación, que no entiendo sin la docencia. Mi labor en las aulas también ha sido muy satisfactoria para mí^[25].

24.- Sobre el valor de la Historia Social, Domingo reflexionó con más profundidad en «La vigencia de la Historia Social en el Mundo Clásico. Viejos y nuevos temas», *Historia Social*, 2008, 60, pp. 207-12.

25.- Dice que no sabe si aguantaría la burocratización, la competitividad de los currículos o los nuevos sistemas de evaluación de la que se quejan sus colegas y discípulos

Realizamos esta entrevista el sábado, 8 de febrero de 2019, en una tranquila cafetería del centro de Madrid. Aprovechamos el final de la conversación para hablar de su vida familiar. Además de su dedicación a las labores académicas, Domingo ha disfrutado de una vida intensa. Sin duda, influyó el hecho de compartir cuarenta y cinco años de su existencia con Elvira Santos Fontenla,

con quien se casó en 1965, y que falleció prematuramente el 11 de abril del año 2010. Fue profesora de Filología Española, gran lectora, amante de la música y de los viajes, tan del gusto también de Domingo. Su hija Helena eligió para su formación la carrera de Historia. Su nieto Claudio, casi entrando ya en la adolescencia, parece estar interesado por la Historia, una curiosidad que intenta satisfacer Domingo en sus encuentros cotidianos.

aún activos.

NUESTROS DOCUMENTOS

Jorge Semprún y el movimiento estudiantil de 1956: conciencia, organización y acción

Alberto Carrillo Linares
Universidad de Sevilla

Apenas unas semanas después de que apareciera publicado este texto, firmado por *Federico Sánchez* (Jorge Semprún), se producían los, hasta la fecha, incidentes más graves, trascendentes y desestabilizadores en la Historia del franquismo. El punto de ignición se registró durante los primeros días de febrero en la Universidad de Madrid, como consecuencia de las actividades estudiantiles contra el SEU (sindicato estudiantil único, vertical, de afiliación obligatoria, antidemocrático y de origen falangista). Paralelamente el documento cumplía otras funciones políticas con las que se proponía un *modus operandi* y unos objetivos a los estudiantes comunistas, vanguardia del Partido en la Universidad, para intensificar la lucha estudiantil. Esa era su tarea y responsabilidad. Con ligeros matices, el artículo resultó visionario.

Para comprender en su entera dimensión el artículo publicado en *Mundo Obrero* en enero de 1956, es necesario subrayar la intensa y fecunda actividad que *Federico Sánchez* (posteriormente *Agustín* o *Federico Artigas*) —por entonces miembro del Comité Central y sólo unos meses más tarde del Comité Ejecutivo— había desarrollado



Jorge Semprún, «Responsabilidad y tareas de los estudiantes comunistas», *Mundo Obrero*, 2, enero de 1956, p. 7.

en la formación y organización clandestina de estudiantes e intelectuales en las filas del PCE desde dos años antes, base sobre la que se asentaron las actividades de intención política que tuvieron lugar en la

Universidad Central y que culminaron con los acontecimientos de febrero 1956, que pasaban por, entre otros, los mencionados actos de homenaje con motivo del fallecimiento del filósofo José Ortega y Gasset o la celebración del Congreso Universitario de Jóvenes Escritores, ambos a finales de 1955.

La convulsión de los sucesos estudiantiles en 1956, durante una fase de aletargamiento, fue tal que puede decirse, con escaso margen de error, que simbolizaron el final de una etapa y el comienzo de otra en la historia de la dictadura franquista. Y esto fue así por dos razones: por los efectos colaterales a que dio lugar en diversas instancias de poder, con movimientos de fuerzas incluidos, entre los más sonados los ceses-dimisiones del ministro de Educación Nacional (Joaquín Ruiz Giménez), o de los rectores de las Universidades de Madrid (Pedro Laín Entralgo) y Salamanca (Antonio Tovar), viejos falangistas. Un año más tarde consolidaban posiciones los tecnócratas del Opus Dei en el nuevo gobierno, abriendo la puerta de los liberalizadores planes de Estabilización y Desarrollo, que transformaron España en los años sesenta y setenta. Y en segundo lugar porque abría una nueva etapa de lucha en la Universidad y fuera de ella, que terminó de madurar a principios de los sesenta: el problema con la dictadura cada vez se fue haciendo más visible y extendiendo social y espacialmente: fábricas, barrios, colegios profesionales, universidades, fueron ámbitos donde, por todo el territorio nacional, se libró el conflicto en diferente escala. De manera insólita, en 1965 los estudiantes conseguían acabar con el SEU oficialmente, una de las instituciones del régimen: la presión, el abandono y la infiltración en su seno terminaron por finiquitar el sindicato estudiantil obligatorio.

Por su parte, la proliferación de orga-

nizaciones políticas antifranquistas en la Universidad, que también aparecen referidas, aumentó exponencialmente desde los sucesos de 1956 a la par que las expresiones de descontento se generalizaban. Representaban, en definitiva, el aire nuevo y comprometido que cristalizaría en siglas de diversas orientaciones políticas: socialistas (ASU, 1956), revolucionarias y tercermundistas (FLP, 1958), FUDE (1962), democristianos (UED, 1964), incluyendo algunas actividades de corte nacionalista. Diez años más tarde, ante el vacío dejado por el SEU, se constituiría el Sindicato Democrático de Estudiantes (1966). En realidad las referencias a la FUE que hace Semprún no obedecían a aquella realidad estudiantil pues se trataba de un proyecto realmente abandonado cuyas siglas habían pasado a los libros de historia y al recuerdo en apenas 8 años tras la dura represión sufrida en 1947. Sólo la policía seguía refiriéndose a esas siglas en sus notas confidenciales.

Si las protestas de 1954 a las que hace alusión Semprún en realidad obedecían a circunstancias externas a la Universidad (problema de Gibraltar) donde algunos pocos estudiantes trataron de hacerlas girar en su sentido político, lo que ocurrió en febrero de 1956 respondía, ya sí, a motivaciones que se encuadraban en el ámbito puramente universitario. Además, ilustra la renovada estrategia y táctica del PCE en su nueva fase de lucha de masas, iniciada tras la desmovilización de la guerrilla desde principios de la década de los cincuenta. Así, el escrito de Semprún expone cuestiones fundamentales que cobraban sentido en ese marco y que, con diferente suerte, se acabaron produciendo: señala, por ejemplo, las virtudes de la infiltración de estudiantes antifranquistas en el SEU (un hecho anterior a que se registrara en el movimiento obrero a través de las Comisiones Obreras, nacidas poco después); propone la necesi-

dad de formar un Frente Nacional Antifranquista en la Universidad (con monárquicos, católicos, socialistas, republicanos, falangistas desencantados, etc.) y elaborar un programa mínimo común (que se sugiere), con participación de estas diversas sensibilidades políticas; alude a la estrategia para ir de las reivindicaciones concretas (académicas y profesionales) a las generales y políticas; subraya la combinación de la acción legal con la ilegal, etc. Y augura la previsible reacción virulenta del régimen: ciertamente ésta se había producido ya con la promulgación del Reglamento de disciplina académica en septiembre de 1954. Y los incidentes asociados al homenaje laico con motivo del fallecimiento de Ortega y Gasset y el proyectado Congreso Universitario de Escritores Jóvenes, durante el invierno de 1955, que se alargaron hasta febrero del 56, provocaron además un nuevo Decreto sobre disciplina que atendía básicamente a las faltas colectivas de asistencia y desobediencia colectiva.

De otro lado, el artículo de Semprún cumple una clara función política y es enormemente demostrativo de la nueva esperanza puesta por el PCE en las acciones de masas contra la dictadura franquista, en esta ocasión de la depositada en los estudiantes, un colectivo que no siempre contó con el beneplácito de todos los partidos

comunistas de la época. Evalúa la efervescencia orgánica, dibuja la estrategia y táctica a seguir, que en gran medida fue la que se siguió años después, hasta que, en 1968, estallara el proyecto unitario del Sindicato Democrático. Pero al mismo tiempo inyectaba la savia de la esperanza, explorando la posibilidad («hoy es necesario, y posible, que el frente estudiantil antifranquista sea lo más amplio posible...», o «todo permite afirmar que es posible organizar la acción decidida a una amplia mayoría estudiantil»). Cargando de dignificación ética y orgullo la acción política de los comunistas («lo que ellos no hagan, nadie puede hacerlo»), les asigna la noble tarea de hacer de vanguardia del partido que activará el movimiento de protesta en la Universidad que debía unirse a la lucha general del pueblo.

Como buen antifascista, Semprún no contempla la posibilidad de la evolución del régimen, ni un posible pacto con la dictadura. «El fascismo no se ‘liberaliza’, ni se ‘transforma’, hay que destruirlo», escribe. Que la transición política a la democracia hizo oídos sordos a esta cuestión queda patente en un solo dato: el Decreto de disciplina académica aprobado en 1954 y ampliado en 1956 como consecuencia de los incidentes a los que hace alusión *Federico Sánchez*, sigue vigente en la muy sabia y democrática universidad de 2019.

Responsabilidad y tareas de los estudiantes comunistas*

Federico Sánchez

A medida que avanza el año universitario crece la efervescencia política en las Facultades madrileñas. Y algo análogo, en mayor o menos escala, sucede en otros centros universitarios.

Las manifestaciones con motivo de la muerte de Ortega y Gasset, y un mes después con motivo del incidente del teatro Infanta Isabel, las recientes huelgas de los estudiantes de las escuelas de Ingenieros y arquitectura, dan la tónica del ambiente que existe entre los estudiantes. El gobierno se ve obligado a pasar de su «prudente» actitud de expectativa ante el movimiento estudiantil, o tomar medidas abiertas de represión contra él.

Las fuerzas políticas se organizan en la Universidad, diversos grupos van perfilándose. Por encima de divergencias ideológicas, de confusionismos, debidos en gran parte a la falta de libertad para el intercambio de ideas y la discusión, la característica de esos grupos que van cristalizándose es el antifranquismo, con un claro espíritu combativo.

Es natural, en estas circunstancias, que el desprestigio del SEU —fenómeno ya antiguo por lo demás— que su total divorcio de la vida universitaria, se acentúen. Al mismo tiempo los estudiantes antifranquistas utilizan hábilmente, cada vez con más eficacia, las prerrogativas de que aún goza el SEU Y

digo aún, porque en los últimos tiempos los dirigentes falangistas, han prohibido ellos mismos, una serie de actividades del SEU, temiendo que dieran ocasión a que se exteriorizase el espíritu antifranquista que anima a los estudiantes.

La dirección de Falange intentó también reforzar su control sobre el SEU. A ello obedeció la destitución de Jordana y el nombramiento para jefe del SEU de Serrano Montalvo, dispuesto, según sus palabras, a imponer de nuevo en la vida universitaria «el estilo y la disciplina falangistas». Pero eso, es más fácil decirlo que hacerlo. Como han demostrado los acontecimientos posteriores, esos y otras medidas tomadas por Falange para recomponer al descompuesto SEU, son el reflejo, no de su fuerza sino de su extremada debilidad, de la profunda crisis del régimen franquista. Lo que pasa es que esta crisis no se desarrolla de una manera uniforme, lineal. Por el contrario, a medida que sectores cada vez más amplios de la sociedad española vayan rompiendo con la pasividad y pasen a utilizar todas las posibilidades de acción que ya existen de forma objetiva, asistiremos a una agudización de la lucha, a reacciones violentas del régimen, para intentar recobrar lo perdido, lo irremediablemente perdido.

Así asistimos hoy, en el ámbito universitario, a esos gestos provocativos de las «primeras líneas» que no son otra cosa que los coletazos de un SEU minado por la indi-

* Artículo de Jorge Semprún publicado bajo el pseudónimo de Federico Sánchez en el núm. 2 del año 1956 de *Mundo Obrero* (p. 7)



Estudiantes manifestándose por la Avda. de Oporto, en Madrid, a principios de la década de 1970 (Fuente: AHPCE, fotografía original: L'Humanité).

ferencia y la repulsa pasiva de los estudiantes a lo largo de muchos años, y que ahora se trata de derribar definitivamente en una etapa de luchas más abiertas y decididas, etapa inaugurada por las manifestaciones de enero del 54.

¿Cuál es la táctica más justa para lograr ese objetivo, dadas las circunstancias actuales? A este respecto existe todavía cierta confusión entre los círculos de estudiantes antifranquistas. Existe, por ejemplo, en determinado sector, la idea de que es posible «transformar» el SEU «desde dentro», que todo el problema consistiría en ciertos cambios en los organismos directivos, conseguidos por la acción y la presión de los estudiantes, para obtener un SEU, «representativo y libre». Pero esto es una ilusión peligrosa. El SEU puede serlo todo, menos «representativo y libre». Una cosa es utilizar inteligentemente todas las posibilidades legales que el SEU ofrece, y sí que las ofrece, y otra muy diferente pensar que puede convertirse en una organización que esté realmente al servicio de los estudian-

tes. Porque el SEU, es una organización fascista, y el fascismo no se «liberaliza», ni se «transforma», hay que destruirlo.

En otros círculos existe la idea, perfectamente justa, de que ha llegado el momento de organizar las fuerzas estudiantiles antifranquistas, todavía demasiado dispersas. En esta idea coincidirán todos los grupos de estudiantes demócratas. Ahora bien, es frecuente que exista una visión demasiado estrecha de lo que ello representa realmente. Porque se concibe esa organización estudiantil como una especie de nueva FUE, al comparar, de una manera un tanto superficial y mecánica, las situaciones pasadas con los actuales. La FUE jugó su papel, dejó huellas profundas en la vida estudiantil, y en la vida nacional, en otras épocas. Pero hoy se plantean otros problemas; no en balde han transcurrido estos últimos quince años. Hoy es necesario, y es posible, que el frente estudiantil antifranquista sea lo más amplio posible, que en él estén representadas todas las fuerzas nacionales que aspiran a un cambio de régimen. En ese

frente estudiantil deben y pueden estar representados los grupos de estudiantes republicanos, socialistas y comunistas, pero también deben estarlo los estudiantes monárquicos antifranquistas, los grupos católicos que aspiran al restablecimiento de las libertades democráticas en la Universidad y en el país, y también los círculos juveniles desgajados de la Falange, desengañados por una demagogia verbal al servicio exclusivo de los intereses de la oligarquía monopolística, que busquen sinceramente una solución a los problemas de España. En resumen, que en la Universidad española, como en todo el país que está al orden del día, lo que la situación exige, es la organización del Frente Nacional Antifranquista.

En esta labor, muy seria es la responsabilidad de los estudiantes comunistas. De hecho de su actividad política puede ser el aglutinante que permita reunir a todas aquellas fuerzas sobre un programa mínimo común, evitando en caer en exclusivas rebosadas por la historia. Nadie está como ellos en condiciones de trabajar eficazmente por una profunda y real unidad estudiantil antifranquista; lo que ellos no hagan, nadie puede hacerlo.

Es evidente que la organización del Frente Nacional en la Universidad plantea problemas muy complejos. Hay que aprender a combinar la utilización de las posibilidades legales, con la actividad ilegal de los comités, círculos, grupos de estudiantes antifranquistas; hay que estar atentos a todas las formas de organización y de lucha que surjan espontáneamente en la masa estudiantil, para apoyarse en ellas sin dogmatismos preconcebidos y desarrollarlas políticamente; hay que aprender a luchar y a realizar un trabajo de propaganda y de esclarecimiento no sólo sobre las grandes

cuestiones políticas, sino también sobre todos aquellos problemas profesionales y culturales que emergen apremiantemente en la vida estudiantil. Pero, la base de toda labor debe ser, en cada caso concreto, la elaboración por los estudiantes de las diversas tendencias de un programa mínimo, en que recojan las aspiraciones comunes de los diversos grupos, y en que se formulen las soluciones, impuestas por la situación real, son las cuales puede llegarse a un acuerdo general. Contra la Falange y el monopolio seuista, la Universidad, lucha por las libertades democráticas de expresión y de asociación; contra la política antinacional y militarista del régimen que tiene como consecuencias la colonización de España por los yanquis y el fabuloso aumento de los gastos militares e improductivos, lucha por la independencia nacional, una política de paz; contra el telón de acero que el franquismo opone a todas las corrientes culturales progresivas del mundo, lucha establecimiento de relaciones culturales con todos los países, sin discriminación; contra los mezquinos presupuestos educativos del franquismo, lucha por las reivindicaciones materiales y morales de los estudiantes y del profesorado.

Sobre estos puntos, todo permite afirmar que es posible organizar la acción decidida con una amplia mayoría estudiantil. Y esa acción, vendrá a fundirse y a reforzar la lucha general del pueblo contra el régimen franquista en descomposición, cuyo principal apoyo es hoy por hoy la relativa pasividad en que todavía se hallan sumidas importantes capas de la sociedad española. Y precisamente, a despertarlas y a radicalizarlas contribuirá, ha empezado a contribuir ya, la acción estudiantil. De ahí su importancia, verdaderamente nacional.

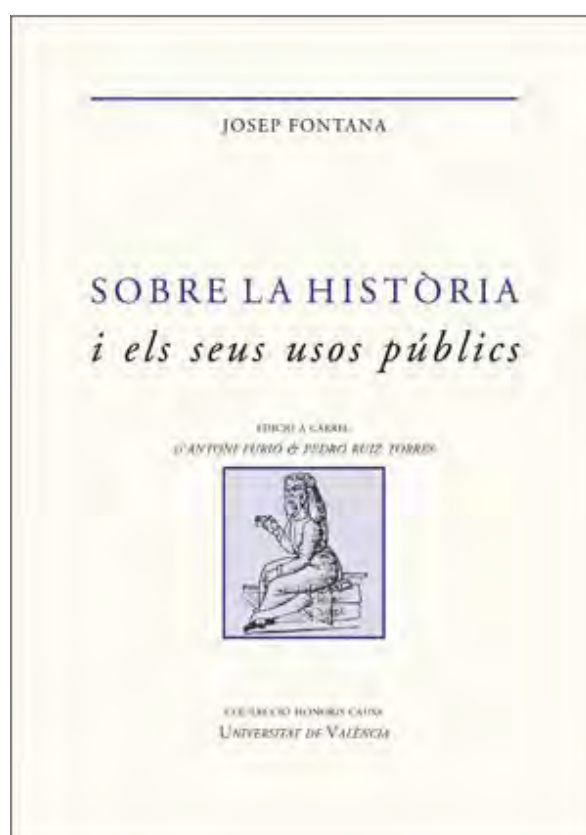
Sobre la història i els seus usos públics, de Josep Fontana*

Enric Chulio Pérez
Universitat de València

El 5 de febrero de 2016, el historiador Josep Fontana fue investido Doctor *Honoris Causa* por la Universitat de València; y como es habitual en esta institución académica, se inició la preparación de un volumen conmemorativo que incluyera los discursos pronunciados en aquel día y una selección representativa de textos del homenajeado, una tarea que fue encargada en esta ocasión a los profesores Antoni Furió y Pedro Ruiz Torres. El propio Josep Fontana colaboró activamente en la selección de los textos; sin embargo no llegó a ver el nacimiento de este volumen, que fue presentado en público el 1 de noviembre de 2018 en Valencia, pues —como sabrán muchos de ustedes— había fallecido el pasado 28 de agosto, con 86 años de edad.

No debe de haber sido tarea fácil este proceso de selección de textos. En el caso de un investigador con una trayectoria tan dilatada, con una diversidad tan amplia en los temas tratados, con tantas publicaciones —de todo formato— a sus espaldas, con una actividad tan fecunda en la que nunca ha escondido su opinión, ¿con qué quedarse? El criterio manifiesto de los editores del presente volumen ha sido tomar veinticinco

* Es reseña de Josep Fontana, *Sobre la Història i els seus usos públics*. Selección de textos a cargo de Antoni Furió y Pedro Ruiz Torres, Universitat de València, 2018, Colección Honoris Causa, 387 pp.



escritos que muestran el pensamiento del historiador sobre la historia como práctica social y sobre los usos públicos de la misma. Unos escritos que se hallaban dispersos en publicaciones de variado formato, unos como capítulos de libro, otros como colaboraciones en libros colectivos, otros como artículos de revistas de diverso signo, y uno como texto dictado en una conferencia. Se ha respetado —muy oportunamente— el

idioma original de redacción de cada uno de los textos, la mayoría de ellos en castellano, uno en inglés, y los demás en catalán.

Todos los textos tienen una extensión que oscila entre breve (de tres o cuatro páginas) y media (hasta dieciséis o diecisiete páginas), si bien la gran mayoría de ellos ocupan en torno a una docena de páginas; lo cual presenta la doble ventaja de no resultar demasiado largos para quienes los quieran leer con afán divulgativo, y a la vez ofrecer el suficiente recorrido para que las argumentaciones adquieran profundidad. Además, son autónomos y conclusivos en sí mismos, es decir, cada uno de ellos contiene su propia presentación, desarrollo y conclusiones; así pues, el hecho de que tengan una variada procedencia no predispone a que se requieran lecturas previas ni posteriores para entender adecuadamente lo que el autor quiso expresar. El arco temporal en que fueron publicados los textos en su origen es relativamente amplio, abarcando desde 1984, con el breve texto tercero, «Semblanza de D. Jaume Vicens Vives», hasta 2017 —posterior por tanto a la investidura—, con la conferencia recogida como texto vigesimocuarto, «La revolución rusa y nosotros», al filo del obvio centenario. Sin embargo puede apreciarse una pequeña agrupación de textos en torno a 1990, y sobre todo en la última década y media de vida del autor puesto que la mayoría son posteriores al 2000, en especial de 2009 en adelante. No puede verse como una mera coincidencia la selección de estos textos de fechas subsiguientes al estallido de la última crisis del capitalismo dada la insistencia en el compromiso necesario del historiador y sobre la historia necesaria para el tiempo presente.

Estos veinticinco textos se han distribuido en cuatro bloques, agrupados más o menos equitativamente según temáticas distinguibles dentro del criterio general establecido por los editores. Así, el primer

bloque, de siete textos, bajo el título «Mestres i amics» agrupa aspectos autobiográficos y reflexiones sobre la propia formación del autor y su relación con quienes consideraba sus maestros (Ferran Soldevila, Jaume Vicens Vives y Pierre Vilar), y algunos de sus amigos más apreciados y significativos en el mismo campo de profesión de la historia (Ramón Carande, Eric Hobsbawm y Edward P. Thompson, nada menos), a quienes Fontana otorga simultáneamente el valor de maestros puesto que declara las lecciones que ha aprendido del trato con ellos. La recopilación de escritos trasciende con creces lo que algún incauto pudiera esperar anecdótico, pues el autor explica con claridad por qué considera maestros a aquellos a quienes cita, evidenciando que en absoluto se trata de una mera evocación sentimental ni se reduce a una pura muestra de respeto. Es a través del contacto cotidiano con los maestros como se aprende lo más importante en el oficio de historiador, que es lo que da un propósito y un sentido a este; puesto que las informaciones están disponibles bien en los libros bien en la red de redes, y las técnicas se aprenden aplicándolas mientras se trabaja, pero unas y otras no sirven para nada sin aquello que solo puede aprenderse de los maestros. Quizás se deba a que este espíritu atraviesa los siete textos, lo que posiblemente convierta a este bloque en el único con verdadera cohesión en el conjunto. Estos someros análisis para la introducción a unos inmensos historiadores logran el doble efecto de, por un lado, incitar a saber más —incluso a querer saberlo todo— sobre dichos sabios, y, por otro lado, dejar con ganas de conocer qué puede dar de sí un estudio más amplio del propio Fontana reseñando o comentando la obra de aquellos.

El segundo bloque, «Historiografies», también con siete textos, manifiesta la rica erudición del autor sobre el conocimiento

del pasado historiográfico de los tres últimos siglos, así como el altísimo nivel de actualización de sus conocimientos, sin dejar lugar a dudas acerca del hecho de estar completamente al corriente de las novedades —una idea, por lo demás, extensible a la casi totalidad de los textos. Esto lo ilustra perfectamente un trabajo como el decimosegundo, «Ascens i decadència de l'escola dels *Annales*», publicado en 1988, una fecha que para muchos se incluye en el periodo de máximo esplendor de dicha revista y escuela, pero en la cual Fontana disecciona el estado y el valor reales de los estudios históricos producidos bajo su paraguas. Nuestro autor, sin negar algunas importantes contribuciones beneficiosas al conocimiento histórico, realiza una crítica ácida pero penetrante y argumentada; se despacha a gusto, hace sangre, en especial contra lo que denomina «el sarampión estructuralista», pero con armas efectivas. Desde luego conviene no olvidar que se trataba de una forma de historiografía «rival» coetánea, pero resulta ejemplar la praxis que despliega sin consentir en tragarse las explicaciones de otros sin haberlas confrontado adecuadamente por muy de moda que estén en el momento.

En el tercer bloque, «Conceptes, processos, identitats», se ofrecen cinco textos que quizás muestren la vertiente más propia del Fontana investigador y a la vez docente. La preocupación por la correcta y precisa definición de los términos (clase, nación, identidad, capitalismo) es constante; pero no se debe solo a un interés científico propio del investigador, sino también —y sobre todo— para su aplicación a la adecuada identificación y caracterización de los problemas, ya que el uso del lenguaje no tiene nada de inocente, y el malabarismo de los conceptos no vale para nada. En este sentido todos estos escritos se conectan con los del bloque siguiente, así como con los del blo-

que primero, a través de la persistente idea de la utilidad de la historia para tratar de poner soluciones hoy con la mente abierta con miras al futuro. El texto decimoquinto, «Los campesinos en la historia: reflexiones sobre un concepto y unos prejuicios», es un buen ejemplo de ello. La preocupación por los desfavorecidos y por los ignorados por la historia no se debe a la lástima ni afán de victimización, sino a la convicción de que la exclusión del noventa por ciento de la humanidad en la historia ha llevado a sesgos muy perversos que llegan hasta hoy. El estudio de los hombres y las mujeres corrientes debe ser incluido para que la historia sea verdaderamente comprensible en toda su complejidad; y no solo por su dimensión cuantitativa, que por sí misma es apabullante —y, por tanto, su supresión resulta escandalosa—, sino también porque es la forma óptima de conectar la realidad actual con el pasado, y por tanto de iluminar la propia comprensión del complejo presente.

Los seis textos del cuarto bloque, «Ensenyament i usos públics de la història», evidencian la insobornable lucha de Fontana contra el adoctrinamiento histórico. Por ejemplo, el texto vigesimosegundo, «Els usos de la història avui», es un escrito de combate para la participación en el espacio público de opinión, manifestando —una vez más— el expreso compromiso con la función social del historiador y el servicio social de la historia. Una y otra vez, Fontana defiende que la historia necesaria es la que ayuda a comprender los grandes problemas de nuestro tiempo; una historia que no se tenga a sí misma por objeto ni finalidad, sino que sea herramienta para aportar conocimiento para la mejora de la sociedad y para crear una conciencia crítica entre las mujeres y los hombres de hoy, ayudarles a aprender a pensar por sí mismos. Y siempre con el futuro que se desea como objetivo, un futuro que solo se puede construir

sobre la base de las experiencias humanas, es decir, sobre el conocimiento crítico del pasado.

En este sentido, los dos últimos textos, «La revolución rusa y nosotros» y «El fin del crecimiento: sobre el uso político de la historia», hubiesen podido encajar mejor en un hipotético bloque quinto dedicado al estudio del capitalismo y el tiempo actual, que acogiera también los textos decimoprimeros, «Para una historia de la historia marxista», decimotercero, «La nova historiografia de la guerra freda», y decimonoveno, «De què parlem, quan parlem de capitalisme?». Esta agrupación hubiese vinculado directamente dicho conjunto con la *Lectio* pronunciada por el homenajead el día de su investidura *Honoris Causa*, la cual bajo el título de «Per a què necessitem avui la història» revisa somera y críticamente la historia del capitalismo y del marxismo hasta llegar a un tiempo presente sumido en las catastróficas consecuencias de la última crisis económica. La preocupación de Fontana por el estudio del capitalismo actual y su gran mutación de las últimas décadas, que conlleva la desigualdad extrema y creciente, amenazando el presente y el futuro, enlaza claramente con la expresión recurrente del necesario compromiso del historiador en la ineludible obligación

de comprender y explicar bien la historia, desmontando los mitos y denunciando las falsedades, para ayudar a una mejor comprensión del presente, de los hombres y las mujeres de hoy, y contribuir a la construcción de un futuro mejor para el conjunto de la sociedad, lo cual significa desempeñar una potente e irrenunciable función social.

En definitiva, este volumen ofrece una excelente colección de píldoras de conciencia crítica aplicada sobre un profundo conocimiento bien fundamentado. Hago explícita la invitación a leer esta panoplia de textos, la cual constituye una óptima manera de aproximarse a conocer a este autor, si es que la lectora o el lector aún no ha leído nada suyo de primera mano, y si ya lo conocen no les va a defraudar. Da igual si usted comparte o no la totalidad de planteamientos y opiniones del autor —algo que, dicho sea de paso, es habitual entre los propios historiadores, incluso entre aquellos que comparten escuela—; la lectura atenta y crítica de estos textos —ejerciendo lo que predica el propio Fontana— le sumergirá en un ambiente del que va a salir más consciente de sus propias ideas así como de los límites de estas, y con ello seguro que descubre algo nuevo. Constituye, definitivamente, un conjunto de lecturas que enriquecerá su bagaje.

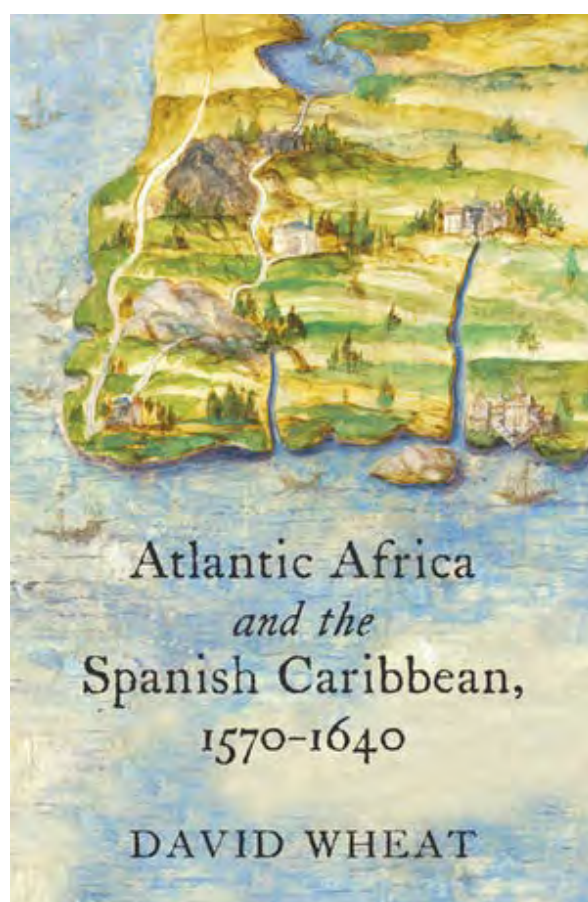
Atlantic Africa and the Spanish Caribbean, 1570-1640, de David Wheat*

Alejandro García Montón

Universidad Pablo de Olavide

El fenómeno de la esclavitud africana en América tuvo al imperio español como uno de sus principales protagonistas. Los primeros cautivos africanos llegaron a América de la mano de este imperio que, a su vez, fue el último del mundo atlántico en abolir la trata de esclavos. De esta forma, Hispanoamérica se convirtió en el territorio que recibió esclavos africanos de manera más prolongada en el tiempo. Por otro lado, y de acuerdo a los datos disponibles, las colonias españolas también fueron el segundo destino americano al que llegaron más cautivos africanos, solo por detrás de Brasil. En este contexto, *Atlantic Africa and the Spanish Caribbean* supone una contribución fundamental a un tema como el de la esclavitud en Hispanoamérica que tradicionalmente no ha recibido la atención merecida por parte de la historiografía. Esto se hace evidente al comparar el estado de nuestros conocimientos con el caso de las colonias angloamericanas del que, además, muchas veces se han importado modelos interpretativos o imágenes históricas que en poco o nada ayudan a entender mejor la especificidad de los mundos sociales vinculados a la esclavitud en Hispanoamérica. Así las cosas, la monografía de David Wheat, profesor en Michigan State University, interro-

* Es reseña de David Wheat, *Atlantic Africa and the Spanish Caribbean, 1570-1640*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2016.



ga el papel que tuvieron las poblaciones de origen africano, tanto libres como esclavas, en el desarrollo de las colonias españolas del Caribe entre 1570 y 1640. Ello se hace prestando especial atención a los estrechos lazos que vincularon y retroalimentaron la expansión portuguesa en África occidental y Angola con la presencia hispánica en el

Caribe a través del hilo de la trata transatlántica.

Este libro se organiza en seis capítulos más introducción y conclusiones. Los argumentos de la obra se sustentan sobre un excelente manejo de la bibliografía existente en español, portugués e inglés, y sobre un ímprobo trabajo de investigación en diversos archivos en Colombia, Cuba, México y España. El contraste y cruce de las fuentes permite a Wheat elaborar desde diferentes observatorios locales una serie de viñetas históricas representativas del papel que jugaron las poblaciones de origen africano en el espacio caribeño y las relaciones establecidas con los colonos españoles atendiendo a las dinámicas heredadas y transferidas desde el mundo luso-africano. Uno de los principales méritos de este trabajo es la atención viva y detallada que se da a las interacciones cotidianas y a las vidas ordinarias de las personas.

De manera más concreta, el libro plantea dos tesis principales. Primero, que las poblaciones de origen africano, bien esclavas o libres, fueron la principal fuerza colonizadora del Caribe. Sin estas poblaciones, la construcción, desarrollo y defensa de la colonia habría sido, simplemente, inviable. A pesar de que esto pudiera parecer una obviedad, no lo es tanto pues, precisamente, permite rescatar y repensar de manera abierta el protagonismo de unos actores que tradicionalmente han jugado un papel secundario, cuando no ausente, en las narrativas sobre la colonización de Hispanoamérica. La crisis demográfica desatada entre las poblaciones indígenas tras la llegada de los primeros europeos y el déficit de mano de obra europea dio pie a una demanda estructural de mano de obra, esclavizada y de origen africano, desde el principio de la colonización. En este sentido, la colonización del Caribe conllevó un inexorable a la par que profundo proceso de africanización del

territorio. Esto equivale a reconocer que las sociedades emergentes en el Caribe, si bien se forjaron sobre los pilares de la esclavitud y la migración forzada, también se definieron a través de la participación de africanos libres y esclavizados en ellas.

La economía del Caribe español donde se inserta la trama del libro se define alrededor de una red de ciudades portuarias y sus respectivos hinterlands —con Cartagena, La Habana, Panamá y Santo Domingo como principales escenarios— más orientada a la producción diversificada de materias primas y servicios y al comercio regional de productos básicos que a la exportación hacia España. En este sentido, el entramado económico que se describe remite a una realidad que dista mucho de las imágenes vinculadas a las grandes explotaciones mineras de México o Potosí o al monocultivo intensivo del XIX alrededor de la caña de azúcar, por ejemplo. En este marco, la centralidad de las poblaciones de origen africano se hace evidente en lo demográfico, muchas veces representando el ochenta por ciento de la población de las zonas urbanas y sus entornos rurales —tal fue el caso de Panamá a comienzos del siglo XVII—, y, como no podía ser de otra manera, también en lo laboral.

Las formas de organización y participación de las poblaciones de origen africano en el trabajo de las pequeñas explotaciones agrícolas y ganaderas del Caribe hispánico, el comercio y la manufactura local, en las milicias urbanas, los transportes terrestres, fluviales o marítimos, se desgranar en el quinto capítulo titulado «Black Peasants». Ello se hace desde los diferentes puntos de vista que aporta la experiencia de actores africanos e individuos afrocaribeños, mulatos y criollos, en sus múltiples facetas como esclavos, humildes negociantes, trabajadores asalariados, regentes de tabernas y posadas, o también como posee-

dores de esclavos y gestores de pequeñas haciendas. En este marco, hay que llamar la atención sobre el importante esfuerzo que hace el autor por arrojar luz sobre los grupos de africanos libres y cuya importancia estuvo lejos de ser discreta en el día a día. Por ejemplo, en lugares como La Habana representaron entre el quince y el treinta por ciento de la población libre de la ciudad a comienzos del siglo XVII. En concreto, hay que destacar que este acercamiento se realiza desde las especificidades que ofrecen las vidas de las mujeres libres de origen africano y mestizo, a las que se dedica el cuarto capítulo «Nharas and Morenas Horras». Estas mujeres, tanto solteras como casadas, no sólo superaron a sus pares varones en número, sino que también pudieron incorporarse más fácilmente que aquellos en tanto que sujetos libres en las principales ciudades del Caribe hispánico.

La segunda tesis que propone este libro plantea que la colonización del Caribe en tanto que proceso de africanización resultó ser en buena medida una extensión del mundo luso-africano emergente desde mediados del siglo XV. Hay que recordar que, durante la edad moderna, el imperio español careció de una presencia directa en África que le permitiera controlar todos los eslabones de la cadena comercial vinculada a la trata transatlántica de esclavos, desde la captura y compra de los cautivos en África hasta su comercialización en Hispanoamérica. Durante el periodo estudiado, fueron los comerciantes portugueses los facilitadores de mano de obra esclava africana a las colonias caribeñas. En este sentido, el enfoque del libro adopta una perspectiva que trasciende las fronteras políticas para abrazar una historia conectada del mundo atlántico. Los capítulos uno y dos, «The rivers of Guinea» y «The kingdoms of Angola», interrogan las diferentes dinámicas establecidas entre los portugueses y las po-

blaciones locales en Guinea superior —es decir, la costa entre el actual Senegal hasta Sierra Leona y que incluye la de Gambia, Guinea-Bisáu y Guinea— y Angola, zona que desplazó a la anterior como principal región de abastecimiento de esclavos a partir de la década de 1580. En ellos se analiza de qué manera las dos regiones se vincularon con el Caribe a través de un tráfico de esclavos y viceversa atendiendo a las dinámicas propias de cada contexto.

En estos capítulos también se pone el énfasis en la manera en la que el conocimiento luso de la amplia variedad de grupos sociales, geográficos, étnicos y lingüísticos africanos que de sus manos llegaron esclavizados al Caribe, fue transferido a las poblaciones ibéricas del Caribe. Ello dio pie a que los colonos españoles interactuaran y reconocieran a los forzados africanos a partir de las especificidades de sus orígenes etnolingüísticos. A su vez, los esclavos y libertos africanos también hicieron uso de tales diferencias en el momento de describirse y auto representarse frente a los colonos españoles. Al plantear la discusión en estos términos, el autor propone «explorar el papel que las identidades africanas jugaron en la formación de las condiciones sociales de la colonia, en vez de al contrario» (p. 66).

Tal y como se analiza en el tercer capítulo, «Tangomãos and Luso-Africans», detrás de estos tráfico transatlánticos de personas se encontró un multifacético compendio de personajes que iba mucho más allá de las grandes compañías de negocios asentadas en Lisboa y Sevilla y que incluía a humildes capitanes de barco, marineros y comerciantes de baja estofa de origen luso-africano. Precisamente, la abultada presencia de estos personajes también en el Caribe hispánico y su asentamiento fue la que llevó consigo un conocimiento y familiaridad de y con los esclavos africanos entre

las sociedades locales. Desde otra perspectiva, en el capítulo seis «Becoming Latin» se estudia el papel que también jugaron los esclavos y libertos ladinos, conocedores de las sociedades caribeñas, usos, costumbres y lengua, como facilitadores de la aculturación de los esclavos recién llegados de África. En concreto, el énfasis aparece en su papel como mediadores culturales en tanto que traductores y padrinos en el momento de la obligada conversión a la fe católica.

En un contexto donde los recortes en personal lastra sobremanera la calidad del proceso editorial cabe destacar el pulcro y detallado trabajo llevado a cabo por la editorial a cargo del libro. El aparato crítico se ubica a pie de página y se incluyen cinco prolijos apéndices que permiten profundizar en varias de las tesis esgrimidas a lo largo del texto y las fuentes archivísticas que los sustentan. El libro está salpicado de útiles mapas y reproducciones de época, además de tablas con información valiosa para

el lector. Una nota sobre la problemática vinculada a las fuentes, un amplio glosario de siete páginas y un índice de nombres y materias culminan y complementan el cuerpo del texto. En este sentido, solamente se echa en falta una relación final de la bibliografía citada a lo largo de las páginas. Por último, otra de las grandes virtudes de este trabajo tiene que ver con su prosa. Por un lado, amena y, por otro, accesible a un público general interesado, no necesariamente especializado en el tema.

Sin caer en la dulcificación de los horrores de la esclavitud africana en Hispanoamérica, *Atlantic Africa and the Spanish Caribbean*, se presenta como un libro clave que permite conocer en detalle, entender mejor y desgranar la complejidad y las especificidades de las sociedades emergentes en el Caribe hispánico a partir de las vivencias y la contribución de las poblaciones de origen africano al desarrollo de las sociedades locales.

Tejer identidades. Socialización, cultura y política en época contemporánea, de Marta García Carrión y Sergio Valero (ed.)*

Álvaro Álvarez
Universitat de València

En noviembre de 2016 se celebró en la Facultad de Geografía e Historia de la Universitat de València un encuentro internacional que reunió a diversos investigadores para debatir sobre socialización e identidades en la época contemporánea. Fruto de aquellas sesiones ha surgido el presente volumen. Marta García Carrión y Sergio Valero son los editores de este libro eminentemente diverso tanto en su temática como en las metodologías empleadas; pero que tiene como principal virtud presentar una visión panorámica sobre la aplicación de unas categorías analíticas que se han revelado como fundamentales en los últimos años.

El volumen está articulado a partir de cuatro ejes: identidades nacionales, socialización política, formas de ocio y socialización femenina. Si bien entre ellos no resulta difícil establecer múltiples conexiones.

Ferran Archilés es el autor del capítulo que abre el primer bloque temático. Reflexiona sobre la aplicación del concepto de *habitus* de Pierre Bordieu al análisis de la identidad nacional, que el sociólogo fran-

* Es reseña de Marta García Carrión y Sergio Valero (ed.), *Tejer identidades. Socialización, cultura y política en época contemporánea*, Valencia, Tirant humanidades, 2018, 434 pp.



cés no desarrolló. Un texto de carácter teórico en el que Archilés trata de problematizar una realidad que a menudo se entiende como naturalizada. A partir de las aportaciones de Michael Billig sobre el nacionalismo banal, se fija en la construcción de la identidad nacional no solo a partir de la ac-

ción desde arriba, de las instituciones estatales, sino fundamentalmente, desde abajo, en el marco de la vida cotidiana. Propone lo que ha denominado como «experiencias de nación», que cada individuo elabora a partir de unas narrativas de pertenencia e identidad.

Por su parte, Pilar Salomón aborda la cuestión a partir del estudio del discurso de la publicística católica española finisecular. Partiendo de las interpretaciones más actuales que insisten en el papel de la Iglesia en los procesos de modernización y nacionalización, explora cómo sus asociaciones y entidades, y particularmente el Apostolado de la Prensa, contribuyeron a difundir la cultura política nacional-católica. Un discurso dirigido a la movilización de los varones católicos, en el que esta llamada a la tarea recristianizadora, a partir de una idea de nación esencialista y providencialista, combinaba elementos clasistas y paternalistas con un regeneracionismo y una aceptación posibilista de la Restauración. Una narrativa de la nación cargada de connotaciones de género en la que, frente a la feminización de la religión, se propugnaba una masculinidad no opuesta a la piedad ni a las responsabilidades del padre de familia en la formación de los hijos.

Jorge Villaverde examina la promoción turística institucional para poner de relieve cómo este tipo de publicidad encargada por el Estado jugó un papel en el proceso de nacionalización española durante el siglo pasado. Valga como ejemplo la serie de carteles *Bellezas de España* editada durante la dictadura franquista. Una imagen atractiva, generalmente de un monumento fácilmente reconocible, y un eslogan eran los elementos básicos de estos mensajes que, aunque frecuentemente nos hayan pasado desapercibidos (naturalizados), estuvieron presentes en numerosos espacios públicos. La promoción turística operó como un

medio privilegiado de producción, difusión y naturalización de representaciones del imaginario nacional, favorecida por su valor estético y su aparente apoliticismo.

Para completar el bloque sobre las identidades nacionales, Marta García Carrión toma como objeto de estudio la exhibición cinematográfica en la España de los años veinte. No se limita al análisis textual de las películas, sino que incorpora el de las prácticas de consumo, tan diferentes a las actuales. Es el caso del llamado 'cine de atracciones', en el que la proyección iba acompañada de música y otros elementos. Se trata de una mirada desde abajo, que se centra en las exhibiciones de adaptaciones cinematográficas de zarzuelas o en películas de temática taurina, que convirtieron «su tipismo costumbrista y sus imaginarios sobre España en un espectáculo moderno de autoafirmación de la comunidad nacional» (p. 123).

Respecto a la socialización política, Javier Navarro traza un estudio biográfico de uno de los intelectuales libertarios españoles menos conocido del primer tercio del siglo XX, a pesar del prestigio que alcanzó en los medios obreristas de su época. Higinio Noja Ruiz (1894-1972) era onubense de nacimiento, aunque desarrolló su labor en diferentes lugares de España y mantuvo una vinculación especial con Valencia. A través de su figura, se analizan las diferentes «caras del militante» del movimiento libertario español, que se plasman en su faceta como activista, así como en su labor como escritor y pedagogo.

La represión y la sociabilidad en la inmediata posguerra es la cuestión que trata Mélanie Ibáñez. Un fenómeno complejo, que sin duda contó con la implicación de la sociedad en los procesos de depuración, ya fuera de una forma voluntaria o coercitiva. Las prisiones no fueron el único espacio represivo de la Dictadura, aunque sí el

más reconocible. Ibáñez muestra cómo en el interior de sus muros se crearon formas de sociabilidad entre los presos políticos en unas condiciones extremas, que constituyeron un medio de solidaridad, de resistencia y de mantenimiento de la dignidad e identidad política.

Los espacios de sociabilidad entre los exiliados libertarios españoles en Francia durante el periodo comprendido entre el final de la Guerra Civil y los años setenta centran el trabajo de Oscar Freán. Señala cómo estas prácticas jugaron un papel determinante en la preservación de la identidad política libertaria de este colectivo en un contexto de dificultades, así como para su transmisión intergeneracional, que permitió incluso atraer nuevos militantes.

En el siguiente capítulo, Toni Morant explora los años iniciales de las organizaciones juveniles de Falange. Para crear esta gran estructura de encuadramiento de niños y adolescentes, sus promotores carecían de experiencia y tomaron como referente a sus homólogos de Italia y Alemania. Los jóvenes falangistas se sentían miembros de la misma cultura política que sus camaradas europeos, con los que compartían una identidad común, que no era excluyente con su ultranacionalismo. Morant constata la influencia que los movimientos fascistas italiano y alemán ejercieron en las prácticas y en los discursos de la organización falangista, si bien indica que no se trató de un mimetismo, sino de una adaptación al caso español.

El apartado sobre el tiempo de ocio lo abre Jorge Uría con una reflexión sobre cómo la historiografía se ha ocupado de un tema que, a diferencia de lo ocurrido en otros ámbitos de nuestro entorno, ha sido relegado a los márgenes. Sin embargo, subraya que nos encontramos ante unos lugares privilegiados para el estudio de la sociabilidad o del consumo cultural. Uría

repasa los distintos ámbitos tratados por los investigadores, y a modo de estado de la cuestión resalta los avances y las carencias de estudios sobre el turismo, los medios de comunicación de masas, el teatro, los deportes o la taberna, y, en definitiva, aboga por «una verdadera historia social del ocio» (p. 275).

Una de estas propuestas es la que lleva a cabo Jeanne Moisand, quien se ocupa del público de los teatros de Madrid y Barcelona de fines del siglo XIX. Indica cómo la aparición de nuevas fórmulas teatrales, como el género chico y el ínfimo, acentuó su diversidad. Este tipo de espectáculos comportaban un abaratamiento de los precios, a la vez que buscaban la identificación con lo popular. Asimismo, los teatros de barrio, aunque con frecuencia programaban reposiciones de obras que habían triunfado en las salas céntricas, no solo eran medios de entretenimiento, sino que tenían como metas la educación cultural y la movilización política de los públicos populares.

Otro estudio sobre los ámbitos de sociabilidad es el que aporta Marco Fincardi acerca de las asociaciones para la infancia del movimiento obrero en Europa, y especialmente en Italia, durante el siglo XX. Pretendían servir de alternativas de esparcimiento a las promovidas por la burguesía y el clero y orientar a los menores hacia las organizaciones de clase. Remarca las diferencias existentes entre las iniciativas de los países del norte y del centro de Europa, que sin llegar a ser masivas alcanzaron una cierta implantación, y las del área mediterránea, más escasas y tardías.

Los cineclubs universitarios en Valencia durante el desarrollismo franquista es el tema del capítulo de Àlex Gutiérrez. El autor realiza, en primer lugar, un necesario balance de la aparición del fenómeno del cineclubismo en la ciudad entre finales de los 50 y mediados los setenta, que dio

lugar a la aparición de nuevos espacios y dinámicas de sociabilidad. Entre estos, los universitarios, ya fueran vinculados a las facultades, el SEU, los colegios mayores u otras entidades, fueron los más numerosos. Apunta que, aunque integrados en el aparato del régimen, pudieron servir para difundir mensajes políticos y culturales contrarios a la Dictadura.

En el último bloque dedicado a mujeres y socialización política, Ángela Cenarro analiza la construcción de la identidad de las jóvenes de la Sección Femenina de Falange entre 1937 y 1947. Una cuestión que apenas ha captado la atención de los investigadores, a pesar de la importancia que las propias dirigentes falangistas otorgaron a las niñas y jóvenes como el futuro de la organización. Cenarro pone el acento en la concepción de una idea de feminidad basada en la diferencia, y subraya que la separación radical por sexos les permitía disponer de un espacio de poder propio, aunque no autónomo, respecto a sus camaradas masculinos. Ambos compartían los valores y doctrinas de un proyecto claramente antifeminista, pero que propició contradicciones entre el discurso y la práctica de las militantes.

El capítulo de Joël Delhom parte de un inventario de más de ciento treinta memorias de militantes anarquistas y anarcosindicalistas, publicadas e inéditas, entre las que solo ha encontrado seis escritas por mujeres. La escasa alfabetización femenina y su menor afiliación, así como unas condiciones de vida más difíciles, podrían explicar que dejaran escasa constancia de sus vivencias. Son mujeres muy jóvenes, con un corto recorrido vital, pero que dan testimonio de cómo construyen su identidad libertaria, y de cómo influyeron en ella la familia, la percepción de las injusticias sociales

o el impacto de los sucesos revolucionarios.

Cierra el volumen el estudio de Enrique Bengoechea sobre la Escuela Hogar de la Sección Femenina en El Aaiún. Una institución que durante la década de los sesenta acogió niñas, mayoritariamente saharauis, en régimen de internado. De acuerdo con el discurso imperial que recurría a la provincialización para justificar la incorporación del Sahara a la comunidad nacional, la Escuela llevó a cabo un proyecto de «hispanización», en el que la enseñanza se impartía principalmente en castellano y con los referentes propios de la metrópoli; pero que también dejaba espacio a las clases en árabe y sobre religión islámica. La Sección Femenina participó en este proceso de «mestizaje», en el que elementos propios de la población local, como la jaima, la indumentaria o el baile, se reducían a un tipismo regional. Asimismo, los intentos de las falangistas por implantar su modelo de feminidad chocaron con la idiosincrasia de la sociedad saharauí, que, entre otras particularidades, no se ajustaba a un modo de vida urbano y sedentario.

En suma, nos encontramos ante un libro de interés, que nos ofrece una mirada poliédrica sobre el problema de la identidad y de la experiencia de los sujetos históricos, sin perder por ello la coherencia de su conjunto. Una parte importante de estos trabajos parten de la cultura política en la que se integran dichos sujetos como marco de socialización y sociabilidad, siendo la libertaria y la falangista las que han merecido una mayor atención por parte de los autores. Cumple así con su propósito de presentar una mirada renovada en el análisis de las identidades nacionales, políticas, de clase o de género, que invita a la reflexión sobre uno de los retos que se le plantean hoy a la historia social y cultural.

Lo nacional y lo internacional: De la mano en la definición de la relación entre género y comunismo*

Irene Abad Buil

Doctora en Historia por la Universidad de Zaragoza

La historiografía de género ha ido pasando por varias fases: de la invisibilidad absoluta al reconocimiento de que las mujeres también podían convertirse en objeto de estudio histórico, surgiendo un modelo historiográfico definido como Historia de las Mujeres. Aparecieron monográficos y biografías que nos presentaban un nuevo sujeto histórico, el cual generaba nuevos interrogantes sobre las relaciones sociales, políticas, económicas y culturales en el marco histórico. Y de estas relaciones nació un nuevo replanteamiento de la historiografía, el de la Historia de Género, que trazaba dicho factor como un referente de análisis sobre la convivencia entre hombres y mujeres a lo largo del tiempo. Hemos llegado al siglo XXI y ya no es posible escribir historias que no incluyan referencias en femenino. Resulta imparable el interés historiográfico por cubrir los muchos huecos que todavía quedan por investigar, analizar y ser motor de arranque en cuanto a la generación de nuevos conocimientos. Y este es uno de los papeles que cumple el libro aquí reseñado, *Queridas camaradas, Historias iberoamericanas de mujeres comunistas*. Una

* Es reseña de Mercedes Yusta y Adriana Valobra (eds.), «Queridas camaradas». *Historias iberoamericanas de mujeres comunistas*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2007.



contribución la de esta obra que no queda reducida a lo anteriormente citado, va más allá. Las circunstancias políticas mundiales desde la Revolución rusa de 1917 hasta el fin de los Estados comunistas hacían emerger un escenario político caracterizado por la presencia del comunismo, que no queda

ría al margen del interés historiográfico. La apertura de archivos soviéticos, en particular el archivo de la Comintern, proporcionó, como dicen las editoras en la introducción a este estudio colectivo, «una garantía de científicidad» a estos nuevos estudios. Sin embargo, todavía quedan campos sin explorar y es ahí donde se dibuja el objetivo del libro coordinado por Valobra y Yusta: desarrollar el estudio del comunismo en el ámbito iberoamericano y conocer la actividad política femenina comunista. Dos objetivos que se funden para dar respuesta al que se sustenta como subtítulo de la obra: las historias iberoamericanas de mujeres comunistas. A partir de una perspectiva local (las diversas historias iberoamericanas) se construye una historia global de las mujeres que militaron en diversas asociaciones comunistas circunscritas al ámbito iberoamericano.

Resulta innovador para la historiografía el planteamiento de una «maduración colectiva», el análisis coral de una problemática captada desde distintos ángulos, con la finalidad de que la reflexión conjunta conduzca a conclusiones enriquecedoras y a la localización de elementos comunes. Esta necesidad de reflexión conjunta surgió en el Primer Coloquio Género y Trayectorias Antifascistas, donde diferentes autoras confluyeron en la intersección entre dos caminos poco transitados: el desarrollo del comunismo en el ámbito iberoamericano y la actividad política femenina comunista. Hasta la fecha habían sido publicadas numerosas biografías centradas en lo que algunos autores han denominado «el sujeto femenino comunista», o monográficos sobre la movilización política de la mujer comunista en determinados momentos históricos y circunscritas a espacios concretos, o artículos y contribuciones históricas a agrupaciones que servían para dar cobertura política y proyección a las mujeres. Contribuciones

que, aunque aportaran luz al mencionado tema, se alzaban como aportaciones aisladas en el vasto campo de la historiografía. Para un avance en la reflexión, se necesitaba pasar de lo individual a lo colectivo, y no sólo en cuanto a la gestión de los contenidos, sino también como hito de superación de la «soledad del historiador». Reconocidas las dos carencias anteriormente mencionadas, surgía un requerimiento más: introducir diversas realidades comunistas y, a partir de sus particulares idiosincrasias, comprobar cuáles eran puntos de conexión, si los hubiera, con el objetivo de construir una narrativa común a las distintas experiencias resaltando los puntos coincidentes o coyunturales entre todos ellos. Unos puntos comunes que atraviesan lo local, es decir, las particularidades de proyección comunista en los distintos ámbitos políticos, las historias femeninas (individuales y colectivas) construidas en cada una de las comunidades estudiadas. Estas coincidencias podrían englobarse en dos afirmaciones concretas. La primera de ellas, que los partidos comunistas contaron con gran peso simbólico, ideológico y cultural, al margen de su relevancia electoral. La segunda, que participación de la mujer en el entramado comunista de cada comunidad venía determinada por el contexto que la enmarcó. Confluyendo ambos aspectos, como si de una construcción silogística se tratara, en la idea de que el comunismo abrió las puertas de la politización femenina.

Son muchas las grandes aportaciones que se hacen en los distintos capítulos, pero hay algo que me ha llamado tremendamente la atención, y es que las distintas especificidades plantean «trayectorias colectivas» femeninas hasta la fecha no analizadas e inmersas en otra trayectoria colectiva mundial, enlazando con una dinámica transnacional (internacionalista) que fue capaz de vincular a la mujer con plantea-

mientos pacifistas y feministas. Este impulso internacional actuó como «empujón» fundamental para iniciativas nacionales. La cobertura internacional consolidó iniciativas nacionales y, como podemos apreciar a lo largo del libro, las estrategias transnacionales de creación de grandes organizaciones de masas fueron determinantes para la capacidad organizativa de las mujeres en el seno del PC y en las organizaciones femeninas ligadas al mismo. Unas estrategias transnacionales que quedaban atravesadas por el maternalismo como motor de arranque de la presencia pública de la mujer, recordando aún en la lucha política una reproducción de papeles «tradicionales». De hecho, los distintos casos planteados en el libro nos ofrecen también una perspectiva comparativa de cómo se produjeron los procesos de politización de la mujer. Procesos que encuentran su conexión en esas mencionadas «estrategias transnacionales» y su especificidad en las características políticas particulares de cada país. Por ejemplo: en el caso español destaca la primera aproximación femenina a formaciones sindicales y políticas de izquierdas a partir de los años 70 del siglo XIX, momento en que la llegada a la península de representantes de la Primera Internacional impulsó la formación de las primeras organizaciones socialistas y anarquistas. Época en la que también aparecen los primeros sindicatos femeninos y formaciones que, como expone Yusta, podrían considerarse protofeministas, como la Sociedad Autónoma de Mujeres o la Agrupación Femenina Socialista de Madrid. El artículo de Mercedes Yusta se ocupa de la especificidad de este proceso de politización y movilización de la mujer en torno al comunismo, afirmando que las dificultades para constituir un Secretariado Femenino del PCE se hicieron eco de la escasa tradición de movilización femenina en la izquierda obrera española durante el primer

tercio del siglo XX. Entrando en contraste con la capacidad de movilización mostrada por las mujeres católicas, muy presentes en el espacio público a partir de los años veinte, o por otro tipo de organizaciones que movilizaban a mujeres de las clases medias y populares, como las republicanas laicas o las primeras organizaciones feministas. Para que esto cambiase confluyeron dos aspectos significativos, uno a nivel interno, el advenimiento de un régimen democrático (la II República) y otro a nivel externo, el amplio movimiento antifascista que «significó para las mujeres comunistas un inesperado impulso organizativo».

Y ahondamos en este ejemplo español como modelo repetido en otras circunstancias paralelas que se dieron en la Argentina estudiada por Valobra, el Brasil analizado por Pereira de Melo y Rodríguez, el Paraguay por Soler o el caso costarricense planteado por Rodríguez Sáenz. En todos ellos, se aprecia una clara confluencia de niveles (interno y externo), aunque algunos de ellos como el dedicado a México (por Oikión Solano), a Guatemala (por Cofiño Kepfer) o a Cuba (por Chase) decantan mayores esfuerzos analíticos en la dimensión interna del país para comprender el binomio *leit motiv* de la obra: mujeres-comunismo, dentro del cual existe una constante preocupación: ¿cómo se encaja en el mismo el feminismo? Y allí aparecen interesantes aportaciones como las planteadas desde el caso uruguayo (De Giorgi) o el peruano (Balbuena).

Esta magnífica obra coral no solo nos ofrece una nueva visión sobre la participación política de la mujer en un contexto concreto, el comunista, sino que también evidencia las numerosas luchas o reivindicaciones que definieron dicha participación y que se vieron influenciadas no solamente por el «techo androcéntrico» con el que chocaron dentro de los propios partidos comunistas sino también por la perspecti-

va internacionalista y global adosada a la figura femenina: feminismo, antifascismo y pacifismo. Encontrando entre todas estas conceptualizaciones un hilo conductor imprescindible que ya plantea Francista de Haan en su artículo inicial: la sororidad, la solidaridad entre mujeres, los intentos por ayudarse entre ellas (independientemente del sector social al que pertenecieran) y por salir adelante. Y si el libro lo empezábamos con un análisis de América Latina que aglutinaba la dimensión nacional, la continental y la glotal y que anunciaba la resolución de determinados huecos historiográficos, lo acabábamos con una compilación de reflexiones hechas por McGee Deutsch que nos llevan a otras cuestiones, que nos conducen a la invitación de seguir generando nuevos contenidos sobre una temática sobre la que todavía queda mucho por investigar y escribir: desde la represión y sus efectos en las comunistas hasta las influencias maternalistas, pasando por la militancia antifascista, las relaciones con el feminismo, las conexiones transnacionales o las reacciones de los varones hacia sus camaradas de sexo femenino. Temas todos ellos que, al margen de seguir suscitando interrogantes, han sido analizados en cada una de las particularidades que compren-

den el presente volumen.

Una reseña sobre una obra tan completa como la editada por Yusta y Valobra exige horas y horas de reflexión que requerirían, al mismo tiempo, de una gran cantidad de páginas que pudieran plasmar las conclusiones, pero concluiré haciendo alusión a dos aspectos que me han llamado la atención de una manera particular. Uno de ellos, desde la perspectiva de la contribución historiográfica, es que esta obra desempolva los nombres de muchas mujeres que habían quedado hipotecados por los estudios previamente requeridos de las instituciones que albergaron la participación política femenina (FDIM, Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, la Unión Femenina Democrática o, entre otras, la Alianza Femenina Guatemalteca o la Unión Femenina de Uruguay). Y el segundo de ellos alude a un aspecto de carácter metodológico a la hora de abordar su lectura, puesto que esta puede realizarse en dos niveles: uno de ellos, global, que traza la evolución histórica de la relación internacional entre dos conceptos de necesario análisis pendiente: género y comunismo. Y una lectura particular que, sin necesidad de ser lineal, nos ofrece información específica de las distintas áreas territoriales estudiadas.

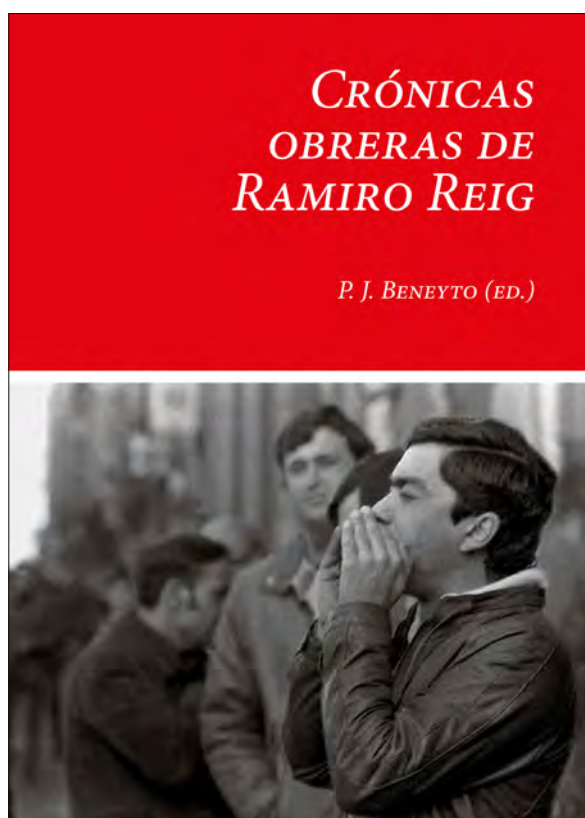
Crónicas Obreras de Ramiro Reig, de Pere J. Beneyto (ed.)*

Alberto Gómez Roda

Fundación de Estudios e Iniciativas Sociolaborales FEIS, CCOOPV

Ramiro Reig Armero (1936-2018) falleció hace un año. La fundación de estudios de CCOO de Valencia ha editado en su colección *Memoria Obrera* una compilación de su obra, al cuidado de Pere Beneyto. El resultado es un libro de más de 400 páginas que reúne sus artículos más relevantes y algunos capítulos de sus libros, en el idioma original en el que fueron publicados. Se trata de una compilación de 37 escritos que vieron la luz entre 1975 y 2018, más un capítulo inédito de una historia del sindicalismo en prensa. Son textos de muy diversa extensión, 9 de ellos en valenciano. El editor aporta una detallada presentación biográfica del autor y agrupa sus escritos en tres bloques: los «grandes relatos», «episodios de una historia admirable» y «materiales para el debate». Cierra el libro una completa bibliografía de todas las publicaciones firmadas por Ramiro Reig, por orden cronológico de aparición. Fue un intelectual prolífico: ocho libros, 38 capítulos en obras colectivas, 18 artículos en revistas académicas (en particular de historiografía, como *Recerques*, *Afers*, *Historia Social* o *L'Avenç*), tres libros traducidos del alemán, y 62 artículos en prensa periódica.

* Es reseña de Pere J. Beneyto (ed.), *Crónicas Obreras de Ramiro Reig*, Valencia, FEIS, 2018.



Jesuita, cura obrero, comunista, militante de Comisiones Obreras y profesor universitario, de su amplia formación humanística da cuenta su biblioteca personal, con más de seis mil monografías en varios idiomas, de la que hizo donación a CCOO, su sindicato de toda la vida. Su pasión eran los libros y además de gran lector fue buen escritor, ingenioso y elegante, polemista agudo y contundente, y buen pedagogo por su admirable claridad expositiva, que

no excluía la densidad analítica resultante de un fino sentido de la distinción sobre el pensamiento y las actitudes humanas. Aunque, al cabo de su etapa militante en el movimiento obrero de la década de 1970, acabó siendo profesor en una facultad de ciencias económicas, Ramiro Reig se inclinaba más por la Historia y la comprensión que por las estadísticas y la explicación. Si algo fue característico de su personalidad, como subraya Pere Beneyto en su presentación de estas *Crónicas obreras*, fue su vocación responsable de intervenir y tomar partido en la realidad social. Este sentido de la acción intelectual le mantuvo alejado tanto del academicismo competitivo como de la vana erudición. Intervino y fue repetidas veces llamado a hacerlo en el espacio cultural valenciano, local y de país. Fuera de Valencia era conocido entre los historiadores como especialista en la variante valenciana del republicanismo radical, el que encabezó en la ciudad del Turia el novelista Vicente Blasco Ibáñez en la primera década del siglo XX.

Por su carácter de compilación, un libro tan extenso como el que reseñamos no necesita ser leído de principio a fin, sino según interese un tema u otro de los que trata. Un recorrido por algunos de los escritos más extensos de estas *Crónicas Obreras de Ramiro Reig*, por orden cronológico de su publicación original, es una opción útil de lectura. Permite conocer su pensamiento sin olvidar el contexto en el que intervino cada vez.

El prólogo al libro de Josep Picó, *El movimiento obrer al País Valencià sota el franquisme* (1977), lleva fecha de octubre de 1976, en vísperas de la jornada del 12 de noviembre convocada por la efímera Coordinadora de Organizaciones Sindicales (COS). Es un texto muy coyuntural, pero escrito en clave de reparación de la memoria mutilada y perdida por la destrucción del movimiento

obrero a manos de los golpistas del 36 y de la dictadura que impusieron. La escritura en lengua valenciana, la del pueblo llano y las clases trabajadoras, responde a esa voluntad de reagregación popular convergente con el nuevo valencianismo político. Como en toda su obra, Ramiro no es ajeno a la dimensión cultural de la conciencia de clase obrera que reivindica Gramsci y que encontramos en la renovación de la historiografía marxista que representa la obra del británico E.P. Thompson.

En 1978 ve la luz una obra singular, de la que Ramiro Reig es coautor con Josep Picó, *Feixistes, rojos i capellans*, reeditada hace pocos años por la Universitat de València. Con carácter de ensayo testimonial, en un tono no exento en ocasiones de sarcasmo e ironía, pero también serio y detallado en el análisis, los autores narran experiencias vividas o conocidas en primera persona. En *Crónicas obreras* podemos leer el capítulo «El compromís en la lluita dels cristians progressistes». Como «cura obrero proletarizado» en una fábrica del sector del mueble, después del gran metal tal vez el más importante de la industria de Valencia y su comarca en la década de 1970, Ramiro participó en la organización de esta rama con Voro Sapena, Antonio Moya, Ximo Jordán y Antonio Montalbán. En el I Congreso de CCOO del País Valenciano, en abril de 1978, Montalbán fue elegido secretario general. Ramiro pasó a formar parte de su primer secretariado como responsable de «política unitaria e institucional».

En el artículo «La crisi orgànica del moviment obrer (balanç de tres anys de legalitat)», publicado en el primer número de la revista *Trellat* (1980), hizo un análisis de las vicisitudes de la Transición sindical desde el punto de vista de quien en las CCOO valencianas había tenido a su cargo la relación con los otros sindicatos, en particular con la UGT. Lo escribió después

de la firma de los Pactos de la Moncloa y del Acuerdo Marco Interconfederal (AMI) en solitario por la UGT con la CEOE, en un escenario muy diferente al que se vislumbraba tras las elecciones sindicales de 1975 y las grandes movilizaciones obreras que hicieron inviable la continuidad de un franquismo reformado. Este momento de inflexión excepcional en la Transición, también en lo personal, lo analiza Ramiro Reig como sindicalista desde todos los puntos de vista en juego. Le importa ante todo la relación del sindicato, entendido como institucionalización del poder de representación y contractual del movimiento obrero, con la clase trabajadora afectada por una feroz crisis industrial y la escalada ascendente del desempleo. Ramiro, militante también del PCE, defiende en este artículo la firma de los Pactos de la Moncloa a los que el gobierno de la UCD había dado portazo al optar por una reestructuración salvaje, a costa de miles de puestos de trabajo, refrendada por el AMI. Lejos de cualquier juicio sectario, explica la racionalidad de la alternativa ugetista. Su opción, alejada del izquierdismo radical que llamaba a la huelga general y a favor de estabilizar la representación sindical, le valió ataques personales que Ramiro Reig acusa en su reivindicación final del intelectual y las «fuerzas de la cultura» en la lucha del movimiento obrero.

Después de abandonar la primera línea del sindicalismo, Ramiro Reig orientó su vida profesional a la investigación histórica y la docencia universitaria. Como historiador dedicó su atención a la relación entre las sociedades obreras y el republicanismo blasquista entre 1890 y 1911. En esas dos décadas se pusieron a prueba las limitadas posibilidades de democratización del régimen de la Restauración borbónica de 1874. Los blasquistas desde el diario *El Pueblo* y el poder municipal dieron su apoyo, devuelto

en votos, a las sociedades obreras que pugnaban por defender el derecho de asociación, una piedra angular del sindicalismo como también de la democracia. Durante el primer tercio del siglo XX, la hegemonía del blasquismo en la ciudad fue incontestable. Para combatirla se alzó una amalgama de fuerzas carlistas y clericales que en 1930 daría lugar a la formación de la Derecha Regional Valenciana, inspiradora y quizás el componente más posibilista de la CEDA en tiempos de la II República. Los franquistas locales de 1939 señalaron al blasquismo como uno de los demonios seculares a estirpar de la sociedad valenciana.

En la década de 1960, en la búsqueda de supuestas «anomalías» de la historia valenciana que explicasen la ausencia en estas tierras de un nacionalismo como el de sus hermanos de lengua catalana, el valencianismo político inspirado en la obra de Joan Fuster encontró en el blasquismo una de las causas de nuestros males. Manipulador y oportunista, el blasquismo habría robado al socialismo su electorado natural de clase trabajadora, arrastrado a las filas republicanas por la demagogia anticlerical. La traición para los fusterianos sería doble, por haber despreciado Blasco Ibáñez la lengua popular valenciana por la castellana del Estado. Contra estos argumentos dirigió Ramiro Reig sus investigaciones, a partir de la visión positiva sobre el populismo que ofrecían las teorías de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. *Crónicas Obreras de Ramiro Reig* recoge el capítulo «El Novecento valencià. La lluita més heroica: la vaga dels blanquers», sobre la huelga de los curtidores entre abril y junio de 1900, del libro *Obrers i ciutadans: blasquisme i moviment obrer* (1982). Se trata de un texto en el que Reig muestra su maestría en el oficio de historiador sobre una experiencia dramática de defensa del derecho de asociación y de la dignidad obrera.

Diez años después de la reconquista

de la libre asociación sindical en 1977, en tiempos de recuperación de la unidad de acción de CCOO con la UGT contra las políticas neoliberales de los gobiernos de Felipe González, que culminó en la histórica huelga general del 14 de diciembre de 1988, Ramiro Reig reivindicaba el pacto social y la mediación institucional del Estado con los sindicatos en «La crisis del Estado de Bienestar», artículo publicado en 1988 en *Documentación Social*, un texto de absoluta actualidad y vigencia treinta años después. En él muestra sus amplios conocimientos como científico social y su ubicación en lo que puede entenderse como la socialdemocracia clásica, en las antípodas de «terceras vías» socialistas que en España representaron precozmente las políticas de Solchaga y Boyer. Los títulos de los sucesivos apartados del artículo son reveladores de un estilo valiente, ágil y directo en primera persona: lo que pensábamos entonces, lo que ocurrió después, lo que pensamos ahora, lo que cabe esperar. Reig advierte en este artículo sobre la fácil manipulación desde la derecha a la que están expuestas teorías como la de «la sociedad del ocio y del reparto del trabajo, que propugna Gorz», que puede convertirse «en coartada para la flexibilidad laboral aplicada a los grupos sociales más indefensos». Rechaza también la idea del «salario ciudadano (...) que estamos viendo utilizada para sustituir el seguro de desempleo por precarias ayudas asistenciales». También desconfía de la expansión de la acción comunicativa que propone Habermas, porque si bien es «el camino de articulación de una nueva izquierda», abre una brecha de ambigüedad «al suprimir, por exceso de racionalidad teórica o de ligereza práctica, la mediación estatal». Ramiro recuerda que «el concepto de sociedad civil es hoy uno de los preferidos de la derecha en su campaña contra el estatismo agobiante de la sociedad de bienestar». Muestra así el

peligro de alternativas propuestas «para no dejar, ‘mientras tanto’, un vacío tan grande de incertidumbres y tentativas» que aproveche la reacción.

Hoy lamentamos que el neoliberalismo parezca haberse afirmado como pensamiento único. No sin cierto sarcasmo, en este artículo de 1988 Ramiro Reig advertía que la reacción contra el reformismo socialdemócrata se presentaba «con la gravedad de la necesidad teórica y el prestigio de la libertad individual», de tal modo que no fuese «extraño que personas de probada virtud, con cien años de honradez a sus espaldas», se hubiesen rendido al cambio de paradigma. Un cambio así va más allá de optar por una teoría económica u otra, significa que «se parte de determinados supuestos y que estos se identifican con los márgenes de maniobra de la realidad». Y lo alarmante era que, al permitir que el utilitarismo moral contaminase las críticas al Estado de Bienestar, más o menos razonables desde el punto de vista del análisis económico, se hundiesen sus fundamentos últimos, «que no es ayudar al necesitado sino corregir las desigualdades y establecer un sistema general de redistribución de riqueza». Así en la posmodernidad se llega al abandono de los relatos emancipadores por haberse alcanzado al «exacto conocimiento de los límites y el contenido privado de la felicidad», en particular, comenta Reig con ironía, para «quienes tienen la fortuna de que sus límites sean amplios y confortables». Para los que no disfrutaban de ese refugio en la vida acomodada se pregunta si solo les queda la protesta sin futuro.

Para Ramiro Reig, «la capacidad combativa de la izquierda real o social debería orientarse hacia la formulación de un pacto social con contenidos reformistas, para lo cual es imprescindible una mediación institucional». El «pacto social» que reivindica es palabra «ante la que nuestros gobernan-

tes y empresarios se inclinan reverencial y, permítaseme decirlo, hipócritamente», nos dice, porque «no desean de ninguna manera un pacto social» y así han hecho inservible la concertación social hasta llegar a la situación del 14-D de 1988. Para recuperarla hace falta descreer de los dogmas neoliberales, como también se necesita estrategia política, según «sea posible con el PSOE o requiera la formación de un bloque político y social a su izquierda». Reig plantea aquí, con plena vigencia y como en toda su obra, una reivindicación del sindicalismo, y concluye: «Tan modesta conclusión irritará a los lectores izquierdas de este artículo, si los tuviere, pero es coherente con lo expuesto [...] sobre las aportaciones del Estado social y la catástrofe que supone para los más débiles e indefensos su demolición» (pp. 410-417)

Las *Crónicas Obreras de Ramiro Reig* reúnen también sus investigaciones sobre la formación de la clase trabajadora y del sindicalismo en baluartes históricos del movimiento obrero valenciano como Alcoy y Sagunto. Su aproximación a las actitudes de los trabajadores valencianos bajo el franquismo en «Estratègies de supervivència i estratègies de millora» (1995) ofrece

una explicación mesurada, compleja y dinámica del cambio que conduce a la formación de Comisiones Obreras, así como de los límites del compromiso militante. En otros artículos muestra su admiración y reconocimiento al liderazgo personal y valía humana de tantas y tantos sindicalistas.

Hasta aquí una muestra significativa de la compilación de escritos reunidos en las *Crónicas obreras de Ramiro Reig*. Hemos querido subrayar la coherencia y actualidad de sus investigaciones y de su pensamiento. En Ramiro Reig pervivió, como fundamento moral de compromiso con la justicia, el sentimiento de asombro y vergüenza del adolescente de colegio de pago al descubrir la miseria de los barrios marginales de la posguerra. Ese sentimiento responsable se unió a una inteligencia sobresaliente para escribir una obra diversa, amplia y coherente que este libro tiene el mérito de recopilar, reuniendo tanto sus artículos y capítulos más densos y analíticos como otros breves de opinión y ensayo. No abunda la literatura de orientación sindicalista, estamos seguros de que esta publicación será bienvenida entre los seguidores de Ramiro Reig y otros nuevos lectores que se sumarán.

La frontera salvaje. Un frente sombrío del combate contra Franco, de Fernando Hernández Sánchez*

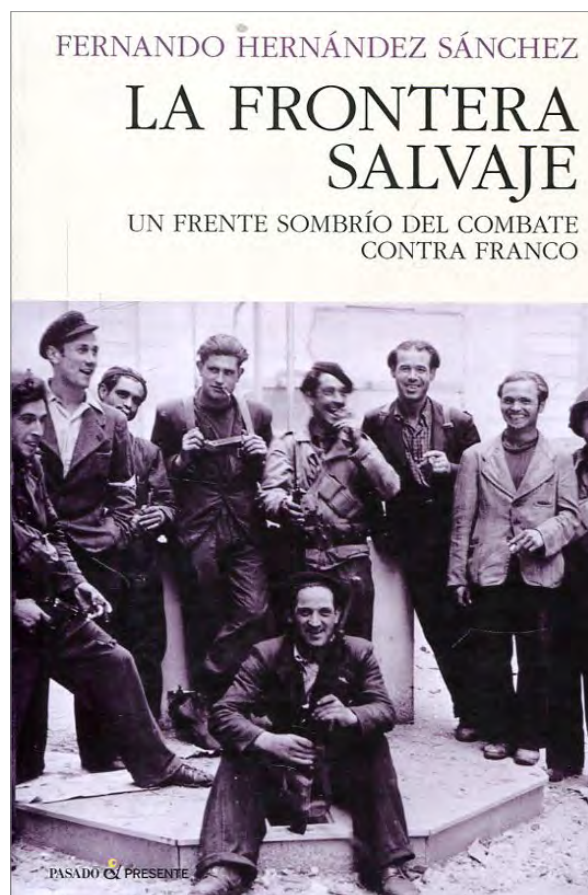
Julián Vadillo Muñoz

Universidad Carlos III de Madrid (UC3M)

Desentrañar la historia del franquismo y todas las aristas que contiene no es tarea fácil, pero al mismo tiempo es imprescindible. Es uno de los ejes fundamentales para que esos lugares comunes y la forma de despachar con desdén nuestro pasado traumático queden arrinconados poco a poco. Pero para poder conseguir tal objetivo es necesario que los trabajos serios y sólidos del periodo crezcan, algo en lo que afortunadamente estamos en camino. No solo por los historiadores consagrados sino por la nueva hornada de historiadores que están abordando el franquismo con la seriedad que requiere el proceso y la profesionalidad que nos tiene que caracterizar, unida al pensamiento crítico que nos haga quitarnos el yugo de esa comparación que durante décadas se impuso de comparar la experiencia democrática republicana con la dictadura franquista.

Uno de los historiadores que está realizando con nota ese camino es el profesor Fernando Hernández Sánchez que en la actualidad es uno de los mejores conocedores de la historia del comunismo en España tanto en el periodo de guerra como en los largos años de la dictadura. Las contribu-

Es reseña de Fernando Hernández Sánchez, *La frontera salvaje. Un frente sombrío del combate contra Franco*, Barcelona, Pasado & Presente, 2018.



ciones de Fernando a desenredar lo que los apologetas del franquismo establecieron o lo que otros historiadores o militantes pasaron de puntillas, se convierte en la actualidad en parada obligatoria para todo aquel que investigue no solo el franquismo sino el movimiento obrero en general.

Siguiendo la línea de sus trabajos anteriores como *Guerra o revolución. El Partido Comunista de España en la Guerra Civil* (Crítica, 2010) o *Los años de plomo. La reconstrucción del PCE durante el primer franquismo* (Crítica, 2015), en esta ocasión la investigación la traslada a la frontera pirenaica y a los centros de influencia del PCE en el sur francés, en escenarios de combate entre los exiliados españoles, entre exiliados y agentes del franquismo y entre exiliados y la actitud del gobierno de Francia que empezó a ver como enemigos a aquellos que habían sido sus aliados durante la Segunda Guerra Mundial.

Pudiera parecer baladí o cuestiones que ya se han trabajado, pero Hernández Sánchez da un salto de calidad y aporta muchas cuestiones con fuentes prácticamente inéditas para otros historiadores. Dividido en quince capítulos con distintos epígrafes en cada uno de ellos, se realiza un recorrido desde los momentos finales de la Segunda Guerra Mundial hasta las consecuencias de la operación Bolero-Paprika que desarticula las estructuras de los comunistas españoles en territorio francés por iniciativa del gobierno de Charles De Gaulle.

A nivel interno podemos distinguir tres partes muy bien diferenciadas del libro. En un primer lugar, los últimos momentos de la lucha contra los nazis y la participación de los republicanos españoles exiliados, con la esperanza de que las potencias aliadas se pongan de parte del antifascismo español para derrocar la dictadura de Franco y restituya las libertades democráticas republicanas violentadas el 18 de julio de 1936. Una visión esperanzada de los exiliados que chocaban con los deseos reales de las fuerzas aliadas que estaban lejos de aliarse para derrocar a Franco. Y aunque hubo momentos en los que la caída de Franco pudiese parecer factible, lo cierto es que Hernández Sánchez nos dice, con documentos en la

mano, que la pasividad y contemporización de las fuerzas aliadas solo sirvió para afianzar a Franco que pasó de ser un enemigo a un aliado estratégico.

Una segunda parte que aporta cuestiones desconocidas son las actividades que la policía y agentes del franquismo realizaban en el sur de Francia, realizando una retrospectiva a la propia formación de una serie de policías que desde la década de 1920 se estaba especializando en combatir por cualquier medio al movimiento obrero. En un principio de forma abierta contra el anarquismo, pero luego extensivo a todas las tendencias del obrerismo. Personajes como Manuel Bravo Montero, hijo de Manuel Bravo Portillo, célebre en los años del pistolerismo barcelonés, o Pedro Polo Borreguero, nos indican las actividades de algunos de estos policías, que desarrollaron su actividad entre sus atribuciones de la dictadura y la delincuencia. Sus contactos con la extrema derecha francesa, colaboracionista de los nazis, y numerosas vicisitudes, hacen de esta parte una aportación inédita que aun está por desarrollar mucho más.

Por último, y enganchando con la línea de investigación más desarrollada de Hernández Sánchez, se adentra en los procesos internos del comunismo español en la zona fronteriza, sus debates, sus disputas con el gobierno francés, con las otras fuerzas del antifranquismo español, etc. Todo lo que pusieron de su parte los comunistas, su decepción ante los problemas internacionales, la continuación de las disputas fratricidas con el resto de organismos exiliados, etc. Incluso la creación de empresas que servían para subvencionar las propias estructuras del exilio. Piezas que siguen formando parte del puzzle que significó el exilio comunista y que sería necesario hacer extensivo al resto de organismos. Finalmente la puntilla a esas estructuras exiliadas no se la dio ni las disputas internas, ni

las disputas entre organizaciones o la represión del franquismo, sino las operaciones realizadas por el propio Estado francés, como fue la operación Bolero-Paprika. Curiosamente, el apoyo que recibió esa operación por otros sectores exiliados del anti-franquismo se volvió contra ellos mismos, en una muestra más de la escasa capacidad de análisis que tuvo una parte del exilio español en Francia.

El libro *La frontera salvaje. Un frente sombrío del combate contra Franco* es novedoso por muchas cuestiones, como ya se ha indicado, pero cabe destacar que gran parte del trabajo se fundamenta en fuentes prima-

rias de los archivos departamentales franceses, hasta ahora apenas conocidas por los historiadores españoles. En ello el autor ha marcado un camino de investigación y de trabajo de campo para el resto de los historiadores e investigadores. De la misma, los archivos policiales y de defensa españoles también nos desgranar gran parte de estas cuestiones y este libro nos vuelve a mostrar que no se han utilizado con frecuencia y destino que se requiere.

Un libro recomendable que marca el camino de esta nueva escuela de investigación del franquismo, donde Fernando Hernández Sánchez está cumpliendo con nota.

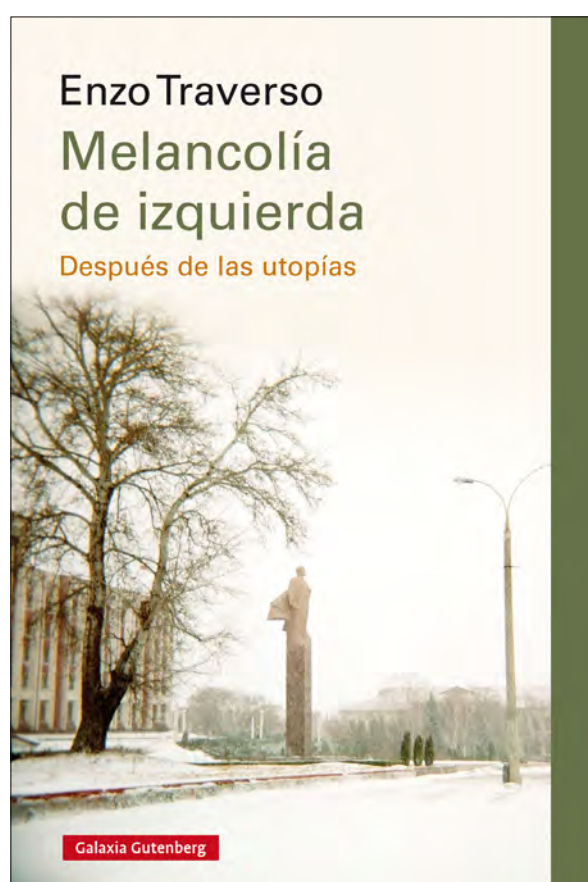
Melancolía de izquierda, de Enzo Traverso*

Fernando Mendiola

Universidad Pública de Navarra/ Nafarroako Unibertsitate Publikoa

Un recorrido melancólico. Un recorrido personal y riguroso al mismo tiempo. Un recorrido que desde un repaso selectivo por algunas de las grandes aportaciones y debates que han atravesado la historia del marxismo en el siglo XX se asoma al siglo XXI desde una postura crítica y esperanzadora. *Melancolía de izquierda*, el último libro de Traverso ahora traducido al castellano, es un libro peculiar, un libro en el que una vez más el historiador italiano traspasa con maestría los límites entre la historia, como disciplina científica, y la memoria colectiva respetando las peculiaridades de ambas, para hacer una reflexiva defensa de la necesidad de la utopía y la transformación social.

Lo hace, además, ubicando históricamente en el tercer capítulo de manera brillante la eclosión de estudios e iniciativas *memorialistas* en la década de los noventa, en un momento en el que la mirada hacia el pasado, sobre las víctimas de las guerras y las dictaduras del siglo XX, parece sustituir la esperanza de un futuro mejor en el horizonte colectivo. En este capítulo Traverso plantea la paradoja de que en esa década parecemos asistir a un simultáneo éxito de la memoria y crisis del marxismo. En este sentido, la realidad de Alemania, donde la



memoria del antifascismo ha sido sustituida por la memoria del Holocausto, da pie a Traverso a plantear los riesgos de equiparar a los protagonistas del pasado en función del sufrimiento que han soportado, de modo que parece como si la memoria de las víctimas, ya sea del estalinismo, del Holocausto o del colonialismo, fuera incompatible con el conocimiento público de sus luchas, anhelos y esperanzas.

Es reseña de Enzo Traverso, *Melancolía de la izquierda: Después de las utopías*, Galaxia Gutenberg, 2019, 416 pp.

Precisamente de la necesidad de hacer visible la agencia de las y los derrotados del pasado nace la reivindicación de la melancolía, el eje principal de este libro. Una melancolía que mira hacia el pasado con una cierta añoranza de esa cultura política que, en los inicios del siglo XX, afrontaba el nuevo siglo con optimismo, como un camino abierto hacia la revolución, hacia una sociedad más libre y justa. Un siglo después, en un ambiente social y político sumido en la preocupación por los efectos del triunfo del capitalismo a escala global, Traverso nos ofrece un recorrido melancólico que bebe directamente, y así lo plantea el autor, de los planteamientos de Walter Benjamin, quien criticó la melancolía de la *Nueva Objetividad* de entreguerras, para oponer a ella una melancolía politizada, llena de potencial transformador a partir del rescate de las iniciativas revolucionarias del pasado. De hecho, este recorrido melancólico por el marxismo del siglo XX está protagonizado, en gran medida, por el propio pensamiento del pensador alemán, como subrayaremos más adelante.

Entre los diferentes capítulos, en los que se hace un repaso selectivo por algunas de las expresiones culturales, artísticas y políticas de la izquierda del siglo XX, y a veces también del XIX, creo que merece la pena destacar la importancia del quinto capítulo, en el que se analiza el carácter eurocéntrico de buena parte de la tradición marxista. De nuevo demostrando su capacidad de hilar fino, y sabiendo situar a Marx en el horizonte intelectual *orientalista* de su época, según la expresión de Edward Said, Traverso analiza la lectura que Marx, y lo que es más grave y significativo, otros intelectuales marxistas, hicieron de buena parte de la resistencia anticolonial del siglo XIX, desde la revolución antiesclavista de Haití, coetánea a la revolución francesa, a las revueltas de la India o China en la década de los cin-

cuenta. Esa incapacidad para valorar estas movilizaciones populares como motores de progreso está relacionada con la propia lectura marxista del colonialismo, de manera que la fractura entre buena parte de la tradición marxista y la anticolonial, personificada en los desencuentros entre Theodor Adorno y C.L.R. James, autor de *Los jacobinos negros*, ha atravesado el siglo XX.

Como ya hemos señalado, en ese recorrido por las reflexiones y las experiencias de la izquierda en el siglo XX la figura de Walter Benjamin ocupa un papel central en relación no solo con el ya mencionado concepto de melancolía, sino con otros aspectos como la cultura popular contemporánea, el sentido de la historia o la necesidad de la utopía, para lo cual Traverso nos presenta las aportaciones del filósofo alemán contrastadas con las de otros dos pensadores que han mantenido un diálogo con sus ideas.

El primero de ellos es el también filósofo alemán Theodor Adorno, y a la relación entre ellos dedica Traverso el sexto capítulo, subrayando el papel de prepotencia jerárquica que Adorno fue tomando respecto al pensamiento de Benjamin. En este capítulo Traverso nos presenta a un Benjamin que es capaz de captar el potencial revolucionario de algunas de las expresiones rupturistas y *malditas* de la cultura contemporánea, como la poesía de Baudelaire en la Francia del II Imperio o el posterior surrealismo, frente a un Adorno que rechazaría ambas, al igual que el jazz. Según Traverso, si bien ambas reflexiones sobre la cultura contemporánea nacen de un tronco común, contienen propuestas políticas divergentes: la de Adorno elitista, resignada y pasiva, y la de Benjamin, con una defensa radical de la agencia transformadora, también desde la cultura.

Es precisamente esa defensa de la agencia la que hace necesaria la acción revo-

lucionaria según Benjamin, no como una engranaje mecánico de la locomotora de la historia, como se podría derivar de una lectura mecanicista del marxismo, sino como una fuerza que sea capaz de frenar una historia que, entre la primera y la segunda guerra mundial, estaba conduciendo a la humanidad al precipicio. Tal y como subraya Traverso, la acción revolucionaria, la lucha de clases, no actuarían como *locomotoras de la historia*, según la expresión de Marx, sino como *frenos de emergencia* de un tren que conduce a la catástrofe. Y es de nuevo en esta agencia transformadora donde Benjamin subraya la importancia de la memoria, la necesidad de rescatar del pasado la memoria de las revoluciones fracasadas, de las víctimas de las injusticias pasadas. De nuevo a través de Benjamin, vemos a Traverso haciendo una defensa de esa memoria crítica que hace también necesaria la historia como disciplina científica, una mirada hacia el pasado que sepa criticar, y que sirva para detener, la marcha triunfante de la historia.

El segundo pensador en el que se detiene Traverso, también para rescatar los planteamientos de Benjamin, es el francés Daniel Bensaïd, activista en el mayo de 1968, y autor de un ensayo sobre el filósofo judío-germano. Traverso termina su libro con un capítulo en el que establece un cierto paralelismo entre el momento en que Benjamin escribe sus «Tesis sobre la filosofía de la historia», en 1940, y el momento en el que Bensaïd, y el propio Traverso, publican sus reflexiones. Ambos momentos de derrota de la izquierda, entonces tras el especta-

cular avance nazi por todo el continente, y ahora con el avance de la globalización capitalista. Ambos, también, momentos en los que el modelo soviético no se presentaba ya como esperanza, entonces con la pasividad de la URSS ante el expansionismo de Hitler, hoy en día con la constatación de que el modelo soviético no ofrece ninguna vía esperanzadora. Así pues, el planteamiento de Benjamin proporciona a la izquierda actual una vuelta a sus tradiciones más voluntaristas, más liberadoras y confiadas en la acción transformadora, que pueden, también hoy en día, frenar el rumbo de la historia, al igual que los revolucionarios franceses de 1830 que disparaban a los relojes de las torres de París.

No es casual que el libro no tenga un capítulo de conclusiones. De hecho, en mi opinión es este último capítulo en el que Traverso sigue analizando el concepto de historia de Benjamin, dialogando al mismo tiempo con la lectura que de él hace Bensaïd, el que opera como conclusión. Es también este capítulo, esta concepción de la historia que bebe directamente de las tesis de Benjamin, el que explica el sentido del libro.

Un libro de historia riguroso y bien documentado. Un recorrido crítico por la historia política y cultural del marxismo del siglo XX que quiere servir también para alimentar nuevas memorias transformadoras y liberadoras. Un ejercicio práctico en el que Traverso recoge el legado de Benjamin, tomando el trabajo de historiador como una herramienta para la transformación política del presente.

ENCUENTROS

*100 años del asesinato de Rosa Luxemburgo**

Virginia Gutiérrez Barbarusa
Universidad Pablo de Olavide

En enero de este año 2019 se han cumplido 100 años de su asesinato. Con este motivo, los días 11 y 12 de abril celebramos en la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla (UPO) el «I Congreso Internacional sobre el pensamiento y la praxis de Rosa Luxemburgo. significación y actualidad de su legado político y económico». El evento organizado por el Laboratorio de Ideas Políticas de la Universidad Pablo de Olavide (LIPPO) ha contado con la participación y colaboración de la editorial Atrapasueños y la Fundación de Investigaciones Marxistas (FIM).

Estamos conmemorando una figura histórica, controvertida y central, por su contribución al debate y al pensamiento marxista y su activismo militante en una época sacudida por las revoluciones y movilizaciones políticas y sociales que estaban teniendo lugar en Europa. El ascenso institucional de la socialdemocracia alemana, el desarrollo de los acontecimientos revolucionarios en Rusia... promovieron una serie de debates en los que Rosa Luxemburgo participaría activamente a lo largo de su vida.

* «I Congreso Internacional sobre el pensamiento y la praxis de Rosa Luxemburgo. Significación y actualidad de su legado político y económico», Sevilla, 11 y 12 de abril de 2019.



Su contribución crítica al análisis marxista sobre los aspectos económicos del desarrollo capitalista, a través de su obra fundamental «La acumulación de capital» (1913), la controversia con Bernstein y Schmidt respecto al papel de la socialdemocracia en «Reforma o Revolución» (1899), o su posición respecto a los acontecimientos

revolucionarios de 1917 y la crítica al papel que Lenin y Trotsky estaban desempeñando en los mismos, en la Revolución Rusa (1918), llevarían a Luxemburgo a posicionarse sobre cuestiones políticas fundamentales, como el desarrollo de la democracia en el proceso histórico, el papel de las organizaciones, la importancia de la huelga general, la cuestión nacionalista y la participación en la guerra mundial, la relación entre la clase obrera y la burocracia o el papel que el socialismo debía jugar en el desarrollo de la democracia, recogiendo en sus escritos los principales debates que estaban teniendo lugar en ese momento.

De forma previa, para animar a la participación y presentar la importancia de esta pensadora y activista política, el día 4 de abril se proyectó la película *Rosa Luxemburg* (RFA, 1985) de la directora alemana Margaret Von Trotta en la sala Antiquarium del Ayuntamiento de Sevilla. Escasamente divulgado, este film representa una aportación fundamental para adentrarnos en los hechos fundamentales que habían marcado la vida de Luxemburgo, nos acerca tanto a la realidad histórica en la que vivió, como a su personalidad, así como a los principales debates que mantendría a lo largo de su vida con personajes como Bebel, o Bernstein; sus relaciones más personales con Leo Jogiches, su amante y compañero de lucha; o la camaradería que mantuvo con Clara Zetkin, Karl Liebknecht, o Franz Mehring, con quienes conformaría la *Liga Espartaquista*.

Como parte de las actividades conmemorativas realizadas en torno al Congreso, se ha inaugurado la Exposición «*Rosa Luxemburg: Revolucionaria, mujer y judía en el primer Centenario de su asesinato*» que se pudo visitar hasta el 1 de mayo en la Sala de Exposiciones de la Biblioteca de la UPO y que reúne un número importante de documentos, folletos, panfletos, periódicos y ediciones originales del legado de la pen-

sadora polaca procedentes de colecciones privadas, que constituyen, en palabras de los organizadores, la exposición más importante a nivel europeo que se tiene previsto celebrar este año.

Entre los materiales expuestos destacan algunas de las primeras ediciones de las obras de Luxemburgo, como «*Sozialreform oder Revolution?*» (Leipzig 1899), «*Die Akkumulation des Kapitals*» (Berlin 1913), «*Militarismus, Krieg und Arbeiterklasse*» (1914), «*Die Krise der Sozialdemokratie. Anhang: Leitsätze über die Aufgaben der internationalen Sozialdemokratie*» (Bern, 1916), o «*Was will der Spartakusbund?*» (Berlín, 1918); artículos publicados en *Die Neue Zeit*; algunos escritos originales sobre la autora de Clara Zetkin; sellos conmemorativos emitidos por la RFA; un folleto original del KPD (Espartaco-federal) sobre el asesinato y Funeral Rosa Luxemburgo de 1919; y algunos materiales publicados en español, como las «*Cartas de la prisión*», y otras ediciones que se encuentran traducidas al idioma ruso («*Introducción*» que hizo Rosa Luxemburg a un libro de Vladimir Korolenko publicado en Alemania) o al inglés («*Leninismo or Marxism*», publicado por Anti-Parliamentary Communist Federation, Glasgow, 1935; «*The Industrial Development of Poland*», Campaigner Publications, 1977).

Acompañando a estos documentos, la exposición cuenta con una recopilación histórica a través de imágenes y textos que dan cuenta de los eventos más importantes en la vida de nuestra autora, elaborados por la Fundación Rosa Luxemburgo con ocasión del centenario de su asesinato.

También se ha presentado el Cuaderno Didáctico *Rosa Roja* editado por Atrapasauños con la participación de la Fundación Europa de los Pueblos, con el que se pretende adentrar y dar a conocer la figura y las principales aportaciones de Rosa

Luxemburgo a las personas que por primera vez se acercan a su pensamiento.

El Congreso ha estado abierto a la participación para la presentación de ponencias y comunicaciones en los meses previos a su celebración. Finalmente, se han presentado 19 ponencias y 3 comunicaciones, que analizan desde distintas ópticas su legado económico y político, así como la actualidad de sus propuestas y aportaciones. Las personas que han participado pertenecen en su mayoría al ámbito académico, y así, hemos contado con profesoras y profesores de distintas universidades españolas: Universidad de Sevilla, Universidad Pablo de Olavide, Universidad Complutense, Universidad de Extremadura, Universidad Rey Juan Carlos y de la Universidad Federal de Río Grande Del Sur de Brasil.

Las ponencias han sido distribuidas en seis mesas de debate organizadas en torno a los diferentes temas que han marcado los contenidos del evento. Como se recoge en la presentación del Congreso: el imperialismo, la acumulación de capital, el problema nacional, la situación de la mujer, la organización obrera y la conciencia de las masas son algunas de las cuestiones por las cuales Rosa Luxemburgo amplió el pensamiento revolucionario marxista. Y sobre estos temas hemos tenido la oportunidad de abrir el debate durante estos dos días para analizar la relevancia histórica y la influencia y actualidad de su pensamiento.

Diversas aportaciones han puesto en el centro del debate el análisis de Luxemburgo en su obra *La acumulación de capital*, y las distintas interpretaciones sobre el mismo. Sin entrar en contenidos, queda patente la necesidad de revisar las aportaciones efectuadas por la autora un siglo después, y analizar la influencia de su crítica a Marx en el momento actual de desarrollo capitalista, en el que Luis Felipe López-Espinosa, Esteban Cruz, José Francisco Rangel, Fer-

nando Martínez y Jesús Rodríguez Rojo han analizado las relaciones de producción actual, las nuevas formas de explotación, la incidencia del papel de las nuevas tecnologías,... abriendo con este debate la necesidad de seguir profundizando en cuestiones que nos sugieren contemplar las formas con las que el capitalismo se rearma tras un siglo marcado por las transformaciones inherentes a sus formas de acumulación.

También se ha puesto encima de la mesa la postura de Luxemburgo respecto al papel de la mujer, y en concreto a la posición que esta mantuvo en relación con las feministas de su época, dominado por el sufragismo. Laura Flores y Valeria Vázquez, nos han adentrado en este debate sobre la vigencia del pensamiento de Luxemburgo en el feminismo actual. El debate entre género y clase, que marcó las diferencias entre el feminismo liberal y el feminismo socialista, la cuestión del sujeto político o la doble explotación que sufren las mujeres ya habían sido temas tratados por Luxemburgo. A pesar de que en ocasiones se le ha tachado como contraria a defender los derechos de las mujeres, Montserrat Galcerán nos advertía sobre la necesidad de analizar su postura desde una mirada más actual, más acorde con lo que el feminismo representa hoy, teniendo en cuenta por otro lado, el devenir del movimiento a lo largo de los siglos XX y la incidencia que el movimiento feminista está teniendo en la sociedad y en la agenda política en estos últimos años.

De su legado político, se nos ha ofrecido la oportunidad de reflexionar sobre el clásico debate entre reforma o revolución, la confrontación con Bernstein y la postura de la socialdemocracia sobre el papel de las instituciones y la posibilidad de llegar a constituir una sociedad socialista desde dentro de las instituciones, o como ella misma mantuvo, la necesidad de hacerlo por la vía de la revolución. Así mismo ha

quedado más o menos clara su posición en el proceso revolucionario ruso, como nos leía Xavier Arrizabaló entre las citas de Luxemburgo que recogía en su ponencia, «Todo el poder a las masas obreras y campesinas, a los soviets: éste era, por cierto, el único camino que tenía la revolución para superar las dificultades; ésta fue la espada con la que cortó el nudo gordiano, sacó a la revolución de su estrecho callejón sin salida y le abrió un ancho cauce hacia los campos libres y abiertos. El partido de Lenin, en consecuencia, fue el único, en esta primera etapa, que comprendió cuál era el objetivo real de la revolución. Fue el elemento que impulsó la revolución, y por lo tanto el único partido que aplicó una verdadera política socialista» (*La Revolución Rusa*).

Cómo se nos ha transmitido su legado o cómo se ha difundido su figura, han sido las cuestiones que se han analizado por parte de Luis Arboledas, María Sánchez Mellado y Pablo Alías, quedando patente de esta forma la necesidad de contribuir desde espacios como este a la recuperación de nuestro personaje. En un plano más personal, Alberto González Pascual y Eduardo Molina han abordado el papel que mantuvo Luxemburgo respecto a la mentalidad de la época, desde el análisis de su biografía y su postura «heterodoxa» al plantear la crítica como método de análisis, o la defensa de la cultura y la educación como vía para preparar y activar a las clases trabajadoras. También ha estado presente la contribución de Luxemburgo en relación con el tema nacionalista. En este sentido hemos escuchado las aportaciones de Santiago Armesilla, Arturo César Fernández, Josep Miquel Puertas e Ismael Villa. Entre las comunicaciones presentadas, Ángel Carrique nos ha introducido el debate sobre las posiciones de Luxemburgo son respecto a la acumulación de capital, el imperialismo y el gasto militar, e Iván Mellada nos han presentado una

versión comparada de la figura histórica de Luxemburgo con Aida de la Fuente, militante comunista asturiana asesinada en la Revolución de Asturias (1934).

Rafael Rodríguez Prieto, como cierre, ha dejado abierto el debate para una mayor profundización, destacando como cuestiones clave: desde su legado político, la necesidad de democratizar tanto la economía como las instituciones, manteniendo la centralidad de la clase social, y sin olvidar el papel que juega la burguesía como clase en sus distintas dimensiones: en la cuestión nacional, en el control de los medios de producción y en el reparto del poder político a nivel institucional.

Las ponencias recibidas en el Congreso, que próximamente serán publicadas, nos ofrecerán la oportunidad de analizar más pausadamente todas las aportaciones presentadas y debatidas.

La colaboración de la FIM en el Congreso se ha materializado a través de la aportación de los materiales cedidos por la Fundación Rosa Luxemburgo que acompañan a la Exposición, con la participación en la mesa de apertura, tanto del Congreso como de la Exposición, de Paula Garvín como responsable de la FIM en Andalucía, y de su presencia constante en el desarrollo del evento; de Montserrat Galcerán, colaboradora de esta organización, que ha participado como ponente con su contribución a la actualidad política del pensamiento de Luxemburgo; y de Eddy Sánchez, Director de la FIM, que nos acompañó en la jornada del día 12. Además, hemos tenido la oportunidad de contar con Marga Ferré, directora de la Fundación de la Europa de los Pueblos, de la que aprovechamos su visita al Congreso para la presentación del Cuaderno Didáctico *Rosa Roja*, en la que hizo hincapié en la necesidad de reclamar la figura de Rosa Luxemburgo como un símbolo de nuestro pensamiento, que no debemos

dejarnos arrebatat.

Con todo ello, recogemos la propuesta del Laboratorio de Ideas Políticas de la UPO (LIPPO) para seguir afianzando el papel que como FIM nos corresponde, para profundi-

zar en el debate de las ideas y de los métodos de análisis del funcionamiento de la sociedad actual, desde una perspectiva crítica, tan necesarios hoy como lo fue en el momento que le tocó vivir a Rosa Luxemburgo.

«100 años del Trienio Bolchevique en Córdoba: El legado del siglo XX hoy»*

José Manuel Gómez Jurado

Graduado en Historia, Universidad de Córdoba

«La Historia es algo que está sucediendo continuamente y que se hace desde cuestiones actuales, pero sobre hechos del pasado». Con estas palabras daba inicio Francisco Acosta, profesor de Historia Contemporánea de la Universidad de Córdoba y coordinador del acto, a la primera de las conferencias que tuvieron lugar los pasados 6, 7 y 8 de noviembre en Fernán Núñez, pueblo de la comarca de la Campiña, Córdoba, y que tenían como razón de ser el centenario del inicio de este proceso histórico que se ha venido a llamar «Trienio Bolchevique».

Uno de los puntos de partida del acto, quizás el de mayor importancia, fue la obra de Juan Díaz del Moral, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas-Córdoba*. Libro esencial para acercarse a estas cuestiones en el que el notario de Bujalance, Córdoba, realizaba un análisis del sindicalismo, los movimientos campesinos y las distintas revueltas en el campo andaluz, y más concretamente cordobés, que acabarían componiendo eso que él mismo bautizó como: «Trienio Bolchevista o Bolchevique».

Con estas premisas, las jornadas tuvieron una división temática que puede ser resumida en tres puntos. El primer día y el segundo por la mañana se expuso una contextualización del comienzo de siglo XX, tanto en Europa como en España, en la que

*Fernán Núñez (Córdoba), 6, 7 y 8 de noviembre de 2018.



se analizaron los distintos movimientos sociales y políticos, así como, la gran repercusión de dos hitos fundamentales para comprender este periodo como son la I Guerra Mundial y la Revolución rusa. En la tarde del segundo día se profundizó en el estudio del Trienio Bolchevique, con la descripción de algunos de los hechos que proporcionaban ciertas claves interpretativas del hecho histórico. El último día, supuso un recordatorio de las ideas planteadas en las

jornadas anteriores desde un análisis del presente sobre la ideología y los movimientos sociales; en definitiva, qué nos queda a día de hoy de aquellas energías subversivas y emancipadoras.

En la primera de las jornadas, la especialista en Historia política, Ángeles Lario, realizó un recorrido por las distintas ideologías que irrumpen con fuerza a principios del siglo XX, que serían las posteriormente enfrentadas en la II Guerra Mundial: fascismo, comunismo y lo que ella denominó democracias en tránsito (democracias liberales). Expuso que todas estas cuestiones tenían que ver eminentemente con una agitación social, que puso en jaque el *statu quo* liberal de finales del siglo XIX. Destacó como una de las grandes valedoras el Liberalismo Social que, aunque poco relevante durante ese periodo, sería el que finalmente se acabaría imponiendo finalizada la Guerra en 1945.

Por su parte, el profesor Andreu Mayayo mostró a través de varios de los símbolos culturales de la izquierda del siglo XX, como son el cuadro de *Il quarto stato* de Giuseppe Pellizza, o algunos fragmentos de la película de *Novecento* de Bernardo Bertolucci, para explicar una de las cuestiones más importantes para entender el contexto del movimiento obrero y las dimensiones de la repercusión de la Revolución bolchevique en Europa, que es en palabras de Mayayo: «Identidad, memoria, conflictividad, movilización y conciencia de clase». Para analizar el triunfo de la Revolución rusa, algunos autores de la izquierda como Arturo Zoffman Rodríguez han planteado la necesidad de dejar a un lado los nominalismos que pudiesen fragmentar e impedir las conquistas sociales y, por el contrario, considerar al «bolchevique» como sujeto revolucionario. Para entender el juego político de estos años, habló de la «brutalización» de la política tras la I Guerra Mundial.

En relación a uno de los puntos principales de su intervención explicó el papel que jugaron aquellos que tras la revolución, viajaron a la URSS y de vuelta escribieron sus experiencias, para la creación de una conciencia colectiva de lo que ocurría allí, tanto a favor, como en contra.

En la segunda jornada, en la que se trató el contexto español de principios del siglo XX comenzó con Florencia Peyrou, profesora de la UAM, quien hizo un análisis de la crisis política que vivía España, y lo que ella entendió como una oportunidad perdida de democratizar las estructuras de poder. Su planteamiento orbitaba en torno a que, debido a la crisis económica que atravesaba el país, entre otras causas por los conflictos externos y la precaria situación de los trabajadores, el movimiento obrero empezó a abrirse paso, lo que generó que los mecanismos de represión del Estado aplastasen con violencia cualquier intento de protesta de la clase obrera, produciendo la radicalización de ésta, creándose como resultado posturas irreconciliables. Es por esto que el intento de democratización sociopolítica que se pretendía desde arriba —según planteó Peyrou, basándose en autores como Moreno Luzón— fracasó.

En la intervención de Ricardo Robledo, Catedrático de Historia Económica de la USAL, se pueden destacar tres puntos fundamentales para hablar de una cuestión central, la situación económica de España y la relación de la economía con la tierra. Destacó el papel fundamental de Keynes, de quien afirmó fue «uno de los intelectuales más importantes e influyentes de la época», y afirmó que los reflejos de la Revolución bolchevique fueron limitados a efectos prácticos, reduciéndose a una expresión y una forma determinada de actuación de la clase obrera. Dedicó un análisis extenso a la obra de Díaz del Moral, destacando su visión de la realidad del campesinado, y su

participación en los intentos de reforma agraria, a pesar de su carácter conservador y su condición de terrateniente.

La tarde de la segunda jornada se centró en los movimientos sociales y campesinos de la primera mitad del siglo XX, así como en el propio Trienio Bolchevique. Quedaba inaugurada con la intervención de Lucía Prieto, profesora de la UMA, quien ofreció un análisis del papel de la mujer en las luchas sociales de Andalucía, destacando una ruptura del esquema de trabajo a principios de siglo o la lucha sexual anarquista del control de la natalidad. Explicó la forma y causas de las movilizaciones de las mujeres, estando relacionadas estas últimas con lo relativo a la subsistencia, y de la primera destacando los motines con una forma de movilización, sin responder a organización y violencia primaria dirigida a agentes o representantes del poder. Señaló al anarquismo como el primer movimiento que integra a la mujer no sólo como sujeto alentador del varón en la revolución sino como partícipe.

El profesor Watanabe de la Universidad Waseda, Tokio, realizó un esfuerzo considerable al ofrecer en español la conferencia en la que trataba el importante papel del anarquismo en Córdoba, desde 1903 hasta 1936. Incluyó en ella datos de afiliación y dirigentes sindicales, así como los distintos sindicatos anarquistas de importancia en este periodo en la provincia, destacando dos pueblos como Castro del Río y Bujalance, lugar de origen de Díaz del Moral.

De la intervención de Arturo Barragán, Catedrático de Historia Contemporánea de la UCO, parece interesante destacar su planteamiento sobre lo que puede haber de mito y realidad en las distintas lecturas que se han hecho del Trienio Bolchevique. Por un lado expuso que podían existir entre otras, dos formas de leer lo ocurrido, una que exagera el carácter revolucionario y la influencia de la Revolución rusa, y otra que

describe un movimiento intensivo que llevó aparejado actos violentos, pero que pretendía un fin reformista. Además destacó el papel que tendría la obra de Díaz del Moral en la historiografía social española.

Salvador Cruz Artacho, Catedrático de Historia Contemporánea de la UJA, centró su exposición en torno a los discursos, tópicos e interpretaciones que nos quedan en el presente sobre la movilización obrera en el campo, la historia contemporánea de Andalucía, y el propio Trienio Bolchevique. Explicó como en base a los hechos estudiados que componen la historia, se generan discursos que a veces pueden ser distintos de la realidad, creando memorias colectivas sobre un hecho concreto. Además planteó otro tema de gran interés: la dificultad que tiene la Historia para su divulgación.

En el tercer día se planteó una interesante reflexión sobre qué quedaba de aquellas luchas y energías revolucionarias del siglo XX en la actualidad. Juan Pro, profesor de Historia Contemporánea en la UAM, realizó un recorrido por las distintas definiciones que se habían dado a las palabras: revolución, utopía y distopía. De la primera dijo había estado ligada a la idea de «esperanza» y «utopía» durante el siglo XX, y que a día de hoy lo que nos quedaba de la revolución eran distintos movimientos fragmentados. Por su parte, el término utopía funcionó como imaginario de un mundo mejor, pero a día de hoy posee un significativo vacío y se emplea en muchos casos con carácter peyorativo. Distopía hace desaparecer el sujeto de lucha, pues supone la llegada natural de un mundo contrario al utópico.

Cristina Flesher, profesora de *Social Politics and Media* de la Universidad de Leicester, expuso una interesante reflexión sobre la evolución del sindicalismo clásico hasta las luchas actuales representadas en movimientos como el 15M. La profesora Flesher

realizó un análisis sociopolítico de los diferentes movimientos sociales desde el siglo XIX hasta nuestros días, haciendo énfasis en la actualidad, la llegada del neoliberalismo y el posmodernismo, que cambiaron casi por completo las formas y alteraron los fines de las luchas. Realizó una división entre una izquierda institucional de estructuras burocráticas y una izquierda autónoma que triunfa en mayo de 1968 y que prevalece en la forma de organización de los movimientos sociales actuales.

La tarde de la última jornada comenzaba con una mesa redonda en la que participaron Juan Andrade, profesor de Historia Contemporánea en la UEX, Magdalena Garrido, profesora de Historia Contemporánea de la UM, y Alicia García Ruiz, filósofa y profesora en la UC3M. Los tres desde sus respectivos campos de estudio trataron de vislumbrar que nos quedaba a día de hoy del comunismo del siglo XX. Garrido nos dio algunas de las claves para entender la memoria histórica de Rusia para con el periodo de la URSS, hablando de todos aquellos depósitos memorialísticos, así como las distintas alteraciones de los discursos de las narraciones de su historia. Andrade realizó un interesante análisis sobre qué significó y qué significa a día de hoy el comunismo, qué representa esa ideología y cuáles podrían ser los nuevos sujetos revolucionarios que marcasen los objetivos de las luchas que conciernen al comunismo actual, dependiendo el futuro de éste del balance crítico que realicen sus promotores. García Ruiz planteó cuáles podrían ser lugares que le quedarían al comunismo a través de algunos autores, especialmente el francés Alain Bodiou, que pasaba por una reformulación de la hipótesis de comunismo,

y una diferenciación entre la Política (Instituciones) y lo político.

Finalmente cerraría las jornadas el politólogo de la UMA Ángel Valencia, quien hizo un análisis fotográfico del presente político, mencionando especialmente tres aspectos: pérdida de legitimidad de las instituciones democráticas, democracias «iliberales» o vacías de contenido, y como resultado aparición de los populismos. Además hizo mención a un importante problema resultante de la crisis política y que tiene que ver con ella y con la comunicación como son el «Big Data» y las «Fake news».

Las palabras de Francisco Acosta mencionadas al principio, definirían parte de uno de los grandes planteamientos dispuestos en las distintas ponencias, es decir, la búsqueda de una conexión del pasado y el presente, siendo este pretérito el que nos ayuda a dilucidar algunas de las cuestiones que se nos plantean hoy. Sumado esto a una mirada multidisciplinar que compuso un análisis desde diversas perspectivas de las ciencias sociales, en el que indudablemente predominó la Historia, pero que a su vez, se vio nutrido por aportaciones desde la sociología, la politología y la filosofía, dando así una amplitud en el estudio que nos brindaron los ponentes.

El debate estuvo servido en todas las intervenciones por parte de los conferenciantes y de los asistentes, entre los que se hallaba entre otros Ángel Duarte Montserrat, recién incorporado a la UCO y que se prestó especialmente participativo. Resultará de gran interés el libro conjunto que saldrá de los temas presentados, esencial para entender, qué quedó cuando teníamos las respuestas y nos cambiaron las preguntas.

Hacia la memoria democrática valenciana: cuatro años de políticas públicas de memoria (2015-2019)

Jorge Ramos Tolosa
Universitat de València

«*El burro i l'haca, fora de la plaça!*» («¡El burro y la jaca, fuera de la plaza!»). Este grito se pudo escuchar en numerosos actos políticos y manifestaciones en la ciudad de València durante los años de la Transición. Hacía referencia a la petición popular que reclamaba al consistorio de la ciudad retirar de la plaza del País Valencià (actual plaza del Ayuntamiento y durante la dictadura plaza del Caudillo) la estatua ecuestre de Francisco Franco. Finalmente, el 9 de septiembre de 1983, la estatua desapareció de su pedestal. Habían pasado más de cuatro años desde que un acuerdo municipal por unanimidad hubiera decidido su retirada. También se dejaban atrás polémicas, presiones y resistencias. La maniobra fue realizada por militantes de organizaciones de izquierdas (FRAP-PCEml, PCE, PSPV y UGT^[1]) después de que trabajadores municipales se negasen a llevar a cabo la operación por las amenazas, los insultos y las agresiones de ultraderechistas recibidas al intentar retirarla. De

hecho, como ejemplo del ambiente que se experimentó, en un momento dado de este problemático proceso un espontáneo llegó a subir a la estatua, ayudado por algunos agentes de la Policía Nacional, para cantar el *Cara al Sol*. Mientras tanto, algunas personas depositaron flores a los pies de la escultura de Franco, incluyendo el concejal de Alianza Popular (AP) y teniente de alcalde del Ayuntamiento de València, Juan Carlos Gimeno. Al mismo tiempo, otros incluso exhibieron armas de fuego. Los voluntarios antifascistas, que llegaron después de la negativa de los operarios del Ayuntamiento, tuvieron que actuar encapuchados entre gritos, lanzamiento de objetos y saludos fascistas. Casi once horas después del inicio de la operación, que empezó pasadas las cuatro de la madrugada, consiguieron retirar la estatua. Unos días después, el presidente del Gobierno, Felipe González, se desmarcó de su compañero de partido y alcalde de València en aquel momento, Ricard Pérez Casado, declarando a Diario 16: «Yo no hubiese retirado la estatua»^[2].

1.- Respectivamente, las siglas de Frente Revolucionario Antifascista y Patriota, Partido Comunista de España (marxista-leninista), Partido Comunista de España, Partit Socialista del País Valencià y Unión General de Trabajadores.

2.- Citado en Miquel Alberola, «El día que Franco pasó a la



Desmontaje de la estatua ecuestre de Franco en la Plaza del Ayuntamiento de Valencia, 9 de septiembre de 1983 (Foto: Fansec i Ciscar).

Este episodio no solo simboliza las dificultades y los miedos a la hora de abordar cuestiones relacionadas con la memoria pública o con la conocida como «memoria histórica» de la II República, la Guerra Civil y la dictadura franquista (que, al menos en el ámbito valenciano, cada vez tiende más a conocerse como «memoria democrática»). La cuestión de la estatua ecuestre de Franco y su retirada también expone cómo asociaciones, movimientos sociales, organizaciones de izquierda, personas voluntarias y sindicatos han realizado o han tenido que realizar, en innumerables ocasiones durante los 40 años que van desde 1975 a 2015, lo que las administraciones públicas no han podido, no han querido o simplemente no

Infantería La retirada de la estatua del generalísimo puso contra las cuerdas al Ayuntamiento de Valencia», *El País*, 27 de septiembre de 1998.

han tenido en su agenda.

Aunque durante los años inmediatamente posteriores a la muerte de Franco tuvieron lugar algunas iniciativas o episodios como actos conmemorativos, exhumaciones o el pleno reconocimiento jurídico de asociaciones de víctimas y memorialísticas, durante la Transición, como es sabido, terminó predominando la institucionalización de la amnesia o el «pacto de olvido» que fue de la mano de la amnistía y la impunidad de los criminales franquistas^[3]. Con excepciones territoriales y de algunas culturas políticas

3.- Walther L. Bernecker, «Democratización, final de las utopías políticas y amnesia histórica», *Hispanorama*, 104 (2004), p. 26; Jordi Font Agulló, «Contra la nostalgia (y a favor). El rescate de la memoria democrática como identidad civil», en Ricard Vinyes (ed.), *El Estado y la memoria. Gobiernos y ciudadanos frente a los traumas de la historia*, Barcelona, RBA Libros, 2009, pp. 382-383.

de izquierdas, esta dinámica de desmemoria pública continuó durante la década de 1980. Obviamente, también prosiguió entre la última década del siglo XX —con la victoria del Partido Popular (PP) en numerosos ámbitos del País Valencià— y el año 2015, cuando el PP perdió la Generalitat Valenciana y numerosos ayuntamientos, incluyendo los de las tres capitales de provincia. Una excepción importante en esta dinámica de (no) trabajo sobre historia y memoria valenciana de esta etapa fue la de algunas personas investigadoras e historiadoras, que sí estudiaron a fondo este periodo y sus distintas problemáticas, impulsando en ocasiones también actividades memorialísticas. Como escribió Ismael Saz, «los historiadoras nunca dejaron de hacer sus deberes y en el terreno, por ejemplo, de la represión, se llevó a cabo, prácticamente desde 1976, una investigación sistemática»^[4].

Durante todos estos años, y sobre todo desde los primeros años del siglo XXI, fueron asociaciones memorialísticas, movimientos sociales, organizaciones sociales y políticas y personas que investigaron desde diversas perspectivas los agentes activos que realizaron el trabajo que se ha llamado «memoria histórica». Esta tarea, tanto desde el punto de vista de la difusión y la cultura como de la dignificación de las víctimas de la represión franquista y la exhumación de fosas, a menudo fue obstaculizada por las administraciones públicas. Este trabajo «desde abajo» no solo ha continuado, sino que ha acompañado e impulsado muchas de las iniciativas institucionales surgidas a partir de la segunda mitad del 2015, tras las elecciones municipales y autonómicas de mayo de aquel año. En este texto se pretenden sintetizar algunas de las acciones y algunos de los proyectos más relevantes de

actuación en torno a la memoria democrática de las administraciones públicas valencianas entre 2015 y 2019.

En este periodo, entre las actividades de memoria democrática en el País Valencià relativas a actos de recuerdo, elementos de memoria pública y símbolos, puede destacarse la creación de comisiones de memoria histórica y memoriales democráticos, con frecuencia vinculadas a la retirada de numerosas calles, escudos y menciones honoríficas franquistas en distintos municipios. Asimismo, ha de mencionarse la organización de congresos y jornadas, así como la realización de homenajes públicos y la inauguración de monumentos o placas de memoria antifascista, con un trascendental impulso y presencia de asociaciones, familiares, movimientos sociales, organizaciones políticas y sindicatos en múltiples municipios del País Valencià. Entre ellos, se encuentran Alacant, Benassal, Benissa, Betxí, Borriana, Bunyol, Callosa d'en Sarrià, Carcaixent, Castelló de la Plana, Elda, Godella, La Pobla Llarga, La Vall d'Uixó, Lliria, Massamagrell, Oliva, Ontinyent, Païporta, Paterna, Pego, Sagunt, València o Xàtiva. La delegación de Memoria Histórica de la Diputación de València también ha actuado ampliamente en este sentido subvencionando múltiples actuaciones municipales en esta línea. Entre otras, una situación excepcional en torno al nomenclátor urbano se vivió en la ciudad de Alacant, donde un acuerdo de la junta local de gobierno aprobó en noviembre de 2016 la retirada de las calles franquistas. Sin embargo, un recurso contencioso-administrativo del Partido Popular esgrimiendo argumentos jurídico-administrativos logró la restitución de las calles franquistas, que volvieron a rotular a partir del mes de marzo de 2017 entre protestas y un importante eco mediático. Solo un nuevo acuerdo a partir de diciembre de aquel mismo año consiguió quitar definiti-

4.- Ismael Saz Campos, «Franquismo, el pasado que aún no puede pasar», *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, 11 (2003), p. 52.

vamente calles como «División Azul», «General Varela» o «Treinta de marzo» del nomenclátor de la ciudad.

Por otro lado, la rehabilitación, apertura y puesta en valor de patrimonio de la Guerra Civil, en especial de patrimonio material bélico como el de los refugios antiaéreos, ha sido otra línea de actuación relevante en la legislatura 2015-2019. Si bien anteriormente ya podían visitarse refugios de la Guerra Civil en lugares como Alcoi (paseo de Cervantes), Alacant (plaza Séneca) o La Pobla del Duc (Casa Alta), en estos últimos años se ha sumado un número muy considerable: Castelló de la Plana (plaza Tetuán), Cullera (plaza de la Virgen), Gandia (Peixateria y el Prado), Monòver (Fondó), Ontinyent (El Regall y Tortosa y Delgado), Quart de Poblet (plaza de la Cruz), València (Bombas Gens, Grupo Escolar del Ayuntamiento y Serranos) o Vilamarxant (Replaça). La recuperación y divulgación de líneas militares, de fortificaciones y de trincheras (como partes de la Línea XYZ, construida en 1938 entre Almenara y Santa Cruz de Moya para defender las comarcas valencianas ante la ofensiva franquista hacia el sur después de la conquista de Vinaròs en abril de 1938 y la división en dos de la zona republicana, u otras en la zona costera de la Marina Alta) ha sido otro elemento memorialístico relevante en algunas zonas. Aquí, ha sido interesante la colaboración de distintos municipios, mancomunidades y organismos comarcales en la promoción de este patrimonio y en su transformación en recursos basado en valores culturales, pedagógicos y turísticos.

Diversas páginas web institucionales han empezado a reunir y difundir el patrimonio valenciano de la Guerra Civil, destacando la realizada desde la Conselleria de Educación, Investigación, Cultura y Deporte que vio la luz a principios de 2019^[5], o la creada

por la delegación de Memoria Histórica de la Diputación de València con bases de datos de personas represaliadas, documentos históricos e informes^[6]. El año 2019, a través de la Conselleria de Justicia y la Federación Valenciana de Municipios y Provincias, se lanzó la web de la iniciativa «Alacant 2019. Capital de la memòria», una marca que incluye un conjunto de actos conmemorativos como conciertos, exposiciones, jornadas, proyecciones cinematográficas y actuaciones de teatro^[7].

Además, pueden mencionarse la creación de documentales históricos relacionados con cuestiones de memoria colectiva que han recibido financiación de administraciones públicas valencianas. Por parte la Conselleria de Justicia de la Generalitat Valenciana, cintas como «El camp de concentració de Portaceli 1939-1942» («El campo de concentración de Portaceli 1939-1942», de 2018) o «Encontres d'exili» («Encuentros de exilio», de 2018). Con subvención de la delegación de Memoria Histórica de la Diputación de València, «Fills del silenci» («Hijos del silencio», de 2018), «Les llavors que van creixent, Fossa 22» («Las semillas que van creciendo, Fosa 22», de 2019) o «L'amarg final de la República» («El amargo final de la República», por estrenar); mientras que desde Presidencia de la Diputación de València, se ha grabado «Espais de pau en temps de guerra» («Espacios de paz en tiempos de guerra», de 2018).

Asimismo, también pueden señalarse exposiciones como «Alicante en Guerra» y «Alicante ha caído. Aquí termina la guerra», financiadas por la concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Alacant; «El final de la guerra civil, la repressió i l'exili» («El final de

marzo de 2019).

6.- <http://memoriahistorica.diva.es/> (consulta: 10 de marzo de 2019).

7.- <http://alicante2019.es> (consulta: 20 de marzo de 2019).

5.- <http://www.patrimonigc.gva.es/es> (consulta: 10 de

la guerra civil, la repressió i l'exili») organizada desde diversos organismos alicantinos; «Més de 10 anys de Memòria» («Más de 10 años de Memoria»), creada por el Grup per la Recerca de la Memòria Històrica de Castelló con participación de varias instituciones públicas castellonenses; «La Maternitat suïssa d'Elna: un bressol d'humanitat enmig de la barbarie» («La Maternidad suiza de Elna: una cuna de humanidad en medio de la barbarie») y «Tempesta de Ferro» («Tormenta de hierro»), en ambos casos subvencionadas por la concejalía de Cultura del Ayuntamiento de València; y «No tindreu pau després de la guerra» («No tendréis paz después de la guerra»), financiada por la delegación de Memoria Histórica de la Diputación de València, o «Tot està per fer. València capital de la República» («Todo está por hacer. València capital de la República») y «Memòria Democràtica i Patrimoni. Conéixer, difondre i posar en valor» («Memoria Democrática y Patrimonio. Conocer, difundir y poner en valor»), en sendos casos posibles gracias a la aportación económica de los vicerrectores de Cultura y de Proyección Territorial de la Universitat de València.

Puede considerarse que las actuaciones con mayor trascendencia jurídica han sido dos. En primer lugar, la redacción y aprobación por las Cortes Valencianas de la «Ley 14/2017, de 10 de noviembre, de memoria democrática y para la convivencia de la Comunitat Valenciana», la ley de memoria democrática valenciana. Esta ley se compone de seis títulos y se basa en cuatro derechos: a la verdad, a la justicia, a la memoria democrática valenciana y a la reparación y reconocimiento de las víctimas. El derecho a la verdad «implica la obligación de las instituciones públicas de investigar para promover la clarificación de lo ocurrido en relación con las violaciones de derechos humanos». Por su lado, el derecho a la justicia «se fundamenta en la obligación de las

instituciones de impedir la impunidad y, en consecuencia, de adoptar las medidas que sean necesarias tanto para aplicar el derecho interno como el derecho internacional». Respecto al derecho a la memoria democrática, se concibe como «garantía de no repetición» y como impulso de «una política pública de memoria», la cual está «orientada a la consolidación de los valores de una convivencia democrática [...] como herramienta para tratar de evitar que se repitan estos hechos». Por último, en relación al derecho a la reparación y reconocimiento de las víctimas estipula «la obligación de las instituciones públicas de compensar, en la medida de lo posible, la injusticia del sufrimiento de las víctimas y, por otra, un reconocimiento y homenaje público»^[8].

En segundo lugar, el apoyo a la querella argentina contra la impunidad de los criminales franquistas por parte de diversas administraciones públicas valencianas y, en este contexto, la admisión a trámite por primera vez de una querella individual presentada en València. Este proceso debe ser contextualizado: el 14 de abril de 2010, dos familiares de víctimas del franquismo interpusieron ante un juzgado penal argentino dos querellas por delitos de genocidio y crímenes de lesa humanidad derivados del golpe de Estado contra la democracia republicana y de la dictadura franquista. Acogiéndose al principio de jurisdicción universal, la jueza María Romilda Servini abrió el caso y en los años posteriores se presentaron cientos de nuevas querellas. En 2012 se creó la red de Apoyo a la Querella Argentina (AQUA), con posterioridad Coordinadora Estatal de Apoyo a la Querella Argentina (CEAQUA), y se entregaron cinco mil testimonios. En 2013 tuvieron lugar las primeras imputaciones y se dictaron órdenes de detención

8.- <https://boe.es/buscar/pdf/2017/BOE-A-2017-15371-consolidado.pdf> (consulta: 29 de marzo de 2019).

internacional contra diversas autoridades y torturadores, pero en 2014 la Audiencia Nacional española negó la extradición. En este contexto, al igual que en otros territorios del Estado español, después de las elecciones de 2015 la querella argentina ha recibido el apoyo de diversas administraciones públicas valencianas, incluyendo las Cortes Valencianas, la Diputación de València y el Ayuntamiento de la capital, entre otras.

A principios de 2019, el juzgado de instrucción nº 1 de València admitió a trámite una querella contra Benjamín Solsona, miembro de la Brigada Político y Social franquista, por torturas sufridas en 1971 por doce militantes del Partido Comunista de España (PCE). La querella fue presentada por la cooperativa valenciana El Rogle Mediació Recerca i Advocacia. Además, contó con la colaboración de la Asociación Ciudadana contra la Impunidad del franquismo en el País Valencià, integrada en CEAQUA, y fue respaldada por la delegación de Memoria Histórica de la Diputación de València, en concreto por la Oficina de Atención a las Víctimas de la Represión durante la Guerra Civil y el Franquismo^[9], otra novedad muy importante en este contexto. La admisión a trámite de la querella es un hecho histórico, ya que supone que por primera vez el propio juzgado ha solicitado diligencias de investigación para que se aporte toda la documentación e información sobre las torturas denunciadas y las detenciones que las precedieron. Otras cinco querellas están pendientes del procedimiento en un mismo juzgado. Así, se pretende profundizar en la investigación, que más víctimas se sumen, que se demuestre que los crímenes fran-

quistas eran de lesa humanidad y que se pueda llegar a condenas. De manera paralela, cabe recordar que la derogación de la Ley de Amnistía de 1977 es fundamental para poder investigar los crímenes de la dictadura franquista.

Por último, las exhumaciones han sido una línea de actuación prioritaria en los últimos años desde diversas administraciones públicas, en especial de distintos ayuntamientos y de la delegación de Memoria Histórica de la Diputación de València. Al final de la legislatura, las actuaciones en lugares como el cementerio de Paterna —el denominado «Paredón de España», lugar donde las fuerzas franquistas fusilaron a 2.238 personas^[10]— o el cementerio de Ontinyent han permitido recuperar unos 750 cuerpos en diversas fosas comunes. Estas excavaciones, que continúan en 2019, han generado una gran atracción mediática y social que ha respondido a una demanda urgente de numerosas familias. Asimismo, de forma paralela, en diciembre de 2018 se sumaron 560 denuncias a la querella argentina, mientras que en abril de 2019 las Asociaciones de Víctimas del Franquismo del cementerio de Paterna han presentado 12 querellas más que denuncian asesinatos y torturas franquistas.

En definitiva, como escribió Walter Benjamin en su *Tesis de filosofía de la historia*, «el pasado exige derechos»^[11]. En este sentido, en el ámbito valenciano, el pasado de la II República, la Guerra Civil y la dictadura franquista llevaba décadas «reclamando» tareas pendientes de memoria pública, es decir, *exigiendo derechos*. Cuatro años des-

9.- Abierta en 2018, su principal propósito es ofrecer a personas víctimas de la represión y a sus familiares la posibilidad de incluir y registrar sus relatos y testimonios, que podrán utilizarse para la localización e identificación de fosas y la exhumación de personas y para interponer querellas por crímenes franquistas.

10.- Vicent Gabarda, *Els afusellaments al País Valencià (1938-1956)*, València, Publicacions de la Universitat de València, 2007.

11.- Walter Benjamin, *Tesis sobre la filosofía de la historia*, 1940, <http://www.anticapitalistas.org/IMG/pdf/Benjamin-TesisDeFilosofiaDeLaHistoria.pdf>, p. 2 (consulta: 4 de abril de 2019).



Cartel de la exposición «No tindreu pau després de la guerra» (Valencia, febrero - marzo de 2018).

pués de los cambios gubernamentales de 2015, puede considerarse que la memoria colectiva respecto a este periodo histórico ha experimentado cierta efervescencia y un avance importante desde las instituciones públicas valencianas. Muchas de estas, debe indicarse, han asumido una parte considerable del trabajo memorialístico que han realizado y continúan realizando distintas asociaciones, movimientos sociales, organizaciones y sindicatos.

Del mismo modo, todavía quedan cuestiones pendientes que pueden realizarse desde el ámbito valenciano: la aplicación y concreción de los derechos contemplados en la ley de memoria democrática de 2017; la continuación del trabajo de retirada de símbolos franquistas, la interrupción de los ataques contra elementos conmemorativos y el aumento del trabajo en su instalación, difusión y respeto; el incremento de fondos

públicos destinados a becas, investigaciones y proyectos que se ocupen de la historia y la memoria reciente; la creación de una auténtica memoria democrática, integral, que también sea feminista y antirracista y que se desarrolle desde la educación primaria y secundaria hasta las escuelas de adultos y centros de personas mayores, desde los medios de comunicación hasta las redes sociales, desde las calles hasta dentro de cada casa y familia... Y, especialmente, es necesaria la continuación de las querellas y la ruptura del muro de impunidad franquista y la ampliación e intensificación de las exhumaciones. Mientras queden personas en cunetas y fosas comunes, la herida seguirá abierta. Queda mucho por hacer, pero no puede dejarse de lado que desde mediados de la segunda década del siglo XXI se han dado algunos pasos hacia delante. Porque no hay mañana sin ayer, debe seguirse ese camino.

Una deuda con nuestro pasado. El Memorial Democrático de la Cárcel de Segovia

Fernando Jiménez Herrera

Universidad Complutense de Madrid

La cárcel como espacio pedagógico y memorialístico

En el presente año 2019 hemos tenido la oportunidad de poder recuperar un episodio de nuestra historia reciente ocultado y silenciado durante décadas. El Memorial Democrático de la Cárcel de Segovia ha visto la luz gracias a la iniciativa municipal de Izquierda Unida —puesta en práctica por el Ayuntamiento— que recogía la propuesta del Foro por la Memoria de Segovia, para rescatar la memoria de los presos y presas antifranquistas que pasaron por las cárceles de la provincia, batallones de trabajadores y campos de concentración en España y fuera de ella. El objetivo era doble. Por un lado, recuperar el testimonio perdido de aquellas personas que sufrieron la represión franquista y que estuvieron obligadas a guardar silencio sobre lo vivido tras las rejas de la cárcel. Por otro lado, el Memorial persigue un objetivo pedagógico de educar en valores democráticos exponiendo las atrocidades que llevó a cabo la dictadura y lo que significó realmente este régimen. Por lo tanto, a través del Memorial se ofrece reparación a las víctimas, una deuda pendiente de la democracia actual, y educar a las nuevas generaciones, haciéndoles comprender lo que significó la dictadura. De esta forma se persigue conocer el pasado para no estar condenados a repetirlo. Los

responsables del contenido científico son los historiadores y miembros del Foro por la Memoria de Segovia Santiago Vega Sombría y Juan Carlos García Funes.

Gracias a la materialización de esta iniciativa en el Memorial, Segovia se equipara a otras ciudades europeas. Si viajamos a lo largo del continente podremos visitar espacios coercitivos de las dictaduras de distintos países. El máximo exponente es Auschwitz. Podemos recorrer todo el espacio y experimentar, emocionalmente, todo lo que allí aconteció. Se nos ofrecen guías en múltiples idiomas para conocer y recordar el genocidio que los nazis llevaron a cabo. Sin embargo, no es el único sitio. En Francia, Alemania, Irlanda, Rumanía,... encontramos museos, exposiciones o memoriales en los espacios de coerción utilizados por las dictaduras para no olvidar lo que allí ocurrió. Entre los espacios musealizados o destinados a memoriales encontramos comisarías, sedes de partidos o cárceles. Espacios todos ellos de privación, castigo y, en algunos casos, muerte, que a día de hoy sirven para educar y recordar.

A nivel nacional, el Memorial de la Cárcel de Segovia es una excepción. Mientras que en otras ciudades como Madrid, Barcelona, Valencia o Granada las cárceles franquistas han sido derribadas, descontextualizadas o reducidas a un pequeño espacio, favoreciendo el olvido y el desconocimien-



Celda Cautividad del Memorial Democrático de Segovia (Foto de Fernando Ortiz).

to, en Segovia se ha mantenido y conservado. Desde el consistorio se planteó la necesidad de conservar el espacio y reutilizarlo, naciendo así el proyecto *La Cárcel. Segovia centro de creación*. Esta iniciativa perseguía la reutilización del espacio para la difusión cultural, artística y creativa, siendo un punto de encuentro para todas las generaciones. La cárcel reabrió sus puertas el 30 de abril de 2011. Sin embargo, el centro tenía una deuda con su pasado que no se había reconocido todavía y que no se llevaría a cabo hasta nuestros días, ocho años después.

Un Memorial para recordar y homenajear

El Memorial de la cárcel se encuentra en la primera galería a la derecha según entramos por la puerta principal. Antes de llegar a ella, podemos ver cómo era la cárcel, la galería de acceso que desemboca en el pabellón central desde donde los funciona-

rios de prisiones vigilaban a los presos de las tres galerías. Se puede acceder a algunas celdas, viendo las condiciones materiales de los presos y presas, y haciéndonos una idea de sus condiciones de vida. Una sensación que nos persigue desde que accedemos a la prisión es el frío. Un frío intenso que invade la planta baja y que fue usado como castigo a la población reclusa por los funcionarios ante cualquier actitud que considerasen constituía un agravio hacia ellos o el régimen. El Memorial se encuentra en la segunda planta, a la cual se accede a través de una pequeña escalera dentro de la propia galería. Cuatro celdas contiguas constituyen el Memorial. A través de ellas recorreremos la historia del penal, las características de la vida en prisión y veremos los rostros de algunos de los más de dos mil segovianos presos y presas que estuvieron recluidos en las cárceles de la provincia durante la dictadura.

En la primera celda que constituye el Memorial se nos proyectará un breve docu-

mental que explica la historia de la prisión, desde su inauguración en 1924 hasta su clausura en el año 2000, de forma paralela a la historia de nuestro país: dictadura de Primo de Rivera, II República, Guerra Civil, dictadura de Franco y vuelta a la democracia^[1]. Además incorpora las diversas iniciativas llevadas a cabo en el recinto reconvertido ya en centro de creación. La proyección nos narra cómo fueron las condiciones de vida de las presas recurriendo a documentación emitida desde la prisión, de diversas autoridades franquistas, de los medios de comunicación e, incluso, recuperando la voz de las reclusas a través de sus cartas personales. También recoge los acontecimientos principales que tuvieron lugar tras las rejas, como el motín de presas en 1949 y la consiguiente huelga de hambre o la fuga de presos en 1976. También se recopilan los nombres de algunas presas y presos de relevancia que pasaron por el penal, como Josefina Amalia Villa, María Salvo, Soledad Real, Juana Doña, Tomasa Cuevas, Gerardo Iglesias o Marcelino Camacho, entre otros. Todo ello bien contextualizado, tanto a nivel nacional como de desarrollo de la ciudad en aquellas décadas. Un video sintético pero claro y conciso, de carácter pedagógico y divulgativo.

En la *Celda Cautividad* encontraremos toda una serie de paneles que nos ilustrarán y complementarán la información del documental. Se explican todos los espacios e instituciones que sirvieron como reclusión: cárceles, campos de concentración, batallones de trabajadores, colonias penitenciarias; enriqueciendo a través de datos diversos aspectos introducidos en la proyección, como la alimentación que recibían los presos y presas o su volumen a lo largo de la historia del penal. La tercera celda

está dedicada a la memoria de Marcos Ana, un símbolo de las condiciones de vida de la prisión, al ser el preso que más tiempo pasó en diversos espacios coercitivos durante la dictadura. No obstante, es un poco confusa esta celda al dar a entender que Marcos Ana estuvo preso en Segovia, un acontecimiento que nunca ocurrió. Se trata de una intervención artística alegórica que no guarda relación con las celdas en las que padecían prisión y que debería ser explicada de cara a evitar posibles confusiones. La cuarta celda es el auténtico Memorial donde nos enfrentamos a la mirada de presos y presas que sufrieron tras las rejas, personas que padecieron los horrores de la prisión durante el franquismo, en muchos casos, por sus ideales, siendo su mayor delito sus ansias de libertad. Las 54 fotos individualizadas de gran tamaño representan a los 2708 segovianos presos y presas cuyos nombres y apellidos quedan escritos en los paneles situados en la pared central.

A través de la página web de la cárcel (<http://www.lacarceldesegovia.com/>) podemos acceder íntegro al documental y una breve reseña del contenido de cada celda. Segovia, con este Memorial, se convierte en la primera ciudad española en reconocer y reparar la memoria de las víctimas del franquismo y su sistema coercitivo en el propio espacio de castigo. Un hecho de reapropiación y resignificación del espacio pionero y de suma importancia para no olvidar y conocer lo ocurrido en la historia de España durante la segunda mitad del siglo XX. Con este tipo de iniciativas se contribuye a dignificar y reparar la memoria silenciada de los presos y presas durante el franquismo y se educa a las futuras generaciones para favorecer los valores democráticos.

1.- <https://vimeo.com/318866102> *Reencuentro con la Historia. Memorial Democrático de La Cárcel.*

14 años rescatando historia y memoria de las víctimas de la dictadura franquista en Madrid

Tomás Montero
memoriaylibertad.org

Los inicios

En la España de comienzos de siglo, y más concretamente en el Madrid del año 2001, era una odisea encontrar referencias a las víctimas de la dictadura en la posguerra o contar con algún apoyo institucional para averiguar el destino y vicisitudes de las personas ejecutadas, en su gran mayoría, «por oficio de la Auditoría del Ejército de Ocupación», como suele figurar en los certificados de defunción (la documentación más accesible de obtener gracias a un buen trabajo de archivo en el Registro Civil).

De ahí la gran importancia que cobró, para muchos descendientes de las personas fusiladas en la posguerra y posteriores investigaciones, el hallazgo de una publicación descatalogada y de difícil adquisición: *Consejo de Guerra. Los fusilamientos en el Madrid de la posguerra (1939-1945)*^[1], de Mirta Nuñez y Antonio Rojas, contenía más información sobre nuestros familiares y el terrible periplo que padecieron hasta ser fusilados que lo que en la mayoría de los casos se conocía o había sido transmitido generacionalmente en los hogares afectados. Rara vez un trabajo académico tan especializado llega a alcanzar tamaña im-

1.- Mirta Nuñez Díez-Balart y Antonio Rojas Friend, *Consejo de Guerra. Los fusilamientos en el Madrid de la posguerra (1939-1945)*, Madrid, Compañía literaria, 1997.



Familiar colocando claveles junto a la foto de su abuelo en el XIII Homenaje (Fuente: MyL).

portancia como servicio público. Y es que, además, el libro contiene un apéndice cronológico y alfabético con 2663 nombres de personas ejecutadas junto a las tapias del Cementerio del Este (renombrado en la dictadura como Ntra. Sra. de la Almudena)

En esos años, el Parlamento aprobó una serie de medidas compensatorias, de exiguas cuantías y ámbito (de hecho, no contemplaban siquiera indemnización alguna para las víctimas ejecutadas por sentencias militares en la posguerra salvo que acreditaran haber permanecido más de tres meses en prisión), pero que dinamizaron y popu-

larizaron las búsquedas en archivos de toda índole para documentar las solicitudes. A su vez, los medios de comunicación se prodigaban en ofrecer amplios reportajes sobre las exhumaciones que tenían lugar en la comarca de El Bierzo que, aunque también carecían del deseado y pertinente factor judicial, suponían un avance técnico y metodológico a las realizadas anteriormente en otros lugares de nuestra geografía con la finalidad principal de recuperar y dar digna sepultura a las personas asesinadas por quienes se sublevaron contra la República.

Creo que resulta así más comprensible entender cómo se acrecienta el interés entre amplias capas de la población, sobre todo las nuevas generaciones, hasta el punto de lanzarse a buscar respuestas al silencio forzado al que fueron sometidas por mor de una supuesta reconciliación entre víctimas y verdugos pactada en las postrimerías del régimen dictatorial. La iniciativa particular de transcribir y compartir en una página de internet casera los nombres y fechas de fusilamiento de aquellos 2663 nombres iniciales, sirvió para universalizar su existencia y constituirse en el embrión que dio origen a un colectivo con intereses comunes que, en mayo de 2005, vino en llamarse Memoria y Libertad (MyL)^[2]. En pocos años, la avidez por saber (y porque se sepa), consiguió aglutinar en esta plataforma virtual a familiares de varios centenares de personas fusiladas junto a las tapias del Cementerio del Este que, bien mediante correos electrónicos, bien gracias a un foro de participación e intercambio alojado en la web, aportaban y compartían datos, documentos, indicaciones para conseguirlos e interpretarlos, a la vez que sentimientos y propuestas para recuperar sus nombres y su historia. Los sumarios de los Consejos de Guerra, los expedientes penitenciarios y

los certificados de defunción, comenzaron a ser, junto con la información documentada que aportaban familiares e investigadores, las piezas fundamentales para elaborar, nutrir y mantener actualizado un listado abierto en internet^[3], donde además de ampliar y corregir los datos de identificación de las víctimas, ha ido incrementando su número con respecto a la cifra aportada en su día por Mirta Núñez y Antonio Rojas, hasta las 2936 personas ejecutadas en la capital por sentencias de Consejo de Guerra, tal y como ha determinado el reciente estudio^[4] encargado por el Ayuntamiento de Madrid al historiador Fernando Hernández Holgado, con la finalidad de reflejar sus nombres en un monumento memorial junto al lugar de los fusilamientos.

Un listado histórico para la Memoria

Fernando Hernández, quien cuenta con exhaustivos trabajos que abordan la historia de las mujeres en cárceles franquistas, como la de Ventas en Madrid^[5] (cifrando en 80 las que fueron fusiladas) y con quien el colectivo mantiene fuertes lazos de amistad y colaboración, pudo acceder junto a su equipo investigador a los libros de enterramiento y a las órdenes de inhumación conservadas por la Empresa de Cementerios, hoy de nuevo pública y municipal, dejando constancia, gracias sobre todo al cruce de datos con otras fuentes, de la existencia de al menos 300 víctimas mortales más de aquellas sentencias de posguerra, correspondiendo la mayor parte a los meses de abril y mayo de 1939, donde aún no figu-

2.- www.memoriaylibertad.org

3.- http://www.memoriaylibertad.org/LISTADO_ABIERTO_VICTIMAS_MORTALES_DEL_FRANQUISMO_EN_MADRID.htm

4.- https://www.madrid.es/UnidadWeb/Contenidos/Navegaciones/Memoria_Historica/Memoria_Historica/informe.pdf

5.- Fernando Hernández Holgado, *Mujeres encarceladas. La prisión de Ventas: de la República al franquismo, 1931-1941*, Madrid. Marcial Pons, 2003.

raba en las anotaciones marginales de los citados documentos la palabra «Auditor» o simplemente la letra «A».

Toda esta valiosa y novedosa información fue incorporada también al listado global de MyL. Resultaba importante recopilar y hacer coincidir estos datos con los existentes de la represión franquista en el espacio geográfico que representa la actual Comunidad de Madrid. En el ya referido listado de Memoria y Libertad se puede comprobar en esa puesta en común, por ejemplo, la relación existente entre buen número de personas fusiladas o fallecidas en prisión y centros de detención por diversas causas, en diferentes lugares o localidades de la región. La edad en el momento de la ejecución representa también una información importante para determinar otros factores, abarcando una horquilla entre los 18 y los 81 años.

El lugar de nacimiento y residencia, además de reflejar con claridad los flujos migratorios de principios de siglo XX hacia las grandes urbes, contempla también la condición de la capital como lugar de tránsito circunstancial de un buen número de familias y personas que escapaban del avance de las tropas rebeldes en la Guerra. Ambos datos ofrecen también la enorme cifra de personas fusiladas en determinadas poblaciones por supuestas actuaciones de ámbito local, como es el caso de Villarejo de Salvanés.

En los listados también se contemplan otros campos que recogen valiosa información sobre la profesión, la responsabilidad asumida en periodo de guerra y la militancia política y sindical de numerosas víctimas. El modo de ejecución ha sido otro factor a tener en cuenta, habiéndose constatado que al menos medio centenar de ellas lo fueron por garrote vil, y no siempre en la prisión provincial de referencia, Porlier.

Nuevos nombres y muchos de los campos del listado pudieron ser cumplimentados gracias al trabajo que realizaron familiares del colectivo en la Hemeroteca Municipal de Madrid en diciembre de 2007^[6], cuando aún no existía el archivo digital on-line de ABC y donde hubo que recurrir a fotografiar de las pantallas las páginas microfilmadas y luego positivarlas mediante un programa informático para ser procesadas. Aquellos sueltos, bajo el titular genérico y habitual de «Detención de sujetos acusados de asesinatos y robos» y otras publicaciones, incluyendo revistas como *Semana*^[7], aportaban importante información sobre nombres (no siempre correctos), localidades y juicios que en numerosos casos no figuraban en la lista de personas fusiladas a pesar de las atrocidades que las notas de prensa del régimen les achacaban, y cuyas culpabilidades y sentencias parecían estar dictadas ya de antemano. Ya solo quedaba localizar sus sumarios, lo que se consiguió y superó en gran medida gracias a la investigación antes mencionada de Fernando Hernández Holgado y su equipo de trabajo, cuyos resultados fueron entregados al Ayuntamiento de Madrid en diciembre de 2017, y que aún hoy permanece sensible a modificaciones y nuevas aportaciones.

El listado abierto de MyL que sirvió de punto de partida, se nutre de numerosas colaboraciones y trabajos que fueron dando cuerpo a las decenas de miles de celdas en blanco, como lo han sido los del investigador Manuel García Muñoz^[8], aportando

6.- <https://es.scribd.com/doc/9647512/Listado-Detenidos-Fuente-Diarios-ABC-microfilmados-de-1939-Hemeroteca-Municipal-de-Madrid>

7.- Recortes de la revista *Semana*, núm. 9, Año I, 23 de abril de 1940, conservados y cedidos a MyL por un familiar. http://www.memoriaylibertad.org/REVISTA_SEMANA_NUM_9_23041940_Consejo_de_Guerra_Fomento_Bellas_Artes.pdf

8.- Manuel García Muñoz, *Los fusilamientos de la Almudena. La violencia sectaria en Madrid durante la guerra civil y la*

numerosos datos de filiación procedentes de expedientes penitenciarios y sumarios; Pedro Rubio Hoya y Santiago Aguilera sobre los fusilados en San Lorenzo de El Escorial y la Sierra Oeste; José Maroto en cuanto a Aranjuez: Julián Dueñas, José María San Luciano y Pilar Lledó en relación a Alcalá de Henares; Juan Carlos Aragoneses y Roberto Fernández Suárez en Colmenar Viejo; Santiago Vega Sombría sobre fallecidos en cárceles madrileñas, incluyendo párvulos; Carlos Fernández y su *Madrid clandestino*^[9]; Santiago de Córdoba con las víctimas de la provincia de Jaén; Arti ARMH en Cuenca; Javier de la Puerta en Toledo y Pedro Organero con respecto a los fusilados de la Villa de Don Fadrique; C. Paramio, J. M. Sánchez de la Torre..., así como un buen número de familiares y amigos, entre los que se encuentra Josué Lillo, fallecido en fechas recientes sin poder ver cumplido el justo deseo de la anulación de las condenas impuestas por la dictadura franquista, como la de su padre, Pedro Lillo Caballo, fusilado el 5 de agosto de 1939, en la saca conocida como de la JSU o de las Trece Rosas. Gracias a él, a su testimonio y a otros muy similares, se pudo poner en duda que las ejecuciones tuvieran lugar en las tapias del cementerio, aunque el lugar más probable no distaría mucho de ellas. Lillo comentaba que, de crío, en la posguerra, acudía hasta el cementerio desde el barrio de Valdelatas (hoy Moratalaz) para recoger los casquillos de balas en una vaguada cercana a la Puerta de O'Donnell de la Necrópolis. También contaba cómo «en los días de visita, para llegar a las cercanas tumbas de nuestros familiares, nos obligaban a dar toda la vuelta y entrar por la calle Alcalá». Hoy disponemos de más datos que corro-

posguerra, Madrid, La Esfera de los Libros, 2012.

9.- Carlos Fernández, (*Madrid Clandestino*. La Reestructuración Del P.C.E. 1939-1945, Madrid, Fundación Domingo Malagón, 2002.



Fosa de cuarta temporal de Mariano Martín Verdaguer, noviembre de 1943 (Foto: Álbum familiar, fuente: quieneseran.blogspot.com).

boran sus afirmaciones, como el testimonio recientemente conocido de Manuel Muñoz del Molino, que en 1940 escribía en relación con los fusilamientos junto al Cementerio del Este de Madrid: «Para llevar a cabo tal acción, habían construido una plazoleta, en forma de media luna, con el piso de cemento y un sumidero en medio que recogía la sangre e iba a parar al alcantarillado. Existían tres nidos de ametralladora, con fuego cruzado y unos potentes reflectores»^[10].

Conocimiento y reconocimiento

Además de las citadas fuentes historio-

10.- <https://www.nuevatribuna.es/articulo/sociedad/cementerio-este-fusilamientos-franquismo/20181001123304156084.html>

gráficas, el colectivo de familiares pudo contar con la memoria y los testimonios en primera persona de quienes lograron sobrevivir a las condenas y cárceles franquistas logrando mantener vivo el recuerdo de quienes quedaron en el camino, además del sentido de su lucha. Y ello a pesar de su avanzada edad, o gracias a ella. Juana Doña, Marcos Ana, Concha Carretero, Germán Alonso, Nieves Torres, Maruja Borrell, Rosario Sánchez Mora, Julia Manzanal, Carmen Rodríguez, Mariluz Alonso, Ángeles García Madrid, Carmen Arrojo, etc., son solo algunos de los nombres de quienes revivían las veces necesarias aquellas terribles experiencias tras sus detenciones, que tan similares fueron a las de quienes acabaron en el paredón o con el cuello en el garrote, sin tan siquiera reclamar para sí su propia condición de víctimas. Muchos testimonios quedaron por escrito, en grabaciones y vídeos, sumándose a otras memorias prodigiosas que, como las de Tomasa Cuevas, Eduardo de Guzmán o Manuel de la Escalera, por citar solo algunos ejemplos, han contribuido de manera notable, no solo a la clarificación histórica y documental, sino al legado social imprescindible para poder entender mejor las reivindicaciones presentes. El 14 de abril de 2007, Memoria y Libertad se anima a organizar un modesto homenaje a las víctimas de los fusilamientos franquistas en el Cementerio del Este. A la convocatoria acuden numerosos familiares (algunos realizando un importante esfuerzo acudiendo desde diversas partes del mundo), Mirta Núñez y varias veteranas como Rosario Sánchez Mora, «La dinamitera», y Maruja Borrell. Aquel acto^[11], que contó con unas palabras expresamente dedicadas por Marcos Ana^[12], dejó ya patente

los objetivos e idiosincrasia del colectivo, que se prolongan hasta nuestros días.

El 6 de mayo de 2008, siendo regidor Alberto Ruiz Gallardón, el colectivo registra en el Ayuntamiento de Madrid una petición^[13] arropada por miles de firmantes reclamando un monumento memorial con sus nombres en un lugar junto a la tapia del Cementerio del Este destinado al recuerdo familiar y a la memoria democrática colectiva. No recibieron respuesta alguna. Posteriormente, y a la vez que crecía el interés y la participación en los homenajes anuales, que se mantienen hasta la fecha en torno al 14 de abril, se llevaron a cabo otras iniciativas como la aportación del listado actualizado en aquella fecha como prueba a la trunca causa abierta por el juez Baltasar Garzón. El cambio de la corporación en Madrid en las elecciones municipales de 2015 recuperó las esperanzas del colectivo que, a los pocos días de ser nombrada alcaldesa Manuela Carmena, registró de nuevo su petición^[14] en el Ayuntamiento y sí fue contestada de inmediato, lacónica pero afirmativamente^[15].

En nombre del pueblo de Madrid

Para quienes acostumbran a transitar por el terreno lógico de lo práctico, resulta difícil analizar, después de la premura y buenas intenciones manifestadas por la nueva corporación para disponer de un plan integral de Memoria (haciendo incluso partícipe de la iniciativa a la Cátedra de la Memoria Histórica de la UCM como garantía académica), por qué en vísperas de nuevas elecciones municipales aún se encuentra sin realizar una de las actuaciones más

11.- <https://youtu.be/bS9qzZFhc7A>

12.- http://www.memoriaylibertad.org/14abril2007_de-dicadoria_Marcos_Ana.jpg

13.- http://www.memoriaylibertad.org/FIRMAS_POR_UN_MEMORIAL_FUSILADOS_A_GALLARDON_060508.pdf

14.- http://www.memoriaylibertad.org/CARTA_REGISTRADA_2015_manuela_carmena.jpg

15.- http://www.memoriaylibertad.org/RESPUESTA_MC.jpg

relevantes, por su alcance, de las medidas aprobadas en pleno.

Tampoco resultó fácil para los familiares del colectivo asumir los repentinos cambios que adoptó el equipo de gobierno del Ayuntamiento de Madrid para tratar de calmar, se supone, los exacerbados ánimos de sus adversarios políticos, que no mostraban rubor alguno en defender la pervivencia de la simbología franquista en la capital, a la vez que seguir despreciando el reconocimiento a las víctimas del golpe de estado de 1936 y la consiguiente dictadura.

El 27 de abril de 2016, después de ser desautorizada la concejala responsable Celia Mayer y la Cátedra de la Memoria de la UCM^[16], el Ayuntamiento pone en marcha un Comisionado de Memoria Histórica compuesto por personas alejadas del movimiento memorialista, pero designadas por los grupos municipales como «expertos» en la materia. Este órgano, conocedor desde su creación del compromiso de la alcaldía con los familiares de las víctimas del franquismo, jugó un papel de rémora equidistante hasta que consideró oportuno dinamitar su máxima fundacional de gestión consensuada y unánime y convertirse en un altavoz de la oposición para sembrar discordia y confusión, a la vez que filtrar a la prensa más reaccionaria las deliberaciones y propuestas sometidas ética y normativamente al sigilo de sus componentes. Los familiares volvieron a escuchar las intencionadas y perversas acusaciones que recogían los Consejos de Guerra y la Causa General franquista, pero esta vez en boca de quienes debían velar por su condena y reparación posible. Además, tuvieron que leer injuriosos artículos en los diarios y sufrir intervenciones plenarias donde se pretendía clasificar a las personas ejecutadas

en *bien o mal fusiladas*, en asesinos y *chequistas*, todo en consonancia con el discurso franquista y sus sentencias carentes de legitimidad en democracia. En el pleno de 28 de febrero de 2018 se debate sobre la iniciativa, arropada por el Informe y el listado encargado al historiador Fernando Hernández Holgado y su amplio equipo, compuesto entre otros por Santiago Vega Sombría, Manuel García Muñoz, Juan Carlos Funes, Fernando Jiménez Herrera y Daniel Oviedo Torrejón, resultando aprobada gracias al voto favorable de los grupos municipales de Ahora Madrid y PSOE. El debate abierto por la controvertida intervención del historiador y concejal del PP, Pedro Corral, tuvo diversas respuestas, también desde el mundo académico, como la Carta abierta del propio F. Hernández, que retomaba la expresiva *damnatio memoriae* romana para referirse a semejantes planteamientos:

«Los nombres de los presuntos «bien fusilados» serían así descartados de la piedra o el bronce del memorial en proyecto, con lo que a las alturas del siglo XXI las autoridades responsables ejercitarían además la malhadada *damnatio memoriae* de los tiempos romanos: un mal ejemplo para estos días. Es una perspectiva que ni siquiera quiero imaginar, principalmente por la humillación añadida que supondría para tantas familias de ese colectivo de víctimas que se verían, de ese modo, obligadas a padecer una nueva suerte de «Causa General», que en esta ocasión tendría un renovado y especial impacto sobre los descendientes de las personas ejecutadas.»^[17]

El 26 de junio de 2016 tiene lugar otro pleno en el que la derecha municipal inten-

16.- <https://www.elmundo.es/madrid/2016/02/07/56b7b3e1e2704e62748b45d7.html>

17.- <https://www.nuevatribuna.es/opinion/fernando-hernandez-holgado/carta-abierta-concejal-pedro-corral-historiadores-comisionado-memoria-historica-madrid/20180301204337149190.html>

ta bloquear de nuevo el proyecto, aún con mayor virulencia si cabe, en consonancia con lo expresado por buena parte de los miembros del Comisionado y su prensa afín para evitar a toda costa la erección de un monumento memorial con todos los nombres de las personas ejecutadas en Madrid. Sin embargo, este revivir irresponsable de las farsas judiciales franquistas, con claras intenciones de debilitar al equipo de gobierno y a la vez bloquear indefinidamente el proyecto de monumento memorial, no consiguió sus fines. Sus recursos fueron rechazados nuevamente por votación a mano alzada. Como no podía ser de otra manera, el 15 de junio de 2018 el Comisionado de Memoria del Ayuntamiento de Madrid se disuelve^[18] y su labor pasa a ser competencia de la Oficina de Derechos Humanos y Memoria, con el Tercer Teniente de Alcalde Mauricio Valiente al frente y la dirección de Txema Urkijo como responsable de Memoria de dicha Oficina. Su compromiso y pública defensa de las políticas de memoria emprendidas reabre las esperanzas en el colectivo de familiares de las víctimas y de todo el movimiento memorialista, aunque siga latente la idea de que surgirán nuevas trabas, contratiempos y dificultades. Sin duda, lo más preocupante, el inminente final de la legislatura y la consecuente renovación de equipos y directrices.

El monumento en ciernes y los huesos aflorando

Después de numerosos retrasos, el Ayuntamiento prevé que la obra civil junto



Manuscrito de Marcos Ana colocado en la tapia del Cementerio del Este. (Fuente: Memoria y Libertad).

a la Tapia del Cementerio del Este donde se instalará el monumento inicie sus trabajos en mayo de 2019, mientras que la escultura, encargada al prestigioso artista Fernando Sánchez Castillo^[19], podría estar ya concluida en las mismas fechas. En cualquier caso, resulta improbable que el proyecto se concluya y pueda ser inaugurado bajo el actual mandato, quedando esa tarea pendiente para la próxima corporación municipal que surja de las elecciones del próximo 26 de mayo, al igual que la de acometer el resto de las actuaciones prometidas, como la creación de un centro de interpretación de la represión franquista en Madrid en la conocida como «casa del enterrador» anexa al monumento memorial; también la puesta en marcha de un espacio de memoria en

18.- <https://www.nuevatribuna.es/articulo/madrid/3000fusiladosmadrid-fusiladoscementerioeste-victimasfranquismo-comisionadomemoriahistoria-fusiladostapiacementerio-listadofusiladosmadrid-franciscasauquillo-mauriciovaliente-ejecutadosposguerra-ejecutados-franquismo-guerracivil/20180615190451153070.html>

19.- <http://www.rtve.es/television/20151218/fernando-sanchez-castillo/1276168.shtml>

el portal web del Ayuntamiento y, como se pudo conocer recientemente, la definitiva contratación y ejecución del estudio encargado por la Oficina de Memoria y Derechos Humanos a la sociedad Aranzadi para que el antropólogo forense, Francisco Etxeberria, investigue y emita un informe sobre los osarios comunes históricos del Cementerio de La Almudena donde, al parecer, pueden continuar los restos de los cuerpos exhumados en la necrópolis en fechas que se corresponden con las de las personas allí ejecutadas por la dictadura, pese a las informaciones contradictorias facilitadas hasta esa fecha por los responsables de la Empresa Funeraria^[20].

En este tiempo nos han dejado muchos familiares de las víctimas que ya no obtendrán mayor consuelo que el de haber visto sus nombres reflejados en un listado, sus retratos en una tapia o sus biografías en un blog^[21]. Memoria y Libertad, es decir, ellas y ellos mismos con sus propios medios, junto a otros apoyos altruistas, se lo han procurado. Quienes sobreviven y quienes continúan incorporándose al colectivo, parecen juramentarse en esta lucha hasta el final. Queda mucho por hacer y por saber y cada logro, por pequeño que a otros les pueda resultar, siempre les supondrá mayor verdad histórica, más justicia social y mayor reparación personal. Se les debe. Se lo debemos.

20.- <https://www.publico.es/politica/misterio-miles-huesos-perdidos-cementerio-almudena.html>

21.- <http://quieneseran.blogspot.com/>

Cuando un pueblo olvida un nombre: La invisibilidad de Encarnación Fuyola en la memoria colectiva local de Huesca

Irene Abad Buil

Doctora en Historia Contemporánea por la Universidad de Zaragoza

Si tenemos que hablar de experiencias políticas femeninas vinculadas al comunismo y anexionadas al internacionalismo asociativo, feminista y pacifista hay un nombre clave para hacerlo, el de Encarnación Fuyola. Desde una capital pequeña de provincias (nace en Huesca en 1907) supo captar desde el principio las muchas posibilidades académicas y políticas que para la mujer abría la II República española y aprovechó un entorno familiar abierto a la cultura, a la política y a la educación para comenzar a forjarse lo que se preveía como un futuro exitoso. Sin embargo, si la II República le abrió puertas, el estallido de la Guerra Civil se las cerró de golpe para imponerle una vida que quedaría abocada al olvido. Y este es el concepto con el que querría iniciar el paseo biográfico de esta mujer: el olvido. Tras varias investigaciones dedicadas a Fuyola (la de mayor especificidad se la debemos a Laura Branciforte) aportar información nueva no se convierte en el objetivo fundamental de este recordatorio, sino que este descansa en el propósito de vincular su nombre al entorno que le permitió entrar en nuevos ámbitos académicos y políticos, los cuales serían posteriormente el motivo de sus desgracias. Trataremos pues de res-



Encarnación Fuyola (foto cedida por la familia).

catar su nombre para la memoria colectiva local de la ciudad que la vio nacer.

Habitualmente, mirar a nuestro alrededor nos hace pensar en Historia, en la que se ha hecho visible a través de reconocidos lugares de memoria y en la que permanece invisible porque nada material nos lo evidencia pero que conocemos gracias a historias relatadas o leídas. Cuando diariamente recorro el trayecto que me lleva al trabajo, atravieso la calle Santa Paciencia y los Porches de Galicia, y esos escasos metros que distancian una calle de la otra me evocan a Encarnación Fuyola. Siempre, cada día. Porque mis lecturas sobre ella me hacen ubicar sus años de infancia y primera juventud en ese espacio. Y entonces comienzan mis preguntas: ¿por qué nada recuerda el afamado café-concierto que su padre regentó y que consiguió aportar a la ciudad de una relevante cultura musical?, ¿por qué no existe ninguna placa que nos diga que en esa casa vivió una de las fundadoras de la Agrupación de Mujeres Antifascistas?, ¿por qué resultan tan complejo encontrar evidencias sobre su candidatura a las elecciones de 1933?, ¿por qué...? ¿Por qué es uno de los nombres olvidados por la historiografía del comunismo español a pesar de contar con una trayectoria que la convirtió en la personificación de muchos de los grandes conceptos de la época? ¿Por qué es una mujer prácticamente desconocida para la ciudad que la vio nacer, crecer e incluso inaugurarse en el ámbito de la política? Cuando las manifestaciones materiales concretan la Historia, resulta más fácil evocar abstracciones de la misma. Sin embargo, en Huesca no existe ni un solo lugar de memoria que nos recuerde que Encarnación Fuyola nació allí, que fue candidata a las elecciones y que desempeñó un importante rol en el ámbito del feminismo y del comunismo. Nada.

Encarnación nació el 4 de septiembre de 1907 en la casa familiar en los Porches de Vega Armijo, número 5, (actual Porches

de Galicia), donde transcurrió gran parte de su infancia. No sería su única vivienda, ya que en la matrícula realizada en el Instituto General y Técnico de Huesca en 1917 para realizar los estudios de bachiller figura la dirección calle del Mercado Nuevo, número 12, y posteriormente, a partir de la matrícula de 1919 el domicilio familiar es el de Plaza San Pedro nº 6^[1]. Todos ellos cercanos a las dos actividades económicas que desempeñaba su padre, Lorenzo Fuyola Paraíso, de manera simultánea: auxiliar de Ciencias Naturales en la Escuela Normal de Maestros y propietario del café Fuyola. Este café, ubicado en los números 3 y 5 de los porches de Vega Armijo, desarrolló una importante actividad musical desde 1897. Junto al café de la Unión y el café de España, el Café de Fuyola fue uno de los establecimientos más representativos del café-concierto oscense. «Su programación se intensificaba en el verano de 1901, especialmente con los conciertos diarios del cuarteto de cuerda de Moretti» (Salinas, 2012: 310). A partir de 1923, combinaría el trabajo en el café de Fuyola con la escuela privada que abrió en la calle Santa Paciencia.

En ese pequeño reducto de la ciudad de Huesca se condensa la memoria no visible de una mujer que construyó su intensa vida en torno a una serie de conceptos básicos para la realidad que le tocó vivir. Y es que si pasamos de lo privado a lo público, el nombre evocado diariamente de manera puntual se reconvierte en uno imprescindible en el escenario político que comienza a construirse en España durante la década de los años treinta del siglo XX y que vino alimentado por la extensa y brillante formación académica con la que

1.- Archivo Histórico Provincial de Huesca, expediente académico de Bachillerato del Instituto de Huesca, Encarnación Fuyola.

contó^[2]. En 1924 comenzó el primer curso de la carrera de Ciencias en Barcelona, sin embargo la continuó en la Facultad de Ciencias de la Universidad Central de Madrid y, posteriormente, completó sus estudios en Ciencias con los de Magisterio, llegando incluso a aprobar dos oposiciones públicas en 1933: las de Magisterio y las de Correos. Y si académicamente se iba haciendo un hueco, políticamente también, ya que experimentó la movilización política cuando las mujeres estaban prácticamente excluidas del ámbito público (no solamente concurriría como candidata a elecciones sino que también fue una implicada militante y potenció el asociacionismo de corte antifascista y feminista). Formación y militancia transcurrieron por caminos paralelos, puesto que estudiando Magisterio, en 1930, comenzó su militancia en el PCE y un poco más adelante, en 1934, figuraba como tesorera en la ejecutiva de FETE-UGT presidida por Victoria Zárte. Pero igualmente fue destacable su proyección internacional, sabiendo comprender que la mejor opción para la mujer pasaba por la unión de todas las madres de Europa luchando contra el fascismo y defendiendo el pacifismo.

Según Branciforte, la herencia política familiar de Fuyola no fue el motor de arranque de su militancia, sino que lo fue el contagio de un contexto que impulsaba a ello: la resaca europea de la Primera Guerra Mundial y el imparable avance de los totalitarismos. Esa sombra amenazante

empujó a muchas mujeres hacia la causa frentepopulista que tenía como principal argumento político el antifascismo. En ese escenario de necesaria participación política, una persona activa, comprometida (en el sindicato FETE llegó a ocupar el cargo de tesorera), preparada y laboralmente reconocida pronto destacaría, hasta el punto de que en las elecciones de diputados a Cortes de noviembre de 1933 figuraba en las listas del Partido Comunista como la candidata de Huesca y Zaragoza^[3]. Sin embargo, frente a esta teoría basada en la «influencia del contexto», resulta llamativo comprobar cómo sí que existía un poso de tradición política en su familia puesto que cuando falleció su abuelo paterno, Lorenzo Fuyola, el *Diario de Huesca* del 18 de abril de 1931 publicaba las siguientes palabras: «Después de larga y penosa enfermedad, falleció en la madrugada de ayer don Lorenzo Fuyola Baquer, tan conocido como apreciado oscense (...) antiguo y acreditado industrial, fue una figura destacada dentro del republicanismo local»^[4].

Por tanto, lo aprendido en casa y lo experimentado en la realidad social la condujo a tomar parte directa en la política presentándose, como ya hemos mencionado anteriormente, a las elecciones a Cortes. Sin embargo, los resultados no fueron favorables. En Huesca, los 30.947 votos a las derechas suponían dos diputados de la CEDA (Vidal y Romero), dos de Agrarios

2.- En Ecos de Sociedad del Diario de Huesca, con fecha 9 de junio de 1920, se publicaba una lista con los alumnos que habían obtenido la calificación de sobresaliente en el Colegio San Vicente Mártir. Y en dicha lista figuraba Encarnación, que había logrado tan aclamada calificación en Historia de España y Francés, del primer curso, en Geometría y Latín, durante el segundo curso y, por último, en Religión, en el tercero de los cursos. Datos que quedan corroborados en el expediente académico de Bachillerato del Instituto de Huesca anteriormente citado.

3.- Resulta llamativo que en la prensa local de la época no aparece evidencia alguna. Los datos al respecto proceden del estudio realizado por Régine Illion.

4.- *Diario de Huesca*, 18 abril 1931. Hemeroteca. Encontramos también una alusión a la vinculación política de Lorenzo Fuyola (abuelo) en la obra *Huesca por fuera*, de Bernabé Morera, 1928. El propio Bernabé, «de ideología republicana, casó tempranamente, el día 11 de diciembre de 1934, con Esperanza Fuyola, hija de Lorenzo Fuyola Baquer, uno de los más destacados políticos federales de Huesca desde los tiempos del malogrado régimen de 1873», dígame de otra manera, la I República.



E. Fuyola con maestros combatientes, ca. 1937 (Foto: Hans Gutmann Custer, fuente: pinterest.at).

(Moncasi y Royo-Villanova) y uno del Partido Republicano Radical (Mallo) y chocaban frontalmente con los 258 votos que obtuvo el PCE (el grupo de izquierdas con peores resultados). En Zaragoza, el PCE también se quedó sin representación en Cortes puesto que los 520 votos obtenidos en la capital (a nivel provincial no se sumó ni un solo voto) no eran suficientes para conseguir algún diputado^[5]. Datos estos que nos demuestran, por un lado, que Encarnación Fuyola perdió su posibilidad de demostrar sus cualidades dentro de la gestión política y, por otro, que el comunismo tenía escaso calado entre la sociedad aragonesa de la década de los años 30^[6]. Sin embargo, aquel batacazo político

no iba a representar para Encarnación tirar la toalla. Al revés, tenía distintos frentes de lucha abiertos, pues la situación política bien lo requería, así que no había tiempo para cruzarse de brazos. De hecho, ese mismo año, 1933, un grupo de la Comisión Femenina del PCE funda la publicación *¡Compañera!*: el órgano de las mujeres trabajadoras de la ciudad y del campo y el nombre de Encarnación Fuyola (vinculada al gremio de las maestras) figura junto al de Lucía Barón (obrera) y al de Irene Falcón (periodista del *Mundo Obrero*) (Desvois, 2005: 204). De igual manera, ya entonces formaba parte del Comité Nacional de Mujeres Contra la Guerra y el Fascismo, y lo hacía de una manera relevante puesto que en mayo de 1934 fue una de las encargadas, junto a Dolores Ibárruri, Elisa Úriz e Irene Falcón, de viajar hasta París para participar en el primer Congreso Mundial de la organización. Cuando en octubre, por los sucesos asturianos, esta agrupación

5.- www.historiaelectoral.com

6.- La impronta social del comunismo en la década de los años 30 abandonará sus raquíticos números en la década de los años 40 cuando el partido se convierta en la principal fuerza política de la oposición al régimen. Para el caso de Zaragoza, véase ABAD y HEREDIA.

femenina quedó declarada ilegal, surge como alternativa la Organización Pro Infancia Obrera y nuevamente en su creación aparece el nombre de Encarnación. Esta constante participación organizativa seguiría siendo una alternativa política para nuestra protagonista cuando en 1936 surgió la heredera de Pro Infancia Obrera bajo el nombre de Agrupación de Mujeres Antifascistas (la firma de Encarnación puede encontrarse en muchos de los artículos firmados en la revista de dicha agrupación, *Mujeres*). Militancia que combinaría con su participación en Socorro Rojo.

Por tanto, hablar de Encarnación Fuyola es hablar de compromiso político antifascista y feminista, que no dejó de traerle, durante la época republicana radical-cedista primero y con la represión franquista después, diversas detenciones y encarcelamientos. Una reseñable es la de mayo de 1934 con motivo de su participación en una manifestación el día 1. «Esta detención tuvo una amplia repercusión y fue objeto de una vasta campaña de movilización a nivel nacional e internacional; sobre todo, en la prensa comunista» (Branciforte: 224), puesto que se veía como un golpe a la labor desempeñada por el Socorro Rojo Internacional. Esa repercusión favoreció la reducción de la condena, lo cual le permitió asistir a París al anteriormente mencionado primer Congreso del Comité Nacional de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo. De los resultados de esta sentencia también se hizo eco la prensa local oscense a través de su medio *Diario de Huesca*, en junio de 1934: «Se ha conocido el resultado del recurso impuesto por el abogado señor Osorio, en el Tribunal Supremo, contra la sentencia que condenaba a la profesora Encarnación Fuyola, a la pena de un año de prisión y 250 pesetas de multa, por ser cabecilla de una manifestación ilegal que se celebró el

pasado día primero de Mayo»^[7].

Como ya es sabido, las circunstancias políticas redefinen las participaciones femeninas en el ámbito de lo público. De ahí que cuando estalló la Guerra Civil se hicieron necesarias determinadas implicaciones políticas para hacer frente al riesgo que para la democracia representaba la sublevación militar. Formó parte de la Junta provincial de Protección de Menores de Madrid y participó en la defensa del frente de Madrid^[8], publicó su obra *Mujeres antifascistas, su trabajo y su organización*, trabajó incansablemente en la coordinación del Socorro Rojo Internacional y participó activamente por la libertad de los presos políticos del franquismo (especialmente con los cautivos en el Campo de Concentración de Alicante). Toda esta trayectoria política la señalaban con el dedo, la ubicaban dentro del victimario de la represión del franquismo desde distintas perspectivas, de hecho el año en que fue enjuiciada con carácter retroactivo por su participación militar en la defensa de Madrid coincidió con el fusilamiento de su marido Luis Sendín, junto a Heriberto Quiñones.

El aniquilamiento político que perseguía el franquismo llevó a Encarnación al exilio: primero a Francia y definitivamente a México. Llegó a Veracruz en noviembre de 1939 a bordo del barco El Havre. Vivió en Zamora (Michoacán) y a partir de 1942 en México DF hasta su fallecimiento. En este país de acogida del exilio español de guerra, Encarnación reharía su vida personal, casándose de nuevo y teniendo un hijo,

7.- Hemeroteca *Diario de Huesca*, 4 de junio de 1934.

8.- Su participación militar en la defensa del Frente de Madrid (contó con el grado de comandante, desempeñando tareas de organización y de información) le supuso la apertura de un expediente en 1942 por la Ley contra la masonería y el comunismo en el cual se le tachaba de peligrosa por su significación y su importancia en el Partido Comunista.

y política a partir de la reorganización de la Unión de Mujeres Españolas en México bajo el nombre de Agrupación de Mujeres Españolas Antifascistas. Una agrupación de carácter femenino que vivía de cara a España y concretamente vinculando su apoyo a las víctimas de la represión (a los presos políticos y sus familias, a las viudas de fusilados...) y representando una denuncia internacional a la violencia estructural sobre la que se sostenía la dictadura que había alejado a Encarnación de su tierra, de su familia, de su origen, de su pasado.

El nombre de Encarnación Fuyola lo fue diluyendo la distancia y el paso del tiempo. Y gracias a referencias bibliográficas no desaparecía de las alusiones historiográficas al comunismo feminista, como estudió Encarnación Barranquero, o a la incursión de las mujeres en el ámbito público de la política, como haría Mary Nash. Los estudios de Mercedes Yusta sobre el antifascismo femenino también traían el nombre de Fuyola al presente. E investigaciones biográficas como la de Rafael Chávez, Laura Braciforte o Régine Illion nos descubrían más datos sobre aquella «cultu y bella señorita oscense» (tal y como la definía la prensa local en su sección *Ecos de sociedad* cuando hacía alusión a las entradas y salidas a la ciudad de Huesca de personas representativas del ámbito local, y la hija de Lorenzo Fuyola pertenecía a ese grupo social no anónimo).

Los Fuyola habían tenido un claro reconocimiento social, político y cultural en la ciudad. Encarnación decantó sus esfuerzos políticos hacia el internacionalismo pacifista, feminista, comunista y antifascista, y bajo esas premisas actuó hasta el final de sus días. Pero desde aquella publicación del resultado de sentencia en 1934, a nivel local no se vuelve a leer su nombre. Se interrumpen

sus alusiones públicas y comienza, por tanto, el principio del olvido dentro de la memoria colectiva local oscense.

En el camino diario desde mi casa al trabajo, seguiré evocando su nombre y su historia (ahora más enriquecida, y a la vez más alimentada de curiosidad, gracias a la oportunidad que *Nuestra Historia* me ha dado para dedicarle estas líneas). Pero sería un logro democrático que alcanzara un mayor reconocimiento dentro de la sociedad que marcó sus orígenes.

Bibliografía de referencia:

- Abad, Irene (2012), *En las puertas de prisión. Las mujeres de los presos políticos del franquismo*, Icaria, Barcelona.
- Abad, Irene y Heredia, Iván (2008), *Leandro Saún y Carmen Casas. Organización política clandestina en la Zaragoza de los años 40*, Gobierno de Aragón, proyecto Amarga Memoria, Zaragoza.
- Barranquero, Encarnación (2012), «Ángeles o demonios: representaciones, discursos y militancia de las mujeres comunistas», *Arenal*, 19:1; enero-junio 2012, pp. 75-102
- Branciforte, Laura (2014), «Encarnación Fuyola (1907-1982), del internacionalismo antifascista al exilio en México», en A. Cenarro y R. Illion (coords.), *Feminismos: contribuciones desde la historia*, pp. 213-238.
- Branciforte, Laura (2014), «El género femenino de la solidaridad internacional comunista en España», *Sociedad y Discurso*, nº 25: 57-74.

- Desvois, J-M. (2005), *Prensa, impresos, lectura en el mundo hispánico contemporáneo*, Prensas Universidad de Burdeos.
- Domínguez Prats, Pilar (2009), «La actividad política de las mujeres republicanas en México», *Arbor*, 735, pp.75-95.
- Illion, Régine (2002), *Mujer, política y sindicalismo: Zaragoza, 1931-1936*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza.
- Nash, Mary (2006), *Rojas. Las mujeres republicanas en la Guerra Civil*, Taurus.
- Ruíz, Concepción y Tuñón, Enriqueta (1992), *Nosotras fuimos la Unión de Mujeres españolas antifascistas en México (1939-1976)*, *Política y cultura*, nº 1, p. 91-99.
- Salinas, Jorge Ramón (2012), «Los cafés y su oferta cultural en Huesca durante la primera Restauración (1875-1902)», *Revista Argensola*, nº 122, IEA.
- Villalaín, Pablo (2012), «El voto de la mujer, ¿debate historiográfico y/o político? El caso de España en 1933», eumed.net, contribuciones a las Ciencias Sociales.
- Yusta, Mercedes (2011), «La construcción de una cultura política femenina desde el antifascismo (1934-1950)», en Ana Aguado, Teresa Ortega (dir.), *Feminismos y antifeminismos. Culturas políticas e identidades de género en la España del siglo XX*, Valencia, PUV, p. 253-281.
- Yusta, Mercedes (2009), *Madres coraje contra Franco. La Unión de Mujeres Españolas en Francia, del antifascismo a la Guerra Fría (1941-1950)*, Cátedra, Madrid.

AUTORES

Sección: Dossier

Juan Andrade. Doctor en Historia contemporánea y profesor en la Facultad de Formación de Profesorado de la Universidad de Extremadura. Ha realizado estancias de investigación en varias universidades europeas, de América latina y de Estados Unidos. Sus líneas de investigación se orientan hacia el pensamiento político, los movimientos sociales y los partidos de la izquierda en el Siglo XX, temas sobre los que ha publicado trabajos en obras colectivas y revistas académicas. Es autor del libro *El PCE y el PSOE en la transición* (2012); coautor, con Julio Anguita, de *Atraco a la memoria* (2015); y editor, con Fernando Hernández Sánchez, del libro *1917. La revolución rusa cien años después* (2017). Actualmente dirige la colección Reverso-Historia crítica en la editorial AKAL.

Rosa Congost. Catedrática de Historia Económica de la Universitat de Girona. Ha centrado sus investigaciones en el estudio de las sociedades rurales y la propiedad de la tierra y en la obra de Pierre Vilar. Sobre estos aspectos ha publicado trabajos en revistas como *Past and Present*, *Journal of Social History* o *Reveu d'Histoire Moderne et Contemporaine*, y obras colectivas y libros como *Els propietaris i els altres. La regió de Girona 1768-1862* (1990); *Pierre Vilar, pensar històricament. Reflexiones y recuerdos* (1995 y 1997); *Els darrers senyors de Cervera de Ter. Investigacions sobre el caràcter mutant de la propietat* (2000); *Tierras, leyes, historia. Estudios sobre «la gran obra de la propiedad»* (2007); *Pierre Vilar une histoire totale une histoire en construction* (2006); *Contexts of Property in Europe. The Social Embeddedness of Property. Rights in Land in Historical Perspective* (Ed. Rosa Congost y Rui Santos, 2010); *Campos cerrados, debates abiertos: análisis histórico de la propiedad en Europa, s. XVI-XIX* (coord. 2007); y *El joven Vilar* (2018). Es codirectora de la revista *Estudi d'Historia agraria* y dirige el Centre de Recerca de Historia Rural de la Universitat de Girona.

Carlos Forcadell. Catedrático Emérito de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza. Ha centrado sus investigaciones en el campo de la historia social de la España Contemporánea y en cuestiones relacionadas con la historia cultural y política de la sociedad o la historia de la historiografía. Es autor de *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español, 1914-1918* (1978); editor junto a Juan José Carreras de *Usos públicos de la Historia* (2003) y ha co-dirigido el *III volumen de la Historia de las culturas políticas en España y América latina*. Es co-autor de *El pasado en construcción. Revisionismos históricos en la historiografía contemporánea* (2015) y *La Restauración y la República, 1974-1936* (2015). Fue comisario, junto con Alberto Sabio, de la exposición *Paisajes para después de una guerra. El Aragón devastado y la reconstrucción bajo el franquismo, 1936-1957* (2006). Fue Presidente de la Asociación de Hª Contemporánea y director de la revista *Ayer*. Actualmente dirige la Institución Fernando el Católico.

José Gómez Alén. Catedrático de Historia de Enseñanza Media, orienta sus líneas de investigación hacia la conflictividad laboral y el mundo del trabajo durante el franquismo. Es autor de numerosos trabajos en revistas, obras colectivas y libros como *As Comisións Obreiras de Galicia e a conflictividade laboral durante o franquismo* (1995) o *Manuel Amor Deus. Unha biografía da resistencia obreira ao franquismo* (2008). Coautor de *O dez de marzo. Unha data na historia* (1997); *Astilleros en el Arco Atlántico. Trabajo, historia y patrimonio* (2013); *Abogados contra el franquismo. Memoria de un compromiso político, 1939-1977* (2013); *Cristina, Manuela y Paca. Tres vidas cruzadas entre la justicia y el compromiso* (2017); *Estado e industria. La construcción naval en Argentina, Brasil, España y Portugal* (2017) y «Work, workers and labour conflicts in the shipyard Bazan-Navantia, 1950-2014» en *Shipbuilding and Ship Repair Workers Around the World. Case studies, 1950-2010* (2017). Fue director del Archivo Histórico de CCOO de Galicia (1991-2005) y de la revista DEZEME (2000-2006). Es miembro de la sección de Historia de la FIM y de la coordinación de *Nuestra Historia*.

Carlos Martínez Shaw. Catedrático de Historia Moderna de la Universidad de Barcelona y actualmente Catedrático Emérito de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, es miembro de la Real Academia de la Historia y presidió el Centro de Estudios de Historia Moderna «Pierre Vilar» de Barcelona. Ha dedicado su labor investigadora a la historia económica y la historia marítima del Antiguo Régimen y escrito, entre otras obras, *Cataluña en la carrera de Indias, 1680-1756* (1981); *La emigración española a América, 1492-1824* (1993); *El siglo de las luces. Las bases intelectuales del reformismo* (1996); *La Ilustración* (2001); *Felipe V* (2001); *El sistema comercial español del Pacífico, 1765-1820* (2007) e *Historia Moderna: Europa, África, Asia y América* (2015). Ha editado numerosos libros y artículos dentro de su temática y ha organizado (junto con Marina Alfonso Mola) nueve exposiciones internacionales dedicadas a temas propios de su campo, como *Esplendor de España, 1598-1648* (2000); *De Cervantes a Velázquez* (1998); *El Galeón de Manila* (2000); *Oriente en Palacio* (2003); *Europa en papel* (2010) o *Carlos III y el Madrid de las luces* (2016).

Gonzalo Pontón. Es licenciado en Historia Moderna y Contemporánea por la Universidad de Barcelona. En 1964 inició su vida editorial en Ariel. En 1976 fundó Crítica, de la que ha sido consejero delegado hasta su jubilación en 2009. En 2007 Crítica recibió el Premio Nacional a la mejor labor cultural, y en 2008 el Premio de la Feria del Libro de Bilbao. En 2011 fundó la editorial Pasado & Presente, de la que es presidente. Ha sido, además, director del *Gran Diccionario Enciclopédico Grijalbo*, consejero delegado del Grupo Grijalbo-Mondadori y director del Área Universitaria y Cultural del Grupo Planeta. En el orden institucional ha sido presidente de la Comisión de Exteriores de la FGEE y presidente de la Cambra del Llibre de Catalunya (1995-1998). En 2017 fue galardonado con el Premio Nacional de Ensayo por su obra *La lucha por la desigualdad. Una historia del mundo occidental en el siglo XVIII*.

fundación de
investigaciones
marxistas



www.fim.org.es